



Nora
Roberts

Rosa negra

TRILOGÍA DEL JARDÍN



Rica, independiente y con hijos ya mayores, Rosalind Harper ha renunciado a sus cuarenta y siete años a volver a amar. Su negocio y la gran amistad que la une a Stella y Hayley son ahora su vida. Hasta que el secreto que alberga su casa le obliga a pedir ayuda y ante ella se abre un futuro inesperado.



Nora Roberts

Rosa negra

Trilogía del jardín - 2

ePub r1.1

Titivillus 19.08.2016

Título original: *Black rose*
Nora Roberts, 2005
Traducción: Berta Monturiol

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Patolandia
ePub base r1.2



Para Stacie.

Es juicioso que una madre sienta afecto
por la mujer a la que su hijo ama,
pero es un regalo delicioso que te guste
la mujer que se convierte en tu hija.
Gracias por el regalo.

Una planta madre se cultiva puramente para que proporcione esquejes. Se la puede estimular a que produzca el mejor tipo de cultivo destinado a esquejes, mientras se dejan intactas las plantas que se cultivan para su exhibición en el jardín.

AMERICAN HORTICULTURAL SOCIETY,
Multiplicación de las plantas

Si quieres conocer secretos, búscalos con dolor o
placer.

GEORGE HERBERT

Prólogo

Memphis, Tennessee, diciembre de 1892

Se vistió con esmero, cuidando de los detalles de su aspecto como no lo había hecho en varios meses. Su sirvienta personal se había marchado precipitadamente unas semanas atrás, y ella no tenía el acierto ni la voluntad necesarios para contratar a otra. Así pues, se pasó una hora poniéndose los rulos, como en los años en que no tenía tantos lujos, rizando y arreglando minuciosamente el cabello recién lavado.

El pelo había perdido su intenso brillo dorado durante el largo y oscuro otoño, pero sabía qué lociones le devolverían el lustre, al igual que conocía qué tonos de pintura debía usar para animar las mejillas y los labios.

Conocía todos los trucos de su profesión. ¿De qué otro modo habría podido llamar la atención de un hombre como Reginald Harper? ¿De qué otro modo le habría seducido para que hiciera de ella su amante?

Amelia pensó que volvería a usarlos, todos ellos, a fin de seducirle una vez más e instarle a hacer lo que debía hacerse.

Durante todo aquel tiempo, varios meses, él no había ido a verla, y ella se había visto obligada a enviarle notas a sus negocios, rogándole que la visitara; solo había recibido el silencio por respuesta.

No le contestaba después de todo lo que ella había hecho, todo lo que había sido, de todo lo que había perdido por él.

¿Qué podía hacer, salvo enviarle más notas, y esta vez a su casa, a la magnífica mansión Harper donde reinaba su pálida esposa, donde una querida jamás pondría los pies?

¿No le había dado ella todo lo que él podía pedir, todo cuanto podía querer? Había entregado su cuerpo por la distinción de aquella casa, por la comodidad de la servidumbre, por las bagatelas como los pendientes de perlas que ahora se

estaba poniendo en las orejas.

Pequeños precios para un hombre de su posición y su riqueza; en otro tiempo aquéllos habían sido los límites de su ambición como mujer: solo un hombre y lo que podía obtener de él. Pero él le había dado más de lo que ambos habían esperado. Y la pérdida de aquello era más de lo que ella podía soportar.

¿Por qué no había acudido a consolarla? ¿A llorar con ella?

¿Acaso se había quejado alguna vez? ¿Le había dado la espalda en la cama? ¿Le había mencionado una sola vez a las demás mujeres que mantenía?

Ella le había entregado su juventud y su belleza. Y, al parecer, su salud.

¿Y ahora iba a abandonarla? ¿Iba a alejarse de ella precisamente ahora?

Decían que el bebé había nacido muerto. Mortinato, lo llamaban. Una niña mortinata que había perecido en sus entrañas.

Pero...

¿No había notado ella sus movimientos? ¿No había notado sus pataditas y cómo se desarrollaba con vitalidad bajo su piel, en su corazón? Aquella criatura que ella no había querido se había convertido en su mundo. Su vida. El hijo que crecía en su interior.

El hijo, el hijo, pensaba ahora mientras se tiraba de los botones del vestido, y sus labios pintados formaban las palabras una y otra vez.

Le había oído llorar. Sí, sí, estaba segura de ello. A veces le había oído llorar quedamente en la noche, para que ella acudiera y lo tranquilizara.

Pero cuando iba al cuarto infantil y miraba la cuna, la encontraba vacía. Como vacía estaba su matriz.

Decían de ella que había enloquecido. Ah, oía lo que susurraban los criados que se habían ido, se había percatado de su manera de mirarla. Pero no estaba loca.

No estaba loca, no estaba loca, se decía mientras iba de un lado a otro del dormitorio que en otro tiempo había sido un templo de sensualidad.

Ahora raras veces cambiaban las ropas de cama y las cortinas siempre estaban corridas para ocultar el panorama de la ciudad. Y desaparecían cosas. Los criados eran unos ladrones. Oh, ella sabía que eran ladrones y sinvergüenzas. Y espías.

La vigilaban y susurraban.

Una noche la matarían en su propia cama. Una noche.

No podía dormir por temor a que lo hicieran. No podía dormir por los gritos de su hijo dentro de su cabeza. Llamándola. Llamándola.

Pero recordó que había ido a ver a la reina del vudú. Había acudido en busca de protección y conocimiento. Pagó sus servicios con el brazalete que cierta vez le regaló Reginald. Las piedras en forma de corazones ensangrentados contra el gélido brillo de los diamantes.

Había pagado por los amuletos que tenía bajo la almohada y el que colgaba, en una bolsita de seda, sobre su corazón. Había pagado, y mucho, por el hechizo que invocaba. Un hechizo que había fallado.

Porque su hijo vivía. Eso era lo que le había confirmado la reina del vudú, y esa información valía más que diez mil rubíes.

Su hijo vivía, sí, vivía, y ahora era necesario encontrarlo. Tenían que devolvérselo, su lugar estaba junto a ella.

Reginald debía encontrarlo, debía pagar lo que fuese necesario.

Has de ir con cuidado, se advirtió a sí misma mientras notaba el grito que latía en su garganta. Él solo creería en ella si conservaba la calma. Solo le haría caso si se mostraba hermosa.

La belleza seducía a los hombres. Con belleza y encanto, una mujer podía tener lo que quisiera.

Se volvió hacia el espejo y encontró lo que necesitaba ver: belleza, encanto, elegancia. No vio que el vestido rojo cedía en los senos, se ensanchaba en las caderas y daba a su piel pálida un color amarillo cetrino. El espejo reflejaba la enmarañada cascada de rizos, los ojos demasiado brillantes y las mejillas con un exceso de colorete, pero sus ojos, los ojos de Amelia, veían lo que en otro tiempo había sido.

Joven y hermosa, deseable y picara.

Así pues, bajó la escalera para esperar a su amante, y canturreó en voz baja: «El azul de la lavanda, qué hermosura. El verde de la lavanda».

El fuego ardía en la chimenea del salón y la luz de gas estaba encendida. Los criados también tenían cuidado, pensó mientras sus labios formaban una prieta sonrisa. Sabían que el señor iba a visitar la casa, y él era quien administraba el dinero.

Pero no importaba, le diría a Reginald que todos tenían que marcharse. Era necesario sustituirlos.

Y quería que contratara a una niñera para su hijo, para James, cuando se lo devolvieran. Una chica irlandesa, se dijo. Tenía entendido que eran muy joviales en su trato con los niños. Ella quería que su James estuviera rodeado de alegría.

Aunque vio la botella de whisky sobre el aparador, prefirió servirse un vasito

de vino. Y se sentó a esperar.

Empezó a ponerse nerviosa a medida que iba haciéndose tarde. Se sirvió un segundo vaso de vino, y luego un tercero. Y cuando, a través de la ventana, vio detenerse el carruaje, se olvidó de tener cuidado y conservar la calma y corrió hacia la puerta.

—Reginald, Reginald. —Su pesar y su desesperación surgieron de ella como serpientes sibilantes que se enroscaban en el aire. Se arrojó en sus brazos.

—Domínate, Amelia. —Sus manos se cerraron sobre los desnudos hombros y la hicieron retroceder—. ¿Qué dirán los vecinos?

Ella se apresuró a cerrar la puerta, y entonces, con una severa mirada, hizo que un criado que aguardaba a un lado se adelantara con rapidez para tomar el sombrero y el bastón del visitante.

—¡No me importa! ¿Por qué no has venido antes? No sabes cuánto te necesitaba. ¿Has recibido mis cartas? Los criados... los criados mienten. No las han enviado. Aquí estoy prisionera.

—No seas ridícula. —Una momentánea expresión de repugnancia apareció en su rostro al tiempo que esquivaba el siguiente intento que hizo ella de abrazarlo—. Convinimos en que nunca tratarías de localizarme en mi casa, Amelia.

—No venías. Estaba sola y...

—He estado ocupado. Vamos, toma asiento y tranquilízate.

Ella seguía asiéndole el brazo mientras él la conducía al salón.

—El bebé, Reginald. El bebé.

—Sí, sí. —Él se soltó e hizo que ella se sentara en un sillón—. Es desafortunado —añadió, mientras se dirigía al aparador para servirse un whisky—. El médico dijo que no había nada que hacer y que necesitabas descanso y sosiego. He oído decir que no te encontrabas bien.

—Es falso. Todo son mentiras.

Él se volvió hacia ella y contempló su rostro y aquel vestido que le sentaba tan mal.

—Es evidente que no estás bien, Amelia. Tal vez te convendrían los aires del mar. Podrían ser beneficiosos. —Mostró una fría sonrisa mientras se apoyaba en la repisa de la chimenea—. ¿Qué te parecería cruzar el océano? Creo que sería lo mejor para calmar tus nervios y devolverte la salud.

—Quiero a mi hijo. Él es lo único que necesito.

—El niño ha desaparecido.

—No, no, no. —Se puso en pie de un salto para aferrarse de nuevo a él—. Me lo han robado. Vive, Reginald. Nuestro hijo vive. El médico y la comadrona lo planearon. Ahora lo sé, lo comprendo todo. Tienes que ir a la policía, Reginald. Ellos te escucharán. Debes pagar el rescate que pidan.

—Esto es una locura, Amelia. —Le separó la mano de su solapa y entonces alisó las arrugas que los dedos de la mujer habían dejado en la tela—. De ninguna manera voy a ir a la policía.

—Entonces lo haré yo. Mañana iré a las autoridades.

La fría sonrisa se desvaneció hasta que sus facciones se tornaron duras como la piedra.

—No vas a hacer nada semejante. Empezarás un crucero a Europa, y dispondrás de diez mil dólares para que te ayuden a instalarte en Inglaterra. Esos serán mis regalos de despedida.

—¿Despedida? —Tanteó en busca del brazo de un sillón y se fundió con él cuando las piernas ya no la sostenían—. Tú... ¿me abandonas ahora?

—No puede haber nada más entre tú y yo. Me ocuparé de que estés bien instalada, y creo que una travesía marítima te devolverá la salud. Lo más probable es que en Londres encuentres otro protector.

—¿Cómo puedo ir a Londres cuando mi hijo...?

—Irás —la interrumpió él, y entonces tomó un sorbo de licor—. O no te daré nada. No tienes ningún hijo. No tienes más que lo que yo quiera darte. Esta casa y cuanto contiene, las ropas que vistes, las joyas que llevas, todo es mío. Sería prudente por tu parte que recordaras la facilidad con que puedo quitártelo.

—Quitármelo —susurró ella, y algo en el rostro del hombre, algo en la mente fracturada de Amelia, le reveló la verdad—. Quieres librarte de mí porque... claro, eres tú quien se ha llevado al bebé.

Él apuró la bebida y la miró con detenimiento. Entonces dejó el vaso vacío sobre la repisa.

—¿Crees que permitiría que una mujer como tú críe a mi hijo?

Ella se levantó de nuevo como impulsada por un resorte, las manos curvadas como garras.

—¡Mi hijo! —exclamó.

La bofetada la hizo detenerse. Durante los dos años en los que él había sido su protector nunca le había levantado la mano.

—Ahora escúchame con atención. No permitiré que se sepa que mi hijo es un bastardo, nacido de una puta. Se criará en la mansión Harper, como mi

legítimo heredero.

—Tu mujer...

—Hace lo que le digo. Como lo harás tú, Amelia.

—Iré a la policía.

—¿Y qué les contarás? El médico y la comadrona que te atendieron ratificarán que tuviste una niña muerta, mientras que otros confirmarán que mi mujer dio a luz un chico sano. Tu reputación, Amelia, no puede estar a la altura de la mía, ni tampoco a la de ellos. Tus mismos criados lo jurarán y serán testigos de que has estado muy enferma y te has comportado de forma extraña.

—¿Cómo eres capaz de hacer una cosa así?

—Necesito un hijo. ¿Crees que te he seleccionado por afecto? Eres joven, estás sana... o lo estabas. Se te pagaba, y muy bien, por tus servicios. Serás recompensada por éste.

—No lo mantendrás alejado de mí. Es mío.

—Nada es tuyo excepto lo que yo te permito que lo sea. De haber tenido la oportunidad, te habrías desembarazado de él. No te acercarás al niño, ni ahora ni nunca. Dentro de tres semanas harás la travesía. Se transferirá a tu cuenta un depósito de diez mil dólares. Hasta entonces, seguiré pagando tus facturas. Eso es todo lo que tienes.

—¡Te mataré! —le gritó ella cuando él empezaba a salir del salón.

Al oír esto, por primera vez desde su llegada él pareció regocijado.

—Eres patética. Las putas generalmente lo sois. Ten la seguridad, Amelia, de que si te acercas a mí o a cualquier miembro de mi familia, haré que te detengan y te encierren en un asilo de delincuentes locos. —Hizo una seña para que el criado le trajera el sombrero y el bastón—. Creo que no te gustaría acabar ahí.

Ella gritó, se tiró del cabello y del vestido; gritó hasta que le brotó la sangre a causa de las uñas que se clavaba en la piel.

Con la mente trastornada, subió la escalera con el vestido desgarrado y tarareando una nana.

1

Mansión Harper, diciembre de 2004

El alba, cuando empezaba a despuntar su promesa de luz, era su momento preferido para correr. El ejercicio era algo que debía hacerse, tres días a la semana, como cualquier otra tarea o responsabilidad. Rosalind Harper hacía lo que debía hacerse.

Corría por el bien de su salud. Una mujer que acababa de «celebrar» —si es que podía llamarse así en aquella etapa de su vida— su cuarenta y siete aniversario tenía que cuidar de su salud. Corría para mantenerse fuerte, pues deseaba tener fortaleza, la necesitaba. Y corría por vanidad. Su cuerpo nunca más volvería a ser como a los veinte o incluso a los treinta, pero, por Dios, sería el mejor cuerpo que alguien podía tener a los cuarenta y siete.

No tenía marido ni amante, pero sí una imagen que mantener. Era una Harper, y las Harper se caracterizaban por su orgullo.

Pero, Señor, qué pesado llegaba a ser el mantenimiento.

Vestida con un chándal contra el frío del amanecer, salió del dormitorio por la puerta que daba acceso a la terraza. La casa aún dormía. Su casa, que había estado tan vacía, ahora volvía a estar ocupada, y ya era muy infrecuente que reinara de nuevo en ella un silencio absoluto.

Estaba David, que era como un hijo para ella; se encargaba de mantener la casa en orden, la entretenía cuando ella lo necesitaba y permanecía discretamente apartado cuando quería estar sola.

Nadie conocía sus estados de ánimo mejor que David.

Y estaban Stella y sus dos preciosos hijos. Había sido un buen día, pensó mientras hacía ejercicios de calentamiento en la terraza, aquél en que contrató a Stella Rothchild para que se ocupara de su vivero.

Por supuesto, Stella no tardaría en marcharse y se llevaría con ella a aquellos

niños encantadores. No obstante, una vez se hubiera casado con Logan (¡y qué buena pareja hacían!) vivirían a solo unos pocos kilómetros de distancia.

Hayley seguiría allí, infundiendo a la casa su juventud y energía. Rosalind, Roz, también había sido afortunada con ella. Una vaga y distante relación familiar hizo que Hayley, entonces embarazada de seis meses, llegara a su puerta. En Hayley había encontrado a la hija que deseaba en secreto, y la alegría de una nieta honoraria en la pequeña y adorable Lily.

Pensó que no se había dado cuenta de lo solitaria que había sido su vida hasta que llegaron aquellas muchachas para llenar el vacío. Cuando dos de sus tres hijos se marcharon, la mansión resultó demasiado grande y silenciosa. Y temía que llegara el día en que Harper, el primogénito, abandonara el pabellón para invitados que estaba a tiro de piedra del edificio principal.

Pero así era la vida. Nadie sabía mejor que una jardinera que la vida jamás permanece estática. Los ciclos eran necesarios, pues sin ellos no habría floración.

Bajó la escalera briosamente, gozando de la estampa que ofrecían sus jardines invernales envueltos en las tempranas nieblas. ¡Qué bonitas eran las betónicas con su suave follaje plateado cubierto de rocío! Y los pájaros aún tenían que atacar los brillantes frutos de su cerezo silvestre rojo.

Caminando a fin de dar a los músculos tiempo para que se calentaran, y al mismo tiempo gozar de los jardines, rodeó el lateral de la casa, hacia la fachada.

Trotó con más rapidez por el sendero que conducía a la entrada de la finca. Era una mujer alta y esbelta, de negro y corto cabello al que no dedicaba muchos cuidados. Sus ojos, color de miel oscura, examinaban el terreno: los altos magnolios, los delicados cornus, la disposición de los arbustos ornamentales, la masa de pensamientos que había plantado solo unas semanas atrás y los arriates donde las flores tardarían un poco más en brotar.

A su modo de ver, no había en el oeste de Tennessee ningún jardín que pudiera competir con los de la mansión Harper, de la misma manera que ninguna otra construcción podía compararse con la digna elegancia de la suya.

Por costumbre, al llegar al final del sendero se volvió y, moviendo las piernas como si corriera pero sin moverse, la contempló rodeada por la niebla perlina.

Pensó que era majestuosa, con su mezcla de estilos neohelénico y gótico, la cálida piedra amarilla suave contra el limpio ribete blanco. Su doble escalera se alzaba hasta la terraza que abarcaba todo el segundo nivel, y coronaba la entrada cubierta de la planta baja.

Le encantaban las altas ventanas, la carpintería como de encaje en la barandilla del tercer piso, la amplitud. Y también la herencia que representaba.

La había mimado, había cuidado de ella, trabajado por ella, desde que la heredó a la muerte de sus padres. Allí había criado a sus hijos y, cuando perdió a su marido, lo había llorado entre aquellas paredes.

Un día se la legaría a Harper, como ella la había recibido. Y daba gracias a Dios, porque estaba absolutamente convencida de que él la cuidaría y amaría como ella.

Lo que la finca le había costado no era nada en comparación con lo que le daba, incluso en aquel mismo momento, cuando estaba en el extremo del sendero, mirando atrás a través de la niebla matinal.

Pero si seguía allí, no podría completar los cinco kilómetros que se había fijado. Se encaminó hacia el oeste, manteniéndose en el lado de la carretera, aunque a hora tan temprana apenas había tráfico.

Para no caer en la monotonía del ejercicio, se puso a revisar la lista de cosas que debía hacer aquel día.

Tenía unos buenos pimpollos de plantas anuales que estaban listas para extraerles los cotiledones. Tenía que revisar todos los pimpollos en busca de señales de putrefacción en el pie producidos por hongos. Algunas de las plantas madre más antiguas estarían listas para el trasplante.

Recordó que Stella había pedido más amarilis, más tiestos con bulbos, más guirnaldas y flores de Pascua para las ventas de la temporada festiva. Hayley podía ocuparse de las guirnaldas. La muchacha era hábil con las manos.

Luego debía ocuparse de los árboles navideños cultivados en la plantación, así como del acebo. Gracias a Dios, eso podía dejarlo en manos de Logan.

Debía hablar con Harper, para ver si él tenía a punto más de aquellos cactus navideños que había injertado. Roz quería un par para la casa.

Revisó mentalmente toda la actividad del vivero mientras pasaba por delante del Jardín. Era tentador, siempre lo había sido, desviarse de la carretera y avanzar por el sendero de grava, complacerse en un paseo solitario por lo que ella había levantado en aquel terreno.

Stella se había esmerado para las fiestas, observó Roz con placer; había agrupado las flores de Pascua verdes, rosas, blancas y rojas, que formaban un lago de color estacional ante la fachada de la casa baja que servía de entrada al espacio donde se vendían plantas al por menor. Ella había colgado otra guirnalda en la puerta, rodeada de minúsculas bombillas blancas; el pequeño pino blanco

que había desarraigado de la plantación decoraba el porche.

Pensamientos blancos, satinado acebo y resistente salvia reforzaban el interés de la oferta y ayudarían a aumentar las ventas navideñas.

Resistiéndose a la tentación, Roz siguió corriendo carretera adelante.

Tenía que encontrar algún tiempo, si no aquel día, entrada la semana, para terminar las compras navideñas, o por lo menos para reducir bastante su volumen. Debía asistir a varias fiestas navideñas, aparte de la que ella había decidido organizar. Desde que empezó a vivir en la casa no había dado una fiesta digna de ese nombre.

Admitía que el divorcio había sido, por lo menos en parte, el culpable. No le apetecía ser la anfitriona de una fiesta cuando se sentía estúpida, herida y más que ligeramente avergonzada por su necia y afortunadamente breve unión con aquel embustero y tramposo.

Pero se recordó que había llegado el momento de dejar eso de lado, del mismo modo que había prescindido de él. El hecho de que Bryce Clerk hubiera vuelto a Memphis no hacía más que recalcar la importancia de que ella viviese su vida, pública y privada, exactamente como le parecía.

En el lugar que señalaba dos kilómetros y medio de recorrido, un punto donde había un viejo nogal hendido por un rayo, dio media vuelta. La tenue niebla le había humedecido el cabello y el chándal, pero notaba en los músculos una sensación de calor y flexibilidad. Debía reconocer que todo cuanto decían del ejercicio era cierto.

Observó una cierva que deambulaba a través de la carretera: pelaje espeso para el invierno, ojos alerta ante la intrusión de un ser humano. Eres hermosa, pero no te acerques a mis jardines, pensó Roz, resollando un poco en los últimos ochocientos metros. Tomó otra nota mental: tratar de nuevo los jardines con repelente antes de que la cierva y sus amigos decidieran ir allí a merendar.

Estaba tomando la curva del sendero cuando oyó un ruido apagado de pasos y entonces vio la figura que avanzaba hacia ella. Pese a la niebla, no tuvo dificultad en identificar a la otra persona que se había levantado temprano.

Ambos se detuvieron, movieron las piernas como si corrieran, y ella sonrió a su hijo.

—Esta mañana te has levantado con las gallinas.

—Pensé levantarme lo bastante temprano para darte alcance. —El muchacho se pasó una mano por el oscuro cabello—. La celebración del día de Acción de Gracias, luego tu cumpleaños... me ha parecido que sería mejor eliminar

cualquier exceso antes de que llegue la Navidad.

—Nunca engordas ni un gramo. Es irritante.

—Me noto fofo. —Movi6 los hombros, puso en blanco los ojos, de iris castaño como los de su madre, y se ech6 a reír—. Además, he de mantenerme en forma como mi mamá.

Él la mir6. Era innegable que tenía las mismas facciones de su madre. Pero cuando sonreía, ella veía los rasgos del padre.

—Así me gusta, muchacho. ¿Cuántos kilómetros haces?

—¿Cuántos haces tú?

—Cinco.

Él sonrió.

—Pues yo haré siete. —Antes de partir, le dio una suave palmadita en la mejilla.

«Debería haberle dicho ocho, solo para sacarlo de quicio». Soltó una risita y cubrió el último tramo del sendero caminando, para relajar los músculos.

La casa brillaba tenuemente entre la niebla. Ella pensó: «Gracias a Dios por otro día», y dio la vuelta al edificio para entrar por donde había salido.

La casa seguía en silencio, hermosa y evocadora.

Roz se duchó y se puso la ropa de trabajo; había empezado a bajar por la escalera central cuando oyó los primeros movimientos: los hijos de Stella que se preparaban para ir a la escuela, Lily que se atareaba con el desayuno. Agradables sonidos, pensó ella. Sonidos de familia, de ajetreo, que había echado en falta.

Por supuesto, la casa había estado llena solo un par de semanas atrás, con todos los chicos presentes para celebrar el día de Acción de Gracias y su cumpleaños. Austin y Masón volverían para pasar las fiestas navideñas. Una madre con hijos adultos no podía pedir más.

Bien sabía Dios que muchas veces, durante su infancia y adolescencia, había ansiado cierta quietud. Tan solo una hora de paz absoluta en la que no tuviera nada más apasionante que hacer que sumergirse en una bañera llena de agua caliente.

Luego, tuvo demasiado tiempo libre a su disposición, ¿no era cierto? Demasiado silencio, demasiado espacio vacío. Y así acabó casándose con un hijo de perra que tenía mucha labia y que había echado mano de su dinero para impresionar a las bobas con las que la engañaba.

No tenía sentido lamentarse por la leche derramada, se dijo Roz. No era constructivo pensar en ello.

Entró en la cocina, donde David ya estaba batiendo algo en un cuenco; la agradable fragancia del café recién hecho se expandía por el aire.

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo está la mejor de mis chicas?

—Todavía en la brecha. —Se acercó a una alacena para coger un tazón—. ¿Qué tal la cita de anoche?

—Prometedora. Le gustaba el vermut Grey Goose y las películas de John Waters. Este fin de semana saldremos otra vez. Siéntate. Estoy haciendo torrijas.

—¿Torrijas? —Eran su debilidad—. Diablos, David, acabo de correr cinco kilómetros para evitar que el culo me llegue a las corvas, y no se te ocurre otra cosa que ponerme torrijas delante de las narices.

—Tienes un bonito culo, y no te llega a las corvas ni mucho menos.

—Aun así... —musitó ella, pero tomó asiento—. Me he cruzado con Harper en el camino. Como descubra lo que hay en el menú, husmeará en la puerta trasera.

—Estoy haciendo muchas.

Roz tomó café mientras él calentaba la sartén.

Era apuesto como un astro de la pantalla, solo un año mayor que su Harper y una de las personas que le alegraban la vida.

Cuando era un chiquillo lo habían civilizado en su casa, y ahora prácticamente la dirigía.

—David, esta mañana he pensado en Bryce dos veces. ¿Qué crees que significa eso?

—Significa que necesitas una torrija —respondió él mientras sumergía gruesas rebanadas de pan en su rebozado mágico—. Y probablemente te ha acometido la nostalgia que suele sentirse mediadas las vacaciones.

—Lo eché de casa antes de Navidad. Supongo que se debe a eso.

—Y bien alegre que fue aquella Navidad, con ese cabrón ahí fuera, pasando frío. Ojalá hiciera frío —añadió—. Que lloviera hielo, ranas y pestilencia.

—Voy a preguntarte algo que jamás te pregunté cuando él y yo estábamos juntos. ¿Por qué no me dijiste nunca cuánto te desagradaba?

—Probablemente por la misma razón por la que tú no me contaste cuánto te desagradaba aquel actor sin trabajo de falso acento británico por el que creí enloquecer unos años atrás. Te quiero.

—Es una buena razón.

Él encendió el fuego en la pequeña chimenea de la cocina; Roz se inclinó hacia las llamas, tomó café y se sintió segura y fuerte.

—¿Sabes? Si pudieras envejecer veinte años y enmendarte, podríamos vivir juntos en pecado. Creo que eso estaría bien.

—Cariño... —Él deslizó el pan en la sartén—. Eres la única chica del mundo que me tentaría.

Ella sonrió y, apoyando el codo en la mesa, se puso la barbilla en el puño.

—Está saliendo el sol —le dijo—. Va a hacer un buen día.

Un buen día a comienzos de diciembre significaba una jornada atareada en el centro de jardinería. Roz tenía tanto que hacer que agradecía no haberse resistido al desayuno que David le había instado a tomar. Se saltó el almuerzo.

En el semillero tenía una mesa llena de bandejas de semillas germinadas. Ya había separado los especímenes demasiado jóvenes para trasplantar; inició la operación con los que ya le parecieron a punto.

Alineó los recipientes, los paquetes de celdillas, los tiestos individuales y los cubos de turba. Una de sus tareas favoritas, incluso más que sembrar, era la colocación de un fuerte pimpollo en el hogar que ocuparía hasta que llegara el momento de la plantación.

Hasta que llegara ese momento, todos le pertenecían.

Y ese año estaba experimentando con su propia tierra para tiestos. Durante más de dos años había probado distintas fórmulas, y creía haber dado con la ganadora tanto para uso interior como exterior. La fórmula para uso exterior sería muy adecuada para trabajar en el invernadero.

Vertió el contenido del saco, la cuidadosa mezcla que ella había hecho, en los recipientes. Comprobó el grado de humedad y le dio su aprobación. Con sumo cuidado, alzó las jóvenes plantas sujetándolas por los cotiledones. Al trasplantarlas se aseguró de que la línea trazada por la tierra en el tallo estuviera al mismo nivel que en la bandeja; luego compactó con dedos expertos la tierra alrededor de las raíces.

Llenó un tiesto tras otro y los fue etiquetando mientras tarareaba las canciones de la irlandesa Enya, que emitía suavemente el lector portátil de compactos, al que consideraba parte del equipo esencial en un invernadero.

Los regó con una solución débil de fertilizante.

Satisfecha de su avance, cruzó la puerta del fondo, que daba acceso a la sección de plantas de hoja perenne. Revisó las existencias: plantas que habían empezado a crecer a partir de esquejes y las plantadas más de un año atrás, que

estarían listas para la venta dentro de unos meses. Las regó y atendió, y entonces se acercó a las plantas madre en busca de más esquejes. Había empezado a llenar una bandeja de anémonas cuando entró Stella. Con el cabello pelirrojo y rizado recogido en una cola, la joven examinó las mesas.

—Vaya, has estado trabajando duro.

—Y con optimismo. Hemos tenido una temporada excelente, y espero que esta también lo sea. Si la naturaleza no nos juega una mala pasada.

—Tal vez te gustaría echar un vistazo a las nuevas guirnaldas. Hayley se ha pasado la mañana trabajando en ellas. Creo que se ha superado a sí misma.

—Iré a verlas antes de irme.

—He dejado que se marchara. Espero que no te importe. Todavía se está acostumbrando a dejar a Lily con la canguro, aunque esta sea una clienta y viva a ochocientos metros de aquí.

—Está bien —replicó, y se acercó a las cervellinas—. Stella, no es necesario que me consultes todas tus decisiones, incluso las más nimias. Estás al timón de este barco desde hace casi un año.

—Era una excusa para volver aquí.

Roz se detuvo con el cuchillo suspendido sobre las raíces de las plantas preparadas para el corte de esquejes.

—¿Hay algún problema?

—No. Quería pedirte... ya sé que éste es tu campo, pero me preguntaba si, cuando las cosas se tranquilicen un poco después de las fiestas, si puedo dedicar algún tiempo a las labores de reproducción. Echo de menos esa tarea.

—De acuerdo.

Los brillantes ojos de Stella centellearon cuando se rio.

—Ya veo que te preocupa que trate de cambiar tus hábitos, de organizarlo todo a mi manera. Te prometo que no lo haré. No voy a incordiarte.

—Inténtalo y te mandaré a paseo.

—Entendido.

—Por cierto, quería hablar contigo. Necesito que me encuentres un proveedor de bolsas de tierra buena y barata. De medio kilo, dos, cinco y diez, para empezar.

—¿Para qué? —inquirió Stella mientras sacaba un cuadernillo del bolsillo trasero de los pantalones.

—Voy a empezar a preparar y vender mi propia tierra para tiestos. Hago mezclas para uso interior y exterior, y quiero emplear una etiqueta propia.

—Es una gran idea. Una buena fuente de beneficios. Y a los clientes les gustará conocer los secretos de jardinería de Rosalind Harper. Pero hay que tener en cuenta ciertas consideraciones.

—Ya he pensado en ello. No voy a tirar la casa por la ventana nada más empezar. Será un negocio modesto. —Todavía con tierra en las manos, cogió una botella de agua que estaba en un estante y, limpiándose distraídamente la mano en la camisa, desenroscó el tapón—. Quiero que el personal aprenda a preparar las bolsas, pero la fórmula es un secreto que me guardo. Os daré a ti y a Harper los ingredientes y las cantidades, pero el personal no debe conocerlos. De momento trabajaremos en el cobertizo principal de almacenamiento. Si el negocio prospera, construiremos uno específico.

—Las regulaciones del gobierno...

—Eso ya lo he estudiado. No usaremos pesticidas, y mantendré el contenido de nutrientes por debajo de los niveles regulados. —Al observar que Stella seguía escribiendo en su cuaderno de notas, Roz tomó un largo trago—. He solicitado la licencia para fabricar y vender.

—No me lo habías dicho.

—No te lo tomes a mal —replicó Roz, dejando la botella de agua, y sumergió un esqueje en el líquido protector de las raíces—. No estaba segura de que fuera a hacerlo, pero por si acaso quería quitarme de encima los trámites burocráticos. Es una especie de proyecto personal que llevaba acariciando desde hacía tiempo. Pero he cultivado algunos especímenes en esas mezclas y por ahora estoy satisfecha del resultado. Ahora tengo algunos más en marcha y, si sigue gustándome lo que sale, iniciaremos esa línea. Por eso quiero tener una idea de cuánto cuesta el embalaje y la impresión. Quiero que tengan clase. He pensado que podrías idear unos cuantos logotipos. Eso se te da bien. Tiene que destacar en el Jardín.

—Por supuesto.

—¿Y sabes lo que me gustaría de veras? —Hizo una pausa, como si lo buscara en su mente—. Me gustaría usar bolsas marrones, que tengan cierto parecido con la arpillera. Un aspecto anticuado, ¿comprendes? Algo que transmita la idea: ésta es una tierra buena y antigua, tierra sureña; también he pensado en unas flores de jardín de casa rural como decoración, unas flores sencillas.

—Que den la idea de que es un producto fácil de usar y que el cultivo de tu jardín no presentará problemas. Entendido.

—Puedo contar contigo para determinar los costes, los beneficios y la cuestión del marketing, ¿verdad?

—Me tienes a tu disposición.

—Lo sé. Voy a terminar con estos esquejes y me iré pronto, si no surge nada. Quiero hacer unas compras.

—Ya son casi las cinco, Roz.

—¿Las cinco? Imposible. —Alzó el brazo, giró la muñeca y consultó su reloj —. Diablos, he vuelto a perder la noción del tiempo. Bueno, me tomaré el día libre a partir de mañana al mediodía. Si no lo hago, ven a buscarme y sácame a empujones.

—No hay ningún problema. Será mejor que vuelva. Nos veremos en la casa.

Al llegar a casa se encontró con que las luces navideñas que bordeaban los aleros estaban encendidas, las guirnaldas brillaban en todas las puertas y las velas iluminaban todas las ventanas. La entrada estaba flanqueada por dos pinos en miniatura envueltos en minúsculas luces blancas.

Solo tuvo que franquear la puerta para verse rodeada por la fiesta.

En el vestíbulo, cinta roja y luces parpadeantes se enroscaban en las dos barandillas, y bajo los postes de arranque de la escalera había tientos rojos con flores de Pascua blancas.

Habían pulido hasta hacerlo destellar el cuenco de plata que perteneció a su bisabuela, que ahora estaba lleno de satinadas y rojas manzanas.

En el salón, un abeto noruego de tres metros de altura, procedente de su propia plantación, se alzaba ante las ventanas de la fachada. Sobre la repisa de la chimenea se alineaban los Papá Noel de madera que ella coleccionaba desde que quedó embarazada de Harper; en los extremos había unas lozanas plantas verdes.

Los dos hijos de Stella estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas, debajo del árbol, las cabezas alzadas, mirándolo con sus ojos enormes.

Hayley cogió en brazos a Lily, la pequeña de cabello oscuro, y la sujetó contra su cadera.

—¿No es espléndido? Asombroso, ¿verdad?

—David debe de haberse deslomado.

Los chicos se levantaron de un salto.

—¡Nosotros le hemos ayudado!

—Al volver de la escuela le ayudamos a poner las luces y todo —dijo Luke,

el menor—. Y enseguida ayudamos a hacer galletas, decorarlas y todo.

—Hasta tenemos un árbol arriba. —Gavin miró de nuevo el abeto—. No es tan grande como éste, porque es para el piso de arriba. Ayudamos a David a subirlo, y nosotros mismos lo decoramos. —Como sabía quién era el jefe de la casa, Gavin la miró en busca de confirmación—. Él lo dijo.

—Entonces debe de ser cierto.

—Está preparando algo en la cocina para celebrar la decoración del árbol. —Stella se acercó para contemplar el árbol desde la perspectiva de Roz—. Parece que vamos a tener una fiesta. Ya ha ordenado a Logan y a Harper que estén aquí a las siete.

—Bueno, será mejor que vaya a vestirme para la fiesta. Pásame al bebé primero. —Tendió las manos, tomó la niña que le ofrecía Hayley y la acarició—. Con un árbol de ese tamaño, tendremos que vestirnos de gala. ¿Qué te parece tu primer árbol navideño, chiquitina?

—Ya ha intentado gatear para meterse debajo cuando la he dejado en el suelo. Estoy deseando ver qué hace cuando lo vea decorado.

—Entonces será mejor que nos demos prisa. —Roz besó a Lily y se la devolvió a su madre—. El tiempo es todavía un poco cálido, pero creo que deberíamos encender la chimenea. Y que alguien le diga a David que ponga a enfriar unas botellas de champán. No tardaré en bajar.

Mientras subía rápidamente la escalera, Roz pensó que había pasado mucho tiempo desde la última vez que hubo niños en casa por Navidad. Y no podía negar que tenerlos allí volvía a hacer que se sintiera como una niña.

2

Con el estado de ánimo propio de las fiestas, Roz se fue de compras. El vivero podría prescindir de ella durante media jornada. A decir verdad, tal como Stella lo administraba, podía seguir adelante sin ella durante una semana. Si la necesidad llegaba a ser imperiosa, podía tomarse sus primeras vacaciones auténticas en... ¿cuánto tiempo había pasado desde la última vez? Parecía mentira, pero eran tres años.

Sin embargo, no tenía una necesidad imperiosa.

En ninguna parte se sentía tan feliz como en casa. Así pues, ¿para qué tomarse la molestia de hacer el equipaje, soportar la tensión del viaje, solo para acabar en otra parte?

Durante la etapa de crecimiento de los chicos, cada año los había llevado de viaje. Disney World, el Gran Cañón, Washington, Bar Harbor y muchos otros lugares. Pequeños disfrutes del país, unas veces elegidos al azar y otras con una gran planificación.

También por entonces pasaron tres semanas de vacaciones en Europa. ¿No había sido un viaje fantástico?

Ciertamente fue duro: a veces la ponía frenética y a veces histérica dominar a tres muchachos activos; pero, sí, había merecido la pena.

Recordaba lo mucho que le gustó a Austin el crucero por aguas del Maine para observar a las ballenas, o que Masón, en París, insistió en pedir caracoles, el día que Harper se perdió en Adventureland.

No cambiaría esos recuerdos por nada. Ella misma había visto buena parte del mundo.

En lugar de las vacaciones, se concentraría en otras cosas. Tal vez había llegado el momento de complementar el vivero con una floristería. Flores recién cortadas y arreglos florales. Reparto local. Por supuesto, eso significaría otro edificio, más suministros y más empleados. Pero era algo que podía pensarse

para uno o dos años más tarde. Tendría que hacer números y ver si el negocio le permitía la inversión.

Había dedicado al vivero una gran cantidad de sus recursos personales, para mantenerlo a flote, pero asumió el riesgo desde el principio. Siempre había cifrado sus prioridades en que sus hijos tuvieran seguridad y no les faltara de nada y que la mansión Harper siguiera cuidada, protegida y en poder de la familia.

Todo eso lo había logrado, aunque hubo épocas en que tuvo que hacer juegos malabares y se pasó más de una noche en vela. Tal vez el dinero no había supuesto para ella el tremendo problema que suele ser para los padres que se quedan sin cónyuge, pero de todos modos había sido un problema.

El Jardín no era un simple capricho, como algunos creían. Había necesitado nuevos ingresos y ella había negociado, arriesgado y trabajado para conseguirlos.

A Roz no le importaba que la gente pensara que era rica como Creso o pobre como una rata. No era ninguna de las dos cosas, pero había organizado una buena vida para sí misma y para sus hijos con los recursos que tenía a mano.

Y ahora, si quería pasarse un poco de la raya jugando a Papá Noel, podía permitírselo.

Abandonándose al impulso consumista, puso el centro comercial patas arriba, hasta el punto que tuvo que hacer dos viajes al coche cargada de bolsas. Puesto que no tenía ningún motivo más para detenerse allí, se encaminó a Wal-Mart y trató de abrirse paso a través de la sección de juguetes.

Como de costumbre, en cuanto cruzó las puertas, se le ocurrieron otra docena de cosas que probablemente le serían útiles, de modo que tenía el carrito medio cargado, además de haberse detenido en los pasillos para saludar a cuatro conocidos, antes de llegar a la sección de juguetes.

Al cabo de cinco minutos ya se estaba preguntando si necesitaría un segundo carrito. Esforzándose por mantener en equilibrio un par de cajas enormes sobre el montículo de las demás compras, dobló una esquina y chocó violentamente con otro carrito.

—Perdón. Parece que no puedo... ah, hola.

Hacía semanas que no veía al doctor Mitchell Carnegie, el genealogista al que, más o menos, había contratado. Habían tenido unas pocas y breves conversaciones telefónicas, e intercambiado correos electrónicos, pero se habían visto muy poco desde una noche que él fue a cenar a la mansión, donde terminó

viendo el fantasma de la Novia Harper.

Roz le consideraba un hombre interesante; además, le tenía en alta estima por no haber puesto pies en polvorosa tras aquella experiencia nocturna.

En su opinión, aquel hombre tenía las credenciales que ella necesitaba, junto con temple y una mentalidad abierta. Lo mejor de todo era que aún debía hablarle mucho del linaje familiar y de los pasos necesarios para identificar a una mujer muerta.

En aquel momento parecía que llevaba varios días sin afeitarse, y las oscuras cerdas daban a su rostro un aspecto duro. Sus ojos de color verde botella tenían una expresión de fatiga y desaliento; también necesitaba un arreglo del cabello.

Vestía de un modo muy similar a la primera vez que se vieron, con unos viejos vaqueros y una camisa arremangada. Al contrario que el de ella, su carrito estaba vacío.

—Ayúdeme —le pidió en el tono de un hombre que pende de un precipicio, sujeto con manos temblorosas a una rama precaria.

—¿Perdone?

—Una niña de seis años. Cumpleaños. Desesperación.

—Oh. —Roz decidió que le gustaba la voz caldeada por el bourbon, a pesar de que el pánico la ponía tensa, y frunció los labios—. ¿Cuál es la relación?

—Una sobrina, hija tardía e inesperada de mi hermana. Tuvo la decencia de tener antes dos chicos. Con ellos no tengo problemas.

—Bueno, ¿es una chica femenina?

Él produjo un sonido, como si la rama hubiera empezado a romperse.

—De acuerdo, de acuerdo. —Roz sacudió una mano y, abandonando su carro, dio la vuelta en el pasillo—. Podría haberse ahorrado tanta angustia si le hubiera preguntado a la madre.

—Mi hermana está enfadada conmigo porque me olvidé de su cumpleaños.

—Comprendo.

—Mire, el mes pasado me olvidé de todo, incluido mi propio nombre en un par de ocasiones. Como le dije, estaba terminando de revisar el libro. Tenía una fecha de entrega que cumplir. Por el amor de Dios, mi hermana tiene cuarenta y tres años o cuarenta y uno, o puede que cuarenta y dos. —Claramente desesperado, se pasó las manos por la cara—. ¿No dejan las mujeres de contar los años a partir de los cuarenta?

—Puede que dejemos de contar, doctor Carnegie, pero eso no significa que no esperemos un regalo apropiado para la ocasión.

—De eso no cabe la menor duda —replicó él, mirándola mientras ella examinaba los estantes—. Y puesto que vuelve a llamarme doctor Carnegie, me atrevo a suponer que está de su parte. Le envié flores —añadió él en un tono ofendido. Roz se obligó a contener la risa—. De acuerdo, se las envié tarde, pero lo hice. Dos docenas de rosas, pero ella sigue molesta.

Se metió las manos en los bolsillos traseros de los pantalones y miró con el ceño fruncido a las Barbie Malibú.

—No pude ir a su casa el día de Acción de Gracias. ¿Me convierte eso en un ogro?

—Da la impresión de que su hermana le quiere mucho.

—Está planeando mi liquidación inmediata si no compro hoy ese regalo y se lo envío mañana por FedEx.

Ella tomó una muñeca y volvió a dejarla en su sitio.

—Entonces supongo que el cumpleaños de su sobrina es mañana, y usted ha esperado hasta el último momento para buscarle apresuradamente alguna cosa.

Él guardó silencio un momento, y entonces le puso una mano en el hombro, de modo que ella se volvió a mirarlo.

—¿Quiere que muera, Rosalind?

—Me temo que no me sentiría responsable. Pero encontraremos algo, podrá envolverlo como es debido y enviarlo inmediatamente.

—Envolverlo. Dios mío, ¿es preciso envolverlo?

—Pues claro que es preciso envolverlo. Y tendrá que comprar una bonita tarjeta, algo interesante y apropiado a la edad de su sobrina. Humm. Esto me gusta. —Dio unos golpecitos a una enorme caja.

—¿Qué es?

—Es un juguete de construcción. Mire, tiene piezas modulares para que una niña pueda diseñar como quiera su propia casa de muñecas, con mobiliario incluido.

Tiene muñecos y hasta un perrito. Divertido y educativo. Todo un acierto.

—Estupendo, sensacional. Le debo la vida.

—¿No está un poco apartado de su medio habitual? —le preguntó cuando él sacaba la caja de la estantería—. Vive en la ciudad, donde hay toda clase de tiendas.

—Ése es el problema. Hay demasiadas. Y los centros comerciales son un laberinto. Me dan miedo. Así que pensé en venir aquí. Por lo menos todo está bajo un solo techo. Puedo comprar el regalo para la niña y comprar... ¿qué

diablos era? Detergente. Sí, necesito detergente y algo más, lo anoté... —Se sacó del bolsillo una agenda electrónica—. Aquí está.

—Bueno, le dejaré que vaya a comprarlo. No se olvide del papel de envolver, la cinta, un gran lazo y una bonita tarjeta.

—Un momento, un momento. —Con el lápiz electrónico añadió las demás cosas—. El lazo. Puede comprarse hecho y pegarlo en la caja, ¿no es cierto?

—Eso servirá, desde luego. Buena suerte.

—No, espere, espere. —Volvió a guardarse la agenda en el bolsillo posterior del pantalón, y cargó con la caja. Ahora sus ojos verdes parecían más serenos, y se centraban en ella—. De todos modos iba a ponerme en contacto con usted. ¿Ha terminado de comprar?

—Todavía no.

—Estupendo. Déjeme coger lo que necesito y nos vemos en la salida. La ayudaré a cargar los paquetes en su coche y luego podemos ir a comer.

—Son casi las cuatro. Es un poco tarde para comer.

—Ah. —Consultó distraído su reloj para confirmar la hora—. Creo que en estos sitios el tiempo se distorsiona, de modo que puedes pasar el resto de tu vida deambulando sin objetivo y sin que te des cuenta. En fin, entonces tomemos una copa. Me gustaría hablarle del proyecto.

—De acuerdo. Hay un pequeño local llamado Rosa's en la acera de enfrente, pasado el aparcamiento. Nos encontraremos ahí dentro de media hora.

Él la estaba esperando, sin embargo, a la salida. Pacientemente, según todos los indicios. Insistió en ayudarla a cargar los paquetes en el coche. Echó un vistazo a lo que ya estaba colocado en el maletero y exclamó: «¡Santa Madre de Dios!».

—No voy de compras con frecuencia, así que cuando lo hago intento que cunda.

—Ya lo veo.

—Quedan menos de tres semanas para Navidad —apuntó Roz.

—Debo pedirle que no me lo recuerde. —Metió el último paquete de ella en el maletero—. Mi coche está por ahí. —Señaló vagamente hacia la izquierda—. Nos vemos en ese local.

—De acuerdo. Gracias por la ayuda.

Por su manera de andar, mirando a uno y otro lado, Roz tuvo la plena seguridad de que no recordaba dónde había aparcado. Pensó que debería haber

introducido el dato en aquel cacharrito electrónico que llevaba en el bolsillo. La idea le hizo sonreír mientras atravesaba el aparcamiento en dirección al restaurante.

No le importaba que una persona fuese distraída hasta cierto punto. Eso tan solo indicaba que probablemente tenía muchas cosas en la cabeza, por lo que tardaba un poco más en encontrar lo que buscaba. Al fin y al cabo, no había contratado a Mitchell Carnegie porque sí. Había hecho una investigación previa y leído u ojeado varios de sus libros. Era un experto en su campo, vivía en la zona y, aunque sus servicios eran caros, no había puesto demasiadas objeciones a ajustar el precio ante la perspectiva de investigar e identificar a un fantasma.

Roz aparcó y entró en el vestíbulo del local. Pensó pedir un vaso de té frío o un café, pero entonces cambió de idea. Tras una tarde de compras tan fructífera merecía una copa de vino.

Mientras esperaba a Mitchell llamó por el móvil al vivero para comunicar que no regresaría, a menos que la necesitaran.

—Aquí todo va bien —le dijo Hayley—. Debes de estar comprando toda la tienda.

—Eso he hecho. Entonces me he encontrado con el doctor Carnegie en el Wal-Mart...

—¿Ese encanto? ¿Cómo es que yo nunca tropiezo con hombres atractivos en el Wal-Mart?

—Ya llegará tu día, estoy segura. En cualquier caso, vamos a tomar una copa y hablar, supongo, de nuestro pequeño proyecto.

—Estupendo. Deberíais hablar del asunto durante la cena, Roz.

—No es una cita. —Pero había sacado el pintalabios y había dado un tono coral suave a sus labios—. Es una reunión improvisada. Si surge algo llámame al móvil. De todos modos, iré a casa dentro de un par de horas.

—No te preocupes por nada. De todas formas, tendréis que comer algo en alguna parte, así que ¿por qué no...?

—Por ahí viene. Luego os informaré a todos. Hasta luego.

Mitchell tomó asiento a la mesa ante ella.

—Un lugar muy adecuado, ¿verdad? ¿Qué va a tomar?

Ella pidió una copa de vino, y él café solo. Entonces abrió el menú y añadió *antipasto*.

—Necesita algún sustento después del safari que ha hecho. ¿Qué tal ha ido todo?

—Muy bien, gracias. ¿Y qué me dice de usted?

—Bien, ahora que me he quitado el libro de encima.

—Nunca le he preguntado de qué trataba.

—Un estudio biográfico de Charles-Pierre Baudelaire. —Aguardó un instante y vio que ella enarcaba las cejas, un gesto inquisitivo—. Un poeta parisiense del siglo XIX, bohemio, drogadicto, muy controvertido, con una vida muy dramática. Lo acusaron de blasfemia y obscenidad, despilfarró su herencia, tradujo a Poe, escribió una poesía oscura e intensa y, mucho después de su muerte a causa de una enfermedad de transmisión sexual, algunos lo consideran el primer poeta de la época moderna y otros un pobre tipo enfermo.

—¿Y en qué campo ha montado usted su tienda?

—Fue brillante y retorcido. Y, créame, será mejor que no me ponga a hablar de él o lo haré por los codos; me limitaré a decir que era un tema fascinante y frustrante sobre el que escribir.

—¿Está satisfecho con el libro?

—Lo estoy —respondió él, y mientras les servían las bebidas añadió—: y todavía más satisfecho porque ya no he de vivir día y noche con Baudelaire.

—Es como vivir con un fantasma, ¿verdad?

—Una bonita transición de un asunto a otro —dijo él, brindando con la taza de café—. Permítame decirle, en primer lugar, que le agradezco su paciencia. Esperaba haber terminado este libro hace semanas, pero una cosa condujo a la otra...

—Ya me advirtió de entrada que no estaría disponible durante algún tiempo.

—No había esperado que fuese tanto. Pero he pensado mucho en su situación. Habría sido difícil no hacerlo tras la experiencia de la primavera pasada.

—Fue una introducción a la Novia Harper más personal de lo que había planeado.

—Dijo usted que desde entonces ha estado... apagada.

—Todavía les canta a los chicos y a Lily, pero ninguno de nosotros la ha visto desde aquella noche, y si he de serle sincera, no se ha tratado tanto de paciencia como de que yo misma he estado muy atareada. El trabajo, la casa, una próxima boda, un nuevo bebé en la casa. Y después de aquella noche, estaba claro que todos nosotros necesitábamos un respiro.

—Me gustaría empezar ya, de veras, si a usted le parece bien.

—Supongo que nuestro encuentro de hoy ha sido cosa del destino, porque he pensado lo mismo. ¿Qué necesitará?

—Todo lo que tenga. Datos fidedignos, documentos, diarios, cartas, relatos familiares. Le agradezco las fotos de las que me sacó copia. Disponer de fotos, cartas o diarios escritos de puño y letra de las personas que investigo me ayuda a penetrar a fondo en sus vidas.

—No hay ningún problema. Con mucho gusto le facilitaré más material.

—Lo que he hecho hasta ahora, en los intervalos que me dejaba la preparación del libro sobre Baudelaire, es lo que llamamos una tarea convencional: iniciar el trazado del árbol genealógico básico, tener una idea de cómo era la gente y el linaje. Ésos son los primeros pasos.

—Y según va avanzando, algo que me gustaría saber.

—No sé si hay algún lugar en su casa donde yo pudiera trabajar. La mayor parte de la tarea la haré en mi piso, pero podría ser de ayuda que tuviera un espacio en el sitio donde se encuentra el objeto estudiado. La casa tiene un papel esencial en la investigación y en los resultados.

—Eso no sería un problema.

—En cuanto a la intervención de Amelia en el proyecto, desearía una lista de nombres. Quisiera entrevistar a toda persona que haya tenido cualquier contacto con ella.

—De acuerdo.

—Y el permiso por escrito del que hablamos antes, para que tenga acceso a los registros familiares, partidas de nacimiento, certificados de matrimonio y defunción, ese tipo de documentos.

—Lo tendrá usted.

—Y permiso para usar la investigación, y cuanto ésta me procure, en un libro.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Quisiera tener la facultad de aprobar el manuscrito.

Él la miró con una sonrisa encantadora.

—No la tendrá.

—Bueno, la verdad...

—Con mucho gusto le daré una copia, si el texto llega a materializarse, pero no dependerá de su aprobación. —Tomó un corto y grueso palito de pan del ancho recipiente de cristal que estaba sobre la mesa y se lo ofreció—. Los descubrimientos que haga y lo que escriba, son cosa mía; pero si llego a escribir

un libro y lo publico, no me deberá nada por mi trabajo.

Ella se reclinó en su asiento y aspiró hondo. El aspecto agradable y desenfadado, el pelo más bien lacio y castaño oscuro, la sonrisa encantadora, los zapatos anticuados... todo ello ocultaba a un hombre inteligente y testarudo.

Roz pensó que era una pena sentirse impulsada a respetar a los hombres inteligentes y testarudos.

—¿Y si no lo escribe?

—Volveremos a las condiciones de nuestra primera reunión: las treinta primeras horas son gratuitas, y luego son cincuenta dólares por hora más gastos. Podemos especificarlo en un contrato.

—Creo que eso sería lo más juicioso.

Cuando les sirvieron el aperitivo, Roz rechazó una segunda copa de vino y tomó distraída una aceituna del plato.

—¿No necesitará también permiso de todos los entrevistados, si decide publicarlo?

—Ya me ocuparé de eso. Quería preguntarle por qué no ha hecho esto antes. Ha vivido siempre en esa casa y nunca ha tratado de identificar a un fantasma que vive con usted. Y, permítame añadir, incluso después de mi experiencia, es difícil creer que esa frase solo haya salido de mi boca.

—No lo sé con exactitud. Tal vez estaba demasiado atareada o demasiado acostumbrada a ella. Pero he empezado a preguntarme si no estaba solo... bueno, inmunizada. La familia nunca se preocupó por ella. Puedo darle toda clase de detalles de mis antepasados, pequeñas y extrañas anécdotas familiares, pero por lo que se refiere a ella, nadie parece saber nada ni le interesa averiguarlo. Yo misma incluida.

—Ahora se interesa.

—Sí, es cierto que cuanto más pienso en lo que ignoro, más deseo saber. Y tras haberla visto yo sola de nuevo aquella noche de junio, necesito averiguarlo todo acerca de ella.

—La vio cuando era niña —le aguijoneó él.

—Sí. Entraba en mi habitación, cantando su nana. Nunca la temí. Entonces, como les sucede a todos los niños que crecen en la mansión Harper, cuando tenía unos doce años dejé de verla.

—Pero la vio de nuevo.

Había algo en sus ojos que le hizo pensar a Roz que el doctor deseaba tener a mano su cuaderno de apuntes o su grabadora. Un rigor, una concentración

absoluta que a ella le parecía inesperadamente atractiva.

—Sí. Volvió cuando estuve embarazada de cada uno de mis hijos. Pero se trataba más bien de la sensación de su presencia. Como si estuviera cerca y supiera que pronto habría otro niño en la casa. La he visto otras veces, desde luego, pero supongo que deseará hablar de ello en un entorno más formal.

—No es necesario que sea formal, pero me gustaría grabar la conversación que tengamos sobre ella. Así iniciaría la investigación con un trabajo preliminar básico. Stella dijo que había visto escrito en la ventana el nombre Amelia. Buscaré en los antecedentes de su familia alguien con ese nombre.

—Ya lo he hecho. —Roz alzó un hombro—. Al fin y al cabo, si iba a ser tan sencillo, pensé que yo misma podría hacer las averiguaciones. Pero no encontré a nadie de ese nombre... nacimiento, muerte, matrimonio, por lo menos no hay nada en los documentos que tengo.

—Si no le importa, haré una comprobación por mi cuenta.

—Como guste. Espero que sea concienzudo.

—Cuando empiezo, Rosalind, soy un sabueso. Cuando termine el trabajo, estará harta de mí.

—Y yo soy una mujer de humor cambiante y difícil, Mitchell. Así que lo mismo le digo.

Él le sonrió.

—Había olvidado lo guapa que es.

—¿De veras?

Mitchell se echó a reír, pues el tono de Roz había sido de insulsa cortesía.

—Eso demuestra lo mucho que me ha absorbido Baudelaire. Normalmente no olvido esas cosas. Claro que él no tenía muchos cumplidos que hacerle a la belleza.

—¿No? ¿Qué decía?

—«Con nieve por carne y hielo por corazón, me siento en lo alto, insospechada esfinge envidiosa de los actos que alteran las formas; jamás río, jamás lloro».

—Debió de ser un hombre muy triste.

—Complicado —replicó Mitchell—, e intrínsecamente egoísta. En cualquier caso, usted no tiene nada helado.

—Es evidente que no ha hablado con algunos de mis proveedores. —«O con mi ex marido», pensó—. Me ocuparé de que extiendan ese contrato y le faciliten por escrito los permisos que necesita. En cuanto al espacio para su trabajo, creo

que la biblioteca será el mejor lugar. Siempre que lo necesite o desee algo, puede hablar conmigo llamándome a los números que le he dado. En estos tiempos todos tenemos varios números de teléfono. Si no me encontrara en ninguno de ellos, puede dirigirse a Harper, David, Stella o Hayley.

—Me gustaría ponerme manos a la obra en los próximos días.

—Estaremos preparados. Bueno, tengo que volver a casa. Muy agradecida por la invitación.

—Ha sido un placer. Le debo mucho más por ayudarme a encontrar el regalo de mi sobrina.

—Creo que va a ser usted un héroe.

Él dejó unos billetes sobre la mesa y se levantó para ofrecerle la mano antes de que ella pudiera deslizarse fuera del reservado.

—¿Habrán alguien en casa para ayudarla a cargar con ese montón de compras?

—He cargado con cosas mucho más pesadas, pero sí, David estará allí.

Él le soltó la mano, pero la acompañó hasta el coche.

—Pronto me pondré en contacto con usted —le dijo al abrirle la portezuela.

—Eso espero. Tendrá que hacerme saber qué se le ha ocurrido regalarle a su hermana en Navidad.

Mitchell hizo una mueca.

—Vaya por Dios, ¿era preciso que lo estropeará?

Riéndose, ella cerró la portezuela y bajó la ventanilla.

—En Dillard's tienen unos preciosos suéteres de cachemira. Cualquier hermano que se decidiera por uno de ellos se haría perdonar totalmente un cumpleaños olvidado.

—¿Es una afirmación garantizada, una especie de código femenino?

—Un marido o un amante es mejor que regale objetos brillantes, pero si se trata de un hermano, la cachemira es ideal.

—En Dillard's.

—Eso es —dijo ella, y puso el motor en marcha—. Adiós.

—Adiós.

Roz partió. Mientras se alejaba, miró por el retrovisor y lo vio allí de pie, balanceándose sobre los tacones, con las manos en los bolsillos. Hayley tenía razón: era un encanto.

Una vez en casa, cargó con tantas bolsas como pudo, entró y fue directamente al ala de la mansión que ella ocupaba. Tras una corta vacilación, amontonó las bolsas en la sala de estar y fue en busca de más.

Oía a los hijos de Stella en la cocina; obsequiaban a David con los detalles de la jornada. Roz pensó que sería mejor que metiera todas las compras, las subiera y las ocultara antes de que se enterasen de que estaba en casa.

Cuando hubo terminado, se detuvo en medio de la sala y miró fijamente lo que había traído.

Debía de haberse vuelto loca. Ahora que lo veía todo amontonado, comprendió el asombro de Mitchell. Con el género que había comprado en una sola tarde desmadrada podría abrir su propia tienda.

¿Cómo diablos iba a envolver todo aquello?

Se pasó ambas manos por el cabello y decidió que más tarde se ocuparía de aquel importante detalle. De momento telefonaría a su abogado (a su casa, un privilegio del que gozaba porque le conocía desde que iban al instituto) para pedirle que preparase el contrato.

Sabía que Hayley estaría arriba con Lily y Stella con los muchachos. En el mostrador de la cocina encontró una nota de David, diciéndole que había ido al gimnasio.

Comió un poco de estofado de carne y verduras que él le había dejado y dio un tranquilo paseo por los jardines. En la casita de Harper estaban encendidas las luces. David le habría llamado para decirle lo que había cocinado, que era uno de los platos favoritos de Harper. Si el chico quería, sabía dónde encontrarlo.

Entró en la casa, se sirvió otra copa de vino y pensó en darse un largo baño caliente.

Pero cuando subió la escalera, observó un movimiento en la sala de estar. Todo su cuerpo se tensó mientras se acercaba a la puerta, pero se relajó cuando vio que era Stella.

—Me has asustado —dijo Roz.

Stella, sobresaltada, se dio rápidamente la vuelta, con la mano en el corazón.

—¡Dios mío! No gano para sustos. Pensé que estarías aquí. He venido a ver si querías revisar el informe semanal, y me he encontrado con esto. —Abarcó con un gesto de la mano las bolsas y paquetes amontonados junto a la pared—. ¿Has comprado el centro comercial, Roz?

—No exactamente, pero lo he dejado bastante vacío. Y después de eso, no tengo ánimos para el informe semanal. Lo único que deseo es tomar este vino y

darme un buen baño.

—Y bien merecido lo tienes. Podemos hacerlo mañana. Ah, Hayley me ha dicho que has ido a tomar algo con Mitchell Carnegie.

—Sí, se diría que al final en Tennessee todo el mundo se encuentra en el Wal-Mart. Ha terminado su libro y parece que está deseando ocuparse de nuestro proyecto. Va a entrevistarte, y también a Hayley, entre otros. Eso no será un problema, ¿verdad?

—No, también yo estoy deseándolo. Bueno, te dejo con tu baño. Nos veremos mañana.

—Buenas noches.

Roz entró en su dormitorio y cerró la puerta. En el baño contiguo, llenó la bañera, añadió sales aromáticas y espuma y finalmente encendió unas velas. Por una vez no emplearía su tiempo libre en leer libros sobre jardinería o comercio mientras se remojava. Se limitaría a tenderse y no hacer nada.

Entonces se le ocurrió hacerse una limpieza de cutis.

A la luz suave y oscilante de las velas, se sumergió en el agua perfumada. Exhaló un suspiro bajo y prolongado. Tomó un sorbo de vino, dejó la copa en el borde y se hundió casi hasta el mentón.

Se preguntó por qué no hacía aquello con más frecuencia.

Sacó una mano de la espuma y la examinó. Era larga, estrecha y áspera como un ladrillo. Contempló las uñas: cortas y sin pintar. ¿Por qué iba a molestarse en pintarlas cuando removían tierra durante todo el día?

Sus manos eran buenas, fuertes y competentes. Y lo parecían. Eso no le importaba, como tampoco que en sus dedos no brillara ningún anillo.

Pero sonrió al alzar los pies. Las uñas de los pies eran su pequeño capricho. Aquella semana las llevaba pintadas de un violeta metálico. Casi siempre estaban ocultas bajo calcetines de trabajo y botas, pero ella sabía que los dedos de sus pies eran atractivos. Era una de esas frivolidades que la ayudaban a recordar que era mujer.

Sus pechos no estaban tan firmes como en el pasado. Aunque podía estar agradecida porque eran pequeños y no le colgaban. Todavía no.

No se preocupaba demasiado por el estado de sus manos, pues al fin y al cabo para ella eran herramientas; sin embargo cuidaba su piel con esmero. No podía evitar cierto número de arrugas, pero la hidrataba y masajeaba siempre que podía.

No estaba dispuesta a permitir que el cabello se le encaneciera, y también

tomaba medidas para evitarlo. El mero hecho de que se aproximara a los cincuenta no significaba que se rindiera y no tratara de reducir el daño que el tiempo se empeñaba en infligirle.

Había sido hermosa. Cuando era una joven novia, lozana, inocente y llena de felicidad. Cielo santo, ahora miraba aquellas fotos y casi le parecía que esa muchacha era una desconocida.

¿Quién había sido aquella encantadora joven?

Casi treinta años, pensó. Y el tiempo había transcurrido en un abrir y cerrar de ojos.

¿Cuándo fue la última vez que un hombre la había mirado y le había dicho que era bella? Bryce lo hizo, desde luego, pero le había dicho toda clase de mentiras.

Aunque Mitchell se lo había dicho a la ligera, de una manera informal, era más fácil creer que hablaba en serio.

¿Y por qué le importaba a ella?

Los hombres. Meneó la cabeza y tomó otro sorbo de vino. ¿Por qué pensaba en hombres?

Probablemente, y la ocurrencia le hizo sonreír, porque no tenía a nadie con quien compartir aquellos dedos de los pies tan atractivos. Nadie que la tocara como le gustaba que la tocaran, que la emocionara. Que la abrazara por la noche.

Había vivido sin todo eso y estaba satisfecha. Pero de vez en cuando añoraba la compañía de alguien. Y tal vez, debía admitir, la añoraba en aquellos momentos porque se había pasado una hora hablando con un hombre atractivo.

Cuando el agua se puso tibia, salió de la bañera. Tarareaba al tiempo que se secaba, se aplicaba crema a la piel y llevaba a cabo su ritual nocturno con el humidificador. Enfundada en el batín, se encaminó al dormitorio.

Notó el frío incluso antes de ver la figura en pie ante las puertas de la terraza.

Esta vez no era Stella. La Novia Harper estaba allí, con su sencillo vestido gris, el cabello brillante y rizado.

Roz tuvo que tragar saliva antes de poder hablar.

—Hacía tiempo que no venías a verme. No estoy embarazada, de modo que no puede ser por eso. ¿Amelia? ¿Es así como te llamas?

No hubo respuesta, aunque tampoco la esperaba. Pero la Novia sonrió, solo un breve conato de sonrisa, y entonces desapareció.

—Bueno. —Roz se restregó los brazos para hacer que entraran de nuevo en calor—. Supongo que ésa es tu manera de hacerme saber que apruebas nuestra

vuelta al trabajo.

Regresó a la sala de estar y tomó un calendario que estaba sobre el escritorio y en el que hacía anotaciones desde el invierno anterior. En la fecha correspondiente a aquel día anotó la aparición.

Suponía que al doctor Carnegie le gustaría saber que ella llevaba aquel registro.

3

A él nunca le había interesado gran cosa la jardinería. Claro que había vivido en pisos la mayor parte de su vida. Con todo, le gustaba mirar las plantas y las flores, y sentía admiración hacia quienes se interesaban por ellas.

Rosalind Harper era con toda evidencia una persona entendida en plantas.

En junio pasado él había visto algunos de los jardines de su finca, pero incluso su elegante belleza había palidecido al lado de su encuentro con la Novia Harper. Mitchell siempre había creído en el espíritu de una persona. ¿Por qué si no le atraerían tanto las historias, las genealogías, todas aquellas raíces y ramas de los árboles familiares? Creía que el espíritu podía influir y tener un impacto durante generaciones, incluso a lo largo de siglos.

Pero jamás había creído en la naturaleza tangible, la presencia física de ese espíritu.

Ahora estaba mejor informado.

A un hombre con su mentalidad académica le resultaba difícil racionalizar y asumir algo tan extravagante como los fantasmas.

Pero él lo había notado y lo había visto. Lo había experimentado, y los hechos eran irrefutables.

Así que ahora estaba atrapado. Podía admitirlo. Con su libro por fin publicado, estaba en condiciones de dedicar sus energías, su tiempo y sus habilidades a identificar el espíritu que, según se decía, llevaba más de un siglo recorriendo las salas de la mansión Harper.

Una vez hubiera resuelto algunos trámites legales, podría emplearse a fondo en la tarea.

Entró en la zona de aparcamiento del Jardín.

Pensó en lo interesante que era que un conjunto de jardines como aquél, que naturalmente alcanzaba su esplendor en primavera y verano, fuese tan atractivo y acogedor cuando diciembre estaba dando sus últimas boqueadas.

El cielo estaba cubierto de nubes que seguramente descargarían una lluvia fría y desagradable antes de que el mes hubiera terminado. Sin embargo, allí había plantas en pleno crecimiento. Mitchell no tenía ni idea de sus nombres, pero eran bonitas. Arbustos de un rojo óxido, lozanas plantas perennes con gruesas bayas, hojas de un verde plateado, pensamientos que parecían pintados con una tonalidad brillante. Por lo menos él reconocía un pensamiento cuando lo veía.

Había montones de material, y supuso que sería necesario para los trabajos de jardinería. A un lado, largas mesas sobre las que había plantas que debían de ser capaces de resistir el frío, un pequeño bosque de árboles y arbustos.

El porche del bajo edificio estaba decorado con flores de Pascua y un pequeño y esbelto árbol navideño con ristas de bombillitas.

Había otros vehículos en el aparcamiento. Vio que un par de hombres cargaban un árbol, cuyas raíces enfundadas en arpillera formaban una enorme bola, en la caja de un camión. Y una mujer estaba al volante de una camioneta roja cargada de flores de Pascua y bolsas de compras.

Subió por la rampa, cruzó el porche y entró en el edificio.

Observó que había muchas mercancías, más de las que había esperado encontrar. Tiestos, estacas decorativas, árboles para poner encima de la mesa ya decorados, libros, semillas, utensilios. Algunos de aquellos objetos estaban reunidos en cestas de regalo. Una buena idea.

Mitchell olvidó su intención de buscar a Roz de inmediato y se puso a curiosear. Cuando un miembro del personal le preguntó si necesitaba ayuda, él se limitó a sonreír, hizo un gesto negativo con la cabeza y siguió curioseando.

Mientras examinaba los estantes con abonos para la tierra, bolitas de fertilizante que se liberaban automáticamente en el momento programado y repelentes contra los parásitos, Mitchell reflexionó en la enorme labor que requería mantener semejante negocio. Tiempo, trabajo, habilidad y valor.

No se trataba de una afición ni de una pequeña empresa para el entretenimiento de una aristócrata sureña. Era un negocio serio. Una capa más de aquella mujer, supuso, y aún no había iniciado la aproximación a su centro.

La bella, la enigmática Rosalind Harper. ¿Qué hombre no querría tener la oportunidad de deshojar aquellas capas y saber quién era en realidad?

Pensó que estaba en deuda con su hermana y su sobrina por haberlo obligado a ir de compras en el último minuto. Encontrarse con Roz, verla con su carrito de la compra, pasar una hora a solas con ella, había sido el acontecimiento más

fascinante que le había sucedido en varios meses.

No era sorprendente que deseara verla de nuevo y que hubiera ido a su centro de jardinería para examinar otra faceta de su personalidad.

Cruzó las anchas puertas de vidrio y vio una masa exótica de plantas de interior. Había también surtidores de sobremesa y de jardín, así como cestos con helechos y plantas trepadoras que pendían de ganchos o estaban sobre pedestales.

Otra puerta daba acceso a una especie de invernadero, donde había decenas de largas mesas de madera. La mayor parte estaban vacías, pero en otras había plantas. Reconoció los pensamientos, pero no sabía qué eran las demás especies. No obstante, observó que en la etiqueta del tiesto decía que eran resistentes al tiempo invernal.

Estaba pensando en si iba a seguir mirando las plantas o dar media vuelta y preguntar por Roz cuando entró Harper, el hijo de ella.

—Hola, ¿puedo servirle en algo? —Al acercarse a Mitchell lo reconoció—. Ah, doctor Carnegie, ¿cómo está?

—Llámame Mitch —le dijo mientras se estrechaban la mano—. Me alegro de verte, Harper.

—Yo también. Menudo partido contra Little Rock la semana pasada.

—Sí, estupendo. ¿Estuviste allí?

—Me perdí el primer cuarto, pero la segunda mitad fue algo serio. Josh se impuso.

Mitch sonrió, lleno de orgullo por su hijo.

—Jugó bien. Esta semana se enfrentan al equipo de Missouri. Ese partido tendré que verlo por la tele.

—También lo veré. Cuando vea a su hijo dígame que aquella jugada en los últimos cinco minutos fue una maravilla.

—Se lo diré.

—¿Busca algo o a alguien?

—La verdad es que he venido a ver a tu madre. —Tienes sus ojos. Su boca, el mismo color de piel, pensó—. Estaba echando un vistazo a todo esto antes de ir en su busca. —Mientras miraba a su alrededor, Mitch se metió las manos en los bolsillos—. Vivís en un sitio espléndido.

—Nos mantiene ocupados. Acabo de dejarla en el semillero. Lo acompañaré.

—Te lo agradezco. Jamás habría pensado que en un negocio como este habría tanto trabajo en esta época del año.

—Siempre hay cosas que hacer cuando te ocupas de jardinería. —Harper imitó a Mitch y miró a su alrededor—. El género de las fiestas ya está listo, y ahora trabajamos en la preparación de las plantas para marzo.

Cuando salieron, Mitch se detuvo y metió los pulgares en los bolsillos de la chaqueta. Había varios invernaderos largos y bajos, divididos en dos zonas por un ancho espacio con más mesas bajo un cobertizo protegido por tela metálica. El visitante vio un campo donde un hombre utilizaba una máquina para desarraigar un pino... o una picea o un abeto. Él no habría podido encontrar la diferencia.

Tuvo un atisbo de un estanque y un arroyo, y más allá del bosque que separaba el negocio de la casa principal.

—La verdad es que estoy asombrado. No había esperado que un centro de jardinería fuera tan grande.

—Mamá no hace las cosas a medias. Cuando empezamos, las dimensiones del negocio eran menores, pero hace un par de años añadimos otros dos invernaderos y ampliamos el espacio en la sección de venta al detalle.

Mitch comprendió que, más que un negocio, se trataba de un estilo de vida.

—Debe de requerir un enorme trabajo.

—Desde luego. Tiene que gustarte.

—¿Y te gusta?

—Sí. Ahí está mi castillo. —Harper señaló—. Ésa es la casa de los injertos. Me ocupo sobre todo de los injertos y los trasplantes, pero me interesan también otras cosas, como los árboles navideños en esta época del año. Precisamente estaba arrancando diez de ellos en el campo cuando le he visto a usted.

Empezaba a llover de nuevo y Harper señaló uno de los invernaderos.

—Esto es el semillero. Desde que Stella está con nosotros, mamá se pasa ahí la mayor parte del tiempo.

—Entonces me será fácil encontrarla. ¿Por qué no sigues con la tarea que he interrumpido?

—Sí, será mejor que vuelva al campo. —Como estaba lloviendo, Harper se bajó más la visera de la gorra—. He de sacar esos árboles antes de que la lluvia espante a los clientes. Entre usted ahí. Nos veremos luego.

Harper echó a correr; ya había girado hacia el campo cuando Hayley fue a su encuentro desde la dirección contraria.

—¡Espera! Espera un momento, Harper.

El joven se detuvo y alzó un poco la visera para mirarla mejor. Hayley

llevaba una corta chaqueta de dril rojo sobre los vaqueros y una de las gorras con el logotipo del Jardín que Stella había encargado para los empleados.

—Por Dios, Hayley, entra. De un momento a otro va a caer un buen chaparrón.

—¿Ese señor era el doctor Carnegie?

—Sí. Estaba buscando a la jefa.

—¿Lo has enviado al semillero? —Subió el tono de voz para imponerse al fragor cada vez más intenso de la lluvia—. ¿Eres tonto o qué?

—¿Qué dices? Está buscando a mamá, y ella está en la casa de propagación. La dejé ahí hace cinco minutos.

—¿Así que lo mandas allí y le dices que entre? —Hayley hizo aspavientos con ambas manos—. ¿Sin informarle a ella primero?

—¿De qué tenía que informarle?

—De que él está aquí, por el amor de Dios. Ahora entrará ahí y la encontrará sucia y sudada, sin maquillaje y con ropa de trabajo. ¿No podías haberlo entretenido durante cinco minutos y avisarla?

—¿Por qué debía avisarla? Ella tiene el aspecto de siempre. ¿A qué viene esto?

—Si no lo sabes, es que eres un estúpido. Y ahora es demasiado tarde. Uno de estos días, Harper Ashby, tendrás que utilizar el único cerebro que los hombres os pasáis unos a otros.

—¡No te fastidia! —exclamó él, después de que la joven le hubiera dado un golpe en el brazo y hubiera corrido de nuevo al interior.

Mitch corrió bajo la lluvia y entró en el semillero. Si la sección de plantas de interior le había parecido exótica, no era nada comparada con aquello. Era un lugar lleno de plantas en diversas etapas de crecimiento. El calor húmedo era casi tropical, y con el tamborileo de la lluvia sobre el tejado, Mitch tuvo la sensación de que entraba en una especie de cueva fantástica.

La mezcla de plantas y tierra daba a la atmósfera un olor acre. Una música se entrelazaba con aquel intenso aroma. No era clásica ni inequívocamente New Age, sino equidistante de ambos géneros, extraña y atrayente.

El doctor vio mesas y utensilios, cubos y sacos. Unos recipientes aplanados y negros contenían delicadas plantas en desarrollo.

Distinguió a Roz al fondo y a un lado de la sala. Estaba de espaldas a él

mientras trabajaba.

Tenía un cuello precioso. Mitch se dijo que pensar tal cosa era extravagante, quizá una tontería. Pero los hechos eran irrefutables. Roz tenía el cabello corto y liso, lo que resaltaba a la perfección aquel cuello largo y encantador.

Cierto que todo en ella era alargado y encantador. Los brazos, las piernas, el torso. En aquel momento su seductor cuerpo estaba camuflado bajo unos pantalones abolsados y una sudadera deformada y arremangada. Pero él recordaba muy bien aquella figura esbelta.

Como también recordaba, incluso antes de que ella le oyera aproximarse y se volviera, que también tenía los ojos alargados: largos párpados de un fascinante tono ámbar muy intenso.

—Perdone que la interrumpa.

—No se preocupe. No esperaba verlo aquí.

—He hecho los trámites y pensé en venir aquí y decirle que los papeles, firmados y sellados, los he remitido a su abogado. Además, he podido ver todo esto. Estoy impresionado. A pesar de que no sé absolutamente nada de jardinería, estoy muy impresionado.

—Gracias.

Mitch contempló la mesa ante la que Roz trabajaba. Había macetas, unas aún vacías, otras llenas de tierra y con hojitas verdes.

—¿Qué hace con esto?

—Estoy plantando unos pimpollos. Celosía... cresta de gallo.

—No tengo ni idea de qué son.

—Estoy segura de que las ha visto. —Se pasó sin darse cuenta una mano por la mejilla, cambiando de lugar una mancha de tierra—. Cuando florecen son como plumeritos de intensos colores. El rojo es muy popular.

—Muy bien. ¿Y por qué los planta en estas pequeñas macetas?

—Porque, una vez se han establecido, no les gusta que molesten a sus raíces. Los planto jóvenes, y florecen a tiempo para atender a los clientes en primavera. Así solo tienen que soportar ese último trasplante. La verdad es que no puedo creer que le interese mucho todo esto.

—No pensé que iba a interesarme, pero se trata de un mundo completamente nuevo para mí. ¿Qué es eso de ahí?

Ella alzó las cejas.

—Es una variedad de alhelí muy fragante. ¿Ve esas hojitas de un verde amarillento? Tendrán flores dobles, y florecerán en primavera. Los clientes

prefieren comprarlas cuando están floridas, por eso planifico su multiplicación para que tengan muchas flores entre las que elegir. Ésta es la sección de plantas anuales. Las perennes están al fondo.

—¿Se trata de un don o requiere años de estudio? ¿Cómo llega a saber qué debe hacer, a reconocer la... cresta de gallo del alhelí en esta etapa?

—Ambas cosas son necesarias, y también que ames el oficio y tengas una considerable experiencia práctica. Me dedico a la jardinería desde mi infancia. Recuerdo que mi abuela, por el lado de los Harper, ponía las manos sobre las mías y me enseñaba a presionar la tierra alrededor de una planta. Los mejores recuerdos que tengo de ella son todos en los jardines de la mansión Harper.

—Elizabeth McKinnon Harper, esposa de Reginald Harper hijo.

—Tiene buena memoria.

—He revisado algunas de las listas. ¿Cómo era?

La pregunta le hizo sentir ternura y ponerse un poco sentimental.

—Era paciente y amable, a menos que la irritaras. Entonces era temible. La llamaban Lizzie o Lizzibeth. Siempre llevaba pantalones de hombre, una vieja camisa azul y un curioso sombrero de paja. Las mujeres sureñas de cierta edad siempre se ponen sombreros de paja para trabajar en el jardín. Es el código. Olía al eucalipto y el poleo con los que preparaba un repelente contra los insectos. Todavía utilizo su receta. —Tomó otra maceta—. Sigo echándola de menos, y ya han pasado casi treinta años desde que murió. Se quedó dormida en la mecedora un caluroso día de julio. Había estado arrancando flores marchitas en el jardín y se sentó para descansar. No se despertó. Creo que es una manera muy apacible de morir.

—¿Qué edad tenía?

—Ella decía que setenta y seis, pero lo cierto, según los documentos, es que tenía ochenta y cuatro. Tuvo a mi padre de mayor, de la misma manera que él era ya maduro cuando me tuvo a mí. Yo rompí esa tradición de la familia Harper al tener a mis hijos de joven.

—¿Le habló ella alguna vez de la Novia Harper?

—Sí, lo hizo. —Mientras hablaba, Roz seguía manipulando las macetas—. Por supuesto, era una McKinnon de nacimiento, por lo que no se crio en la casa. Pero afirmaba haber visto a la Novia cuando vino a vivir aquí, tras la muerte de mi bisabuelo. Él sí que se crio en la mansión Harper, claro, y si no nos hemos equivocado al fechar la vida de Amelia, debía de ser un bebé cuando ella murió. Pero el bisabuelo falleció cuando yo tenía unos ocho años. Y no recuerdo haberle

oído jamás hablar de ella.

—¿Y qué me dice de sus padres u otros familiares?

—¿Es esto una sesión de trabajo, doctor?

—Disculpe.

—No, no me importa. —Fijó la etiqueta a la nueva planta enmacetada, y tomó otra—. Ahora que pienso en ello, mi padre nunca decía gran cosa. Tal vez sea una característica de los hombres de la familia Harper, o de los hombres en general. Mi madre era una mujer con tendencia al dramatismo, que gozaba haciéndose la ilusión de que su vida era agitada. Afirmaba haber visto a la Novia con frecuencia, y que sus apariciones le habían producido una gran tensión. Claro que mamá siempre estaba angustiada por algo.

—Y dígame, ¿llevaban ella o su abuela un diario, alguna clase de registro de acontecimientos?

—Sí, ambas lo hacían. Otra buena tradición que yo no he seguido. Mi abuela se mudó a la casa de invitados cuando mi padre se casó y se trajo aquí a su mujer. Una vez muerta, él hizo una selección de sus objetos personales. Recuerdo haberle preguntado por los diarios, pero me dijo que habían desaparecido. No sé qué fue de ellos. En cuanto a los de mi madre, los tengo guardados. Podrá usted consultarlos, pero dudo que encuentre en ellos algo útil.

—De todos modos los examinaré. ¿Tías, tíos, primas?

—Son legión. La hermana de mi madre, que se casó con un lord o un conde británico... fue su tercer matrimonio... hace unos años. Vive en Sussex, y no nos vemos a menudo. Tiene hijos de sus dos primeros matrimonios, y nietos. Mi padre fue hijo único, pero el suyo tuvo cuatro hermanas, todas mayores que él... las hijas de Reginald.

—Sí, tengo sus nombres en mi lista.

—No los recuerdo en absoluto. Todos ellos tenían hijos. Veamos, estaban mis primos Frank y Esther, muertos hace muchos años... y sus hijos, claro. Ah, Lucerna, Bobby y Miranda. A Bobby lo mataron en la Segunda Guerra Mundial. Lucerna y Miranda también han desaparecido, pero todos tuvieron hijos, y algunos de estos ahora también los tienen. Luego están Owen, Yancy, ah, sí... Marylou, que aún vive, allá en Biloxi. Padece demencia senil y sus hijos la cuidan lo mejor que pueden. De Yancy no sé nada. Hace años se fugó de casa y se unió a una feria ambulante; desde entonces nadie ha tenido noticias suyas. Por lo que sé de Owen, es un pastor que infunde a sus feligreses el temor al infierno en Macón, Georgia. No hablaría con usted de fantasmas, se lo aseguro.

—Nunca se sabe.

Sin dejar de trabajar, ella emitió un sonido evasivo.

—Y mi prima Clarise, que nunca se casó. Ha logrado llegar a una edad avanzada, tal vez por su carácter avinagrado. Vive en una aldea de jubilados, al otro lado de la ciudad. No me habla.

—¿Por qué?

—Pregunta usted mucho.

—Forma parte del proceso.

—No estoy segura del motivo por el que dejó de hablarme. Recuerdo que no le hizo ninguna gracia que sus abuelos nos lo dejaran todo a mis padres y a mí. Pero, después de todo, eran mis abuelos, los padres de mi padre, mientras que ella no era más que una sobrina. Vino aquí de visita cuando los chicos eran pequeños. Creo que fue entonces cuando puso fin a la relación conmigo, o sería más exacto decir que lo hicimos las dos. No le gustaba mi forma de criar a los niños y me molestaban sus críticas.

—¿Recuerda si, antes de ese distanciamiento, le había hablado alguna vez de la Novia?

—No, no recuerdo que jamás lo hiciera. Las conversaciones de mi prima Rissy se reducían, en general, a quejas o a observaciones irritadas. Y sé muy bien que sustraía cosas. Pequeños objetos de la casa. La verdad es que no lamento que no nos dirijamos la palabra.

—¿Cree que hablará conmigo?

Roz se volvió hacia él con una expresión cavilosa, y lo miró a la cara.

—Es posible, sobre todo si cree que yo prefiero que no lo haga. Si decide ir a ver a ese vejstorio, no deje de llevarle flores y chocolate. Llévele Godiva y la impresionará, se mostrará encantadora. Llámela señorita Harper, hasta que ella le diga que lo haga de otro modo. Utiliza el apellido de la familia y es muy formal con respecto a todo. Le preguntará por los suyos. Si tiene algún antepasado que luchó en la guerra de la Independencia, méncionelo. Y si hay yanquis en su árbol genealógico, reniegue de ellos.

Él no pudo evitar reírse.

—Ya veo qué clase de persona es. Tengo una tía abuela que cojea del mismo pie.

Roz abrió una nevera portátil que estaba debajo de la mesa y sacó dos botellines de agua fría.

—Parece que tiene calor. Yo estoy acostumbrada y no me doy cuenta.

—Trabajar a diario en un ambiente tan húmedo debe de ser lo que le da a su piel ese aspecto de rosa inglesa. —Distraídamente, alargó la mano y le tocó la mejilla con un dedo. Cuando ella enarcó las cejas de nuevo, él retrocedió, solo un paso—. Perdone. Tenía un poco de tierra...

—Otra cosa a la que estoy acostumbrada.

—Bueno... —Mitch se recordó que debía tener las manos ocupadas de otro modo—. A juzgar por lo que vi el otro día está preparada para la Navidad.

—Casi del todo. ¿Y usted?

—Aún me falta mucho, aunque, una vez más, estoy en deuda con usted por el regalo para mi hermana.

—Entonces se decidió por el jersey de cachemira.

—Por un conjunto de suéter y chaqueta de punto. La dependienta me dijo que ninguna mujer tenía nunca suficientes.

—Eso es absolutamente cierto.

—En fin, voy a hacer un esfuerzo en los próximos días. Sacaré el árbol y trataré de decorarlo con las luces.

—¿Sacarlo? —replicó Roz, y lo miró con una expresión que tanto podía ser de lástima como de escarnio—. Supongo que eso significa que tiene un árbol artificial.

Él se metió las manos en los bolsillos y en sus labios apareció lentamente una sonrisa.

—Así es más sencillo. Vivo en un piso.

—Y a juzgar por el estado de aquella dieffenbachia, probablemente sea lo mejor.

—¿El estado de qué?

—La planta a la que estaba asesinando lentamente. La que me llevé cuando fui a su casa a visitarlo.

—Ah, sí, claro. —Aquel día Roz vestía un traje sastre, pensó él, y llevaba unos zapatos de tacón alto que realzaban sus largas piernas—. ¿Cómo está?

—Ahora está bien, pero no creo que se la devuelva.

—Tal vez podría visitarla alguna vez.

—Eso puede arreglarse. Vamos a celebrar una fiesta en la casa, dentro de dos sábados, a las nueve. Puede venir si quiere; y traer compañía, por supuesto.

—Me encantaría. ¿Le importa que entre en la casa y eche un vistazo a la biblioteca? Así empezaré a organizar mi lugar de trabajo.

—En absoluto. Avisaré a David.

—Estupendo. Entonces allá voy, y la dejo a usted tranquila. Le agradezco el tiempo que me ha dedicado.

—Tiempo no me falta precisamente.

Él no lo veía de la misma forma.

—Bueno, la llamaré luego. Es magnífico lo que tiene aquí, Rosalind.

—Sí, lo es.

Cuando él se hubo ido, Roz dejó a un lado los utensilios y tomó un largo trago de la botella de agua.

No era una jovencita boba a la que aturullara el contacto de una mano masculina en su piel. Pero aquel delicado contacto de los dedos de Mitch con su mejilla le había producido una sensación extraña y curiosamente grata, así como la expresión de sus ojos al tocarla.

Rosa inglesa, pensó, y soltó una risita. En el pasado, mucho tiempo atrás, podría haber parecido tan frágil como pétalos cubiertos de rocío. Se dio la vuelta y examinó una de sus saludables plantas madre. Ahora se asemejaba mucho más a una de ellas: era robusta y fuerte.

Y en realidad eso le gustaba, se dijo mientras volvía al trabajo.

Pese a la lluvia constante, Mitch dio un paseo alrededor de los edificios, y sintió incluso más respeto por Roz y lo que había construido. Pensó que lo había hecho casi sin ayuda de nadie. Sin duda, el dinero de los Harper había contribuido, pero hacía falta algo más que fondos para crear todo aquello.

Hacía falta valor, visión de futuro y duro trabajo.

¿Había hecho él aquel comentario pobre y trillado sobre su piel? Rosa inglesa, pensó ahora, y meneó la cabeza. Como si ella no hubiera oído antes ese cumplido.

En cualquier caso, ni tan solo era pertinente. Roz no era una delicada rosa inglesa, sino más bien una rosa negra, alargada, esbelta y exótica. Un poco altiva y llena de atractivo sensual.

Ahora sabía muchas cosas de su vida, gracias a la conversación que acababa de tener con ella en su lugar de trabajo. Sabía mucho de Roz. De niña había perdido a su abuela, por la que sentía un profundo afecto. La relación con sus padres no había sido muy buena, y también los había perdido. Sus familiares vivían muy lejos, y no parecía que la relación con ninguno de ellos fuese satisfactoria.

Aparte de sus hijos, no tenía a nadie.

Y, tras la muerte de su marido, solo había podido contar consigo misma para cuidar de sus hijos.

Pero no percibía en ella el menor atisbo de lástima hacia sí misma ni, desde luego, asomo de debilidad.

Era independiente, directa y fuerte. Pero también tenía sentido del humor y buen corazón.

¿Acaso no le había ayudado a salir del aprieto cuando él no sabía qué juguete comprarle a una chiquilla? ¿No le había divertido el dilema en que él se encontraba?

Ahora que había empezado a saber cómo era en realidad, deseaba conocerla más a fondo.

¿Qué ocurría con el segundo marido y el divorcio, por ejemplo? No era asunto suyo, por supuesto, pero podía justificar su curiosidad. Cuanto más supiera, tanto mejor. Y no sería difícil hacer averiguaciones. A la gente le encantaba hablar.

Lo único que debía hacer era saber formular las preguntas.

Obedeciendo a un impulso, dio media vuelta y regresó al centro. Había allí algunos clientes que deliberaban sobre las flores de Pascua y una planta con aspecto de cactus llena de flores blancas. Mitch apenas se había pasado la mano por el cabello mojado, cuando Hayley corrió hacia él como una flecha.

—¡Doctor Carnegie! Qué agradable sorpresa.

—Llámeme Mitch. ¿Qué tal, Hayley? ¿Y el bebé?

—Ambos estamos perfectamente. ¡Pero está usted empapado! ¿Le traigo una toalla?

—No, no es necesario. No he podido resistir la tentación de dar una vuelta y ver todo esto.

—Ah. —Ella le sonrió con una expresión de absoluta inocencia—. ¿Buscaba a Roz?

—La he encontrado. Voy a acercarme a la casa para hacerme una idea del espacio de que dispondré para trabajar. Pero he pensado que podría llevarme uno de esos árboles de sobremesa. Los que ya están decorados.

—¿Verdad que son bonitos? Ideales para un pequeño espacio o un despacho.

—Mucho más bonitos que el viejo árbol artificial que tanto me cuesta montar cada año.

—Y huelen a Navidad. —La joven le acompañó a lo largo de la hilera de

árboles—. ¿Le gusta alguno en particular?

—Pues... este mismo.

—Me encantan los lacitos rojos y esos Papá Noel diminutos. Le traeré una caja para llevarlo.

—Gracias. ¿Qué son esas plantas?

—Son cactus navideños. Una preciosidad, ¿no es cierto? Harper los injerta. Uno de estos días me enseñará a hacerlo. Debería llevarse uno. Realzan el ambiente navideño. Y florecen en estas fechas.

—Cuidar plantas no se me da bien.

—No importa, no necesita muchos cuidados. —Ella lo miraba con ojos grandes e infantiles—. Vive en un piso, ¿verdad? Si se lleva el árbol, un cactus navideño y un par de flores de Pascua, tendrá completa la decoración de las fiestas. Podrá invitar a quien quiera y no echará en falta el ambiente festivo.

—No sé si Josh le prestará mucha atención a un cactus.

Ella sonrió.

—Tal vez no, pero seguramente invitará a alguna dama a tomar una copa, ¿no?

—Yo... he estado muy ocupado con el libro.

—Un hombre apuesto y soltero debe de verse continuamente obligado a espantar a las mujeres.

—Últimamente no...

—También debería llevarse una corona para la puerta.

—Una corona.

Hayley le tomó del brazo, y él empezó a sentirse un tanto incómodo.

—Déjeme que le enseñe lo que tenemos. Algunas de estas coronas las he hecho yo misma. ¿Ve ésa de ahí? Huele a pino. ¿Qué es la Navidad sin una corona en la puerta?

Él supo que había sido derrotado.

—Es muy diestra en esto, ¿no es cierto?

—Pues claro —respondió ella, riendo, y seleccionó una corona—. Esta armoniza muy bien con su árbol.

La joven lo convenció para que se llevara la corona, tres flores de Pascua de tamaño apropiado para el alféizar de la ventana y el cactus. Mitch estaba desconcertado y un poco aturdido mientras ella pulsaba las teclas de la caja registradora y le empaquetaba las compras.

Cuando él se marchó, Hayley ya sabía lo que había querido averiguar.

Corrió al despacho de Stella.

—Mitch Carnegie no sale con nadie.

—¿Se ha vuelto ermitaño?

—Vamos, Stella, ya sabes a qué me refiero. No tiene ninguna amiguita. —Se quitó la gorra y se pasó los dedos por el cabello color de roble, que llevaba lo suficientemente largo para recogerlo en una gruesa cola—. Y se ha pasado media hora con Roz en el semillero antes de venir aquí para comprar un árbol de sobremesa; y eso que Harper le ha hecho entrar ahí sin advertírselo primero a ella. Entró cuando Roz estaba trabajando y no tenía tiempo ni para pintarse un poco los labios.

—¿Le ha permitido entrar? ¿Acaso Harper es tonto?

—Eso es exactamente lo que le he preguntado... quiero decir a Harper. En fin, la cuestión es que Mitch estaba empapado porque estuvo paseando por ahí, mirándolo todo. Ahora pasará un rato en la casa.

Stella dejó de mirar la pantalla del ordenador.

—Dime, Hayley, ¿qué estás tramando?

—Me limito a observar, eso es todo. Ni él ni ella salen con nadie. —Alzó las manos, enfrentó los índices y los sacudió el uno hacia el otro—. A partir de ahora se verán mucho. Y él, además de guapo, es un encanto. Lo he convencido para que comprara una corona, tres flores de Pascua pequeñas y un cactus navideño, además del árbol.

—Sigue, Hayley.

—Pues mira, no sabía negarse; ahí está el encanto. Si Roz no va a por él, puede que lo haga yo. —Se rio al ver la mirada pasmada de Stella—. Es lo bastante mayor para ser mi padre, etcétera, etcétera, pero es perfecto para Roz. Créeme, conozco el paño. ¿No acerté con lo de Logan y tú?

Stella suspiró mientras miraba el aguamarina que él le había dado como anillo de compromiso.

—Eso es indiscutible. Y aunque debo decir con firmeza que observar es todo lo que podemos hacer, no negaré que seguir el desarrollo de esto puede ser la mar de divertido.

4

Si a Mitch, mientras estaba trabajando, se le terminaban los lugares donde sentarse o las tazas de café limpias, tenía por costumbre hacer una limpieza a fondo del piso, y entre un proyecto y otro, se las arreglaba para mantener un mínimo orden.

Solía contratar un servicio de limpieza, pero el arreglo nunca le duraba mucho; debía admitir que la culpa era en gran parte suya.

Olvidaba el día en que se iban a presentar los de la limpieza: invariablemente, en esa fecha tenía que hacer recados, investigar o ver a su hijo para jugar a las cartas. Tal vez Freud hubiera tenido algo que decir sobre su actitud, pero no quería profundizar demasiado en ello.

Además, cuando se acordaba del día de la limpieza, los trabajadores, al llegar, se arrugaban ante la tarea que les esperaba, y Mitch no volvía a verlos.

Pero un hombre tenía que hacer un esfuerzo para adecentar su casa cuando se aproximaban las festividades, así que en esas fechas se pasaba un día entero moviendo muebles, limpiando con un cepillo paredes y puertas y barriendo; debía admitir que si hiciera aquel trabajo para ganarse la vida, también él lo abandonaría.

De todos modos, era agradable volver a tener el piso un poco ordenado, ver de nuevo la superficie de las mesas, los asientos de las sillas, aunque no confiaba demasiado en mantenerlas así mucho tiempo. Las plantas que Hayley le había endosado añadían un bonito toque festivo.

Y en cuanto al arbolillo, sin duda era ingenioso. Ahora, en vez de sacar la caja del armario, ensamblar las ramas en el tronco, maldecir la maraña de luces y descubrir que la mitad de ellas estaban fundidas, lo único que debía hacer era colocar el pequeño árbol sobre la mesita auxiliar junto a la ventana de la sala de estar y enchufarlo.

Colgó la corona en la puerta, puso el cactus florido en la mesita baja y las

tres pequeñas flores de Pascua encima del depósito del váter. Le parecía que era el lugar perfecto.

Apenas había terminado de ducharse y se había puesto unos vaqueros y una camisa, cuando la persona que iba a visitarlo llamaba a la puerta.

Descalzo y con el pelo todavía mojado, Mitch cruzó la sala de estar para abrir, y sonrió al único ser al que quería sin reservas.

—¿Te has olvidado la llave?

—Quería asegurarme de que no me equivocaba. —Joshua Carnegie tocó con un dedo el adorno vegetal—. Hay una corona en la puerta.

—Es Navidad.

—He oído algo de eso. —Entró en el piso y sus ojos, de la misma tonalidad verde intenso que los de su padre, se desorbitaron de asombro.

Medía unos tres centímetros más que Mitch, pero era tan delgado como su padre. Tenía el cabello oscuro y largo, no porque se olvidara de cortárselo, como le sucedía a su progenitor, sino porque le gustaba así. Llevaba una sudadera gris con capucha y unos vaqueros holgados.

—Vaya. ¿Has encontrado un nuevo servicio de limpieza? ¿Les dan una paga especial por entrar en combate?

—No, no he tenido ocasión. Además, he roto con todos los servicios de limpieza del oeste de Tennessee.

—¿Has limpiado tú mismo? —Con los labios fruncidos, Josh dio una vuelta por la sala de estar—. Tienes una planta... y le salen flores.

—Te la llevarás.

—Si quieres...

—Conmigo moriría. Ya la he oído jadear. No puedo hacerme responsable.

—Claro. —Josh se tiró distraídamente de la oreja—. Animará el dormitorio de la residencia. Anda, si has puesto un arbolito. Y velas.

—Es Navidad —repitió Mitch, mientras Josh se inclinaba para olisquear la gruesa vela roja.

—Velas perfumadas. Y, si no me equivoco, has pasado la aspiradora. —Miró de nuevo a su padre con los ojos entornados—. Hay una mujer.

—Pues no, no la hay. Y eso lo hace aún más penoso. ¿Quieres una Coca-Cola?

—Sí. —Sacudiendo la cabeza, Josh se encaminó al baño—. Tengo que ir al váter. ¿Comemos pizza?

—Como quieras.

—Pues pizza —dijo Josh—. Con pepperoni y salchicha, y ración extra de queso.

—Se me atascan las arterias solo de oír eso —replicó Mitch, alzando la voz para que su hijo le oyera desde el baño, mientras sacaba dos latas de Coca-Cola del frigorífico. Sabía que su hijo podía zamparse una empanada entera y seguir esbelto como un galgo.

Ah, tener veinte años de nuevo...

Telefonó a la pizzería del barrio y encargó una pizza grande para Josh y una de tamaño mediano y con verduras para él.

Al volverse, vio a Josh apoyado en la jamba, los pies cruzados a la altura de los tobillos de sus Zoom de Nike.

—Tienes flores en el váter.

—Flores de Pascua. Es por la Navidad.

—Hay una mujer. Si no está en el zurrón, la tienes en el punto de mira. Así que desembucha.

—No hay ninguna mujer. —Le lanzó a Josh una de las latas—. Solo es un piso limpio con algunos toques festivos.

—Hay formas de hacerte hablar. ¿Dónde la has conocido? ¿Es joven?

—Es inútil que insistas. —Riendo, Mitch abrió la lata.

—Te lo sonsacaré.

—No hay nada que sonsacar. —Mitch pasó por su lado y entró en la sala de estar—. Todavía no.

—¡Ajá! —Josh lo siguió, se dejó caer en el sofá y puso los pies sobre la mesita baja.

—Te repito que es inútil que insistas. Y ese «ajá» es prematuro. En cualquier caso, me apetecía darle a la casa un ambiente festivo. El libro está terminado, lo cual significa que no tardará en llegar un cheque por correo. Estoy empezando un nuevo e interesante proyecto...

—¿Tan pronto? ¿Sin relajarte?

—Hace tiempo que lo tengo y quiero ponerme a trabajar seriamente en él. Es mejor que pensar en las compras navideñas.

—¿Por qué tienes que pensar en eso? Aún faltan dos semanas.

—Bien dicho, hijo. —Mitch alzó su lata para brindar—. ¿Cómo están tu madre y Keith?

—Muy bien. —Josh tomó un largo trago de su lata—. Está muy animada por las fiestas. Ya sabes cómo es eso.

—Sí, lo sé. —Le dio a su hijo una palmada en la rodilla—. No hay ningún problema, Josh. Tu madre quiere que pases las fiestas en casa. Es así como debe ser.

—Podrías venir. Sabes que podrías.

—Lo sé, y lo agradezco, pero será mejor que me quede aquí. Haremos nuestra celebración navideña antes de que te marches. Es importante para ella que estés allí. Tiene derecho. Y también es importante para ti.

—No me gusta que te quedes solo.

—Solo y sin un perrito que me ladre. —Era doloroso, siempre lo era. Pero él se lo había ganado a pulso.

—Podrías ir a casa de la abuela.

—Por favor... —Mitch hizo una exagerada mueca de aflicción—. ¿Por qué me deseas semejante cosa?

Josh sonrió.

—Podrías ponerte aquel suéter con un reno que te regaló hace un par de años.

—Lo siento, pero hay una simpática persona sin techo que lucirá ese suéter esta temporada. ¿Cuándo te vas?

—El veintitrés.

—Si te parece bien, podemos hacer nuestra fiestecilla el veintidós.

—Claro. Tendré que hacer malabarismos con Julie o se irá a Ohio con su madre o a Los Ángeles, donde está su padre. La situación es complicada. Ambos la presionan, hacen que se sienta culpable y obligada, y ella no quiere ver a ninguno de los dos. Unas veces llora, otras está de mal genio o ambas cosas.

—Desde luego, los padres podemos llegar a fastidiar mucho a nuestros hijos.

—En tu caso no. —Tomó otro trago e hizo girar la lata entre las manos—. Nunca me he sentido en el centro de vuestras disputas personales. Últimamente, debido a ese problema que tiene Julie, he pensado bastante en ello. Tú y mamá nunca me habéis obligado a pasar el mal trago de tener que elegir entre uno u otro. Eso es espantoso.

—Sí, lo es.

—Recuerdo que antes de vuestra separación el ambiente era tenso, pero de todos modos ninguno de los dos me usasteis como un arma arrojadiza. Eso es lo que le ocurre a Julie, y me doy cuenta de la suerte que he tenido. Quería decírtelo.

—Es... es agradable oírte decir eso.

—Bueno, después de este momento de sinceridad, voy a tomarme otra Coca-Cola. No debe de faltar mucho para el partido.

—Vamos a ver. —Mitch cogió el mando a distancia. Se preguntó qué estrellas habían brillado sobre él para hacerle el regalo de semejante hijo.

—¡Vaya! ¡Patatas con sal y vinagre!

Al oír el ruido de la bolsa desgarrada y los golpes en la puerta, Mitch sonrió. Se puso en pie y se sacó la cartera del bolsillo para pagar las pizzas.

—No lo entiendo, Stella. No me cabe en la cabeza.

Hayley iba de un lado a otro en la habitación de Stella mientras los chicos chapoteaban en el baño adjunto.

—¿Los zapatos negros y sexy que me destrozarán los pies o los más elegantes?

Cuando Stella se levantó, con un zapato distinto en cada pie, Hayley se detuvo el tiempo suficiente para mirarlos.

—Los sexy.

—Me lo temía. En fin...

Stella se los quitó y devolvió al armario el otro par. Las prendas que se pondría aquella noche estaban sobre la cama, y las joyas que ya había seleccionado, en una bandeja encima del tocador.

Lo único que debía hacer ahora era acostar a los niños, vestirse, arreglarse el cabello y maquillarse. Echar un último vistazo a los chicos, comprobar los monitores del bebé y... El movimiento y los murmullos de Hayley la perturbaron lo suficiente para que se volviera.

—¿Qué? ¿Por qué estás tan nerviosa? ¿Tienes un acompañante para la fiesta de esta noche del que no sé nada?

—No, pero estoy hablando de acompañantes. ¿Por qué le diría Roz a Mitch que se trajera un acompañante? Es probable que él lo haga, pues pensará que, de lo contrario, parecerá un perdedor. Y los dos dejarán pasar una oportunidad de oro.

—Me he perdido algo. —Se puso los pendientes y examinó el efecto en el espejo—. ¿Cómo sabes que Roz le dijo que viniera con un acompañante? ¿Cómo lo has averiguado?

—Es un don que tengo. En cualquier caso, ¿qué le pasa a Roz? Hay un hombre encantador y disponible, al que invita a la fiesta de esta noche... Muy

bien hecho. Pero entonces le dice que puede traerse a alguien. Es increíble.

—Supongo que lo consideraba un gesto de cortesía.

—La cortesía está de más cuando se trata de citas, por el amor de Dios. — Hayley exhaló un largo suspiro, se sentó en el borde de la cama y examinó sus zapatos—. En esto de las citas previas a una relación amorosa, las mujeres siempre hemos llevado la voz cantante. Tienes la prueba en la literatura universal, desde los tiempos antiguos.

Como aún no había empezado a maquillarse, Stella pudo aplicarse los dedos a los párpados y apretarse los ojos.

—¿Cómo estás tan enterada? No sabía que fueses tan leída.

—No olvides que trabajé en una librería durante años, y leo mucho. En cualquier caso, Roz da una fiesta aquí, en su casa, y sabes que estará espléndida. Pero él se presentará con otra mujer y lo echará todo a perder.

—No creo que en estos momentos la cosa esté ya tan desarrollada como para desbaratarla.

Hayley se tiró del pelo, decepcionada.

—Pero podría desarrollarse, lo sé. Míralos cuando estén juntos esta noche y ya me dirás si no percibes vibraciones.

—De acuerdo, lo haré. Pero ahora he de sacar a los niños de la bañera y acostarlos. Luego tengo que vestirme y ponerme mis zapatos sexy con el único objetivo de volver loco a Logan.

—¿Quieres que te eche una mano? Con los niños, no para volver loco a Logan. Lily ya está dormida.

—No, te mojarás o se te arrugará el vestido, y tienes un aspecto fantástico. Ojalá pudiera yo llevar ese tono rojo. Eso sí que es sexy.

Hayley se miró el vestido corto y de un rojo brillante.

—¿No crees que es demasiado...?

—No, me parece perfecto.

—Bueno, iré abajo, a ver si puedo ayudar a David en algo. Entonces veré qué le parece el vestido. Es un experto en moda.

Roz ya estaba en el salón de la planta baja, comprobando los detalles y pensando en lo que podía haber hecho. Tal vez debería haber abierto la sala de baile del segundo piso y dar la fiesta allí. Era un magnífico espacio, muy elegante. Pero la planta baja, con su rosario de habitaciones más pequeñas y el fuego encendido en las chimeneas, resultaba más cálido y acogedor.

El espacio no suponía ningún problema, se dijo a sí misma mientras

comprobaba la posición de mesas, sillas, lámparas y velas. Le gustaba abrir las salas de aquel modo, para que los invitados deambularan de un lado a otro, admirando el hogar que ella adoraba.

La noche era clara, por lo que también podrían salir a las terrazas. Había calefactores, por si el frío era demasiado intenso, y más mesas y sillas, más velas y los árboles con ristas de luces festivas, más la iluminación a lo largo de los senderos del jardín.

Se diría, pensó con cierto asombro, que era la primera fiesta que daba en su vida.

Sin embargo, hacía mucho tiempo que no se celebraba en la finca un acontecimiento de tal envergadura. Por este motivo, las cancelaciones en su lista de invitados habían sido mínimas. La casa estaría a rebosar.

Evitando a los camareros y el personal auxiliar que se afanaba para tenerlo todo a punto, salió de la casa. Pensó que la iluminación era, en efecto, deliciosa y divertida. Le gustaba el árbol de Pascua que ella había creado con docenas de plantas blancas.

Se recordó a sí misma que la mansión Harper había sido diseñada para agasajar a invitados. En ese aspecto, ella había eludido su deber; además, suponía que se había privado del placer de relacionarse con personas cuya compañía le gustaba.

Se volvió al oír que abrían la puerta. David salía de la casa con una copa de champán en cada mano.

—Hola, preciosa. ¿Te apetece un poco de champán?

—Bueno. Pero deberías estar dentro, ayudando a organizar ese manicomio.

—Está bajo control. —Tocó la copa de Roz con la suya—. Dentro de veinte minutos todo será perfecto. ¡Y mira nuestro aspecto! De fábula, ¿no?

Ella se echó a reír y le tomó la mano.

—Tú siempre lo estás.

—Y tú, tesoro mío. —Todavía con la mano de Roz en la suya, retrocedió—. Resplandeces.

Roz había elegido un vestido color de plata sin brillo, un tubo largo y estrecho que le dejaba un hombro al descubierto para poder lucir los rubíes de su bisabuela.

Deslizó las yemas de los dedos por el collar de platino con las espectaculares gemas engastadas.

—No tengo muchas oportunidades de ponerme los rubíes de la familia

Harper. Esta parecía la noche apropiada.

—Son un placer para los ojos y te realzan de maravilla la clavícula. Pero hablaba de ti, hermosura. ¿Por qué no nos fuéramos a Belice?

Champán y David, la combinación perfecta para que se sintiera llena de vida y relajada.

—Pensaba que sería Río.

—Ahí no iremos hasta el Carnaval. Va a ser una fiesta fabulosa, Roz. Lo único que debes hacer es olvidarte de todo lo demás.

—Me lees la mente, ¿no es cierto? —replicó ella, sacudiendo la cabeza. Contempló los jardines mientras tomaba un sorbo de champán—. La última vez que organicé una de estas juergas, subí al dormitorio para cambiarme el brazalete porque tenía flojo el cierre, y allí estaba mi marido, mordisqueando a una de las invitadas en vez de los canapés. —Tomó un sorbo más largo—. Fue un momento particularmente humillante de mi vida.

—Al diablo con eso. Lo encajaste, ¿no es cierto? Todavía no sé cómo conseguiste retroceder, dejarlos allí, aguantar durante el resto de la fiesta y esperar a que todo el mundo se hubiera ido antes de descargar tu furia contra aquel hijo de perra. —Su tono iba haciéndose más vehemente a medida que hablaba—. Tienes un temple de acero, Roz, y en esa ocasión quedó bien demostrado.

—No actué así porque fuera valerosa y capaz de dominar mis impulsos, sino por interés. —Trató de restar importancia a su actitud de aquella noche—. Una escena con la casa llena de invitados habría sido todavía más humillante.

—Yo, en tu lugar, les habría arrancado los ojos, y los habría echado de casa blandiendo uno de los mosquetes de tu bisabuelo.

Ella emitió un leve suspiro y tomó otro sorbo de champán.

—Eso habría sido francamente satisfactorio, y te aseguro que pensé en el mosquete una vez los invitados se marcharon. En fin, no le permitimos que estropeara aquella velada y ahora tampoco se lo permitiremos.

Apuró el champán y se volvió hacia David con la determinación de una mujer preparada para la batalla.

—Encendamos las restantes velas y pongamos música. Estoy preparada para la fiesta.

Sí, era muy agradable abrir de nuevo la casa a un nutrido grupo de buenos

amigos, con vino, música y manjares. Roz escuchó fragmentos de conversaciones, debates políticos, discusiones sobre deportes y arte, mientras deambulaba entre los corros de una habitación a otra.

Tomó del brazo a su viejo amigo Will Dooley, que era también el padre de Stella y el diseñador de jardines de Roz, el futuro suegro de Logan Kittridge.

—Aún no nos habíamos saludado.

—Acabo de llegar. —Él le rozó la mejilla con los labios—. Jo no terminaba de encontrar unos zapatos que le gustaran. Acaba de subir con Hayley. Quería echar un vistazo al bebé.

—Iré a buscarla. ¿Has perdido a tu prometida, Logan?

El interpelado se encogió de hombros.

—Está por todas partes. —Tomó un sorbo de cerveza—. Esa mujer no puede descansar hasta que ha comprobado personalmente todos los detalles. Bonita fiesta, Roz.

—Vamos, si tú detestas las fiestas.

Logan sonrió, una rápida sonrisa que aumentaba el encanto de sus duras facciones.

—Demasiada gente. Pero la comida es de primera calidad, la cerveza está fría, y mi acompañante es la mujer más guapa del mundo. No podría quejarme. No se lo digas a su padre, pero me propongo convencerla para salir luego al jardín y pegarnos el lote.

Guiñó un ojo a Will, y entonces cambió la dirección de su mirada.

—Tu doctor Carnegie acaba de entrar. Parece buscarte... o buscar a alguien.

—Ah, ¿sí?

Roz miró a su alrededor, y sus expresivas cejas se alzaron. Él vestía un traje de color gris piedra que realzaba su esbeltez. Observó que se había cortado el pelo desde la última vez que se vieron, y su aspecto respondía más al de un modelo de la revista GQ que al de un profesor.

Podía admitir, al menos para sí misma, que era un placer mirarlo desde cualquiera de los dos puntos de vista.

No obstante, parecía ligeramente aturdido entre tanta gente, y cuando uno de los eficientes camareros le ofreció una de las copas de champán que llevaba en una bandeja, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Disculpadme un momento —dijo Roz a Will y a Logan.

Empezó a abrirse paso en la sala, y se detuvo cuando la mirada de Mitch se fijó en su figura y luego se centró en su cara. Ella notó una leve sacudida en el

corazón y una aceleración del pulso que le resultaba desconcertante y embarazosa.

Pensó que él iba a lo esencial, que sus ojos le apuntaban directamente de una manera que la hacía sentirse (como a cualquier mujer a la que mirasen así) la única persona del salón. Un buen truco, y un tanto desconcertante, en un espacio atestado de gente y lleno de ruido.

Pero la expresión de su rostro era serena y amistosa mientras iba al encuentro de Mitch.

—Cuánto me alegro de que haya venido.

—Cuando da usted una fiesta, lo hace por todo lo alto, ¿eh? He visto las luces desde dos kilómetros de distancia. No conoce realmente a toda esta gente, ¿verdad?

—No los había visto en toda mi vida. ¿Qué le apetece tomar?

—Agua de seltz con lima.

—El bar está instalado allí. —Para orientarlo, le puso una mano en el brazo—. Le acompañaré.

—Gracias. Tengo algo para usted. Un regalo.

Se metió la mano en el bolsillo mientras se dirigían al bar, y le tendió una cajita envuelta.

—Es usted muy amable, pero no había ninguna necesidad.

—Tan solo es una muestra de agradecimiento por haberme solucionado el problema del regalo para mi sobrina. —Pidió el refresco—. Está usted... asombrosa es la palabra que acude a mi mente, seguida de inmediato por espectacular.

—Gracias.

—De la cabeza... —su mirada la recorrió hasta las sandalias con tacón plateado y las uñas pintadas de rojo rubí— a los pies.

—Mi madre siempre decía que una mujer no estaba arreglada del todo si no se había pintado las uñas de los pies. Es uno de los pocos consejos que me dio con el que estoy de acuerdo. ¿Abro ahora la caja?

Él apenas miraba los rubíes, aunque su pericia como coleccionista de antigüedades aficionado le indicaba que eran de época. Pero los dedos de los pies eran extraordinarios.

—¿Cómo?

—El regalo. —Le sonrió. Es difícil que una no se sienta complacida y un tanto ufana cuando a un hombre le encantan sus pies—. ¿Lo abro ahora?

—Oh, no, prefiero que no lo haga. Si lo abre más tarde y le parece detestable, tendrá tiempo de preparar una mentira cortés.

—No sea tonto. Voy a abrirlo.

Tiró de la cinta y alzó la tapa. La caja contenía un reloj en miniatura, enmarcado en filigrana de plata.

—Es precioso. Me gusta muchísimo, de veras.

—Tengo afición por las antigüedades. Pensé que con una casa así, le gustarían los objetos antiguos. En el reverso hay una inscripción que me intrigó.

Ella dio la vuelta al reloj y leyó:

L, cuento las horas. N.

—Qué encantador y romántico. Es magnífico, Mitch y, desde luego, mucho más de lo que merezco por haberle ayudado a elegir un juguete.

—Me hizo pensar en usted. —Cuando ella alzó la cabeza, él sacudió la suya—. Vaya, he conseguido que me mire con expresión de duda. Pero los hechos son los hechos. En cuanto lo vi, pensé en usted.

—¿Le sucede eso a menudo?

—¿Pensar en usted?

—No, pensar en alguien y comprarle un precioso regalo.

—De vez en cuando. A decir verdad, hacía tiempo que no me ocurría. ¿No le ocurre a usted?

Ella esbozó una sonrisa.

—Hace tiempo que no lo hago. Muchísimas gracias. Quiero llevarlo arriba. ¿Qué le parece si le presento a...? Oh, ahí está Stella. Nadie puede orientarle en una fiesta mejor que nuestra Stella.

—Hola, Mitch. —Stella le tendió la mano—. Encantada de volver a verlo.

—Lo mismo digo. Está espléndida. Debe de ser el amor.

—Eso puedo confirmarlo.

—¿Y cómo están sus chicos?

—Estupendamente, gracias. Están arriba, durmiendo como troncos, y... oh —se interrumpió al ver el pequeño reloj—. ¿No es precioso? Tan romántico y femenino...

—Bonito, ¿verdad? —convino Roz—. Es un gran regalo por un favor muy pequeño.

—No diría que fue pequeño si hubiera escuchado por teléfono a mi hermana y a mi sobrina —terció Mitch—. No solo me han perdonado oficialmente, sino que ahora gozo del privilegio de tío preferido.

—En ese caso es evidente que merezco esto. Acompaña a Mitch, Stella, por favor. Voy un momento arriba.

—Claro —dijo Stella, y observó la manera en que los ojos de Mitch seguían a Roz mientras abandonaba el salón.

—Una pregunta antes de que iniciemos el recorrido. ¿Sale con alguien?

—No, con nadie.

Él sonrió mientras tomaba el brazo de Stella.

—¿Y cómo es eso?

Roz sorteó a los invitados hasta el vestíbulo y empezó a subir la escalera. Recordó que también lo había hecho la noche de otra fiesta, con las voces, la música y las luces a sus espaldas. Y se había dado de bruces con el final de una relación.

No era ninguna ingenua. Sabía muy bien que Mitch le estaba preguntando si le interesaba iniciar una relación, y estaba realizando cierto trabajo preliminar para que así fuera. Lo extraño era que ella no reaccionaba con una rotunda negativa. Lo extraño, pensó Roz mientras se dirigía a su dormitorio, era desconocer la respuesta.

Entró en la habitación para dejar el pequeño y romántico reloj en el tocador. No podía dejar de sonreír mientras deslizaba un dedo por el marco. Un regalo muy atento, pensó, y sí, su lado cínico añadió que era un regalo muy inteligente. Claro que una mujer que había pasado por dos matrimonios debía tener necesariamente una saludable dosis de cinismo.

Una relación con él podría ser interesante, incluso divertida, y bien sabía Dios la falta que le hacía un poco de pasión en su vida. Pero también sería complicada, tal vez dura y era posible que dificultara el trabajo para el que ella lo había contratado.

Permitía a aquel hombre escribir un libro cuya base era la historia de su familia, y, ciertamente, también la involucraría a ella. ¿Quería realmente tener una relación con una persona que, si las cosas salían mal, podría atacar a su familia y a ella en letras de molde?

Su experiencia con Bryce le había enseñado que cuando las cosas iban mal siempre empeoraban.

Pensó que era mucho lo que debía considerar. Entonces alzó los ojos ante el

espejo.

No solo se vio a sí misma, la piel ruborizada, los ojos brillantes por sus pensamientos, sino también a la pálida figura detrás de ella.

Retuvo el aliento, pero no se sobresaltó ni se volvió bruscamente. Se limitó a quedarse donde estaba, con los ojos clavados en los de Amelia en el espejo.

—Dos veces en otras tantas semanas —dijo con serenidad—. Supongo que quieres decirme que me lo quite de encima. Los hombres no te gustan mucho, ¿verdad, Amelia? Los chicos sí, los niños, pero los hombres son harina de otro costal. Nadie salvo un hombre causa tanta ira a una mujer. Lo sé. ¿Fue uno de mi sangre quien te causó esa ira?

No hubo respuesta, pero Roz tampoco la esperaba.

—Déjame terminar esta conversación unilateral diciendo que debo pensar y decidir por mí misma, como siempre he hecho. Si permito que Mitchell entre en mi vida y en mi cama, las consecuencias y el placer serán para mí. —Exhaló lentamente—. Pero voy a prometerte algo. Haga lo que haga o deje de hacer, no nos detendremos y buscaremos respuestas para ti. No lo dejaremos ahora que hemos empezado.

La figura empezó a desvanecerse, y Roz notó que algo le rozaba el cabello, como unos dedos suaves que calentaban al mismo tiempo que producían escalofríos.

Tuvo que tranquilizarse, y puso ambas manos sobre el tocador. Se dio un minucioso repaso con el pintalabios y unos toques más de perfume en el cuello, y regresó a la fiesta.

Pensaba que una caricia espectral sería suficiente conmoción para una noche, pero, cuando llegó al pie de la escalera, le esperaba otra más fuerte.

Bryce Clerk estaba en el vestíbulo.

Roz sintió que una oleada de furia, caliente y horrenda, recorría todo su ser, y una escena cruzó veloz por su mente: se vio a sí misma abalanzándose desde la escalera, escupiendo insultos, volcando en él su cólera mientras le golpeaba y lo echaba de la casa.

Por un instante, esa visión fue tan nítida, tan clara, que lo demás, la realidad a su alrededor, se volvió borroso y desapareció. No oía más que el golpeteo de la sangre en los oídos.

Él le sonrió mientras ayudaba a quitarse el abrigo a una mujer. Roz, que la conocía del club de jardinería, se aferró al poste de arranque de la escalera, hasta que logró dominarse y tuvo cierta seguridad de que no cerraría la mano para

darle un puñetazo a aquel hombre.

—Hola, Mandy —dijo.

—¡Oh, Roz! —Amanda Overfield soltó una risita y le dio un par de rápidos besos en las mejillas. Roz sabía que tenía la edad de Harper, y era una joven tonta, inocua y rica. Divorciada desde hacía poco, había vuelto a instalarse en Memphis el verano anterior—. Tu casa es una maravilla. Sé que nos hemos retrasado mucho, pero hemos tenido... —Volvió a reírse, y el sonido hizo que a Roz le chirriaran los dientes—. No importa. Me ha encantado que me invitaras. Me moría de ganas de ver tu casa. ¿Dónde están mis modales? Permíteme presentarte a mi acompañante. Rosalind Harper, te presento a Bryce Clerk.

—Nos conocemos.

—¿Qué tal, Roz? Estás espectacular, como siempre.

Empezó a inclinarse, como para besarla. Ella sabía que las conversaciones a su alrededor habían cesado; sabía que la gente miraba, escuchaba. Esperaba.

Ella le habló en voz muy baja.

—Tócame y te daré un rodillazo en los huevos que te los subirá a la garganta.

—He venido a tu casa como invitado. —La voz de Bryce era suave, y lo bastante alta para llegar a oídos interesados. Ella le vio adoptar una expresión de dolorida sorpresa—. La grosería no te sienta bien.

—No comprendo. —Con las manos entrelazadas, Mandy miraba alternativamente a uno y a otro—. No comprendo.

—Estoy segura de ello. Mandy, salgamos un momento con tu acompañante, ¿quieres?

Roz oyó un furioso juramento a sus espaldas, y se esforzó por no estremecerse. Se volvió y, una vez más, habló en voz baja.

—No lo hagas, Harper, por favor.

Cuando se movió para impedirle el paso, la mirada de Harper dejó de fulminar a Bryce y se posó en su madre.

—De una vez por todas.

—Yo me ocuparé de esto. Déjame que lo haga. —Le pasó una mano por el brazo y notó que le temblaban los músculos.

—No quiero que estés sola ahí fuera.

—Solo un par de minutos. —Le besó en la mejilla y le susurró al oído—. Quiere que haya, una escena, y no vamos a darle ese gusto. No va a conseguir nada de nosotros. Dos minutos, cariño. —Roz se dio la vuelta—. Vamos a tomar

un poco el aire, Mandy, ¿de acuerdo? —Cogió a la joven del brazo.

Bryce se resistía.

—Esto es muy descortés por tu parte, Rosalind. Te estás poniendo en evidencia y azorando a tus invitados. Confiaba en que por lo menos podríamos ser civilizados.

—Entonces supongo que tus esperanzas se han venido abajo.

Vio el cambio en el semblante de Bryce al mirar por encima de su hombro. Ella siguió la dirección de su mirada y reparó en que ahora Mitch estaba al lado de Harper, y que Logan y David entraban en el vestíbulo. Pensó que sus expresiones eran incluso menos civilizadas que la de ella.

—¿Quién es ese gilipollas?

La pregunta de Mitch fue apenas un susurro, pero Roz la oyó, de la misma manera que oyó responder a Harper:

—Bryce Clerk. La basura que ella echó de casa hace unos años.

Roz condujo a Mandy al exterior. Pensó que Bryce era un idiota y que podría haberle gustado tener un altercado en público con Harper. Pero no se enfrentaría a varios hombres fuertes ni siquiera por el placer de ponerla en una situación embarazosa en su propia casa.

Quedó patente que tenía razón cuando él salió rígidamente tras ella. Roz cerró la puerta.

—Éste es mi ex marido, Mandy. El hombre que encontré en el dormitorio, en una fiesta como ésta, con las manos en los pechos desnudos de una conocida común.

—Eso es mentira. No había nada...

Roz volvió la cabeza.

—Puedes contarle a Mandy tu versión de los hechos cuando no estés en mi casa. Aquí no eres bien recibido y no lo serás nunca. Si vuelves a presentarte en mi finca, llamaré a la policía y pediré que te detengan por invasión de la propiedad privada. Y puedes apostar tu cabeza de tramposo a que te demandaré. Ahora dispones de un minuto, y nada más que un minuto, para subir al coche y abandonar mis terrenos.

Se volvió y sonrió a Mandy, que tenía el semblante demudado.

—Tú sí eres bienvenida, Mandy, si quieres quedarte. Luego alguien podría llevarte a casa.

—Creo que debería... bueno, creo que debería irme.

—De acuerdo, entonces. Nos veremos el mes que viene en la reunión. Feliz

Navidad. —Retrocedió, pero no abrió la puerta—. Creo que te quedan unos cuarenta segundos antes de que entre y llame a la policía.

—Ahora toda la gente que está ahí dentro sabe lo que eres —le espetó Bryce mientras tiraba de Mandy hacia su coche.

—Estoy segura de ello.

Esperó hasta que él puso el motor en marcha y partió velozmente.

Solo entonces se llevó una mano al estómago y apretó los ojos hasta que pudo dominar el temblor provocado por la ira y el bochorno.

Aspiró hondo un par de veces, alzó la cabeza y entró en la casa.

Tenía en el rostro una sonrisa radiante, y tendió una mano para que Harper se la cogiera.

—Bueno, creo que me sentaría bien un trago —dijo, apretándole la mano, mientras miraba las caras llenas de curiosidad que la rodeaban.

5

Hasta que no hubo terminado la fiesta y los invitados se marcharon a sus casas, Roz no pudo tranquilizarse. Prefirió no subir a sus habitaciones, donde no haría más que pasear de un lado a otro, revivir la escena y sentirse herida por la humillación que había sufrido.

Hizo café, se sirvió un tazón y salió al patio para gozar del fresco y de la soledad. Los calefactores vibraban y las luces parpadeaban todavía; Roz se repantigó en un sillón para tomar el café, relajarse y tal vez reflexionar un poco.

Sabía que Harper estaba enojado con ella porque le había impedido echar físicamente a Bryce de la casa. Aún era lo bastante joven y, gracias a Dios, era también un hombre, para creer que la fuerza bruta podía resolver aquel problema concreto. Y también la quería lo suficiente para dominar su ira porque ella se lo había pedido. Por lo menos esta vez había conseguido dominarla.

La vez anterior que Bryce intentó entrar en la mansión Harper sin que lo invitaran, ella estaba demasiado estupefacta para impedir que Harper y David actuaran. Echaron a Bryce con cajas destempladas, y ella no pudo evitar sentirse satisfecha por la manera en que su hijo la había librado de aquel hombre. Pero ¿qué había resuelto?

En esa ocasión Bryce se salió con la suya, al igual que ahora. La había trastornado, que era lo que pretendía.

Se preguntó hasta cuándo tendría que pagar por un error estúpido y temerario.

Cuando oyó que la puerta se abría a sus espaldas, Roz se puso tensa. No quería discutir sobre el desagradable incidente con David o Harper, no quería que un hombre le diera una palmadita en la espalda y le dijera que no se preocupase. Quería estar a solas y reflexionar.

—No sé qué te parecerá, pero me gustaría tomar un poco de chocolate.

Sorprendida, Roz vio que Stella depositaba una bandeja sobre la mesa.

—Después de una fiesta me gusta relajarme un poco, y estas trufas de chocolate, que estaban abandonadas en la cocina, me llamaban a gritos.

Roz vio que había preparado té, y recordó que a Stella no le gustaba tomar café por la noche. Había dispuesto las trufas sobrantes en una bonita bandeja.

—Hayley también habría venido, pero Lily se despertó. Es posible que le esté saliendo un diente, porque no se está quieta. Qué delicioso es esto. A mediados de diciembre y con este clima. Todavía no hay ni rastro de frío en el aire.

—¿Has ensayado esta conversación y decidiste que empezarías hablando del tiempo?

En otra época, el tono altivo de Roz habría afectado a Stella, pero esos días pertenecían al pasado.

—Siempre he pensado que el tiempo es un buen tema para empezar, sobre todo entre un par de jardineras. Iba a seguir hablando de lo espectaculares que son las flores de Pascua este año, pero creo que eso me lo saltaré. —Tomó una trufa y la mordisqueó—. Pero no hay nada como el chocolate. Dios mío, habría que canonizar a quien inventó estas maravillas.

—Pregúntale a Hayley. Si no sabe quién inventó la primera trufa de chocolate, lo averiguará.

Puesto que el chocolate estaba allí, a Roz no se le ocurrió ninguna buena razón para no comer un poco.

—Ya ha pasado casi un año —le dijo Stella.

—¿Es esta tu manera de abrir el fuego para pedir un aumento de sueldo?

—No, pero es una buena idea. Trabajo para ti desde hace casi un año, vivo en tu casa. Esto último durante más tiempo del que me había propuesto, desde luego.

—No tiene sentido que te mudes a otra parte y tengas que volver a trasladarte cuando te cases con Logan.

—Es cierto, y espero tu comprensión y que me libres de ir dando vueltas por ahí con los niños. Aunque me ilusione casarme e irme a vivir con Logan, sobre todo ahora que he arreglado su piso a mi gusto, lo cierto es que echaré de menos tu casa. Y los niños también.

—Es agradable escuchar eso.

—Incluso a pesar de lo que ocurrió la primavera pasada, tal vez en cierto modo debido a ello, le tengo apego a esta casa. Y a ti también.

—Me alegra que me digas eso, Stella. Tienes un buen corazón que armoniza

con tu mente ordenada.

—Gracias. —La joven se repantingó en su asiento y sostuvo la taza de té con ambas manos. Sus ojos de un azul floral estaban fijos en Roz—. Tras haber vivido y trabajado contigo durante casi un año, creo conocerte tanto como es posible conocer a una persona en ese tiempo. Una de las cosas que sé con certeza es que, a pesar de lo generosa y hospitalaria que eres, proteges mucho tu intimidad. Y sé que me estoy metiendo en un terreno personal si te digo que lamento lo que ha pasado. Siento mucho y me asombra que un gilipollas pueda entrar en tu casa sin que nadie lo invite, en una casa donde no es bien recibido, con intención de ponerte en un brete.

Como Roz no decía nada, Stella aspiró hondo.

—Por eso, si te apetece comer trufas y desahogarte hablándome de ese hijo de perra, me encantará escucharte. Pero, si prefieres permanecer aquí sentada y dejar que el rencor se agrie, me iré arriba con el té y la mitad de estas trufas.

Por un momento, Roz se limitó a tomar sorbos de café. Entonces pensó: «¡Qué diablos!», y se comió otra trufa.

—Verás, como he vivido aquí durante toda mi vida, tengo diversas amigas y bastantes conocidas, pero la verdad es que no he tenido grandes amistades femeninas íntimas. Hay una razón por la que... —Alzó un dedo y lo sacudió antes de que Stella pudiera hablar—. La razón es que hasta cierto punto lo prefiero así, probablemente porque enviudé joven. Muchas mujeres de mi círculo social se volvieron un poco recelosas. Allí estaba yo, joven, atractiva, bastante adinerada... y disponible. O así lo suponían ellas. Por otro lado estaban las que querían emparejarme con un hombre. Un amigo, un hermano, un primo, lo que fuera. Estas dos actitudes me parecían igualmente irritantes. El resultado fue que perdí el interés por tener amigas íntimas. Así que estoy un poco oxidada. Sin embargo, te considero una amiga, la mejor que tengo.

—Como siento lo mismo por ti, me gustaría que me dejaras ayudarte. Aunque solo sea para echar pestes de ese jodido Bryce y traerte chocolate.

—Vaya, Stella. —La voz de Roz era tan cremosa como las trufas—. Creo que es la primera vez en todo este año que te oigo soltar un taco.

Stella se ruborizó un poco, la maldición de las pelirrojas.

—Los reservo para ocasiones especiales.

—Pues ésta lo es, desde luego. —Roz echó la cabeza atrás y contempló las estrellas—. No lo ha hecho para ponerme en evidencia. Eso ha sido un beneficio adicional.

—¿Por qué lo ha hecho entonces? ¿Es posible que haya sido tan estúpido de pensar que le permitirías venir a la fiesta?

—Puede que haya pensado que la necesidad de mantener mi imagen le franquearía la entrada; eso le habría servido como lubricante para engrasar los mecanismos de las intrigas y los planes para ganar dinero que tiene en marcha.

—De ser así, es evidente que no te conoce muy bien, puesto que te subestima de esa manera.

—Sabe que esta noche ha conseguido lo que buscaba. ¿La joven a la que cogía del brazo? Es muy rica y muy bonita. Es muy posible que se solidarice con él, incluso que considere que le he tratado muy mal.

—Entonces es más que tonta. Es estúpida hasta el mismísimo tuétano.

—Tal vez, pero él es un embustero redomado, y escurridizo como una serpiente. Yo no soy tonta ni estúpida y sin embargo caí en la trampa.

—Le querías, y por eso...

—No, cariño, no le quería, gracias a Dios. —La mera idea de haber amado a Bryce hizo que se estremeciera—. Me gustaban las atenciones que tenía conmigo, los halagos y, por lo menos al principio, la aventura romántica y el sexo. Añade a eso que me afectaba mucho el síndrome del nido vacío, así que era una víctima fácil. Mi error consistió en casarme con él en vez de acostarme con él hasta que me aburriese o viese qué había bajo su hermoso exterior.

—No sé si eso empeora o mejora las cosas —dijo Stella al cabo de un momento.

—Yo tampoco, pero ésa es la realidad. En cualquier caso, quería recordarme que existe, que puede nadar en el mismo estanque social que yo. Ante todo pretendió molestarme y hacerme pensar en él. Misión cumplida. Tiene necesidad de atención, de que se centren en él, para bien o para mal. El peor castigo para él es que no le hagan caso, y eso es lo que he hecho, con bastante éxito, desde que volvió a Memphis. Lo de esta noche ha sido una manera muy astuta de presentarse ante mí, en mi casa, en presencia de mis invitados.

—Ojalá hubiera llegado antes. Estaba casi en el otro extremo de la casa cuando oí el jaleo. Pero no veo cómo puede satisfacerle a nadie que le echen en público, como me han dicho que le has echado.

—No conoces a Bryce. Ese incidente le alimentará durante semanas. Se hará el ofendido, dirá que él solo pretendía hacer las paces, que había venido a felicitarme las fiestas y todo eso. ¿Y qué he hecho yo sino rechazarlo y humillar a su pareja, una invitada? —Se interrumpió un momento para reprimir un nuevo

acceso de ira—. La gente dirá: «Hay que ver qué fría y dura es, qué insensible y descortés».

—Entonces la gente es idiota.

—Sí, es cierto, y por eso me relaciono poco y selecciono tanto mis amistades. Por eso agradezco tanto tener una amiga con la que poder sentarme a estas horas de la noche y comer trufas de chocolate mientras siento lástima de mí misma. —Exhaló un largo suspiro—. Y que me aspen si no me siento mejor. Vayamos a dormir un poco. Mañana será un día atareado, y los husmeadores de chismes andarán por aquí confundidos con los clientes normales.

Algunos lo habrían llamado encerrarse en el trabajo. Para Roz era hacer lo que debía y disfrutarlo a fondo. Le encantaban las tareas propias del invierno, encerrarse durante horas, incluso días, en un invernadero, dar comienzo a nuevas vidas e ir nutriéndolas durante su crecimiento. Los brotes de los pimpollos y los esquejes empezaban mediante acodos o yemas. A Roz le encantaba el olor del abono para las raíces y la humedad, así como vigilar las etapas del proceso.

Tenía que eliminar los parásitos y solucionar otros problemas. Cuando veía signos de sedoso moho o roya, cortaba las hojas infectadas y rociaba las plantas. Comprobaba la circulación del aire, ajustaba la temperatura.

Cortaba y tiraba sistemáticamente todo injerto que mostrara signos de podredumbre o virus. Allí, lo mismo que en su vida, no permitía ninguna infección.

Trabajar la relajaba, debía recordarlo. Se había liberado de Bryce, había eliminado de su vida semejante infección. Tal vez no tan pronto como hubiera debido, tal vez no había estado lo bastante ojo avizor, por lo que incluso ahora se veía obligada a mantenerse en guardia y no perder ni por un instante el dominio de sí misma.

Pero era fuerte, y la vida que había construido era también lo bastante sólida como para resistir aquellas pequeñas e irritantes infecciones.

Pensando en ello, terminó su lista de tareas para el día y después buscó a Harper.

Entró en la sección de injertos, sabiendo que él no la oiría de inmediato, con las notas de Beethoven que mecían a las plantas o con cualquier otra música que él hubiera seleccionado para la jornada atronando en sus auriculares.

Aguardó un momento, la enternecía verlo trabajar. Llevaba una vieja

sudadera, unos vaqueros todavía más viejos, unas sucias botas... Roz supo que aquel día había estado trabajando en la plantación.

Recientemente se había cortado el pelo, y su lustrosa negrura le daba ahora un estilo más convencional. Roz se preguntó cuánto tiempo le duraría. Si conocía bien a su hijo, como así era, se olvidaría de la pequeña tarea de arreglarse el pelo durante semanas, hasta que acabara usando un trozo de rafia para atárselo en la nuca mientras trabajaba.

Harper era un muchacho muy inteligente y creativo en su campo. Cada uno de los hijos de Roz tenía su propio talento, su propia orientación (ella se había asegurado de que así fuera), pero solo Harper había heredado su amor incondicional por la jardinería.

Roz avanzó entre las mesas llenas de plantas, utensilios y medios de cultivo para observar cómo injertaba hábilmente una rosa en miniatura.

Cuando el muchacho terminó de manipular el espécimen, extendió la mano para coger la lata de Coca-Cola que siempre tenía cerca; en ese momento, Roz entró en su línea de visión.

Su madre vio cómo se concentraba en ella mientras bebía.

—Bonito trabajo —le dijo—. No te ocupas a menudo de las rosas.

—Estoy experimentando con éstas. He pensado que podríamos tener una sección de rosas en miniatura criadas en recipientes. Estoy trabajando en una pequeña trepadora y unos especímenes de poca altura. ¿Quieres una Coca-Cola?

—No, gracias. —Ella pensó en lo mucho que se le parecía. Solía hablar con aquel mismo tono cortés y sereno cuando estaba irritada—. Sé que estás molesto conmigo, Harper.

—Cómo esté yo es lo de menos.

—Sí, lo comprendo. —Quería acariciarle los hombros, restregarle la mejilla con la suya. Pero se pondría rígido, como le sucedería a ella si alguien la tocara antes de que estuviera preparada para ello.

—Estás enfadado por el modo en que solucioné lo de anoche y por no permitirte que lo arreglaras tú.

—Lo preferiste así —el joven sacudió un hombro—, y no estoy enfadado contigo. Solo estoy decepcionado, eso es todo.

Si hubiera empuñado el cuchillo de injertar y se lo hubiese clavado en el corazón, ella habría sentido menos dolor, menos conmoción.

—Harper...

—¿Tenías que ser tan cortés con él? ¿No podrías haberle dado lo que se

merecía allí mismo, en vez de apartarme y salir de casa para discutirlo fuera?

—¿De qué habría servido...?

—Me importa un bledo de qué habría servido, mamá. —El infausto temperamento de los Harper ardía a fuego lento en sus ojos—. Merecía que le partieran la cara sin más explicaciones. Deberías haberme dejado defenderte, pero tenías que hacer las cosas a tu manera y obligarme a estar cruzado de brazos. ¿Para qué estoy aquí?

Ella quería darse la vuelta, tomarse un respiro para recuperar la serenidad, pero no podía desviar los ojos de la cara de su hijo.

—No hay nadie en este mundo que pueda dañarme como tú lo haces.

—No tengo intención de dañarte.

—No, claro que no. No harías tal cosa. Por eso sé lo enfadado que estás. Y veo perfectamente cuál es la causa de tu enfado. Tal vez me haya equivocado —alzó las manos para restregarse la cara—, pero no sé hacerlo de otro modo. Tenía que echarlo de la casa, rápidamente y antes de que él volviera a ensuciarlo todo. —Roz dejó caer las manos a los costados; la aflicción era patente en su rostro—. Fui yo quien lo trajo a casa, Harper. Fui yo quien lo hizo, no tú.

—Eso no significa que seas culpable ni que debas enfrentarte tú sola a una cosa así. Si no puedes confiar en mi ayuda, esperar que te defienda...

—Por Dios, Harper, no digas eso. Me duele que pienses que no te necesito cuando a menudo me preocupa necesitarte demasiado por tu propio bien. No sé qué haría sin ti, ésa es la verdad. No quiero que nos peleemos por él. —Se llevó las manos a los ojos y se los apretó—. No es más que un matón.

—Y yo ya no soy un crío al que debas proteger de los matones. Soy un hombre, mamá, y ahora me corresponde protegerte, tanto si quieres como si no, tanto si lo necesitas como si no.

Ella dejó caer las manos de nuevo, y esta vez sonrió.

—Supongo que tienes razón.

—Si vuelve a presentarse en casa, no me detendrás.

Roz aspiró hondo y se llevó las manos a la cara.

—Sé que eres un hombre, Harper. A veces me duele, pero sé que eres un hombre con tu propia vida, con tu manera de ser. Sé que eres un hombre que estará a mi lado cuando se lo pida, aunque preferirías estar delante de mí y pelear.

Sabía que él no la había perdonado del todo, pero lo besó en la frente.

—Me voy a casa para trabajar en el jardín. Espero que no te dure demasiado

el enfado conmigo.

—Probablemente no me durará.

—Queda jamón al horno de la cena y también muchas clases de guarnición, si te apetece comer algo en casa.

—Puede que lo haga.

—De acuerdo, entonces. Ya sabes dónde encontrarme.

En unos jardines tan extensos como los suyos, siempre había tareas que hacer. Puesto que quería trabajar, Roz arrastró sacos de mantillo, comprobó las existencias de abono y se ocupó de los esquejes y los pimpollos que cultivaba para su uso personal en el pequeño invernadero junto a la casa.

Luego cogió los guantes y la podadera y salió para concluir la poda de fin de año.

Cuando Mitch la encontró, Roz estaba metiendo ramitas en una pequeña trituradora. La máquina, pintada de un rojo apagado, traqueteaba al triturar la broza; con su brioso movimiento, parecía muy diligente.

Como también lo parecía ella, se dijo Mitch, con la camisa sucia de tierra, la raída chaqueta, la gorra negra, los gruesos guantes y las botas llenas de cicatrices.

Llevaba unas gafas de cristales oscuros; él se preguntó si serían para protegerse los ojos del sol o de las astillas que volaban.

Sabía que Roz no podía oírlo porque se lo impedía el estrépito de la trituradora, por lo que se tomó un momento para mirarla y dejó que se fusionara la imagen de la resplandeciente mujer que lucía un collar de rubíes con la atareada jardinera vestida con unos vaqueros descoloridos.

Aquella era la misma mujer severa, vestida con un traje sastre, que le visitó por primera vez en su piso, la Roz del invernadero tropical con una mancha en la mejilla y la Roz desenvuelta y amistosa que se había tomado tiempo para ayudarle a seleccionar un juguete infantil. Era una mujer de múltiples facetas, y probablemente tenía más de las que él ya había visto. No dejaba de ser extraño que le atrajeran todas ellas.

Con los pulgares metidos en los bolsillos de la chaqueta, Mitch se le acercó hasta entrar en su campo de visión. Ella alzó los ojos y entonces paró la máquina.

—No es necesario que se detenga por mí —le dijo él—. Es la primera vez

que veo uno de estos cacharros en acción, excepto en la película *Fargo*.

—Éste no es del todo apropiado para deshacerse de un cadáver, pero es útil para las tareas de jardinería.

Con una ridícula satisfacción, Roz pensó que Mitch había visto *Fargo*. Era una señal de que tenían algo en común.

—Ajá. —Él miró el lugar por donde había desaparecido casi toda una rama—. Así que mete el material aquí y tras, tras, tras.

—Más o menos.

—¿Qué hace con los residuos?

—Cuando has triturado suficientes ramas y hojas, tienes un buen saco de mantillo.

—Qué práctico. Bueno, no quería interrumpirla, pero David me dijo que estaba aquí. Pensé venir y dedicar un par de horas a la investigación.

—Me parece bien. No creía que tuviera usted mucho tiempo hasta pasadas las fiestas.

—Tengo tiempo. Estoy sacando copias de los registros oficiales y necesito tomar algunas notas sobre su historia familiar, esa clase de cosas. He de poner cierto orden antes de que pueda mirar bajo la superficie.

Él le quitó del hombro una astilla de considerable tamaño, y deseó que ella se quitara las gafas de sol, porque sus ojos le encantaban.

—Y quisiera establecer las fechas para las entrevistas, después de las fiestas.

—De acuerdo.

Mitch tenía las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero. Sabía que estaba dejando pasar el tiempo, pero ella olía tan bien... Tan solo un atisbo de feminidad oculta bajo el olor de la madera.

—Es curioso, no creía que hubiera tanto trabajo en un jardín en esta época del año.

—Siempre hay algo que hacer, en cada época del año.

—Y yo le estoy haciendo perder el tiempo. Solo quería saber si está bien.

—Estoy perfectamente.

—Sería estúpido por mi parte fingir que no he oído comentarios sobre lo que había tras lo ocurrido anoche, o la escena que habría habido si usted no hubiera resuelto el problema de una manera tan acertada.

—Así es como prefiero resolver los problemas, siempre que es posible.

—Pero si mantiene esta reserva cuando la conversación entre nosotros afecte a lo personal, será difícil investigar la historia de su familia.

Como la estaba mirando con atención, como estaba aprendiendo a interpretar sus reacciones, vio que la irritación asomaba por un instante a sus facciones.

—Lo de anoche no tiene nada que ver con la historia de mi familia.

—No estoy de acuerdo. La involucra a usted, y ese... ese fenómeno que ocurre en su casa también la involucra.

Ella podría echarlo de allí tan diestramente como había echado a Bryce Clerk, pero si hiciera tal cosa sería solo porque él era del todo sincero y no tenía doblez.

—Voy a fisgar, Roz. Me ha contratado para eso, y no siempre lo haré de una forma suave. Si quiere que sigamos adelante con el proyecto, tendrá que acostumbrarse.

—No alcanzo a ver qué relación podría tener mi lamentable y afortunadamente breve segundo matrimonio con la Novia Harper.

Él no tenía necesidad de ver sus ojos con nitidez para saber que lo miraban con frialdad. Lo notó en su voz.

—La novia. Tanto si lo fue como si no, así se refieren siempre a ella en la tradición de su familia. Cuando se... manifestó, la pasada primavera, y lo hizo una y otra vez, me dijo que ella nunca la molestaba si se relacionaba con hombres ni tampoco cuando se casó, al contrario de lo que le ocurrió a Stella.

—Stella tiene hijos pequeños. Los míos son adultos.

—Pequeños o adultos, siguen siendo sus hijos.

Los hombros de Roz se relajaron; se agachó para recoger unas ramas más pequeñas e introducirlas en el triturador.

—Por supuesto.

—Así pues, podemos suponer que ella no se sentía amenazada por Bryce... ¿Qué clase de nombre es ése, en cualquier caso? Es estúpido. O que consideraba que usted había cumplido con sus deberes maternos y no le importaba lo que hiciera con su vida sexual. O que, rebasado cierto momento, deja de mostrarse a quienquiera que viva en la casa.

—Descarte la tercera posibilidad, porque la he visto recientemente.

—¿Desde junio?

—Hace unos días, y de nuevo anoche.

—Eso es interesante. ¿Qué estaba haciendo usted en ese momento? ¿Qué hacía ella? Debería haber traído el cuaderno de notas.

—No hizo nada. La vi un momento y desapareció. No espero de usted que resuelva el enigma ni descubra el motivo por el que viene ni a quién decide

aparecerse. Quiero que averigüe quién fue.

—Un enigma se relaciona con el otro. Necesito que tengamos una charla sin prisas, y con toda evidencia ésta no es la ocasión. Tal vez podríamos cenar juntos. Mañana, si está libre.

—No es necesario que me invite a cenar para hacerme una entrevista.

—Podría ser muy grato invitarla a cenar. Si es contraria a mezclar los negocios con el placer, será una pena tener que esperar hasta que haya terminado este proyecto.

—Ya no salgo con nadie. He puesto fin a eso.

—La expresión «salir con alguien» siempre hace que me sienta como si hubiera vuelto a la universidad. O peor todavía, al instituto. —Mitch se arriesgó y le deslizó las gafas hacia abajo a lo largo de la nariz, para mirarla directamente a los ojos—. Podríamos decir que me interesaría relacionarme con usted en un plano social.

—Eso es lo mismo que salir con alguien. —Pero le sonrió antes de colocarse nuevamente las gafas en su sitio—. De todos modos lo aprecio de veras.

—De momento nos conformaremos con una entrevista. Estaré por aquí durante un par de semanas, así que ya me dirá cuándo tiene tiempo para sentarse y conversar conmigo durante un tiempo prolongado; puede llamarme a casa y lo organizaremos.

—Me parece muy bien.

—Bueno, iré a trabajar un poco y la dejaré seguir con lo suyo. —Cuando empezó a alejarse, ella alargó un brazo para poner en marcha la trituradora—. Ah, Roz, cuando cambie de idea sobre la cena, hágamelo saber.

—Puede estar seguro de que lo haré.

Roz encendió la máquina e introdujo una rama.

Trabajó hasta que se fueron los últimos rayos de luz; entonces guardó los utensilios antes de subir los escalones de acceso a la terraza del primer piso y la puerta de sus aposentos.

Quería darse una ducha caliente e interminable, ponerse ropa suave y tomar una copa de vino frío o un vermut, uno de los asombrosos martinis fríos que preparaba David, con una exótica aceituna. Luego se haría un emparedado con las sobras de aquel delicioso jamón. Tal vez se pasaría la mayor parte de la velada jugando con bocetos e ideas para la expansión de la floristería. También

se ocuparía de la selección de bolsas que había hecho Stella, para la comercialización de la tierra de cultivo.

Salir con alguien... Lo pensó mientras se desvestía y abría la ducha. No tenía tiempo y, desde luego, no le apetecía salir con nadie en aquella etapa de su vida. Incluso aunque se lo hubiera ofrecido un hombre muy atractivo, inteligente y seductor, un hombre que le había invitado cuando estaba cubierta de astillas. ¿Por qué no podían tener una relación sexual sin más?

No estaba hecha para actuar así, debía admitirlo, y era una lástima. Tenía que haber... algo más antes de que se desnudara, en todos los sentidos, ante un hombre.

Mitch le gustaba bastante, pensó mientras echaba la cabeza atrás y dejaba que el agua caliente le golpease la cara y los hombros. Apreciaba la manera en que él había reaccionado la primavera anterior, cuando hubo dificultades, y admiraba, ahora que podía mirar atrás con suficiente distancia, el modo en que aceptó ayudarle a resolver el enigma sin la menor vacilación.

Otros hombres se habrían desentendido y, desde luego, habrían rechazado la idea de trabajar para ella en una mansión donde rondaba un espíritu del que ahora sabían que era peligroso.

Y, en fin, le había encantado su desconcierto cuando tenía que comprar un regalo para un niño, y lo mucho que había deseado encontrar el objeto apropiado. Ése era un punto a su favor.

Si ella conservara la ilusión...

Si quisiera reanudar la experiencia de una relación con el sexo opuesto, probablemente lo haría con un hombre como él. Alguien con quien pudiera conversar, alguien que la atrajera y le interesara.

Y no hacía ningún daño que fuera lo que Hayley consideraba «un tío bueno».

Claro que solo había que ver lo que sucedió la ocasión anterior.

Únicamente una mujer estúpida utilizaría a Bryce como vara de medir. Ella lo sabía; así pues, ¿por qué seguía haciéndolo? Su insistencia era una especie de victoria para Bryce. Si no podía hacer nada más al respecto, por lo menos podía esforzarse por apartarlo de sus pensamientos.

Cerró la ducha y extendió la mano para coger una toalla, pensando en que consideraría, tan solo eso, la posibilidad de ir a cenar con Mitch, aunque únicamente fuera para demostrarse a sí misma que no estaba permitiendo que Bryce afectara a su vida de ninguna manera.

Cenarían en un restaurante, charlarían un poco, una mezcla de negocios y

placer. No estaría tan mal, cuando hubiera reunido la energía necesaria para hacerlo. No le importaría volver a verlo y relacionarse con él en un plano personal. De hecho, podría ser una ayuda que llegara a conocerlo mejor.

Pensaría en ello.

Después de haberse envuelto con la toalla, tendió la mano automáticamente para tomar la loción; su mano se detuvo a unos centímetros del frasco.

En el espejo del baño, empañado por el vapor, había tres palabras escritas:

¡Los hombres mienten!

6

Roz dejó de pensar en los hombres, los fantasmas familiares y los mensajes escritos en espejos empañados. Sus hijos habían llegado y la casa estaba llena de sus voces, su energía y sus bártulos. En otro tiempo, los montones de zapatos, de gorras, de heterogéneos objetos que dejaban por todas partes la irritaban un poco, pero ahora le encantaba ver aquellas pruebas de su presencia. Antes había anhelado una casa tranquila y ordenada; ahora disfrutaba del ruido y la confusión.

Se marcharían muy pronto, de regreso a las vidas que estaban construyendo. Así pues, ella atesoraba cada minuto de los dos días en los que su familia volvería a estar reunida bajo el mismo techo.

¿No era divertido ver de nuevo a sus hijos con los hijos de Stella, o contemplar a Harper cuando tomaba en brazos a la inquieta Lily y la mecía? Esta escena compensaba encontrarse en la cabecera de aquel abigarrado tren generacional.

Stella se sentó en el sofá al lado de Roz.

—Te agradezco que le hayas permitido a Logan quedarse esta noche.

—Es Nochebuena. Solemos tener sitio en el hostel.

—Ya sabes qué quiero decir, y sé que probablemente es una tontería, pero deseo de veras pasar la primera Navidad en su... en la que será nuestra casa cuando estemos casados.

—Creo que peco de sensiblera y egoísta al alegrarme de que todos estéis aquí esta noche. —Observó cómo Hayley alzaba a Lily del suelo cuando el bebé gateaba en línea recta hacia el árbol navideño—. Me alegro de que esta noche haya niños en la casa. ¡Austin! —gritó cuando su hijo mediano empezó a hacer malabarismos con tres manzanas que había cogido de un cuenco—. En el salón no.

—Me resulta muy familiar esa tonada. Tanto que podría añadirle la música.

—Era un muchacho alto y de caderas estrechas, con el cabello rubio y ondulado de su padre. Sonrió a Gavin mientras hacía girar las manzanas una vez más—. En el salón no, Austin, en el salón no —canturreó, haciendo que los hijos de Stella se partieran de risa antes de lanzarles una manzana a cada uno de ellos y dar un mordisco a la tercera.

—Toma un poco de vino, mamá. —Su hijo menor, Masón, estaba sentado en el brazo del sofá y le tendía una copa. El brillo malicioso de sus ojos azules advertía a Roz de que se avecinaban problemas—. Ya sabes que el salón es terreno sagrado, Austin. Aquí no se hacen malabarismos, sobre todo con cosas como zapatos, por ejemplo.

—¡Puedes hacer eso con zapatos! —Luke miró a Austin con ojos llenos de asombro.

—Puedo hacerlo con cualquier cosa. Tengo un talento y una destreza fuera de lo común.

—Pero por desgracia, no pude convencerlo para que se dedicara al circo cuando tenía ocho años.

Harper tomó a Lily en brazos cuando la pequeña, a la que sostenía Hayley, le tendió sus rechonchos bracitos.

—¿Puedes hacer malabarismos con los míos? —preguntó Luke.

—Dame uno.

—Austin... —Resignada, Roz suspiró y tomó un sorbo de vino—. Como rompas algo, te la vas a cargar.

—Vaya, otra tonada familiar. Veamos, necesito un reto. Me parece que un zapato tuyo, Logan, es lo bastante grande para alojar a una familia de cuatro. Veamos qué podemos hacer.

—Si te doy mi zapato, te la cargas y me despiden. Llámame cobarde si quieres, pero pronto tendré dos críos a los que alimentar. —Extendió el brazo para dar un suave golpecito a Gavin en las costillas—. Y comen como cerdos.

Gruñendo como un cerdo, Gavin tomó una galleta de una bandeja y se la metió entera en la boca.

—Adelante, Logan. —Roz agitó una mano—. Déjale que se salga con la suya, o de lo contrario no estará satisfecho.

—Veamos, uno más. —Miró a su alrededor y sus ojos se posaron en Hayley—. Mira esos bonitos y delicados pies. ¿Qué te parecen, cariño?

Hayley se echó a reír.

—Son tan delicados como barcos bananeros —replicó, pero de todos modos

se quitó uno.

—Harper, lleva el bacará de tu abuela a una zona más segura —ordenó Roz—, para que tu hermano pueda lucirse.

—Prefiero la palabra «actuar».

—Recuerdo una actuación tuya que le costó a mamá una lámpara —comentó Harper mientras cambiaba de lugar las reliquias de la familia—. Y los tres... y tú también, David, si la memoria no me falla, tuvimos que limpiar el estropicio.

—Eso fue cuando era un novato —replicó Austin. Tras dar a los tres zapatos de diferente diseño varias volteretas de prueba, empezó a hacer juegos malabares—. Como podéis ver, he perfeccionado mi habilidad desde aquel lamentable incidente.

—Es una suerte tener una profesión alternativa —le dijo Masón—. Puedes hacer ese número en un teatro de variedades.

El malabarismo con los zapatos hizo reír y brincar a Lily en la cadera de Harper. Roz se limitó a retener el aliento hasta que Austin hizo una reverencia.

El muchacho lanzó el zapato al encantado Luke.

—¿Puedes enseñarme?

—¡A mí también! —insistió Gavin.

—Mamá nos dirá: «no en el salón» —dijo Austin antes de que Roz hubiera abierto la boca—. Mañana practicaremos fuera de casa, para librarnos de la ira de mamá.

—Es la jefa de todo el mundo —dijo Luke en tono solemne.

—No tienes un pelo de tonto. Puesto que nadie parece dispuesto a darme dinero, tendré que conformarme con una cerveza.

Se acercó a Logan para devolverle el zapato y entonces se dirigió a Hayley.

—De acuerdo, Cenicienta. A ver si te va bien. —Le puso el zapato con gestos exagerados y, mirando a Harper por encima de la cabeza de Hayley, le sonrió—. El zapato encaja. —Le tomó la mano y se la besó—. Tendremos que casarnos cuando vuelva de la cocina.

—Eso es lo que dicen todos —replicó ella, pero posó en él una mirada coqueta.

—¿Por qué no me traes una cerveza, ya que estás en ello? —le preguntó Masón.

—Si he de hacer de camarero, decidme todos qué queréis.

Tras recibir las peticiones, miró a Harper de nuevo.

—¿Por qué no me echas una mano para traer todo esto?

—Claro.

Harper devolvió la pequeña a Hayley y salió del salón tras su hermano.

—Esto no puedo perdérmelo —le susurró Masón a su madre, y fue tras ellos.

—Qué guapa es nuestra prima Hayley, ¿verdad? —comentó Austin.

—Siempre has tenido cierta tendencia a expresar lo evidente.

—Pues, por seguir con esa tendencia, creo que le hago tilín.

—Y una manera infalible de juzgar mal a las mujeres.

—Un momento —les dijo Masón—. Dejadme que busque algo para escribir a fin de apuntar los tantos.

—Tiene una boca preciosa, claro que no te habrás dado cuenta, hermano mayor, puesto que no es algo que crezca en un tiesto.

Tomó una cerveza y bebió a morro sin esperar a que Harper sacara los vasos.

—Y la única forma de que consiguieras poner tus gruesos labios sobre los suyos sería que le diera un ataque epiléptico y necesitara la respiración boca a boca.

—Cuando dispara, da en el blanco —dijo Masón—. Por cierto, aquí el médico soy yo —le recordó—. Si necesita el boca a boca, soy el primero que se lo hará. ¿Tenemos Fritos o algo para picar?

Siguiendo un hábito inveterado, Austin tomó impulso y se sentó sobre el mostrador.

—Tal vez podrías hacer de canguro, para que pueda ver si a nuestra pequeña invitada le gustaría dar un paseíto por los jardines. En fin, no te he oído pedirlo primero.

—No es un trozo de pastel. —Un tanto irritado, Harper le quitó la cerveza a su hermano y tomó un largo trago—. ¿Cómo diablos hablas así de ella? Deberías tener un poco más de respeto, y si no lo consigues por ti solo, podríamos salir a dar un paseo para que te ayude a lograrlo.

Austin sonrió y señaló a su hermano.

—Te lo dije. ¿Tenía razón o no?

—Sí, está colado por ella.

—¿Qué clase de cocina es esta donde no hay Fritos?

—Están en la despensa, en el estante de arriba —dijo Roz desde el umbral—. Me sorprende que creas que había olvidado tu adicción infantil a las tiras de maíz. Austin, ¿has terminado de calentarle la cabeza a tu hermano?

—La verdad es que estaba empezando.

—Tendrás que dejar para luego esa parte de tu diversión navideña. —Sonrió al oír la jubilosa exclamación de Masón cuando localizó la bolsa de Fritos—. Tenemos compañía, y podría ser agradable dar la impresión de que he criado a tres jóvenes respetables y maduros.

—Eso va a ser bastante difícil, después de que él ya haya hecho sus malabarismos —gruñó Harper.

—Eso es verdad. —Roz se acercó a Harper para tocarle la mejilla, y luego tocó la de Austin, antes de volverse hacia Masón—: Puede que no seáis respetables y maduros, pero, por Dios, los tres sois guapísimos. Podríais haberme salido peor. Anda, Harper, lleva las bebidas a los invitados, y tú, Austin, levanta el trasero del mostrador. Esto es una casa, no el bar del barrio. Masón, pon las tiras de maíz en un cuenco y deja de llenar el suelo de migas.

—Sí, mamá —dijeron los tres al unísono, y la hicieron reír.

Nada destacó especialmente en el día de Navidad. Roz trató de grabar en su mente momentos determinados: la alegría de Masón al recibir el maletín de médico que ella le había comprado; Harper y Austin encorvados sobre un balón. No faltó la predecible fascinación de Lily por las cajas y los envoltorios más que por los juguetes, y el júbilo de Hayley al lucir unos pendientes nuevos.

Le encantó ver a Logan sentado en el suelo con las piernas cruzadas, mostrando a los hijos de Stella, ahora también suyos, las herramientas de tamaño infantil que había dentro de las cajas de herramientas que él mismo les había hecho.

Quería detener el reloj, solo por aquel día, aquel único día, pero las horas pasaron raudas, desde el amanecer y los nervios de abrir los regalos, hasta las luces de las velas y la espléndida comida que David había preparado y servido en su mejor vajilla de porcelana.

Antes de que se hubiera percatado de ello, la casa volvía a estar silenciosa.

Fue a la planta baja para echar un último vistazo al árbol navideño, sentarse a solas en el salón con una taza de café y recordar el día y todas las Navidades anteriores.

Sorprendida al oír pasos, alzó la vista y vio a sus hijos.

—Creía que os habíais ido todos a casa de Harper.

—Te estábamos esperando —replicó Harper.

—¿Esperando?

—Siempre vienes la noche de Navidad, cuando todos se han ido a dormir.

Roz miró a Masón con las cejas enarcadas.

—En esta casa no tengo secretos.

Él se mostró en desacuerdo.

—Tienes muchos, no solo éste.

Austin se acercó a ella, le quitó la taza de café y la sustituyó por una copa de champán.

—¿Qué es todo esto?

—Un pequeño brindis familiar —respondió él—, pero después de este último regalo que tenemos para ti.

—¿Otro? Tendré que añadir una habitación a la casa para guardar todo lo que he recibido esta mañana.

—Éste es especial. Ya tienes un lugar para él. O lo tuviste en otro tiempo.

—Bueno, no me tengáis en ascuas. ¿Qué habéis tramado?

Harper salió al vestíbulo y volvió con una gran caja envuelta en papel de estaño dorado, que depositó a los pies de su madre.

—¿Por qué no lo abres y miras qué es?

Llena de curiosidad, Roz dejó la copa de champán a un lado y empezó a abrir el envoltorio.

—No le digáis a Stella que estoy desgarrando este papel, porque se horrorizaría. Me asombra que los tres os hayáis puesto de acuerdo en algo, y mucho más que lo hayáis mantenido en secreto hasta esta noche. Porque Masón siempre se va de la lengua.

—Alto ahí, puedo guardar un secreto cuando es necesario. No sabes nada de cuando Austin cogió tu coche y...

—Calla. —Austin golpeó el hombro de su hermano—. No hay ley de prescripción para esa clase de delitos. —Sonrió dulcemente al ver el ceño fruncido de Roz—. Lo que no sabes, mamá, no puede hacer daño a este idiota.

—Supongo que sí —replicó ella, pero se sentía intrigada mientras abría el paquete. El corazón se le aceleró al sacar el espejo de tocador antiguo.

—Es el más parecido al que rompimos que hemos podido encontrar —comentó Harper—. El dibujo y la forma son casi idénticos.

—Reina Ana —añadió Austin—, alrededor de 1700, con laca dorada y verde sobre el cajón oblicuo. Por lo menos, es el mejor que nuestros recuerdos combinados han podido hacer coincidir con el que rompió Masón.

—¡Eh! Harper fue el que tuvo la idea de usarlo como cofre del tesoro. No fue culpa mía que se me cayera del puñetero árbol. Yo era el más pequeño.

—Cielo santo, estaba tan furiosa que casi os desollé vivos a los tres.

—Tenemos un doloroso recuerdo de eso —le aseguró Austin.

—Pertenece a la familia de vuestro padre. —Con la voz pastosa y un ligero dolor en la garganta, Roz deslizó los dedos por la madera lacada—. Me lo regaló el día de nuestra boda.

—Deberías habernos desollado. —Harper se sentó a su lado y le acarició el brazo—. Sabemos que no es lo mismo, pero...

—No, no, no. —Embargada de emoción, ella volvió la cara para apretarla un momento contra su brazo—. Es mejor. Que lo hayáis recordado, pensado en ello... que hayáis hecho esto.

—Te hicimos llorar —murmuró Masón, y se inclinó para restregarle la mejilla en su cabello—. Es la primera vez que recuerdo haberte visto llorar. Ninguno de nosotros lo ha olvidado, mamá.

Ella se esforzaba ahora por no emocionarse mientras abrazaba a cada uno de sus hijos.

—Es el regalo más hermoso que me han hecho jamás, y lo valoraré más que todo cuanto tengo. Cada vez que lo mire, pensaré en cómo erais entonces y en cómo sois ahora. Qué orgullosa estoy de mis hijos... siempre lo he estado, incluso cuando quería despellejaros.

Austin tomó la copa de su madre, se la tendió y luego repartió las otras tres copas.

—Harper recibe los honores, puesto que es el mayor. Pero que conste que la idea se me ocurrió a mí.

—Se nos ocurrió a todos —objetó Masón.

—Yo pensé la mayor parte. Adelante, Harper.

—Lo haré, si te callas durante cinco segundos. —Alzó su copa—. Por nuestra madre, por cuanto ha sido para nosotros y por todo lo que ha hecho por nosotros día tras día.

—Oh, eso ha remachado el clavo. —Las lágrimas se agolparon en la garganta de Roz y brotaron de sus ojos—. Ya no puedo seguir dominándome.

—Adelante, llora. —Masón se inclinó hacia ella y le besó la mejilla húmeda—. Así se cierra el círculo, y es bonito.

La vuelta al trabajo cotidiano la ayudó a superar la tristeza que la había invadido al despedirse de dos de sus hijos.

La semana transcurriría lentamente, como siempre sucedía en las épocas festivas, por lo que imitó a Stella y se dedicó con ahínco a organizar las tareas. Limpió las herramientas, restregó las mesas de trabajo, ayudó a hacer inventario y finalmente abordó el estilo y el diseño de los sacos de tierra.

Como disponía de algún tiempo libre, ayudó a Hayley a confeccionar nuevas macetas y artesas de hormigón.

—No puedo creer que la Navidad haya pasado. —Acuclillada, Hayley hizo girar el molde mientras Roz vertía la masa—. Tanta espera y preparación y ha pasado en un abrir y cerrar de ojos. El año pasado, el primero después de la muerte de mi padre... bueno, fue terrible, y las fiestas se me hicieron interminables.

—La aflicción tiende a alargar el tiempo, y la alegría lo contrae. No sé por qué ocurre así.

—Recuerdo que deseaba que todo pasara, ¿sabes?, a fin de no seguir oyendo villancicos cada vez que iba a trabajar. Estaba embarazada, me sentía sola y mi casa estaba en venta. Me pasé la mayor parte de la Navidad embalando cosas y pensando en lo que debía vender para poder marcharme de Little Rock. —Se irguió sobre los talones y suspiró, satisfecha—. Y aquí, solo un año después, todo ha sido tan brillante y agradable... Sé que Lily no sabía qué pasaba, pero ha sido muy divertido verla jugar con sus juguetes, o más bien con las cajas.

—Nada como una caja de cartón para que un bebé esté entretenido. Tenerla aquí, compartir esa primera Navidad con ella, ha sido algo especial para mí, para todos nosotros.

Una vez lleno el molde, Hayley alisó los bordes con una llana.

—Sé que la quieres, Roz, pero no creo que esté bien que te quedes con ella en Nochevieja mientras yo voy a una fiesta.

—Esa noche prefiero quedarme en casa y Lily me proporciona la excusa perfecta. Además, me hace mucha ilusión estar con ella.

—Deben de haberte invitado a una docena de fiestas.

—Más. —Roz se enderezó y se apretó la parte inferior de la espalda—. No me interesan. Id tú y David y celebradlo con otros jóvenes. Ponte tus pendientes nuevos y bailad. Lily y yo estaremos bien aquí, juntas durante el cambio de año.

—David ha dicho que nunca ha podido convencerte para que fueras a su fiesta, aunque ya hace años que es una tradición. —Cogió una botella de agua y

tomó un trago—. Ha dicho que probablemente irá Harper.

—Supongo que sí. Tienen varios amigos comunes. —Divertida, dio unas palmadas en el hombro de Hayley—. Vamos a terminar esto y daremos la jornada por concluida.

Estaba cansada cuando llegó a casa, pero también satisfecha porque había tachado varias tareas de su lista. Cuando vio el coche de Mitch en el sendero de acceso, su reacción la sorprendió: consideró la posibilidad de ir a cambiarse antes de verlo en la biblioteca.

Pero se recordó a sí misma que sería una pérdida de tiempo y, además, no era propio de ella. Por tanto, llevaba la ropa de trabajo cuando entró en la biblioteca.

—¿Tiene todo lo que necesita?

Él alzó la vista de los montones de libros y papeles sobre la mesa de la biblioteca. La miraba a través de los cristales de sus gafas de lectura con montura de carey.

—¿Cómo?

—Acabo de llegar. He pensado en preguntarle si necesita alguna otra cosa.

—Un par de docenas de años para organizar todo esto, un nuevo par de ojos... —Alzó la cafetera que estaba sobre la mesa, a su lado—. Más café.

—Por lo menos puedo ayudarlo en lo último.

Roz cruzó al otro lado y subió los escalones que conducían al segundo piso.

—No, déjelo. Probablemente en estos momentos el nivel de cafeína en mi sangre es del noventa por ciento. ¿Qué hora es?

Ella observó que llevaba reloj de pulsera, pero de todos modos consultó el suyo.

—Las cinco y diez.

—¿De la mañana o de la tarde?

—¿Tanto rato lleva aquí trabajando?

—Lo suficiente para haber perdido la noción del tiempo, como de costumbre. —Se restregó un hombro e hizo girar el cuello—. Tiene usted algunos parientes fascinantes, Rosalind. He reunido suficientes recortes de periódico sobre los Harper, remontándome hasta mediados del siglo XIX, para llenar una carretilla. Por ejemplo, ¿sabía usted que tiene un antepasado que cabalgó en el servicio de postas, en 1860, y que en la década de 1880 viajó con el *Show del Salvaje Oeste* de Buffalo Bill?

—Ese fue el tío Jeremías, que, al parecer, se fugó de casa cuando era un

muchacho para trabajar en el Pony Express. Luchó contra los indios, fue explorador del ejército, tuvo una mujer comanche y, según parece, otra en Kansas City, más o menos por la misma época. Fue jinete de exhibición en el *Show del Salvaje Oeste*, y los miembros más retrógrados del clan en aquellos tiempos lo consideraban una oveja negra.

—¿Y qué me dice de Lucybelle?

—Pues...

—La pillé. Lucybelle se casó con Daniel C. Harper en 1858 y lo abandonó dos años después. —El sillón crujió cuando echó el cuerpo atrás—. Aparece de nuevo en San Francisco, en 1862, donde abrió su propia casa de mancebía.

—Ésa se me había escapado.

—Bueno, Daniel C. afirmaba haberla enviado a una clínica de Nueva York y que murió allí a causa de una enfermedad consuntiva. Supongo que eso es lo que él habría querido, pero con un poco de trabajo y de magia, descubro a nuestra Lucybelle agasajando a la multitud inculta pero eficiente de California, donde vivió con aparente buena salud durante veintitrés años más.

—Realmente le gusta todo esto.

—Desde luego. Imagínese a Jeremías, a los quince años, galopando por las llanuras para entregar el correo. Joven, delgado y vigoroso. El servicio de postas quería chicos delgados para que su peso no sobrecargara al caballo.

—No me diga. —Roz apoyó la cadera en el ángulo de la mesa.

—Encorvado sobre su montura, cabalgando como alma que lleva el diablo, más rápido que las partidas de guerreros, cubierto de polvo y sudor o medio congelado a causa del frío.

—Por su tono, se diría que está pasándolo en grande.

—Tenía que ser muy emocionante, ¿no le parece? Luego está Lucybelle, primero casada y perteneciente a la alta sociedad de Memphis, con vestido rojo y una pistola de gran calibre en la liga...

—Vaya, qué romántico es usted.

—Tenía que llevar una pistola en la liga mientras atendía el bar o estafaba a los mineros jugando a las cartas una noche tras otra.

—Me pregunto si sus caminos llegarían a cruzarse.

—Ahí tiene —dijo él, complacido—. Así es como uno se queda atrapado en todo esto. Existe esa posibilidad, ¿sabe? Jeremías podría haber entrado en aquel saloon para tomarse un whisky en la barra.

—Y disfrutar de otras raciones del menú, mientras los más formales de la

familia se abanicaban en la terraza y se quejaban de la guerra.

—Aquí había mucha gente formal y mucha oveja negra. Había dinero y prestigio.

Buscó entre sus papeles y sacó la fotocopia de otro recorte.

—Y un encanto considerable.

Ella examinó la foto de sí misma, el día de su compromiso; una muchacha de diecisiete años, lozana y vibrante.

—Aún no había terminado la enseñanza secundaria. Estaba verde como la hierba y era testaruda como una mula. Nadie podía convencerme de que era demasiado joven para casarme con John Ashby, el mes de junio del año en que me hicieron esta foto. Dios mío, ¿no parezco dispuesta a todo?

—Aquí tengo recortes de sus padres. No se parece a ninguno de ellos.

—No. Siempre me dijeron que me parezco a mi abuelo, por el lado de los Harper. Murió cuando yo era niña, pero a juzgar por las fotos que he visto, creo que es cierto.

—Sí, he visto algunas, y así es Reginald Edward Harper, hijo, nacido en... 1892, el hijo más joven y único varón de Reginald y Beatrice Harper. —Mitch leyó sus notas—. Casado con...

—Elizabeth McKinnon. La recuerdo muy bien. De ella heredé el amor por la jardinería, y me transmitió su conocimiento de las plantas. Mi padre decía que yo era su favorita porque me parecía a mi abuelo. ¿Quiere que le prepare alguna infusión de hierbas para compensar el café?

—No, gracias. No puedo quedarme. Tengo una cita.

—Entonces le dejaré marcharse.

—Con mi hijo —añadió él—. Pizza y el canal deportivo ESPN. Procuramos verlo juntos una vez a la semana.

—Eso está bien, para los dos.

—Desde luego. Escuche. He de ocuparme de otras cosas y quisiera empezar el trabajo preliminar. Pero volveré el jueves por la tarde y, si a usted no le parece mal, trabajaré durante la noche.

—El jueves es Nochevieja.

—Ah, ¿sí? —Como si estuviera perplejo, consultó su reloj—. Siempre me hago un lío con las fechas durante las fiestas. Supongo que tendrá invitados.

—La verdad es que no.

—Entonces, si va a salir, tal vez no le importaría que me quedara aquí trabajando.

—No voy a salir. Cuidaré del bebé, Lily, la hija de Hayley. He insistido para que ellos fueran a una fiesta, y Stella y sus hijos tienen una reunión familiar en casa de Logan.

—Si no le han invitado a una docena de fiestas y el doble de hombres no le han pedido que salga con ellos en Nochevieja, me como todos estos recortes de prensa.

—Sus cifras podrían ser un tanto exageradas, pero lo cierto es que he rechazado las fiestas y las salidas. Me gusta quedarme en casa.

—¿Seré una molestia para usted si trabajo aquí?

Ella ladeó la cabeza.

—Imagino que lo han invitado a fiestas y que bastantes mujeres estaban deseosas de salir con usted.

—No salgo en Año Nuevo. Es una tradición mía.

—Bueno no me molestará. Si la pequeña no está inquieta, podemos emplear parte de la noche en hacer esa entrevista.

—Perfecto.

—Muy bien, entonces —replicó ella—. He estado atareada —dijo al cabo de un momento—. La casa se ha llenado en Navidad, han venido todos mis hijos. Y eso es solo parte del motivo por lo que no le he mencionado esto antes.

—¿Mencionado qué?

—Hace un par de semanas, Amelia me dejó un mensaje.

—¿Hace un par de semanas?

—Como he dicho, he estado muy ocupada. —Su tono tenía un dejo de irritación—. Y, además, no he querido pensar en ello durante las fiestas. No veo a mis hijos muy a menudo, y había muchas cosas que quería tener listas antes de que vinieran.

Él no dijo nada. Se limitó a sacar la grabadora, la acercó a ella y la encendió.

—Cuénteme.

La irritación aumentó, trazando un surco entre las oscuras y expresivas cejas de Roz.

—Decía: «Los hombres mienten».

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo. Lo escribió en un espejo.

—¿Qué espejo? ¿Sacó una foto?

—No, no saqué una foto. —Pensó que luego, a solas, podría recriminarse a sí misma ese descuido—. No veo qué importancia tiene en qué espejo sea. Fue en

el del baño. Acababa de ducharme, una ducha bien caliente. El espejo se había empañado, y el mensaje estaba escrito en la superficie cubierta de vapor.

—¿Cómo? ¿Con letras mayúsculas?

—Con mayúsculas y entre signos de admiración. Así. —Cogió uno de los bolígrafos de Mitch y se lo mostró—. Puesto que no era una información amenazadora o trascendental, supuse que podía esperar.

—La próxima vez no... suponga que puede esperar. ¿Qué había estado haciendo antes de... —«No pienses en ella desnuda en la ducha», se ordenó a sí mismo— antes de ducharse?

—A decir verdad, había estado en el jardín hablando con usted.

—Conmigo.

—Sí, ese día usted vino y yo estaba triturando ramas para convertirlas en mantillo.

—Poco después de aquella fiesta —dijo él, tomando notas—, la invité a cenar.

—Mencionó algo acerca de...

—No, no, la invité a cenar como un acto social. —Lleno de entusiasmo, rodeó la mesa y se sentó en ella a fin de que sus ojos estuvieran al mismo nivel—. Y entonces ella le dice que los hombres mienten. Fascinante. Le estaba advirtiéndome que se apartara de mí.

—Puesto que no voy en su dirección, no hay ningún motivo para que me advierta que me aparte.

—No parece molestarle que trabaje aquí —dijo él. Se quitó las gafas y las arrojó sobre la mesa—. He estado esperando, confiando realmente en alguna clase de avistamiento o confrontación, lo que fuera. Pero hasta ahora no le había molestado mi presencia. Sin embargo, cuando hago una tentativa de acercamiento personal ella le deja un mensaje. ¿Lo había hecho antes?

—No.

—Humm. —Percibió cierto cambio en la expresión de Roz—. ¿Qué? Ha pensado algo.

—Solo que me parece un poco extraño. La vi recientemente después de haberme dado un largo y caliente baño. Ducha, baño... es curioso.

«No pienses en ella desnuda en la ducha».

—¿Qué había estado haciendo antes del baño?

—Nada. Había trabajado, eso es todo.

—De acuerdo. ¿En qué pensaba mientras estaba en la bañera?

—No veo qué relación puede tener eso con nada. Fue la noche en que había hecho aquellas alocadas compras navideñas. Me estaba relajando.

—Ese día también había estado conmigo.

—Su amor propio parece un poco exagerado, Mitch. ¿No debería planteárselo?

—Los hechos son los hechos. En cualquier caso, ella podría haberse interesado o molestado por lo que usted pensaba. Si pudo introducirse en los sueños de Stella —añadió, al ver que ella se mostraba escéptica—, ¿por qué no podría introducirse en sus pensamientos cuando está despierta?

—No me gusta esa idea, no me gusta en absoluto.

—A mí tampoco, pero es algo que debemos tener en cuenta. Estoy examinando este proyecto desde dos puntos de vista, Roz. Desde lo que sucede ahora y por qué, hasta lo que sucedió entonces y por qué. Quién, por qué y qué. Todo está unido. Ése es el trabajo para el que usted me ha contratado. Cuando suceda algo, tiene que hacérmelo saber, pero no un par de semanas después de que haya sucedido.

—De acuerdo. La próxima vez que ella me despierte a las tres de la madrugada, le llamaré por teléfono.

Él sonrió.

—No le gusta que le den órdenes, ¿verdad? Está demasiado acostumbrada a darlas. Eso no es ningún problema. No puedo culparla, así que permítame pedirle cortésmente que me deje echar un vistazo a su cuarto de baño.

—Eso no solo parece totalmente fuera de lugar en este momento; además ¿no había quedado con su hijo?

—¿Josh? ¿Por qué? Oh, diablos, lo olvidaba. He de irme. —Su mirada se detuvo en la mesa—. Voy a dejarlo así... hágame un favor y no lo ordene.

—No soy una obsesa del orden.

—Gracias a Dios. —Mitch tomó su chaqueta y recordó sus gafas de lectura—. Volveré el jueves. Si ocurre algo antes, hágame saber.

Se dirigió apresuradamente hacia la puerta, pero se detuvo y se volvió.

—Debo decirle, Rosalind, que a los diecisiete años era un capullo encantador, pero, la flor completamente desarrollada es espectacular.

Ella se rio a medias y, al quedarse sola, se apoyó en la mesa. Examinó ociosamente sus viejas botas y los holgados pantalones de faena, sucios de tierra y con restos de hormigón que se secaba. Pensó que la camisa de franela que llevaba sobre su raída camiseta era lo bastante mayor para tener carnet de

conducir.

Los hombres mienten, se dijo, pero en ocasiones era agradable oír sus mentiras.

7

El vivero cerraba pronto debido a las fiestas, y Roz destinó el tiempo a ocuparse de las plantas de su casa. Tenía que cambiar de tiesto o dividir varias de ellas, y quería reproducir algunas para hacer regalos.

Aquel día fresco y claro se instaló en su invernadero personal, cálido y húmedo. Trabajó con una de sus flores favoritas, una enorme violeta africana procedente de una plántula que su abuela le dio más de treinta años atrás. Con la melancólica voz de Norah Jones en el ambiente, seleccionó cuidadosamente media docena de hojas nuevas y las cortó con sus tallos para hacer esquejes. De momento utilizaba una vasija alrededor de cuyo borde plantaba los tallos. Al cabo de un mes tendrían raíces y se formarían otras plántulas. Entonces las plantaría individualmente en los tiestos verde claro que tenía preparados.

Serían un regalo para Stella, para su nueva casa, su nueva vida.

Le complacía poder transmitir aquel fragmento sentimental de su herencia a una mujer que la comprendía y a quien Roz había llegado a querer.

Un día, cuando sus hijos se casaran, haría lo mismo por ellos y les daría aquel fragmento vivo de su herencia. Querría a las mujeres que ellos hubieran elegido, porque ellos las amarían. Si era afortunada, le gustarían las mujeres con las que se casaran.

Sus nueras, pensó. Y los nietos. Daba la sensación de que no faltaba mucho tiempo para que tuvieran lugar esos acontecimientos; aunque más extraño resultaba todavía que ella empezara a anhelarlos. Llegó a la conclusión de que eso se debía a que Stella, Hayley y los niños vivían en la casa.

De todos modos, podía esperar. Aceptaba el cambio, pero eso no significaba que tuviera una prisa apremiante por cambiar.

De momento su vida estaba ordenada. Su negocio era floreciente, lo cual no solo constituía un triunfo personal, sino que era un gran alivio.

Era mucho lo que había arriesgado al fundar el Jardín, pero fue un riesgo que

tuvo que correr, por sí misma y por su herencia.

Jamás abandonaría la mansión Harper, aunque el coste de su mantenimiento era muy elevado. No se le ocultaba que ciertas personas la consideraban una potentada, pero aunque desde luego no tenía necesidad de economizar al máximo, tampoco podía decirse que nadara en la abundancia.

Había criado a tres hijos, los había vestido, alimentado y educado. Su legado le había permitido estar en casa con ellos sin necesidad de trabajar fuera, y su propia astucia en las inversiones le había proporcionado un colchón financiero.

Pero tres carreras universitarias y la facultad de medicina para Masón no habían resultado baratas. Y cuando la casa exigía nuevas cañerías, una mano de pintura o un tejado nuevo, se veía obligada a dárselos. Todo esto había requerido que, con el transcurso de los años, vendiera discretamente algunos objetos de valor. Era cierto que no tenía un gran apego a los cuadros o a las joyas, pero aun así había sentido una punzada de culpabilidad al vender objetos que había heredado de sus antepasados.

Debía sacrificar algunas partes a fin de conservar el conjunto.

Llegó una época en la que tuvo la seguridad de que había encarrilado lo mejor posible el futuro de sus hijos, pero de todos modos el dinero era necesario. Por un momento muy breve consideró la posibilidad de buscar un empleo.

Mitch tenía razón, no le gustaba recibir órdenes. En cambio, no había duda de que tenía suma facilidad para darlas. «Después de todo, utilizas tus puntos fuertes», se dijo con un atisbo de sonrisa. Eso era lo que había hecho.

Había tenido que elegir entre hacer acopio de valor para montar su propio negocio o tragarse el orgullo y trabajar para alguien. Para Roz, la elección fue clara.

Había invertido gran parte de su capital en aquel proyecto, y durante los dos primeros años no tuvo beneficios. Pero entonces el negocio creció. Ella y Harper lo hicieron crecer.

El divorcio fue un duro golpe. El resultado de un estúpido error. Aunque Bryce había sacado muy poco de su matrimonio —solo lo que ella le permitió que obtuviera—, librarse de él le resultó caro, tanto en orgullo como en dinero.

Pero capearon aquel temporal. Sus hijos, su hogar, su negocio medraban, y por eso ahora podía pensar un poco en posibles cambios, en expansiones tanto en el aspecto comercial como en el personal. De la misma manera que podía gozar de su éxito en el presente.

Pasó de las violetas africanas a las bromeliáceas; cuando hubo terminado de

dividir las, decidió que también le daría una a Stella. Satisfecha, trabajó durante otra hora; entonces se puso a examinar los bulbos primaverales que estaba haciendo madurar tempranamente. Al cabo de otra semana tendría narcisos floridos.

Cuando terminó, cargó en una carretilla todo lo que deseaba llevar al interior de la casa; dispuso, de acuerdo con sus preferencias, un bosque de plantas en el solárium y entonces colocó otros tiestos en diversos lugares de la casa.

Finalmente, llevó a la cocina tres bulbos en recipientes utilizados para la maduración temprana.

—¿Qué me has traído? —le preguntó David.

—Mis intentos por enseñarte algo sobre horticultura han fracasado, David. Está claro que son tulipanes. —Puso las flores en el alféizar de la ventana, al lado del banco—. Florecerán dentro de pocas semanas.

—Pues mis intentos por enseñarte algo acerca de la ropa que debe llevar una jardinera con clase también han fracasado. ¿Desde cuándo tienes esa camisa?

—No tengo ni idea. ¿Qué estás haciendo aquí? —Abrió el frigorífico y sacó la jarra de té frío que estaba siempre allí—. ¿No deberías haber empezado ya a prepararte para la fiesta de esta noche?

—Te estoy preparando un plato de fiambres y guarnición, ya que no quieres venir a jugar con nosotros esta noche. Y como he pasado unas horas en el balneario mientras tú te llenabas de tierra, mi preparación ya ha empezado.

—No tienes que tomarte la molestia, David. Yo misma puedo hacerme un bocadillo.

—Así está mejor, sobre todo cuando tienes compañía. —El joven soltó una risita—. El profesor está en la biblioteca, y he puesto un par de botellas de champán en el frigorífico para que podáis... digamos... descorcharlas.

—David... —Roz le dio un leve coscorrón antes de servir el té—. No voy a descorchar nada con nadie. Voy a cuidar del bebé.

—Los bebés duermen. Roz, tesoro, es fantástico, con ese estilo académico un poco desastrado que es tan atractivo. Ve a por él. Pero, por el amor de Dios, primero cámbiate de ropa. Te he dejado preparados el suéter de cachemira blanco, esos pantalones negros que te obligué a comprar, con mucha lycra, y esos fabulosos zapatos Jimmy Choo.

—De ninguna manera voy a ponerme el suéter de cachemira blanco ni esos pantalones prietos, que jamás habría comprado si no me hubieras hipnotizado o algo por el estilo, ni unos zapatos con tacones de diez centímetros, cuando estoy

haciendo de canguro de una niña de siete meses. Ni siquiera se trata de una cita.

—¿No te encantan esas gafas con montura de carey? ¿No es atractivo un hombre que lleva esa clase de gafas?

Ella tomó una aceituna del cuenco que él había llenado.

—Hay que ver lo animado que estás esta noche.

Él cubrió los cuencos y la bandeja que había preparado con una lámina de plástico.

—Bueno, aquí lo tienes. Vas a pasar una agradable Nochevieja con ese monumento de hombre que lleva gafas de carey.

—Pero, David, ¿a santo de qué crees que necesito un hombre?

—Mi querida Roz, todos necesitamos un hombre.

Se cambió, desde luego, pero prescindió por completo de las prendas que le había preparado David; se decantó por un sencillo conjunto de camisa de algodón y vaqueros, y, en lugar de zapatos, se puso sus calcetines de lana preferidos. Sin embargo, aún le quedaba suficiente vanidad para maquillarse.

En el cuarto de la niña, escuchó pacientemente las instrucciones de madre inquieta que le daba Hayley, a la que aseguró y hasta juró que la llamaría en caso de que surgiera cualquier problema. Por último, empujó suavemente a la joven hacia la puerta.

Aguardó, mirando por la ventana hasta que vio que el coche se alejaba. Entonces, sonriendo, se volvió hacia Lily, que gorjeaba en su sillita.

—Ahora te tengo para mí sola. Ven aquí con tía Roz, voy a comerte como si fueras un cuenco lleno de azúcar.

En la biblioteca, Mitch fingía leer, tomaba notas superficiales y escuchaba el interfono que estaba en una mesa del piso inferior.

En cada habitación había uno de aquellos aparatos, por lo menos en cada una de las habitaciones en que él había entrado. Tras las experiencias de la primavera pasada, le parecía que era una precaución prudente y básica.

Pero ahora no pensaba en la seguridad ni en las precauciones. Estaba encantado y divertido, escuchando primero la despedida de Hayley, llena de inquietud, y después las cariñosas palabras que Roz dirigía al bebé.

Nunca hasta entonces había oído aquel tono en su voz, no sabía que pudiera ser tan suave, como cera fragante sometida a un calor de baja intensidad. Tampoco había esperado que se le cayera la baba, como evidentemente le

sucedía, con una criatura.

Decía tonterías, la arrullaba, se reía, emitía los tontos sonidos que suelen producir los adultos cuando están con niños pequeños y, a juzgar por lo que oía de la reacción de Lily, ésta era tan feliz como su canguro.

Era otra faceta de una mujer a la que él había visto como una persona formidable, confiada, un poco altiva y curiosamente franca. Todas esas facetas ya se habían combinado en una mujer suavemente atractiva. Ahora aquella... dulzura era un sorprendente glaseado en un pastel ya deseable.

La oyó reír; una risa larga y deliciosa. Incluso dejó de fingir que trabajaba.

Oyó la música y el golpeteo de juguetes, el parloteo y las risitas de la niña, y el puro placer en la voz de la mujer. Más tarde, la oyó cantar mientras mecía a la criatura para que se durmiera.

Poco después le llegaron sus palabras susurradas, su tenue suspiro, y entonces el interfono quedó en silencio.

Mitch suspiró a su vez, lamentando que el interludio hubiera terminado. Entonces tomó la cafetera y, una vez más, se encontró con que estaba vacía.

Fue a la cocina para hacer más café; estaba midiéndolo cuando entró Roz.

—Hola —le dijo él—. Enseguida me marchó. David me dijo que podía hacer café siempre que quisiera.

—Por supuesto. Si desea un bocado, iba a comer los fiambres que me ha dejado.

—Lo haré, gracias. David mencionó que habría comida cuando me mostró dónde encontraría lo necesario para hacer café, y... —Abrió los ojos desmesuradamente cuando Roz sacó la bandeja y los cuencos—. Veo que lo decía en serio.

—Siempre teme que me muera de hambre si no deja suficiente comida para seis personas. —Le lanzó una mirada—. ¿Y?

—¿Perdone?

—Había empezado a decir otra cosa, ¿no? Con respecto a David.

—Ah, bueno, solo que creo que trataba de ligarme.

Ella sacó unos frescos y alargados panecillos de la panera.

—Espero que no se haya puesto muy pesado.

—No, en absoluto. Ha estado... encantador.

—Confío en que no se ofendiera.

—No, la verdad es que me sentí halagado, considerando la diferencia de edad.

—Le gusta su aspecto con esas gafas.

—Mi... ¿qué?

—La montura de carey. Parece ser que tiene una debilidad por esa clase de monturas. ¿Quiere que lo ponga todo aquí o prefiere elegir?

—Déjelo, gracias. Es usted muy amable.

—No es ninguna molestia, ya que estoy en ello. —Alzó la vista con brusquedad, cuando una voz, la de Amelia, empezaba a cantar a través del interfono.

—Qué sobresalto, ¿verdad? —dijo Mitch—. Siempre lo mismo.

—No va a la habitación de Lily cada noche, como hacía con los chicos. Prefiere a los niños. Supongo que sabe que Hayley ha salido y quiere...

Se interrumpió mientras preparaba los bocadillos, los dedos vacilantes, como no solía ocurrirle, al recordar el interfono de la biblioteca y los arrumacos que le había hecho a Lily.

—No había pensado en el interfono que hay donde usted trabaja. Debo de haberle molestado.

—No me ha molestado en absoluto.

—En cualquier caso, puede apagarlo cuando esté trabajando. Los tenemos por todas partes. Hayley incluso ha instalado uno con vídeo en su habitación. Es asombroso lo que hay ahora en el mercado para facilitar un poco la vida a las madres primerizas.

—Usted debió de ser una buena madre. Me llegó el sonido de cuando estaba con ella.

—Lo fui. Lo soy. Es mi tarea más importante.

Pero su interludio con Lily había sido privado, o por lo menos así lo había creído ella. ¿Cuántas veces había canturreado el galimatías siguiendo a Elmo, el personaje de Barrio Sésamo?

Sería mejor que no pensara en ello.

—¿Prefiere llevarse esto a la biblioteca y comer mientras trabaja o hacer una pausa y comerlo aquí?

—Aquí, si a usted le parece bien.

—Naturalmente. —Ella titubeó, y entonces abrió el frigorífico y sacó el champán—. Puesto que es Año Nuevo, voy a abrir esta botella. Podemos tomar algo un poco más festivo que café con nuestros pobres muchachos.

—Gracias, pero no bebo. No puedo.

—Oh. —Roz se sintió terriblemente estúpida. ¿No había reparado en que él

nunca tomaba alcohol? ¿No podía haber usado el cerebro y sumar dos y dos antes de poner en evidencia a un invitado?—. Entonces será café.

—Por favor. —Él dio un paso adelante para ponerle una mano en el brazo antes de que ella devolviera la botella al frigorífico—. Ábrala y beba. No me molesta que los demás beban. De hecho, es importante para mí que se sientan cómodos. Que usted esté cómoda. Déme, permítame que la abra. —Tomó la botella—. No se preocupe, abrir una botella de champán no es recaer.

—Desde luego, no tenía intención de hacer que se sintiera incómodo. Debería haberme dado cuenta.

—¿Por qué? Todavía no llevo ningún cartel que diga «alcohólico en recuperación» alrededor del cuello, ¿no es cierto?

Ella sonrió levemente y fue a la vitrina en busca de una copa.

—Lo es.

El extrajo el corcho con un ruido seco, de celebración.

—Empecé a beber cuando tenía unos quince años. Tomaba una cerveza a escondidas de vez en cuando, como suelen hacer los muchachos. Nada importante. Me encantaba la cerveza helada.

Puso los platos sobre la mesa y se sirvió el café mientras ella disponía el resto de la frugal comida.

—En la universidad me entregué a la locura de la bebida, pero eso es algo que también hacen muchos. Nunca me perdía una clase por haber bebido, nunca me causó ningún problema. Sacaba buenas notas... me licencié con matrícula de honor, entre el cinco por ciento mejor de mi clase. La universidad me gustaba casi tanto como una cerveza helada. ¿Le aburro al contarle esto?

—No —respondió ella, mirándolo a los ojos—. No me aburre.

—Muy bien. —Tomó el primer bocado e hizo un gesto de asentimiento—. Señora Harper, tiene usted mano de ángel para hacer bocadillos.

—Así es.

—Como iba diciendo, hice estudios de posgrado y obtuve un diploma. Me dediqué a la enseñanza, me casé, hice los cursos de doctorado. Tuve un hijo precioso. Y bebí. Era un... borracho afable, ¿comprende? Nunca era belicoso ni ofensivo, jamás me peleaba. Pero no puedo decir que estuviera nunca del todo sobrio desde que Josh nació... desde algún tiempo antes, a decir verdad, hasta que por fin dejé la botella. —Probó la ensalada de patata de David—. Trabajé, enseñé, escribí, proporcioné a mi familia un buen nivel de vida. La bebida nunca me costó un solo día de trabajo, pero me costó mi mujer y mi hijo.

—Lo siento, Mitch.

—Solo yo tuve la culpa. Sara, mi ex mujer, hizo todo lo posible por ayudarme. Me quería, y deseaba la clase de vida que le había prometido. Me aguantó más de lo que me habrían aguantado muchas. Me rogaba que lo dejara, y yo le prometía que lo haría, o la tranquilizaba o me la quitaba de encima. Pagábamos las facturas, ¿no era cierto? Teníamos una bonita casa, y nunca dejábamos de pagar la hipoteca. Yo no era uno de esos borrachos tirados en el arroyo, por el amor de Dios. Solo había tomado unos tragos para relajarme. Por supuesto, empezaba a relajarme a las diez de la mañana, pero me lo merecía. —Hizo una pausa y meneó la cabeza—. Es fácil engañarte a ti mismo diciéndote que lo mereces, cuando la mayor parte del tiempo estás aturdido. Es fácil no pensar en que decepcionas a tu mujer y a tu hijo en una docena de aspectos, día tras día. Olvidarte de las cenas o los cumpleaños, levantarte de la cama, donde en cualquier caso eres inútil para ella, a fin de echar otro trago, amodorrarte cuando deberías estar cuidando de tu hijo pequeño, estar siempre ausente, aunque físicamente estés allí.

—Supongo que es una situación muy dura para todas las personas que la viven.

—Es más duro para los que naufragan contigo, créame. No quería ir con ella a las sesiones de terapia, me negaba a asistir a las reuniones, a hablar con nadie acerca de lo que ella consideraba mi problema. Incluso cuando me dijo que me dejaba, cuando hizo su equipaje y el de Josh y se marchó. Apenas noté que se habían ido.

—Fue un gesto muy valeroso por parte de ella.

—Sí, lo fue. —Fijó en Roz una mirada penetrante—. Lo fue, en efecto, y supongo que una mujer como usted comprendería lo valeroso que fue. Tardé otro año en tocar fondo, en contemplar mi vida y no ver nada, en darme cuenta de que había perdido lo más precioso para mí y que era demasiado tarde para recuperarlo. Fui a las reuniones.

—También hace falta valor para eso.

—En la primera reunión... —tomó otro bocado— estaba aterrado. Me senté al fondo de la sala, en el sótano de una pequeña iglesia, temblando como un crío.

—Mucho valor.

—Estuve sobrio durante tres meses, diez días y cinco horas, antes de volver a empinar el codo. Logré superarlo, y la sobriedad duró once meses, dos días y quince horas. Pero ella no quería volver conmigo, ¿sabe? Había conocido a otro

y no podía confiar en mí. Utilicé eso como una excusa para beber y seguí bebiendo durante unos meses, antes de volver a salir arrastrándome del agujero.

Alzó la taza de café.

—De eso hará catorce años el próximo marzo. El quince de marzo. Sara me perdonó. Además de valiente, es una mujer generosa, una mujer que merecía algo mejor que lo que obtenía de mí. Josh me perdonó, y durante los últimos catorce años he sido un buen padre, tan bueno como he sabido serlo.

—Creo que un hombre ha de ser valiente y fuerte para enfrentarse a sus demonios, hacerlos retroceder y seguir enfrentándose a ellos todos los días. Y es generoso e inteligente quien carga con la culpa en vez de pasarla, aunque sea parcialmente, a los demás.

—El hecho de no beber no me convierte en un héroe, Roz. Tan solo me vuelve sobrio. Lo que debería hacer ahora es quitarme de encima el hábito del café.

—Yo también lo tengo.

—Después de haber hablado tanto, voy a pedirle que me devuelva el favor y, cuando hayamos terminado de comer, me conceda esa primera entrevista.

—De acuerdo. ¿Grabará la conversación?

—Sí, aunque también tomaré algunas notas.

—Entonces tal vez podríamos hacerlo en el salón, donde estaremos un poco más cómodos.

—Me parece muy bien.

Roz fue primero al cuarto de Lily, comprobó que la niña dormía tranquilamente y respondió a la primera llamada de Hayley. Mientras Mitch reunía lo que necesitaba en la biblioteca ella tomó la bandeja con fruta fresca (David nunca olvidaba un solo detalle), queso brie y cheddar y galletas saladas.

Cuando se encaminaba hacia el salón con la bandeja, Mitch se le acercó por detrás.

—Déjeme llevar eso.

—No, ya lo llevo yo, pero usted podría encender la chimenea. El fuego será agradable. Esta noche hace frío, pero, gracias a Dios, el cielo está despejado. Me preocuparía demasiado que mis hijos viajaran por carreteras resbaladizas para volver a casa de madrugada.

—Antes he pensado lo mismo sobre el mío. Eso no termina nunca, ¿verdad?

—No.

Ella dejó sobre la mesita baja la bandeja de comida y el café, se sentó en el

sofá e instintivamente apoyó los pies en la mesa. Contempló sus propios pies, sorprendida. Sabía que era un hábito, pero no caía en él cuando había invitados en casa. Miró la espalda de Mitch, que estaba acucillado para encender el fuego.

Supuso que eso significaba que se sentía cómoda con él, lo cual estaba bien. Mejor que considerarlo un simple invitado, puesto que iba a confiarle la historia de su familia.

—Tiene razón, el fuego es agradable.

Mitch regresó a su lado, puso la grabadora y el cuaderno de notas sobre la mesa y se sentó en el otro extremo del sofá, inclinándose hacia ella.

—Para empezar, me gustaría que me hablara de la primera vez que recuerda haber visto a Amelia.

Va derecho al grano, pensó ella.

—No recuerdo una primera vez en concreto. Era joven, muy joven. Recuerdo su voz, el canto y una especie de presencia consoladora. Pensé, al menos eso es lo que creo ahora, que era mi madre. Pero mi madre no tenía la costumbre de venir a verme por la noche, y no recuerdo que jamás me cantara. La recuerdo a ella, a Amelia, allí presente en las pocas ocasiones en que estuve enferma. Un resfriado, fiebre. Más que sobresaltarme la primera vez que la vi, lo que recuerdo es que estaba allí y, en cierto sentido, esperaba que estuviera.

—¿Quién le habló de ella?

—Mi padre y mi abuela. Supongo que mi abuela me hablaría más. La familia hablaba de ella de una manera informal y vaga. Tener un fantasma en casa era tanto un motivo de orgullo como una situación un tanto embarazosa. Dependía de quién hablara de ella. Mi padre creía que era una de las Novias Harper, mientras que mi abuela sostenía que era una sirvienta o una huésped, alguien que, de algún modo, había sido maltratada. Alguien que había muerto allí, pero no pertenecía a la familia.

—¿Le hablaron alguna vez, su padre, su abuela o su madre, de sus experiencias concretas con ella?

—Mi madre sufría palpitaciones si se abordaba el tema en su presencia. Estaba muy encariñada con sus palpitaciones.

La sequedad de su tono hizo sonreír a Mitch, y la observó mientras ella extendía queso brie.

—Yo tuve una tía abuela que era así. Tenía mareos. Su jornada no estaba completa sin un mareo por lo menos.

—Que a la gente le encante tener problemas de salud es algo que no puedo

comprender. Mi madre me habló de ella una o dos veces, de una manera lúgubre, cosa que también le gustaba. Me advirtió que un día heredaría esta carga, y confiaba por mí bien que no me alterase la salud, como le había sucedido a ella.

—Así pues, temía a Amelia.

—No, no. —Roz descartó esa posibilidad con un gesto de la mano—. Le encantaba vivir en un estado de sufrimiento constante, ser una especie de mártir temblorosa. Aunque parece muy poco amable que su única hija diga esas cosas.

—Digamos que es sincero.

—Viene a ser lo mismo. En cualquier caso, en otras ocasiones decía que quedarse embarazada y darme a luz era lo que había arruinado su salud. Y en otras estaba delicada desde que tuvo una neumonía en su infancia. Poco importaba.

—En realidad, lo que me dice es útil. Los fragmentos de información, las observaciones personales y los recuerdos son útiles; un comienzo del camino para llegar a la visión general. ¿Qué me dice de su padre?

—A mi padre solía divertirle la idea de que hubiera un fantasma, y tenía afectuosos recuerdos de ella desde su infancia. Pero se irritaba o avergonzaba si ella aparecía y asustaba a un invitado. Mi padre era muy hospitalario y le hacía padecer, de forma profunda y personal, que alguien invitado en su casa sufriera molestias.

—¿Qué clase de recuerdos tenía?

—Los mismos que usted ya conoce. Eso apenas varía. Ella le cantaba, lo visitaba en su habitación. Fue una presencia maternal hasta que él tuvo unos doce años.

—¿No le causó alteraciones?

—No me habló de ello, pero mi abuela me dijo que, cuando era adolescente, en ocasiones tenía pesadillas, solo una o dos al año. Afirmaba ver a una mujer vestida de blanco, con los ojos saltones, y la oía gritar en su cabeza. Unas veces la mujer estaba en su habitación y otras en el exterior, lo mismo que él... en el sueño.

—Entonces los sueños serían otro elemento común. ¿Los ha tenido usted?

—No, la verdad es que...

—¿Qué?

—Siempre pensé que eran los nervios. Semanas antes de que John y yo nos casáramos, tuve sueños. Soñé con tormentas, cielos negros, truenos y fríos vientos. Un agujero en el jardín, como una tumba, con flores muertas en su

interior. —Se estremeció brevemente—. Eran horribles, pero cesaron después de que me casé y los dejé de lado.

—¿Y desde entonces?

—No, nunca. Mi abuela veía a Amelia más que nadie, o por lo menos más que nadie que admitiera verla. En la casa, en el jardín, en la habitación de mi padre cuando él era un muchacho. Nunca me contó nada que pudiera asustarme, pero tal vez no quisiera hacerlo. Que yo recuerde, de toda mi familia era la que más simpatizaba con Amelia. Pero si he de ser sincera, ella no era el principal tema de conversación en la casa. Se la aceptaba, sencillamente, o se hacía caso omiso de ella.

—Hablemos entonces de ese parentesco. —Mitch sacó las gafas del bolsillo de su camisa para leer sus notas—. Los avistamientos más lejanos que usted conoce personalmente comienzan con su abuela Elizabeth McKinnon Harper.

—Eso no es del todo exacto. Ella me dijo que mi abuelo, su marido, había visto a la Novia cuando era niño.

—En ese caso le contó lo que a ella le habían contado, que es distinto de lo que afirmaba haber visto y experimentado por sí misma. Pero ya que hablamos de eso, ¿recuerda si le hablaron de experiencias que tuviera la generación anterior a la de sus abuelos?

—Pues... ella me dijo que su suegra, es decir, mi bisabuela Harper, se negaba a entrar en ciertas habitaciones.

—¿Qué habitaciones?

—A ver... déjeme pensar. La habitación de los niños, que en aquel entonces estaba en el segundo piso. El dormitorio principal. Supongo que en un momento determinado dejó de usarlo. La cocina. Y no ponía los pies en la cochera. Por la descripción de ella que me hizo mi abuela, no era una mujer caprichosa. Siempre se creyó que había visto a la Novia. Si hubo otra persona con anterioridad, lo desconozco, pero no creo que la hubiera. La hemos fechado en la década de 1890.

—La han fechado basándose en un vestido y un estilo de peinado —dijo él mientras escribía—. Eso no es suficiente.

—Desde luego parece juicioso, lógico.

Él alzó la cabeza, sonriente, los ojos divertidos detrás de las gafas.

—Es posible. Puede que tenga usted razón, pero me gusta tener algunos datos más antes de considerar que algo es un hecho. ¿Qué me dice de sus tías abuelas? ¿Las hermanas mayores de Reginald hijo?

—No lo sé. No conocí a ninguna de ellas, o por lo menos no las recuerdo. Y no eran íntimas de mi abuela ni de mi padre. Mi abuela hizo algún intento de cimentar las relaciones familiares entre sus hijos y mi padre, como primos que eran. Todavía estoy en contacto con algunos de sus hijos.

—¿Hablará conmigo alguno de ellos?

—Unos sí y otros no. Algunos están muertos. Le daré nombres y números de teléfono.

—De todos —dijo él—. Excepto de los muertos. Puedo ser persuasivo. Otra vez —murmuró, cuando el canto surgió nuevamente del interfono.

—Sí, otra vez. Quiero ver cómo está Lily.

—¿Le importa que la acompañe?

—No, venga conmigo. —Juntos subieron la escalera—. Lo más probable es que cese antes de que llegemos. Eso es lo que suele ocurrir.

—Entre 1890 y 1895 hubo dos niñeras, dos gobernantas, un encargado de la casa, un ayudante del encargado, un total de doce doncellas, una doncella personal y tres cocineras. He encontrado varios de los nombres, pero, como no se indican las edades, he de abrirme paso entre un montón de registros para tratar de localizar a las personas apropiadas. Cuando las tenga, empezaré a examinar los certificados de defunción y buscaré a los descendientes.

—Estará muy ocupado.

—Resulta que me gusta el trabajo. Tiene usted razón. El canto ha cesado.

Pero siguieron caminando por el pasillo hacia el cuarto de la niña.

—Todavía hay frío en el ambiente —comentó Roz—, pero no durará mucho. Se acercó a la cuna, y arrojó mejor al bebé dormido.

—Es una chiquitina muy buena —dijo en voz baja—. Suele dormir toda la noche de un tirón. Ninguno de mis hijos se comportó así a su edad. Está bien. Vamos a dejarla en paz.

Salió de la habitación, dejando la puerta abierta. Estaban en lo alto de la escalera cuando el reloj empezó a sonar.

—¿Medianoche? —Roz consultó su reloj para asegurarse—. No me había dado cuenta de que era tan tarde. Feliz Año Nuevo.

—Feliz Año Nuevo. —Mitch le tomó la mano antes de que ella pudiera seguir bajando los escalones y, poniéndole la otra mano en la mejilla, le preguntó —: ¿Le importa?

—No, no me importa.

Sus labios rozaron los de Roz, muy ligeramente, una especie de gesto

civilizado y cortés para conmemorar el cambio de año. Sin embargo, en algún lugar del ala oeste de la casa, donde estaban los aposentos de Roz, se cerró bruscamente una puerta, un ruido como el de un disparo.

Aunque el corazón le dio un vuelco, Roz consiguió hablar sin que le temblara la voz.

—Es evidente que ella no lo aprueba.

—Lo más probable es que esté enojada. Y si va a estar enojada, podríamos darle una buena razón.

Esta vez no se lo pidió, sino que deslizó la mano que había puesto en la mejilla de Roz y le rodeó la nuca. En esta ocasión su boca no fue suave ni cortés ni civilizada. Ella sintió un golpe de calor directamente en sus entrañas, cuando la boca de Mitch se trabó con la suya, cuando su cuerpo se apretó contra el de ella. Notó que aquel calor avanzaba a través de su sangre, rápido y temerario, y durante un momento de abandono dejó que la inundara.

La puerta en el ala este golpeó una y otra vez, y las campanadas del reloj siguieron sonando, ahora de un modo frenético, incluso tras haber pasado las doce.

Él había sabido que tendría aquel sabor, maduro y fuerte. Más ácido que dulce. Había querido sentir el movimiento de los labios femeninos contra los suyos tal como estaban ahora, descubrir cómo aquel cuerpo alargado y esbelto encajaba en el suyo. Ahora que lo había experimentado, que se había cerciorado de su compenetración, ansiaba más.

Pero ella retrocedió, los ojos abiertos y francos.

—Bien. Con eso será suficiente.

—Es un comienzo.

—Creo que será mejor mantener... la calma esta noche. Tengo que ordenar el salón y estar aquí con Lily.

—De acuerdo. Recogeré mis notas y me iré a casa.

En el salón, Roz cargó el carrito de servicio mientras él recogía sus cosas.

—Eres una mujer difícil de interpretar, Rosalind.

—Sin duda eso es cierto.

—Sabes que quiero quedarme, sabes que deseo que nos acostemos.

—Sí, lo sé. —Ella lo miró—. No acepto amantes... eso es lo que iba a decir, que no acepto amantes, pero lo que ahora voy a decir, en cambio, es que no los acepto precipitadamente o a la ligera. Por tanto, si decido aceptar que seamos amantes, será un asunto serio, Mitchell. Un asunto muy serio. Eso es algo que

ambos debemos considerar.

—¿Nunca te lanzas de cabeza, Roz?

—Lo he hecho, es cierto. Pero, salvo por esas ocasiones lamentables e infrecuentes, me gusta asegurarme de que voy a aterrizar de pie. Si no estuviera interesada, te lo diría rotundamente. Con estas cosas no juego. Pero reconozco que estoy interesada, lo suficiente para pensar en ello. Lo suficiente para lamentar un poco no ser ya joven y lo bastante alocada para actuar sin pensar.

Sonó el teléfono.

—Debe de ser Hayley de nuevo. Tengo que responder o le entrará pánico. Conduce con cuidado.

Se dirigió hacia el teléfono y, mientras le aseguraba a Hayley que el bebé estaba bien, que dormía como un ángel y que no había ningún problema, oyó que se cerraba la puerta principal después de que Mitch saliera.

8

Mitch llegó a la conclusión de que cierta distancia era apropiada. Aquella mujer era una paradoja y, puesto que una paradoja no tiene una solución lógica, lo mejor sería aceptarla tal como era en vez de tratar de entenderla hasta que le estallara la cabeza de tanto pensar.

Así pues, trataría de establecer cierta distancia, de modo que pudiera canalizar sus energías en enigmas distintos del de la enigmática Rosalind Harper.

Tenía que hincar los codos y llevar a cabo las tareas preparatorias. Tras unas horas tecleando en el ordenador, podría verificar las fechas de los nacimientos, muertes y matrimonios relacionados en el libro de acontecimientos familiares de los Harper. Ya había compuesto un cuadro genealógico de la familia, utilizando la información obtenida por ordenador y la del juzgado.

A los clientes les gustaban los árboles genealógicos. Por otro lado, eran herramientas para él, lo mismo que las copias de cuadros familiares y las cartas. Lo clavaba todo en un gran tablero. Dos en este caso, uno en el despacho de su piso y otro en la biblioteca de la mansión Harper.

Cuadros, fotos y cartas antiguas, diarios, recetas garabateadas, todo este material hacía revivir a las personas que eran objeto de su investigación. Cuando revivían, cuando empezaba a imaginar sus vidas cotidianas, sus hábitos, sus defectos y sus agravios, le importaban más de lo que podía importarle cualquier trabajo o proyecto.

Podía perder horas revisando las notas sobre jardinería de Elizabeth Harper o el cuaderno en el que había ido registrando los progresos del bebé que sería el padre de Roz. ¿Cómo si no sabría que el hombre que había engendrado a Roz sufrió un trastorno celíaco a los tres meses o que dio sus primeros pasos diez meses después?

Eran los detalles, los pequeños fragmentos, los que llenaban el pasado y hacían que resultara inmediato.

En la foto de bodas de Elizabeth y Reginald hijo, podía ver a Rosalind en su abuelo. El cabello oscuro, los ojos alargados, los fuertes huesos faciales.

¿Qué más le había transmitido y, a través de ella, a sus hijos, aquel hombre al que Roz apenas recordaba?

Sagacidad para los negocios, de entrada, se dijo Mitch. A partir de otros detalles, aquellos pequeños fragmentos, hallados en recortes, en registros domésticos, se había hecho la idea de un hombre con una gran habilidad para ganar dinero y que había evitado el destino de muchos de sus coetáneos cuando se produjo el derrumbe del mercado de valores. Un hombre cuidadoso, que había preservado el hogar y las propiedades de la familia.

Sin embargo, ¿no tenía un aspecto de frialdad?, se preguntó Mitch mientras examinaba las fotografías fijadas en el tablero. Una expresión distante en los ojos. Algo más que el estilo fotográfico de la época.

Tal vez se debiera a que era rico de nacimiento... el hijo único sobre cuyos hombros recaían las responsabilidades.

—¿Qué sabías tú de Amelia? —preguntó Mitch en voz alta—. ¿La conociste en persona? ¿O ya estaba muerta, ya era un espíritu en esta casa la primera vez que la viste?

Pensó que alguien la conoció. Alguien le habló, la tocó, conoció su rostro y su voz.

Alguien que vivió o trabajó en la mansión Harper.

Mitch emprendió una investigación de los criados de quienes tenía los nombres completos.

Requería tiempo, y no incluía una mirada de otras posibilidades. Amelia había sido una invitada, una criada cuyo nombre no estaba incluido, o quizá había sido borrada de los registros de la familia, o tal vez fue familiar de un familiar o una amiga de la familia.

Podía especular, desde luego, con el hecho de que si una invitada, una amiga, una pariente lejana había fallecido en la casa, la información se habría filtrado y la identidad de la mujer se conocería.

Pero eso era especulación, y no tenía en cuenta la posibilidad de un escándalo y la tendencia a silenciar tales cosas. Tampoco consideraba el hecho de que la mujer no fuera importante para los Harper, muriese mientras dormía y nadie viese necesario hablar del asunto.

Se retrepó en su asiento, pensando en lo paradójico que también era que él, un hombre racional y con un pensamiento bastante lógico, dedicara un tiempo y

un esfuerzo considerable a investigar e identificar un fantasma.

El quid estaba en no considerarla así, sino en imaginarla como una mujer que vivía y respiraba, una mujer que había nacido y vivido, que se vistió, comió, rio, lloró, caminó y habló.

Había existido. Tenía un nombre. La tarea de Mitch consistía en averiguar quién fue y cuáles eran sus circunstancias. Saber por qué se aparecía era una cuestión adicional.

Sacó el esbozo de la carpeta y examinó la imagen que Roz había hecho: una mujer joven y delgada con una masa de cabello rizado y ojos que reflejaban un enorme sufrimiento. «Y con esto han puesto fechas a su existencia», se dijo, sacudiendo la cabeza. Con un vestido y un estilo de peinado.

No es que fuera un mal boceto. Él había visto a Amelia una sola vez, y no le había parecido serena y triste como en el dibujo, sino frenética y enfurecida.

El vestido tanto podía tener diez o veinte años como ser nuevo. El estilo de peinado podía ser una elección personal o responder a una moda. Era imposible determinar una época con una información tan vaga.

Sin embargo, por lo que había investigado hasta entonces, tendía a creer que estaban cerca de su objetivo.

La charla sobre sueños, los fragmentos de información, la misma tradición parecían tener sus raíces en el reinado de Reginald Harper.

Reginald Harper, pensó Mitch, retrocediendo en el sillón con ruedas para contemplar el techo. Reginald Edward Harper, nacido en 1851, el menor de los cuatro hijos que tuvieron Charles Daniel Harper y Christabel Westley Harper. Segundo y único hijo superviviente. Su hermano mayor, Nathaniel, murió en julio de 1864, a los dieciocho años, durante la batalla de Bloody Bridge, en Charlestown.

«Casado con Beatrice...». Mitch buscó de nuevo entre sus notas. Sí, allí estaba: «1880. Cinco hijos. Charlotte, nacida en 1881; Edith Anne, en 1883; Catherine, en 1885; Victoria, en 1886, y Reginald hijo, en 1892».

Pensó que, si tenía en cuenta los intervalos anteriores, había una gran laguna entre los dos últimos niños, y anotó posibilidades de abortos o de hijos que hubieran nacido muertos.

Eran posibilidades importantes, puesto que entonces el control de la natalidad no era fiable y parecía lógica la suposición de que Reginald deseara que un hijo varón siguiera conservando el apellido familiar.

Estudió el árbol genealógico de Beatrice que él había trazado. Una hermana,

un hermano, una cuñada. Pero ningún familiar femenino había muerto hasta mucho después de los primeros informes de avistamientos y sueños, lo cual las convertía en candidatas improbables. Y ninguna de ellas se había llamado Amelia.

Por supuesto, tampoco había encontrado una criada con ese nombre. Todavía no.

Pero de momento regresó a Reginald Harper, el cabeza de familia durante la época más probable.

¿Quién eras, Harper? Próspero, con mucho dinero. Heredó la casa y las propiedades porque el hermano mayor se hizo soldado y murió luchando por la causa. Y, para coronarlo todo, era el benjamín de la familia.

Tuvo un buen matrimonio, que le permitió acumular más propiedades. Agrandó y modernizó la casa, según las notas de Roz. Se casó bien, vivió bien y no temió gastarse la pasta. Sin embargo, durante los años que estuvo al frente de la mansión, hubo una constante renovación de criadas y demás personal femenino.

Tal vez a Reginald le gustaba jugar con el servicio. O quizá su mujer era una tirana.

La larga espera de un hijo varón ¿fue frustrante e irritante o era feliz con sus hijas? Sería interesante saberlo.

No había nadie vivo que pudiera decírselo.

Mitch volvió al ordenador y, de momento, se contentó con los hechos.

Como tenía tantas plantas de interior cultivadas en su vivero particular, Roz envió algunas a la tienda y, siguiendo la recomendación de Stella, utilizó otras para crear con ellas paisajes en miniatura, dispuestos en recipientes planos.

Le encantaba trabajar con Stella, aunque eso era una excepción. Cuando plantaba en macetas o multiplicaba plantas, Roz prefería estar acompañada tan solo por los vegetales y la música.

—Es agradable tocar la tierra —le comentó Stella mientras seleccionaba una dragontea para su arreglo floral.

—Pues podrás tocar toda la tierra que quieras en tu nuevo jardín.

—Lo estoy deseando. Sé que vuelvo loco a Logan con los cambios, redefiniciones y recortes del plan. —De un soplo se apartó de la cara un rizo suelto y miró a Roz—. Claro que no puede llamarse «plan» a lo que él estaba

haciendo con el jardín. Era más bien un concepto.

—Que estás refinando.

—Creo que si le enseñara un boceto más podría obligarme a comérmelo. Este coleo es espléndido.

—Concentrarte en el jardín te ayuda a serenar los nervios por la boda.

Stella se detuvo, con las manos en la tierra.

—Has dado en el clavo. ¿Quién habría pensado que estaría nerviosa? No es la primera vez para mí, y va a ser una boda de lo más sencilla. He tenido meses para planearla, cosa que a él tampoco le ha hecho mucha gracia. Pero por lo menos teníamos que pintar y amueblar la sala de estar y las habitaciones de los niños. Si vieras los espléndidos muebles que le ha dado su madre y que él ha amontonado en un almacén, te parecería increíble.

—Este drago quedará bien aquí. Creo que el nerviosismo es natural. Una novia sigue siendo una novia, tanto si es la primera vez como si no.

—¿Estabas tú nerviosa la segunda vez? Sé que resultó terrible, pero...

—No, no lo estaba —respondió ella, en un tono rotundo pero sin encono, solo carente de emoción—. Eso debería haberme puesto sobre aviso. Tus nervios se deben a que estás emocionada y eres feliz, y a que eres una de esas personas que se preocupan por todos los detalles. Te preocupas sobre todo por cosas que carecen de importancia.

—Solo quiero que todo parezca especial, perfecto. Debía de estar loca cuando decidí que celebraríamos la boda en la parte trasera del jardín; ni siquiera está terminado. Ahora solo tenemos hasta abril para que esté todo a punto.

—Y lo estará. Tú y Logan sabéis lo que estáis haciendo con las plantas, con vosotros mismos, con todo lo que importa.

—Recuérdamelo de vez en cuando, ¿quieres?

—Con mucho gusto. Estas flores son muy bonitas. —Retrocedió y apoyó sus manos enguantadas en las caderas—. ¿Has calculado los precios?

—Treinta y cuatro con cincuenta. Cuarenta y cinco con noventa y cinco el tamaño grande.

—Estupendo. Un buen margen de beneficio, ya que casi todas las plantas proceden de segmentos separados de la planta madre.

—Y muy atractivos para nuestros clientes, ya que no encontrarán paisajes en miniatura tan exuberantes en ninguna parte. Te ayudaré a llevar algunos a casa y los demás los añadiré a las existencias.

Cargaron una carretilla de caja plana y fueron al edificio principal. Cuando

Stella empezó a hacer espacio en las existencias para dar cabida a las nuevas piezas y colocarlas de la manera más favorable, Roz la empujó suavemente con el codo.

—Anda, ve a dedicarte al papeleo. Si empiezas a hacer cambios en la exposición, seguirás aquí dentro de una hora. De todas maneras regresarás cuando haya terminado y volverás a ordenarlo todo a tu gusto.

—Estaba pensando en que si agrupáramos allí algunos de los más pequeños y usáramos un par de mesas con superficie de azulejo...

—Veré qué tal queda; luego podrás venir y... retocarlo.

—Si colocas uno de los más grandes en esa mesa de hierro forjado para patio, junto a un farolillo de latón, y a su lado ese tiesto de arcilla de cuarenta centímetros con stretlizia, quedará fantástico. Bueno, me voy.

Divertida, Roz hizo los cambios necesarios para acomodar las nuevas piezas. Y como debía admitir que Stella, como de costumbre, había acertado, dispuso la mesa tal como la joven proponía.

—¡Vaya, Rosalind Harper, estás aquí!

Como Roz estaba vuelta de espaldas, se sobresaltó un poco, pero su rostro adoptó de inmediato una expresión amable.

—Ah, hola, Cissy.

Tras saludar a la recién llegada, hizo ademán de besarla en la mejilla; debería resignarse a la chachara que le haría perder un cuarto de hora.

—Estás guapísima —le dijo Roz—. ¿Es un traje nuevo?

—¿Esto? —Cissy agitó una de sus manos sometidas a una cuidadosa manicura, un gesto con el que restaba importancia al traje rojo cereza que vestía—. Esta mañana lo saqué de un rincón del armario. Es increíble, Roz, ¿es que no vas a engordar nunca ni unos gramos? Cada vez que te veo me siento obligada a sudar veinte minutos más en mi máquina de ejercicios.

—Tienes un aspecto estupendo, Cissy.

Roz no hacía más que constatar una verdad invariable. Una de las habilidades que Cecilia Pratt practicaba con más éxito era la de arreglarse. Su cabello era de un atractivo color rubio en distintos tonos; le pendía recto y oscilante, de forma que realzaba el rostro redondeado y juvenil, con sus bonitos hoyuelos y los ojos de color castaño.

Roz supuso que, a juzgar por su atuendo, había asistido al almuerzo ofrecido por alguna dama o acudido a una reunión del comité, y se dejaba caer por allí para sembrar y cosechar chismorreos.

El chismorreo era la otra habilidad por la que Cissy destacaba.

—¿Estupendo, dices? No es posible. Estoy deshecha. Este año las fiestas han acabado conmigo. Cada vez que te dabas la vuelta, había otra fiesta. No creo que haya recobrado el aliento desde el día de Acción de Gracias. Ahora, en un abrir y cerrar de ojos llegará el Baile de Primavera en el club. Dime que este año irás, Roz. No es lo mismo sin ti.

—No he pensado en ello.

—Pues piénsalo. Vamos a sentarnos un momento y pongámonos al día. Te juro que no aguanto un minuto más en pie. —Para demostrarlo, se sentó en el banco cerca de la mesa de exhibición que Roz acababa de preparar—. Qué bonito es esto. Es como estar sentada en un jardín tropical. La semana que viene Hank y yo iremos a las islas Caimán, a tomar un poco el sol. Créeme, necesito esa pausa.

—Será muy divertido. —Atrapada por los buenos modales, Roz se sentó al lado de Cissy en el banco.

—Deberías tomarte unas buenas vacaciones tropicales, querida. —Cissy le dio unas palmaditas en la mano—. Sol, mar azul, guapos hombres medio desnudos. Justo lo que una mujer necesita. Ya sabes cuánto me preocupa que estés encadenada a este lugar. Pero ahora tienes a esa chica nortea que puede ocuparse del negocio. ¿Qué tal trabaja, por cierto?

—Se llama Stella, Cissy, y ya lleva un año trabajando para mí. Eso debería ser una buena indicación de que ambas estamos satisfechas.

—Me alegro. Deberías beneficiarte de eso y hacer un viajecito.

—No hay ningún lugar al que desee ir.

—Bueno, te traeré unos folletos, eso es lo que haré. No creo que pudiera soportar la rutina si no supiera que pronto estaremos en una playa tomando mai tai. Has sido lista al saltarte la mayor parte de las fiestas, aunque lamenté no verte en Nochevieja en la de Jan y Quill. Una reunión encantadora, de veras, aunque no estuvo a la altura de la que tú organizaste, ni mucho menos. Las flores eran escasas y la comida no pasaba de mediocre. Claro que no le diría eso a Jan. ¿Sabías que la semana próxima van a hacerle una liposucción?

—No, no lo sabía.

—Bueno, es uno de esos secretos mal guardados. —Cissy se le acercó más, y sus hoyuelos parecieron hacer un guiño de conspiración—. El trasero y los muslos, eso es lo que he oído. Acabo de comer con ella y me ha dicho que iba a pasar una semana en un balneario de Florida, pero todo el mundo sabe que va a

operarse y que luego se encerrará en su casa hasta que pueda reanudar su vida normal. Y, pobrecilla, como ahora se puede instalar una mesa para una familia de cuatro en el saledizo de su culo, me parece que pasará más de una semana antes de que pueda volver a caminar derecha.

Roz se rio sin poder evitarlo.

—Por el amor de Dios, Cissy, su culo me parece bastante normal.

—No se puede comparar con el de la nueva administrativa a la que, según se dice, Quill le ha echado el ojo. Veintiocho años, y también podrías instalar esa mesa bastante más alta en su trasero, siempre que no te importe comer silicona.

—Espero que lo que dices de Quill no sea cierto. Siempre he pensado que él y Jan se llevaban bien.

—Hay hombres que pierden el juicio cuando ven un par de tetas, sin que importe que sean obra de Dios o artificiales. Lo cual, por cierto, me recuerda lo que he venido a decirte. Ahora no estoy segura de cómo hacerlo.

—Sin duda encontrarás la manera.

—Es que siento que debo, que estoy obligada... ¿Desde cuándo somos amigas, Rosalind?

—No podría decirlo.

Pensó que conocer a una persona desde los tiempos de la enseñanza secundaria no la convierte forzosamente en amiga.

—En cualquier caso, a nuestra edad es mejor no contar los años, pero puesto que nos conocemos desde hace más tiempo del que cualquiera de las dos está dispuesta a admitir, creo que debo hacerte saber lo que se cuenta por ahí. Pero primero quiero decirte, puesto que no he tenido un momento para hablar contigo desde... el incidente, que nunca me he sentido tan escandalizada ni atónita como cuando ese horrible Bryce Clerk entró en tu casa, como si tuviera derecho a hacerlo, la noche de la fiesta.

—No importa, Cissy. Enseguida salió por donde había entrado.

—Y fue una suerte que lo hiciera, porque no sé si habría podido contenerme. No lo sé. Esa Mandy era increíble. Desde luego, esa chica tiene el juicio que Dios le daría a una pulga retrasada, pero eso no la disculpa de no tomarse el tiempo necesario para averiguar quién era el hombre antes de presentarse en tu casa cogida de su brazo. —Sacudió una mano—. No puedo hablar de eso.

—Pues entonces no hablemos. La verdad es que tengo que volver al trabajo.

—Pero no te lo he dicho. Cuando estoy alterada no encuentro las palabras. Él estaba allí, otra vez con esa chica ridícula y descerebrada. Estaba allí, Roz, en

casa de Jan y Quill, imponiendo su presencia, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, bebiendo champán, bailando, fumando cigarros en la terraza, hablando de su empresa de asesoramiento. Me revolvió el estómago. — Se puso una mano en el abdomen, como si incluso entonces amenazara con rebelarse—. Ya sé que Jan dijo que habías confirmado que no irías, pero me horrorizaba la posibilidad de que cambiaras de idea y entrases en cualquier momento. No era la única que lo temía.

—Estoy segura de ello. —Sin duda, se dijo Roz, la atmósfera estaba llena de ansiosos rumores y la gente dirigía miradas esperanzadas hacia la puerta—. Jan tiene derecho a aceptar a quien le parezca en su casa.

—No estoy en absoluto de acuerdo. Es una cuestión de lealtad, si no de buen gusto. Y hoy he comido con ella para decírselo. —Mientras hablaba, abrió el bolso, sacó una polvera y se dio unos toques en la nariz—. Resulta que Quill le despejó el camino a Bryce. Están haciendo negocios juntos, aunque Jan no parece saber nada de ello, no sabe nada de las cuestiones económicas. No es como nosotras.

—Humm —replicó Roz. Era la respuesta más cortés que se le ocurría, puesto que Cissy no había trabajado un solo día en toda su vida.

—Hay que reconocer que se mostró avergonzada cuando le hablé de ello durante la comida. Avergonzada. —Sacó un pintalabios y se retocó los labios para que armonizaran con el color de su traje—. Pero hay algunas personas, y admito que he oído algo de ello en la fiesta y aquí y allá, que sienten cierta simpatía por ese hombre y están convencidas de que ha recibido un trato injusto, lo cual me parece incomprensible. Lo peor de todo es la versión de que lo atacaste físicamente la noche de la fiesta y que lo echaste de la casa cuando él solo quería hacer las paces, por así decirlo. Que los amenazaste, a él y a esa estúpida chica, incluso cuando se iban. Por supuesto, cada vez que oigo eso, hago lo que puedo por aclarar las cosas. Al fin y al cabo, estuve allí.

Roz reconoció el tono ávido, que decía: «Dame combustible para este fuego». Pero no estaba dispuesta a hacer tal cosa, por muy enojada y vilipendiada que se sintiera.

—La gente dirá o pensará lo que quiera. No tiene sentido que me preocupe por ello.

—Bueno, algunos están diciendo y pensando que no fuiste a casa de Jan, ni a otras reuniones, porque sabías que él estaría allí, y con una mujer que casi tiene la mitad de tu edad.

—Me sorprende que alguien dedique tanto tiempo a especular cuál podría ser mi reacción ante una persona que ya no forma parte de mi realidad. Si ves a Jan, no dejes de decirle que no se preocupe por mí respecto a ese asunto. —Roz se puso en pie—. Me he alegrado de verte. Ahora debo volver al trabajo.

—Quiero que sepas que pensaré en ti. —Cissy se levantó y dio otro beso al aire cerca de la mejilla de Roz—. Tenemos que comer juntas un día de éstos, correrá de mi cuenta.

—Que disfrutes con Hank en las islas Caimán.

—Lo pasaremos bien. Te enviaré esos folletos —dijo por encima del hombro cuando salía.

—Sí, hazlo —musitó Roz.

Se encaminó en la dirección contraria, furiosa consigo misma porque se sentía herida e insultada. Sabía que no merecía la pena, pero aun así acusaba el golpe que le habían dado a su orgullo.

Iba hacia el edificio donde se realizaba la multiplicación de las plantas, pero cambió de rumbo. En el estado de ánimo en que se hallaba, haría más mal que bien. Rodeó el edificio y se dirigió al bosque que separaba sus dominios privados y personales, y volvió a casa por el camino más largo.

No quería ver a nadie ni hablar con nadie, pero David estaba en el patio, jugando con los hijos de Stella y su perro.

El perro la vio primero y, con ladridos de bienvenida, corrió hacia ella para brincar y rozarle las rodillas con las patas.

—Ahora no, Parker. —Roz se agachó para rascarle las orejas—. No es buen momento.

Luke fue a su encuentro.

—Estábamos buscando un tesoro escondido. —El niño llevaba una burda barba negra sujeta con un elástico a las orejas, que le ocultaba a medias su pecosa cara—. Tenemos un mapa y todo.

—¿Un tesoro?

—Ajá. Soy el pirata Barbanegra, y Gavin es Long John Silver. David es el capitán Morgan. Dice que el capitán Morgan puede hacer que brille un mal día, pero no lo entiendo.

Ella sonrió y revolvió el cabello del muchacho como había revuelto el pelaje del perro. Pensó que ella misma podría usar un cinturón de capitán Morgan. Un doble.

—¿Cuál es el tesoro?

—Es una sorpresa, pero David... el capitán Morgan dice que si nosotros, los pillos, no lo encontramos, tendremos que pasar por la tabla.

Miró a Gavin, que renqueaba a su alrededor con un palo de escoba atado a una pierna. Y a David, que lucía un parche negro sobre un ojo y un gran sombrero con plumas que debía de haber sacado de su baúl de disfraces.

—Entonces será mejor que vayáis a buscarlo.

—¿No quieres jugar?

—Ahora no, cariño.

—A ver si encontráis mis piezas de a ocho —dijo David al acercarse—. O tendré que colgaros a todos del peñol más alto.

Lanzando un grito totalmente impropio de un pirata, Luke corrió a contar más pasos del mapa con su hermano.

—¿Qué te pasa, querida?

—Nada. —Roz negó con un gesto—. Me duele un poco la cabeza y he vuelto pronto a casa. Espero que no hayas enterrado algo de veras. Lamentaría tener que despedirte.

—La nueva PlayStation, en la concavidad de la rama más baja de ese plátano.

—Eres un tesoro, capitán Morgan.

—Uno en un millón. Conozco esa cara. —Alzó una mano hacia ella—. A la mayoría de la gente le pasaría inadvertida, pero no a mí. ¿Qué te ha alterado, y qué diablos haces yendo por ahí todo el día sin chaqueta?

—He olvidado ponérmela, y es cierto que me duele la cabeza. Un dolor causado por cierta estupidez que Cissy Pratt se ha sentido obligada a contarme.

—Uno de estos días su inquieta lengua se le enroscará en la garganta y la estrangulará. —Se alzó el parche del ojo—. Y cuando esté en la funeraria, entraré allí y la vestiré con ropa pasada de moda y comprada en la sección de oportunidades de unos grandes almacenes. Algo de poliéster.

Estas palabras hicieron sonreír levemente a Roz.

—Eso es cruel.

—Entra. Voy a preparar una ronda de mis infames martinis. Puedes contarme qué te ha ocurrido; luego despellejaremos a esa zorra.

—Pese a lo divertido que eso parece, creo que lo que necesito es un par de aspirinas y veinte minutos de siesta. Y ambos sabemos que no puedes decepcionar a los chicos. Adelante, capitán. —Le besó en la mejilla—. ¡Voto a bríos!

Roz entró en la casa y subió la escalera. Se tomó las aspirinas que ella misma se había prescrito y se tendió en la cama. ¿Hasta cuándo el lastre de aquel grotesco matrimonio la arrastraría hasta el fondo? ¿Cuántas veces debería debatirse para quitárselo de encima y emerger?

Aquél era el fin de su supersticiosa esperanza en que, si no hacía nada tras descubrir que él había sacado de su cuenta quince mil dólares, su propia deuda estaría saldada y los platillos de la balanza del error estarían equilibrados.

En fin, el dinero había desaparecido, y era inútil lamentar aquella necia decisión. El matrimonio había existido y no tenía sentido que se castigara a sí misma por ello.

Más tarde o más temprano él tropezaría de nuevo, se acostaría con la mujer inapropiada, estafaría a la mujer inapropiada y desaparecería de Memphis y del círculo de amistades de Roz.

Finalmente la gente encontraría otros asuntos y otras personas de los que hablar. Siempre ocurría así.

¿Cómo podría convencer a alguien de que ella le había atacado... en su propia casa? Claro que representaba bien el papel de agraviado y era un redomado embustero.

Roz no podía defenderse de ningún modo, y no lo haría. Si lo hiciera, solo serviría para alimentar a la bestia. Haría lo que siempre había hecho. Apartarse, tanto física como sentimentalmente, de la tormenta de los chismorreos.

Se abandonaría a aquel breve período de malhumor. Al fin y al cabo, no era perfecta. Entonces reanudaría su vida cotidiana, y viviría como siempre lo había hecho.

Exactamente como lo había decidido.

Cerró los ojos. No esperaba dormir, pero se sumió en ese amodorramiento que a menudo le resultaba más relajante.

Dejándose llevar por el sopor, soñó que estaba sentada en el banco de su jardín, a la sombra, gozando de la brisa primaveral, aspirando los perfumes que flotaban en el aire.

Veía la casa principal y los coloridos tiestos que ella había plantado y dispuesto en las terrazas. Y la cochera, con los lirios mecidos por la brisa que aguardaban a abrirse del todo.

Olía las rosas que trepaban por la pérgola bajo un sol intenso y dorado. Las rosas blancas que ella misma había plantado, como un homenaje privado a John.

No solía visitar su tumba, pero a menudo iba a la pérgola.

Miró más allá de la rosaleda, hacia el jardín de esquejes, los senderos que serpenteaban suavemente entre flores, arbustos y árboles hasta el lugar donde Bryce había querido construir una piscina.

Habían discutido al respecto, y tuvieron una fuerte pelea cuando ella paró los pies al contratista a quien Bryce había llamado sin el consentimiento de Roz.

Recordaba haberle dicho sin ambages al contratista que si cortaba una sola brizna de hierba en su terreno, llamaría a la policía para que recogiera lo que quedara de él.

Con Bryce fue todavía menos paciente, mientras le recordaba que la casa y los terrenos eran suyos y solo ella podía tomar decisiones que los afectaran.

Él se marchó enfurecido, después de que ella le reprendiera, pero regresó al cabo de unas horas, dócil, disculpándose y con un ramo de violetas silvestres.

Ella cometió el error de aceptar las disculpas y las flores.

«Es mejor que estés sola».

Se estremeció en la sombra.

«Hiciste esto sola. Todo esto. Cometiste un error una sola vez, y mira cuánto te ha costado, y lo que todavía sigue costándote. No cometas otro».

—No cometeré otro. Haga lo que haga, no será un error.

«Es mejor que estés sola. —La voz era más insistente ahora, y el frío más intenso—. Yo estoy sola».

Por un instante, solo un instante, Roz creyó ver una mujer con un sucio vestido blanco, tendida en una tumba abierta. Y, por un instante, solo por un instante, notó el olor de la muerte por debajo del perfume de las rosas.

Entonces la mujer abrió los ojos y miró fijamente los suyos, con una especie de furiosa avidez.

9

Caía una desagradable aguanieve cuando Roz entró en la casa. Se quitó la chaqueta y se sentó en el banco del vestíbulo para desprenderse de las botas. David se le acercó, tomó asiento a su lado y le ofreció una taza de café caliente que traía de la cocina.

—El doctor Encanto está en la biblioteca.

—Sí, he visto su coche. —Ella tomó el café, sosteniendo la taza con ambas manos para calentarlas.

—Harper está con él. Lo ha llamado para entrevistarle. A mí me ha entrevistado antes, mientras tomábamos café con leche y tarta con compota de manzana.

—Tarta con compota de manzana.

—Te he guardado un buen trozo. Conozco tus debilidades. Dicen que es posible que nieve.

—Eso tengo entendido.

—Stella y los chicos están en casa de Logan. Ella hará la cena allí, y los chicos confían en que nieve y puedan quedarse a pasar la noche.

—Eso está bien. Necesito una ducha bien caliente.

David tomó la taza que ella le tendía.

—Pensé que tal vez querrías pedirle a nuestro apuesto profesor que se quede a cenar. Estoy preparando un succulento pollo y unas empanadillas para mantener el frío a raya.

—Estupendo, me apetece el pollo... y, desde luego, Mitch puede quedarse si quiere y no tiene otros planes.

—No los tiene —replicó David en un tono de confianza—. Ya se lo he preguntado.

Roz no pudo evitar reírse al ver la amplia sonrisa del joven.

—¿A quién tratas de emparejar con él, David? ¿A ti mismo o a mí?

—Bueno, como no tengo ni un ápice de egoísmo, y dado que el doctor es desdichado y absolutamente hetero, intento que sea para ti.

—Tu romanticismo es un poco penoso, ¿no crees?

Roz empezó a subir la escalera, y puso los ojos en blanco cuando él le dijo:

—Ponte algo atractivo.

En la biblioteca, Harper tomaba una cerveza después del trabajo. No le parecía que pudiera decirle a Mitch mucho más de lo que este ya sabía, pero había respondido a las preguntas y llenado las pequeñas lagunas en los relatos que David y su madre ya le habían contado.

—David me ha hecho un resumen de la noche en que la vio fuera, en los jardines, cuando erais pequeños.

—La noche en que David, mis hermanos y yo acampamos ahí. —Harper hizo un gesto de asentimiento—. ¡Menuda noche!

—Según David, tú la viste primero y le despertaste.

—Vi, oí, sentí. —Harper se encogió de hombros—. Es difícil determinarlo, pero sí, le desperté. No podría decir la hora que era. Tarde. Habíamos estado levantados, comiendo hasta casi empacharnos y asustándonos mutuamente con nuestros relatos de miedo. Entonces supongo que la oímos. No sé exactamente cómo supe que se trataba de ella. No era como las otras veces.

—¿En qué se diferenciaba?

—No cantaba. Más bien... gemía; producía aquellos sonidos ininteligibles. Algo así como lo que esperarías de un fantasma en una calurosa noche de luna cuando eres niño. Así que miré fuera, y allí estaba ella, solo que tampoco era como antes.

Un muchacho valiente, se dijo Mitch, capaz de mirar al exterior en vez de ocultar la cabeza en el saco de dormir.

—¿Cómo era?

—Llevaba una especie de camisón blanco, igual que la primavera pasada, cuando estaba en lo alto de la escalera. Tenía el pelo suelto, enmarañado y sucio. Y pude ver la luz de la luna a través de ella, como si fuese transparente. Dios mío. —Tomó un trago más largo de cerveza—. Así que desperté a David, y Austin y Masón también se despertaron. Quería que Austin se quedara con Masón, pero eso era imposible, y todos salimos de la tienda para seguirla.

Mitch podía imaginarlo con toda claridad. Un grupo de chiquillos, a la luz de la luna y de las luciérnagas, en el intenso calor de la noche de verano. Y una figura espectral deslizándose por los jardines.

—Pasó por la onagra de mamá, por las malvas, a través de los arbustos. Estaba demasiado nervioso para sentir miedo. Ella seguía emitiendo aquel sonido, una especie de murmullo, o de lamento, supongo que podríamos decir. Imagino que decía algo, pero no podía distinguir las palabras. Se dirigía hacia la cochera. En cualquier caso, me pareció que se dirigía hacia allí. Pero de repente se volvió, miró atrás. Y su cara...

—¿Qué?

—Como en la primavera pasada, una vez más —respondió, y exhaló un poco—. Parecía loca. Una loca de película de horror. Delirante y loca. Sonreía, pero su expresión era horrible. Por un momento, mientras me miraba y yo le devolvía la mirada, el frío era tan intenso que veía mi propio aliento. Entonces se dio la vuelta y siguió andando; yo fui tras ella.

—¿Fuiste tras ella? ¿Seguiste a un fantasma loco? Debías de estar asustado.

—No mucho, o por lo menos no me di cuenta de que lo estuviera. Supongo que estaba atrapado. Absolutamente fascinado. Tenía que saber qué era lo que motivaba su aparición. Pero Masón empezó a gritar. Entonces me asusté de veras. Pensé que de algún modo ella lo tenía en sus garras, lo cual era una estupidez, puesto que el fantasma iba por delante de mí y él estaba a mis espaldas. Todos ellos estaban mucho más atrás de lo que había pensado. Así que retrocedí corriendo, y allí estaba Masón, en el suelo, con un pie sangrando. Austin corría de regreso a la tienda de campaña en busca de una camiseta o de algo con que envolverlo, porque no llevábamos puestos más que los calzoncillos. David y yo tratábamos de llevárnoslo de allí cuando llegó mamá corriendo, como una encarnación de la ira de Dios.

El joven se rio entonces, mirando a Mitch con los ojos brillantes.

—Deberías haberla visto. Llevaba unos pantalones cortos de algodón y una camiseta de media manga que le iba pequeña. Entonces tenía el pelo más largo, y le ondeaba detrás de la cabeza al correr. Y vi... los demás no, pero vi que empuñaba la pistola del abuelo. Si hubiera visto que nos perseguía un fantasma o lo que fuera, le habría vaciado el cargador encima, pero cuando vio, más o menos, de qué se trataba, se metió la pistola bajo el cinto de los pantalones cortos, a la espalda. Alzó del suelo a Masón y nos dijo a todos que nos vistiéramos. Luego subimos al coche para llevar a Masón al hospital, a que le cosieran la brecha.

Roz entró en la biblioteca.

—Nunca dijiste que habías visto la pistola.

—Pensé que no querías que los demás lo supieran.

Ella se le acercó, se inclinó y lo besó en lo alto de la cabeza.

—Tampoco quería que lo supieras tú. Siempre veías demasiado. —Volvió la cabeza y dejó la mejilla sobre la cabeza de Harper mientras miraba a Mitch—. ¿Te interrumpo?

—No, podrías sentarte si tienes un momento. Ahora tengo este relato en dos versiones distintas y no me vendría mal tener la tuya.

—No puedo añadir mucho más. Los chicos querían dormir en el jardín. Dios sabe por qué, ya que hacía un calor espantoso y había muchos bichos. Pero a los niños les gusta montar una tienda de campaña. Como quería tenerlos controlados y oírlos, cerré mi habitación y prescindí del aire acondicionado, a fin de tener las puertas abiertas al exterior.

—Estábamos en el jardín —objetó Harper—. ¿Qué riesgos podíamos correr?

—Muchos, tal como demostraron los acontecimientos; fue muy prudente por mi parte que me pasara la noche sudando. Una vez que ellos estuvieron instalados y se hizo el silencio, me dormí. Fue el grito de Masón lo que me despertó. Cogí la pistola de mi padre, que en aquel entonces guardaba en el estante superior del armario del dormitorio. Saqué las balas del joyero, y cargué el arma mientras corría. Cuando llegué allí, Harper y David llevaban a Masón, que tenía un pie sangrando. Tuve que pedirles que se callaran, porque todos hablaban al mismo tiempo. Llevamos al pequeño a casa, le lavamos el pie y vimos que necesitaría unos puntos de sutura. Me contaron lo ocurrido camino del hospital.

Mitch asintió y echó un vistazo a sus notas.

—¿Cuándo fuiste a la cochera?

Ella sonrió.

—En cuanto amaneció. Tardé todo ese tiempo en volver y acostarlos a todos.

—¿Llevaste el arma?

—Sí, por si había algo más corpóreo de lo que ellos creían.

—Yo era lo bastante mayor para ir contigo —objetó Harper—. No deberías haber ido allí sola.

Ella le miró con la cabeza ladeada.

—Creo que era la responsable. En cualquier caso, no había nada que ver, y no puedo decirte si realmente sentí algo o si estaba tan sobreexcitada que me pareció que lo sentía.

—¿Cuándo reformaron esa pieza?

—Pues... —Roz cerró los ojos para pensar—. Hacia comienzos del siglo veinte. Reginald Harper era un hombre aficionado a las novedades, y el automóvil era una de ellas. Guardó su vehículo en la cochera durante un tiempo; luego utilizó los establos, por lo que la cochera se convirtió en una especie de almacén. En el piso de encima vivía el jardinero. Pero debió de ser más adelante, hacia los años veinte, creo, cuando mi abuelo la reformó y la convirtió en casa para los invitados.

—Así pues, es improbable que ella se hubiera alojado allí, o que hubiera visitado al jardinero, ya que esas fechas son posteriores a los primeros avistamientos. ¿Qué debían de guardar allí en los tiempos en que era una cochera?

—Calesas, algunos arreos, supongo, tal vez herramientas.

—Es extraño que ella fuera a ese lugar.

—Siempre me he preguntado si murió allí —comentó Harper—, y supuse que me lo haría saber una vez que me trasladara a ese lugar.

Mitch le miró atentamente.

—¿Has tenido alguna experiencia ahí?

—No. Ella no se relaciona con los hombres cuando han pasado de cierta edad. Vaya, está nevando.

El joven se levantó para mirar por la ventana.

—Puede que cuaje. ¿Aún me necesitas? —le preguntó a Mitch.

—Ahora no. Gracias por el tiempo que me has dedicado.

—No hay ningún problema. Luego seguiremos.

Cuando salió su hijo, Roz sacudió la cabeza.

—Va a salir y tratar de recoger suficiente nieve para hacer una bola y arrojársela a David. Ciertas cosas no cambian jamás. Hablando de David, está cocinando pollo y empanadillas. Si quieres quedarte y esperar a que deje de nevar...

—Necio es el hombre que rechaza un ofrecimiento de pollo y empanadillas. En los últimos días he hecho algunos progresos, si puede considerarse progreso eliminar posibilidades. Se me están terminando los candidatos, por lo menos los que están documentados, para identificar a Amelia.

Ella se acercó al tablero de trabajo y examinó las fotos, los cuadros sinópticos, las notas.

—¿Y cuando se acaben los candidatos documentados?

—Empezaré a buscar fuera de la caja. Cambiando de tema, ¿te gusta el

baloncesto?

—¿En qué sentido?

—En el de ir a ver un partido. He conseguido otra entrada para ir a ver un partido de mi hijo mañana por la noche. Juegan con el Ole Miss. Confiaba en convencerte para que me acompañes.

—¿A un partido de baloncesto?

—Es informal, con mucha gente, una forma inocente de diversión. —Le sonrió con soltura cuando ella se volvió—. Me pareció un buen lugar para empezar. Y podrías inclinarte más hacia esa forma de relación social que hacia una tranquila cena para dos. Pero si prefieres lo último, tengo libre la noche de pasado mañana.

—Un partido de baloncesto podría ser interesante.

Lily estaba sentada en la alfombra de Bujará de Roz, golpeando los botones de un teléfono de juguete con un perro de plástico. Su madre tenía la cabeza en el interior del armario.

—Prueba la sombra de ojos, Roz. —La voz de Hayley surgía amortiguada del armario mientras buscaba entre las prendas—. Sabía que era un color inadecuado para mí cuando la compré, pero no pude evitarlo. A ti te sentará de maravilla, ¿no es cierto, Stella?

—Claro que sí.

—Tengo suficiente maquillaje para tres mujeres —objetó Roz, y trató de concentrarse en utilizarlo. No estaba del todo segura de la cantidad de su espacio personal que había sido invadido por mujeres. Sencillamente, no estaba acostumbrada a ellas.

—¡Oh, Dios mío, tienes que ponerte esto!

Hayley sacó los pantalones que Roz había comprado a instancias de David y que, hasta la fecha, nunca se había vuelto a poner.

—De ninguna manera.

—¿Bromeas, Roz? —replicó Hayley, y sacudió los pantalones en dirección a Stella—. Mira esto.

Stella lo hizo.

—No podría hacerlos pasar por mis caderas ni con un calzador.

—Sí que podrías, se estiran. —Hayley se lo demostró—. Además, con un pecho como ése, tus caderas son perfectas. Pero éstos son demasiado largos para

ti. ¿Recuerdas el suéter que David me regaló por Navidad, el rojo de angora? Quedaría fabuloso con estos pantalones.

—Entonces quédatelos —le propuso Roz.

—No, los vas a llevar tú. Vigila un momento a la cría, ¿quieres? Traigo el suéter en un periquete.

—No voy a ponerme tu suéter. Si hay algo que no me falta, son suéteres. Y por todos los santos, tan solo voy a un partido de baloncesto.

—Eso no es motivo para que no parezcas el bombón que eres.

—Voy a ponerme unos vaqueros.

Decepcionada, Hayley se dejó caer sobre la cama al lado de Stella.

—Es un caso difícil.

—De acuerdo, usaré tu sombra de ojos. Lo consideraremos un compromiso.

—¿Puedo elegir tus pendientes?

Roz desvió su mirada en el espejo, hasta que sus ojos se encontraron con los de Hayley.

—¿Vas a dejar de incordiarme?

—De acuerdo. —Hayley se levantó de un salto, y cuando Lily le tendió los brazos, la recogió del suelo. Apoyando a la pequeña en la cadera, empezó a revolver con una sola mano el joyero donde Roz guardaba las piezas que usaba a diario—. Y en cuanto a la parte de arriba, ¿qué vas a ponerte?

—No lo sé. Algún suéter.

—El de cachemira verde —le dijo Stella—. ¿Qué te parece el falso cuello de cisne verde oscuro y ese gran abrigo de cuero negro? El que llega hasta las rodillas.

Roz lo pensó mientras se ponía sombra en los ojos.

—De acuerdo. Eso estará bien.

—Muy bien, entonces... éstos. —Hayley alzó unos pendientes de plata en espiral—. ¿Y los zapatos? —inquirió, volviéndose hacia Stella.

—Las botas de media caña, de cuero negro y gruesos tacones.

—Ve a buscarlas, yo traeré el suéter y...

—Ya podéis largaros, chicas —las interrumpió Roz—. Puedo encargarme del resto. —Pero se inclinó para besar la mejilla de Lily—. Id a divertirlos a otra parte.

—Vámonos, Hayley, antes de que decida ponerse una sudadera y unos zapatos de jardinería solo para fastidiarnos. Tenía razón acerca de la sombra de ojos —añadió Stella mientras empujaba a Hayley fuera de la habitación.

Tal vez fuese así, se dijo Roz. Era una interesante tonalidad marrón, con una pizca de dorado para realzarla. Sabía cómo usarla de modo que la favoreciera. Bien sabía Dios que tenía mucha práctica en acicalarse, y la vanidad suficiente para esforzarse por tener el mejor aspecto posible cuando era necesario.

Al mismo tiempo, suponía que era ventajoso tener a otras mujeres, más jóvenes que ella, en la casa, y estaba dispuesta a seguir sus consejos sobre la indumentaria.

Con excepción de los pantalones.

Se acercó al tocador y abrió el cajón del medio, donde guardaba sus mejores suéteres. Le encantaban aquellos tejidos suaves, pensó mientras sacaba una prenda doblada tras otra. Las cachemiras, los algodones y las sedas.

Sacó el suéter verde oscuro y lo desdobló.

El frío la golpeó como una descarga, una bofetada disciplinaria que la hizo retroceder un paso. Entonces se intensificó al tiempo que una fuerza invisible le arrebató el suéter de las manos. Roz vio con incredulidad que la prenda chocaba con la pared opuesta y caía al suelo.

Sus rodillas querían doblarse, pero se mantuvo firme y cruzó lentamente la habitación para recogerlo.

La pechera tenía desgarrones, como si unas uñas airadas se hubieran deslizado por el tejido. El aliento le salía en forma de vapores visibles mientras se debatía por mantener la calma.

—Eso ha estado muy mal, ha sido indigno de ti. Una mezquindad. Le tenía mucho cariño a este suéter. Pero no vas a conseguir nada con esa actitud.

Enojada, giró sobre sus talones, esperando, confiando ver algo, a alguien con quien enfrentarse.

—Tengo más, y si piensas repetir este número con el resto de mi ropa, créeme si te digo que saldré de aquí con el culo al aire antes de ceder a esta clase de chantaje. Así que puedes irte con tu temperamento a otra parte.

Roz arrojó el suéter sobre la cama y se acercó al tocador. Sacó un suéter al azar y se lo puso. Sus dedos temblaban tanto de rabia como de angustia mientras se ponía los vaqueros.

—Tomo mis propias decisiones —siguió desahogándose—, y siempre lo he hecho. Sigue comportándote así, y me acostaré con él solo para fastidiarte.

Terminó de vestirse, se calzó las botas, asió el abrigo de cuero y tuvo que contenerse para no dar un portazo al salir de la habitación.

Una vez fuera, se apoyó en la puerta e inhaló y exhaló hasta que volvió a

serenarse. Se dijo que una cosa era segura: a ella y a Mitch no les faltaría tema de conversación camino del partido de baloncesto.

Sin embargo, esperó a que se pusieran en marcha y las luces de la mansión Harper quedaran a sus espaldas.

—Hay un par de cosas que debo decirte, y luego creo que lo mejor para los dos será que dejemos los negocios de lado durante unas horas.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí. En primer lugar, hace poco tuve un irritante encuentro en el trabajo con una conocida que ha obtenido la medalla de oro en los juegos olímpicos del chismorreo durante más de veinte años seguidos.

—Un récord impresionante.

—Y está orgullosa de ello. Me habló de mi ex marido, y no tiene importancia, pero me irritó un poco, me causó lo que llamo un dolor de cabeza debido a mi genio, y decidí tenderme un rato. No estaba dormida, solo en ese agradable estado intermedio entre el sueño y la vigilia, e imaginé que estaba en el jardín, sentada en el banco a la sombra; era a finales de primavera. —¿Cómo sabías que era primavera?

—Finales de primavera, comienzos de junio. Podía saberlo por las plantas y las flores. Entonces hizo frío.

Le contó el resto con todos los detalles.

—Éste es el primer sueño que has mencionado.

—No fue un sueño, no estaba dormida. —Sacudió una mano con impaciencia—. Sé que la gente dice eso, cuando creen que estaban despiertos, pero yo lo estaba de veras.

—De acuerdo. Eres tú quien lo sabe con certeza. —Ella me abordó allí, en mi mente. Notaba el frío, olía las flores, las rosas blancas de la pérgola, notaba el aire en la piel. Entretanto era consciente, en otra parte de mí misma, de que seguía en mi habitación, en la cama, con dolor de cabeza.

—Es desconcertante.

—Eres muy sutil —replicó ella—. Sí, fue desconcertante. Desorientador y espantoso. No me hace ninguna gracia que otra persona dirija mis pensamientos. Y su modo de mirarme, cuando abrió los ojos en la tumba, fue con una expresión terrible de... amor. Nunca me ha hecho daño, y nunca he tenido la sensación de que podría hacérmelo. Hasta esta noche.

Él viró hacia el arcén de la carretera, frenó bruscamente y se volvió hacia ella. La serenidad que Roz solía ver en sus facciones, que él le hacía sentir, había

dado paso a una cólera que se expandía.

—¿Qué quieres decir? ¿Te ha atacado? Por el amor de Dios...

—No a mí, sino a un bonito suéter de cachemira. Era un regalo de cumpleaños, por lo que solo lo tenía desde noviembre; todavía estoy enfurecida porque me lo ha estropeado.

—Cuéntame exactamente qué ha ocurrido.

Cuando ella lo hubo hecho, él echó el cuerpo atrás en el asiento y tamborileó con los dedos en el volante.

—No quería que salieras conmigo esta noche.

—Parece que no, pero no se ha salido con la suya. Aquí estoy.

Él volvió a mirarla.

—¿Por qué?

—Dije que lo haría, y siempre cumplo mi palabra. Puedes añadir que me puso furiosa y que tampoco suelo retroceder. Y por último, quería averiguar si me gusta tu compañía en un entorno puramente social.

—No tienes pelos en la lengua.

—Así es, y eso irrita a algunas personas.

—No soy una de ellas. Siento lo del suéter.

—Yo también.

—Podríamos especular...

—Podríamos —lo interrumpió Roz—. Pero de momento prefiero no hacerlo. Ella no ha logrado cancelar la velada, por lo que no veo por qué habría de dirigirla. ¿Por qué no hablamos de algo distinto hasta que sea el momento de volver al trabajo?

—Claro. ¿De qué te gustaría hablar?

—Podría empezar por preguntarte durante cuánto tiempo piensas permanecer en el arcén, y si eso no hará que lleguemos tarde al partido de tu hijo.

—Oh, tienes razón. —Enfiló de nuevo la calzada—. ¿Qué tal si inicio esta conversación diciéndote que tengo una nueva señora de la limpieza?

—¿De veras?

—Es amiga de la amiga de una amiga. Algo así. Le interesa el feng shui, de modo que lo está reorganizando todo: zona profesional, zona de salud... qué sé yo. Me hace listas de cosas que he de comprar, como una rana que atrae el dinero para mi rincón de la prosperidad... o algo por el estilo. Y esas monedas chinas. Dice que siempre he de tener en casa una planta verde; creo que es para la zona de salud, pero no estoy seguro, y le temo demasiado para preguntárselo. Así que

me estaba preguntando si podrías devolverme esa planta que te llevaste de mi piso la primavera pasada.

—¿Aquella a la que estabas asesinando?

—No sabía que la estaba asesinando. Ni siquiera sabía que estaba allí.

—La negligencia, aunque no intencionada, sigue siendo negligencia.

—Qué inflexible eres. ¿Qué te parece si firmo un juramento de que cuidaré mejor de ella? La cuestión es que la nueva señora de la limpieza será quien cuide de ella, por lo menos cada dos semanas. Y tú tendrás derecho de visita.

—Pensaré en ello.

Las gradas ya estaban llenas cuando llegaron, y en el aire vibraba la impaciencia previa al juego. Se abrieron paso a través del ruido, el color y la animación, y avanzaron por la hilera hasta sus asientos, mientras ambos equipos practicaban ganchos en la pista.

—Ahí está Josh, el número ocho.

Ella contempló al alto muchacho con su jersey blanco ribeteado de azul, cuando saltó adelante, recogió la pelota que había rebotado en el tablero y la encestó.

—Está en buena forma.

—Lo eligieron con el número diez en el draft de la NBA, y el año que viene jugará con los Celtics. Me resulta difícil creerlo. No voy a jactarme durante toda la noche, pero por lo menos tenía que decírtelo.

—¿Va a ser profesional? ¿Los Celtics? Puedes jactarte todo lo que quieras. Yo lo haría.

—Lo haré lo menos posible. En cualquier caso, Josh es el base del equipo, es decir, que dirige la ofensiva del equipo desde la defensa y ordena el juego.

Ella lo escuchaba, tomando sorbos del refresco que Mitch le había dado, mientras él le enseñaba los términos básicos del baloncesto y le daba explicaciones sobre el juego.

Desde el saque inicial, Roz observó la acción, disfrutó de los veloces movimientos en la pista, de las voces resonantes y de los ruidos sordos de la pelota al golpear el suelo de madera.

De vez en cuando, durante el primer cuarto, Mitch se inclinaba hacia ella para explicarle una falta, una estrategia o una jugada.

Hasta que ella se puso en pie junto con los demás seguidores del equipo de

Memphis para abuchear al árbitro por una falta no pitada.

—¿Qué es esto? ¿Necesitan gafas esos árbitros? Habíamos ganado la posición, ¿no?... ¿Es que no ve tres en un burro? Eso ha sido una falta personal, por el amor de Dios. Le ha empujado, solo le faltaba darle un pisotón.

Cuando volvió a sentarse, lanzando un bufido de enfado, Mitch se rascó la barbilla.

—Bueno, o soy un maestro excepcional o ya entendías de baloncesto.

—Tengo tres hijos. Conozco el baloncesto. Conozco el fútbol y el béisbol, y hubo una época en la que sabía demasiado sobre lucha profesional. Pero los chicos han dejado atrás casi por completo esa última etapa. —Apartó los ojos del partido el tiempo suficiente para sonreírle—. Lo estabas pasando tan bien, explicándole el partido a la damita inexperta, que no he querido interrumpirte.

—Gracias. ¿Te apetecen unos nachos?

—Bueno.

Se estaba divirtiendo, y en la media parte se sintió regocijada cuando Josh localizó a su padre entre el público y le sonrió. Su regocijo aumentó cuando la mirada del muchacho se posó en ella, volvió a su padre y alzó un pulgar con entusiasmo.

Cuando, al finalizar el partido, los Tigers de Memphis ganaron a los Rebels de Ole Miss por tres puntos, Roz llegó a la conclusión de que la experiencia casi había valido la pérdida de un suéter de cachemira.

—¿Quieres que esperemos para que puedas felicitar a tu hijo?

—Esta noche no. Pasará más de una hora antes de que salga del vestuario y se libre de las admiradoras. Pero me gustaría que os conocierais algún día.

—Me gustará conocerle. Es un placer verle jugar, y no solo por su estilo y su habilidad, aunque los tiene en abundancia, sino por su entusiasmo. Se nota que ama este deporte.

—Desde que era un crío.

Mitch deslizó un brazo alrededor de la cintura de Roz para abrirse paso con más rapidez entre la gente que salía.

—Será duro para ti que se vaya a Boston.

—Siempre ha querido hacer eso. No creas que no siento el deseo de trasladarme con él, pero más tarde o más temprano debes dejar que los hijos se independicen.

—Cuando mis dos hijos más pequeños se marcharon, creí que iba a morir. Hacía tan poco que tenían cinco años...

Él le soltó la cintura y le tomó la mano mientras cruzaban el aparcamiento.

—¿Te apetecería ir a comer algo?

—Esta noche no. He de levantarme temprano. Pero te lo agradezco.

—Entonces, ¿a cenar mañana?

Ella le dirigió una mirada.

—Debes saber que para sacarme de casa dos noches seguidas en general hace falta una manada de caballos salvajes. Y mañana tengo una reunión en el club de jardinería a la que, por razones personales, no puedo dejar de asistir.

—¿La noche siguiente?

—Eres francamente perseverante.

—¿Y qué tal?

—No está mal. —Pensó que no estaba mal en absoluto, mientras disfrutaba del aire vigorizante y del calor de la mano de Mitch en la suya—. Te diré lo que podemos hacer. Ven a cenar pasado mañana, pero te advierto que cocinaré yo. David tiene la noche libre.

—¿Cocinas?

—Claro que cocino. No se me permite hacerlo cuando David está en casa, pero resulta que soy una cocinera muy buena.

—¿A qué hora será la cena?

Ella se echó a reír.

—Digamos que a las siete.

—Allí estaré.

Cuando llegaron al coche, él la acompañó hasta el lado del pasajero; entonces le dio la vuelta, la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí. Acercó sus labios a los de Roz y le dio un largo y lánguido beso.

Ella le rodeó los brazos con las manos, las retuvo allí y se abandonó a la sensación, al calor del cuerpo de Mitch, al frío del aire, a la exigencia a punto de estallar por debajo del lánguido beso.

Entonces retrocedió, sus ojos fijos en ella, y extendió la mano para abrirla la portezuela.

—He hecho eso porque he supuesto que si lo retrasaba hasta llegar a la puerta de tu casa, lo estarías esperando. Confío en darte una sorpresa, por lo menos de vez en cuando. Aunque me parece que no es nada fácil.

—Hasta ahora lo has conseguido en varias ocasiones.

Cuando ella hubo subido al coche, él cerró la portezuela. Roz pensó que podría tener algunas otras sorpresas en la manga antes de que el proyecto

hubiera finalizado.

10

Harper era capaz de pasarse varias horas al día en la sección de injertos sin aburrirse ni echar en falta la compañía de otras personas. Las plantas con las que trabajaba le fascinaban y eran una fuente inagotable de satisfacción para él. Tanto si creaba un tallo central largo y sin ramas como si experimentaba con un híbrido, hacía la tarea que le gustaba.

También disfrutaba de la actividad al aire libre, los injertos y la multiplicación de las plantas madres en el campo. Ya había seleccionado los árboles que se proponía injertar, pero tenía que pasarse la mayor parte de la semana recogiendo sus vástagos y podando los árboles que había injertado el año anterior.

Su madre dejaba en sus manos ese tipo de decisiones. Qué hacer, cómo y cuándo hacerlo. Él sabía que el hecho de que Roz se hiciera a un lado y le dejara trabajar como quisiera suponía un alto grado de confianza en él.

Claro que ella le había enseñado no solo los aspectos básicos del trabajo, sino que también le había inculcado el amor por todas las plantas.

Durante su infancia y adolescencia habían pasado juntos innumerables horas en el jardín y el invernadero. Ella también había enseñado a sus hermanos, pero los intereses de estos fueron por otros derroteros, mientras que el hijo mayor se concentraba en la mansión Harper, los jardines y el trabajo.

Su época universitaria, sus estudios, no habían hecho más que cimentar lo que sería la principal actividad de su vida.

Su responsabilidad hacia ellos, hacia la casa, los jardines, el trabajo y la mujer que le había enseñado era absoluta.

Consideraba una gran ventaja que en su caso el amor y la obligación se unieran de un modo tan armonioso.

Chaikovski sonaba para las plantas, mientras que la música clásica que él escuchaba, a través de los auriculares, era el conjunto canadiense de rock

alternativo Barenaked Ladies. Examinaba los tiestos y tomaba anotaciones en diversas tablillas con sujetapapeles.

Le gustaban sobre todo las dalias que había injertado la primavera anterior a petición de Logan. En un par de semanas, haría crecer los tubérculos que había guardado durante el invierno y en primavera cortaría esquejes. En el Jardín podría ofrecer un buen suministro de *Sueño de Stella*, la audaz dalia, de un azul intenso, que él había creado.

Pensó en lo sugerente que resultaba la evolución de las cosas. Todo sucedía gracias a que Logan y la pulcra Stella se habían enamorado... y a que Logan había mostrado su faceta sentimental con respecto a la dalia azul en la que Stella había soñado. Soñado, se dijo Harper, debido a la Novia Harper.

Se cerraba así una especie de círculo, ¿no era cierto?, que volvía a la mansión y a lo que crecía en sus terrenos.

No habría habido *Sueño de Stella* sin la Novia y no habría habido Novia sin la mansión Harper. Y nada de ello existiría, suponía él, sin la firme determinación de su madre de mantener la casa y montar el negocio.

Puesto que estaba de cara a la puerta, la vio abrirse y observó la entrada de Hayley.

Tampoco Hayley estaría allí de no ser por su madre. Ninguna mujer hermosa y embarazada habría llamado a la puerta de la mansión Harper el invierno anterior en busca de trabajo y un lugar donde vivir.

Cuando ella le sonrió, a Harper se le aceleraron por un momento los latidos del corazón; después volvieron a la normalidad. Ella se dio unos golpecitos en la sien y él se quitó los auriculares.

—Siento interrumpirte. Roz me ha dicho que tienes algunos tiestos lo bastante maduros para pasarlos a la sección de plantas de interior. Stella quiere organizar unas rebajas de invierno.

—Claro. ¿Quieres que los lleve?

—No hace falta. Tengo cajas y una camioneta ahí fuera.

—Déjame que eche un vistazo a las existencias y las ajuste primero. —Se dirigió al ordenador—. ¿Quieres una Coca-Cola?

—Me gustaría, pero aún debo tener cuidado con la cafeína.

—Ah, claro. —La joven estaba amamantando a Lily; pensar en ello le producía a Harper una sensación cálida y extraña—. También hay agua en la nevera.

—Estupendo. ¿Me enseñarás a hacer injertos cuando tengas tiempo? Stella

me ha dicho que tú eres quien se ocupa de eso, por lo menos del trabajo de campo, en esta época del año. Me gustaría hacer algo, ¿sabes?, y seguirlo hasta el final.

—Por supuesto, si quieres. —Le ofreció una botella de agua—. Puedes probar con un sauce. Fue el primer injerto que mi madre me enseñó a hacer; los sauces son los mejores árboles para practicar.

—Eso sería fenomenal. He pensado que un día, cuando pueda vivir con Lily en una casa propia, me gustaría plantar algo que yo misma haya hecho.

Harper tomó asiento y procuró concentrarse en el programa de existencias. El olor de Hayley, un aroma femenino esencial, armonizaba a la perfección con el olor de la tierra y las plantas.

—Tienes mucho espacio en casa.

—Muchísimo. —Ella se rio, tratando de leer por encima de su hombro—. Llevo un año aquí, y aún no puedo acostumbrarme a tanto espacio. Me encanta vivir en la mansión, y es magnífico para Lily tener a tanta gente a su alrededor; además nadie, nadie podría ser más asombroso que tu madre. Es la persona más formidable que conozco. Pero más tarde o más temprano necesitaré... bueno, instalarme con Lily en una vivienda propia.

—Sabes que a mamá le encanta tenerte aquí. De lo contrario, a estas alturas ya te habría enviado a otra parte.

—Eso es muy cierto. Tiene una gran habilidad para organizar las cosas, ¿verdad? Arreglarlas a su conveniencia. No lo digo como una crítica. Es fuerte, lista y no parece temer a nada ni a nadie. No sabes cuánto la admiro.

—También tú tienes agallas y eres inteligente.

—Agallas tal vez, pero he empezado a comprender que en gran parte se debe a mi desconocimiento de las cosas. —Tomó descuidadamente un trozo de rafia y se lo enroscó en el dedo—. Cuando miro atrás, me pregunto cómo pude emprender el viaje cuando estaba embarazada de seis meses. Pero ahora tengo a Lily y me doy cuenta... en fin, de todo. Estaré en deuda con Roz durante el resto de mi vida.

—Ella no querría eso.

—No podrá hacer nada por evitarlo. Mi hija tiene un hogar estupendo y yo tengo un trabajo que me gusta más cada día. Tenemos amigos y familia. Nos las habríamos arreglado, estoy segura de ello, pero Lily y yo no estaríamos donde estamos ahora sin Roz.

—Es curioso, hace un momento estaba pensando en que casi todo... la

mansión, este lugar, incluso Logan y Stella giran alrededor de mi madre. Tal vez incluso la Novia.

—¿Por qué la Novia?

—Si mi madre hubiera vendido la finca, y ha habido épocas en que habría sido fácil hacerlo, tal vez la Novia no seguiría aquí. Es posible que haga falta un Harper en la casa para que siga presente. No sé. —Se encogió de hombros; después se levantó para seleccionar las plantas que había comprobado en el listado de existencias del ordenador—. Solo es algo que se me ha ocurrido.

—Podría ser cierto. Cuando la heredes no la venderás, ¿verdad?

—No. Lo cierto es que cada vez que pienso en que tal vez debería irme de la cochera y mudarme a otro lugar, no puedo hacerlo. Por un lado, es ahí donde quiero estar, y por otro, al margen de lo lista y fuerte que sea mi madre, me parece que es mejor que esté con ella. Creo que se sentiría triste y un poco solitaria si tú y Lily os marcharais a otra parte, sobre todo cuando Stella y los chicos se vayan a casa de Logan dentro de un par de meses.

—Es posible, y no tengo ningún plan inmediato. Pero como sale con Mitch, es posible que ya tenga toda la compañía que desea.

—¿Qué? —Harper se detuvo en seco, con un joven y saludable ficus en los brazos—. ¿Cómo que salen? ¿Qué quieres decir? No salen como lo hace una pareja.

—Cuando dos personas se citan dos o tres veces para ir a partidos de baloncesto, a comer o a lo que sea, y cuando ella cocina para él, creo que a eso se le puede considerar salir.

—Están trabajando en ese proyecto. Son como... reuniones.

Reconoció el significado de la sonrisa femenina de Hayley. Sabía que le tenía por un hombre lamentablemente fuera de contacto con la realidad.

—En general, no terminas una reunión con un largo y apasionado beso... por lo menos hace tiempo que no he tenido la suerte de que me ocurra eso tras una reunión.

—¿Un beso? ¿Qué...?

—No creas que los espiaba —se apresuró a decir ella—. Una noche estaba con Lily en brazos, mirando por la ventana, cuando Mitch y Roz llegaron a casa. De acuerdo, miré por la ventana a propósito cuando oí el ruido del coche, solo para ver quién era. Y si puedo juzgar por el beso que se dieron, su relación va en serio.

Él dejó el tiesto en el suelo, con un gesto brusco.

—Por todos los santos...

Ella parpadeó.

—No puede molestarte que Roz salga con un hombre, Harper. Sería absurdo.

—La última vez que salió con un hombre, acabó casada con aquel hijo de perra.

—Cometió un error —replicó Hayley con vehemencia—. Pero Mitch no tiene nada que ver con ese cabrón de Bryce Clerk.

—¿Cómo lo sabemos?

—Porque sí.

—No es razón suficiente.

—Desde luego, él es totalmente apropiado para ella.

—No es eso lo que he dicho. He dicho...

—Que no sea rico o que no corra por sus venas una sangre tan especial como la de los Harper no significa que debas oponerte a él. —Puso un dedo en el pecho de Harper—. Deberías avergonzarte de ti mismo por hablar como un esnob.

—No estoy diciendo eso, no seas estúpida.

—No me llames estúpida.

—No te he llamado estúpida, por Dios.

—Mira, no quiero seguir hablando contigo en este momento.

Hayley giró sobre sus talones y salió pisando fuerte.

—Muy bien —replicó él—. Tampoco yo quiero hablar contigo.

La inquietud de Harper fue en aumento y se puso frenético mientras cargaba y transportaba él mismo las plantas.

Preparado para entablar combate, fue en busca de su madre.

Roz estaba en el campo, examinando los cuadros de flores del vivero y las rosas que él había injertado a comienzos de la estación.

Vestía una sudadera con capucha gris piedra, llevaba mitones y unas botas tan viejas y deterioradas que su color era indistinguible. Harper se dijo que parecía más una persona de su edad que su madre.

—¿Has visto a Hayley? —le preguntó ella.

—Sí, ya está hecho.

—¿Sabes? Estoy pensando en añadir una tienda con atmósfera húmeda y criar más palmeras. Por cierto, cariño, estoy entusiasmada con lo bien que les va a esos árboles que injertaste. Encantarán a nuestros clientes. Estoy pensando en quedarme uno de los mezclados con nectarina y melocotonero. —Examinó uno

de los jóvenes árboles que Harper había injertado—. Es un trabajo exquisito, Harper. Y ese peral de ahí...

—¿Te acuestas con Mitch Carnegie, mamá?

—¿Qué? —Ella se volvió para mirarle; su sonrisa complacida y el brillo de orgullo en sus ojos desaparecieron—. ¿Qué me has preguntado?

—Ya sabes lo que te he preguntado. Me gustaría que me dieras una respuesta.

—¿Y por qué habría de dar una respuesta a una pregunta que no tienes por qué hacerme?

—Quiero saber hasta dónde llega tu relación con él. Tengo derecho a saberlo.

—No, no tienes ningún derecho.

—Mantuve la boca cerrada respecto a Clerk. Ese fue mi error. No pienso cometerlo otra vez. Cuidaré de ti tanto si te gusta como si no. De modo que, si no me lo dices, se lo preguntaré a él.

—No harás tal cosa, Harper. —Ella retrocedió y le dio la espalda. El joven sabía muy bien que estaba tratando de contener un acceso de ira. Ambos tenían un temperamento explosivo, por lo que procuraban dominarse—. ¿Cuál fue la última vez que te sometí a un interrogatorio acerca de las personas con las que te relacionas o con las que tienes una amistad íntima?

—¿Cuál fue la última vez que me casé con un cazador de fortunas?

Ella se volvió, y él vio que la ira estaba ahora tan cerca de la superficie que le ardía en los ojos.

—No me tires eso a la cara. No me gusta.

—Y a mí no me gusta hacerlo. No me importa lo mucho que te enfades, pero nadie te dañará de ese modo mientras yo esté aquí para impedirlo. ¿Qué sabes de él? Desde mi punto de vista, ya está cruzando una raya al ligarse a una persona para la que trabaja.

—Eres tan remilgado sobre las cosas más insignificantes... No sé de dónde has sacado esa forma de ser. —Exhaló un largo suspiro—. Déjame que te pregunte algo. ¿Cuándo me has visto cometer dos veces el mismo error?

—No hace tanto.

—La confianza que me tienes es abrumadora. —Se quitó un guante, con el que se golpeó el muslo—. Déjame que te diga esto. Es un hombre interesante y atractivo, y me ha gustado reunirme con él un par de veces en un plano social. Tiene una intensa y afectuosa relación con su hijo y puesto que me enorgullezco de lo mismo, es un punto fuerte a su favor. Está divorciado y mantiene una

relación cordial con la madre de su hijo y su segundo marido. Eso no siempre es fácil. No ha hecho nada indecoroso, ni siquiera según tus elevados criterios.

—Son elevados cuando se trata de ti.

—Oh, Harper, no soy precisamente un dechado de virtudes.

—¿Quién quiere serlo? Lo único que deseo es que estés segura y seas feliz.

—Eso es lo que yo debería decirte a ti, cariño. —Se acercó a él, le puso las manos en las mejillas y le sacudió suavemente la cabeza de un lado a otro—. ¿Te tranquilizarás si te prometo, si te juro solemnemente, que he aprendido la lección con Bryce?

—Solo si me prometes que si te presiona y no quieres que lo haga me lo dirás. —Hay que ver qué cosas dices. De acuerdo, te lo prometo. Vamos, echemos un vistazo a estas plantas antes de que vuelva a casa.

Desde luego, el intercambio que acababa de tener con su hijo le dio a Roz mucho que pensar. ¿Cómo era posible que conociera tan bien a su primogénito y, sin embargo, le hubiera sorprendido por completo el altercado de aquella tarde?

Claro que, bien mirado, ¿a qué madre se le pasaría por la cabeza que sus hijos se preocuparan por ella? No había suficiente espacio en el cerebro ni el corazón para contemplar esa posibilidad, cuando ambos estaban tan llenos de inquietud y preocupación por el hijo.

A eso debía añadir que, por primera vez, había comprendido plenamente lo mucho que le había decepcionado cuando accedió a casarse con Bryce pese a que era previsible que la unión terminara en fracaso. Había dañado a Harper tanto como ella se había dañado, tal vez incluso más.

¿Era algo de lo que podías resarcir a tus seres queridos, o era algo que debía curarse como una herida?

Como deseaba estar tranquila, Roz fue a su habitación desde la entrada exterior y se quitó la ropa de abrigo.

Se dirigió a la sala de estar, con la intención de poner música y pasar algún tiempo haciendo bocetos, solo para relajarse. Pero vio los ordenados montones de correo sobre la mesa. Siguiendo su costumbre, David había separado la correspondencia personal (escasa últimamente, pues tanto ella como la mayoría de sus conocidos se habían pasado al correo electrónico), la de negocios y las facturas.

Convencida de que lo mejor era ocuparse de las malas noticias, se sentó y

empezó a abrir las facturas. Los impuestos de la mansión hicieron que se estremeciera un momento, pero ése era el precio por disponer de tanto espacio y que tantas personas pudieran disfrutarlo.

Sacó el talonario de cheques, prometiéndose que pronto, antes del mes siguiente, aprendería a efectuar el pago de facturas por ordenador. Por supuesto, cada mes se proponía lo mismo. Pero esta vez iba en serio. A la primera oportunidad, le pediría a Stella que le enseñara cómo hacerlo.

Pagó la electricidad, el gas, el teléfono y la factura de una tarjeta de crédito. Entonces frunció el ceño al ver el sobre de otra compañía de tarjetas de crédito. Estuvo a punto de tirarlo, suponiendo que se trataba de una oferta, pero lo abrió para cerciorarse.

Puso los ojos en blanco al ver el total que le habían cargado. Más de ocho mil dólares. ¿Ocho mil? Restaurantes, electrónica, el departamento masculino de Dillard's.

Perpleja, tomó el teléfono para informar del error. Estuvo media hora abriéndose paso a través de la enmarañada y viscosa burocracia.

Entonces telefoneó a su abogado.

Una vez la maquinaria estuvo en marcha, se reclinó en su asiento, con náuseas a causa de la sensación de opresión en el estómago. La tarjeta estaba a su nombre, con toda su información: dirección, número de la Seguridad Social e incluso el apellido de soltera de su madre. El otro usuario de la tarjeta respondía al nombre de Ashby Harper.

Inteligente, se dijo. Muy inteligente.

Él no había usado su propio nombre, y no había acumulado gastos en los lugares que solía frecuentar. Roz no tenía duda de que ya habría destruido la tarjeta. El último cargo estaba fechado tres días antes de que finalizara el plazo de facturación.

Como de costumbre, aquel cabrón de Bryce había tomado todas las precauciones.

Entonces Roz pensó que el dinero no debía de haber sido la motivación principal. No es que Bryce no estuviera dispuesto a beneficiarse de ocho mil dólares y pico, pero lo que le incitó a estafarla debió de ser el problema que le ocasionaría, la irritación y, sobre todo, el recordatorio de que él seguía allí y era capaz de perjudicarla. Y poco era lo que ella podía hacer.

Era dudoso que pudieran atribuirle los cargos de la cuenta de crédito, que pudiera demostrarse que había estafado a la compañía. Era ella quien se vería

obligada a deshacer los nudos, a invertir tiempo y dinero y pagar la minuta del abogado.

Había sido una jugada mezquina y rastrea, que casaba con él a la perfección.

Y a Harper, al pobre Harper, le preocupaba que volviera a cometer esa clase de error. Era totalmente imposible que Roz tropezara de nuevo.

A fin de tener más tiempo para calmarse, se saltó la cena y se dedicó a escribir largos y detallados correos electrónicos antes de llamar a Harper.

Una vez supo que los niños estaban acostados, pidió a Harper, David, Stella y Hayley que se reunieran con ella en el salón.

—Perdonadme —les dijo—. Sé que quizá algunos de vosotros teníais planes para esta noche. No creo que esto nos lleve mucho tiempo.

—No importa —replicó Stella—. Dinos qué ocurre.

—Ya he tomado las medidas oportunas, pero es probable que a todos os pidan que respondáis a algunas preguntas. Esta tarde, al revisar las facturas, me he encontrado con una tarjeta de crédito... una tarjeta que no tengo, y unos cargos que no he hecho. Sin embargo, la han solicitado y conseguido tras proporcionar una considerable información personal. Por supuesto, la compañía de la tarjeta de crédito lo investigará, pero me he visto obligada a informar de cuantos vivís en la casa y quería que lo supierais. No tengo duda de que Bryce ha sido el responsable. Tenía toda la información, y una cosa así es propia de él.

—No tienes que pagarlo —se apresuró a decirle Hayley—. Algo parecido sucedió una vez en la librería donde trabajaba. No tienes que pagarlo.

—No, no lo pagaré, pero me costará tiempo y energía, y me molesta... lo cual podría haber sido el motivo de que lo haya hecho. También es una molestia para vosotros, cosa que a él le encantaría saber, estoy segura. Lo lamento. —Miró a Harper—. Lo siento.

—No vuelvas a decir eso —replicó él en voz muy baja—. No quiero volver a oírte decir que lo sientes, mamá. ¿No vas a llamar a la policía?

—Es muy posible que tengan que intervenir, pero voy a deciros lo que me ha dicho mi abogado. Aunque la compañía de la tarjeta lo investigue, será muy difícil demostrar que es él quien ha usado la tarjeta de crédito. No utilizó su nombre y no hizo ningún cargo tan considerable como para que sospecharan.

Nadie recordará que entró en Dillard's y se compró unas camisas o unos zapatos. Es muy hábil en este tipo de cosas.

Tenía que levantarse, moverse, así que se acercó a la chimenea y añadió un tronco al fuego.

—Lo mejor que podemos hacer es mantenernos al margen y dejar que el asunto se solucione por sí solo. Más tarde o más temprano, y lo creo de veras, hará una de estas tres cosas: se hartará, encontrará a otra a quien hostigar o irá demasiado lejos y se ahorcará con su propia soga.

—Voto por lo último —intervino David.

—Dios te oiga —le dijo Roz, y volvió a sentarse—. He escrito a Austin y a Masón, porque quiero que tanto ellos como todos vosotros estéis en guardia. Es muy posible que Bryce decida divertirse haciéndoos lo mismo a alguno de vosotros. —Al pensar en ello, la tensión de sus hombros aumentó hasta que se sintió como si tuviera barras de hierro bajo la piel—. Y tú, Stella, debes tener mucho cuidado al examinar los cargos que hagan al negocio.

—No te preocupes, no se me escapará. Siento que debas enfrentarte a esto. ¿Hay algo que pueda hacer... que podamos hacer cualquiera de nosotros?

—Os lo haré saber, lo prometo. Bien. —Roz se puso en pie—. Eso es todo. He de subir y reanudar cierto trabajo que he interrumpido.

—No has cenado —le recordó David—. ¿Quieres que te lleve alguna cosa?

—Ahora no. Ya tomaré algo más tarde.

David permaneció donde estaba, viéndola salir.

—Hijo de perra —murmuró cuando ella no podía oírle—. Puerco hijo de perra vestido con un traje de Ferragamo de la temporada pasada.

—¿Por qué no vamos tú y yo a hacerle una visita? —propuso Harper sin moverse de su asiento. Todavía hablaba en voz baja, pero su tono encerraba una violencia contenida.

—Estupenda idea —dijo Hayley, levantándose de un salto, con los puños a los costados—. Vayamos a visitarle ahora mismo.

—Controla tu ímpetu, princesa guerrera. —David le dio unas palmaditas en el hombro—. Aunque no se me ocurre nada más divertido que romperle algunos dientes, ésa no es la respuesta.

—Oigo cuatro cuando sumas dos y dos —dijo Harper—. Creo que es la respuesta correcta.

—David tiene razón —intervino Stella—. Eso alteraría y avergonzaría a Roz más de lo que ya lo está.

—Entonces no se lo diremos. —Hayley alzó los brazos—. Pero no podemos quedarnos aquí sentados.

—Yo no estoy sentado —replicó Harper—. Tú sí.

—Espera un momento, hombre...

—Basta. —Como un árbitro, David se interpuso entre ellos—. Piensa, Harper, y no te dejes llevar por tu temperamento. Si le damos unos cuantos golpes a Clerk, aunque bien merecidos sus moratones se curarán pronto. Y tendrá la satisfacción de saber que ha conseguido afectar a Roz y la ha trastornado. Eso es lo último que ella desea, y lo sabes tan bien como yo. El arma más importante de que dispone contra él es la indiferencia. La habrá perdido cuando tenga que pagar vuestra fianza por cargos de agresión.

—Os diré otra cosa. —Stella siguió sentada, con las manos entrelazadas en el regazo—. Cuanto más importancia demos a lo ocurrido, tanto más alterada estará ella. Lo mejor que podemos hacer es pasar página, tratarlo fríamente, como los negocios. Y recordar que si para nosotros es duro hacer eso, para ella lo es mucho más.

—Lo detesto —dijo Hayley, furiosa—. Detesto que tengas razón, y ojalá la tuvieras, pero después de haber zurrado a ese tipo. Querer defenderla como tú lo haces, Harper, demuestra carácter. Y supongo que también lo demuestra saber que ése no es el camino.

Tal vez no, pero Harper no podía borrar del todo la imagen de Bryce convertido en pulpa sanguinolenta a sus pies. Probablemente no importaba que no supiera con exactitud dónde encontrar a aquel hombre. Podría averiguarlo, bastarían unas llamadas. Pero esas llamadas pondrían sobre aviso a la presa antes de que él llegara a su guarida.

Y, en el fondo, sabía que David tenía razón.

Pero no podía limitarse a permanecer en casa reconcomiéndose. Había otro asunto del que podía ocuparse y le importaba un bledo que a su madre le gustara o no.

Todavía andaba buscando pelea cuando llamó a la puerta del piso de Mitch.

Había deseado encontrar a Mitch en compañía de otra mujer. Entonces habría podido darle un puñetazo y apagar la mecha encendida de su temperamento.

Pero cuando Mitch abrió la puerta, parecía estar solo. A menos que contara el sonido que Harper reconoció como un partido de baloncesto televisado.

—Hombre, ¿cómo estás? Adelante.

—Quiero hablar contigo.

—Claro. Espera. —La atención de Mitch ya había vuelto a la enorme pantalla de televisión que dominaba una de las paredes—. Queda menos de un

minuto para la media parte. Estamos dos puntos por debajo. Maldita sea. Pierde la pelota, puñetero.

Contra su voluntad, Harper permaneció allí en pie, atrapado por la acción; incluso lanzó un grito cuando el número ocho recuperó la pelota y, girando con una especie de gracia mágica, la hizo volar hacia la cesta.

—¡Triple! ¡Eso son tres puntos! —Mitch dio un suave golpe a Harper en el brazo, como lo haría a un camarada—. Y ya suena el final del partido. ¿Quieres tomar algo?

—Bueno, una cerveza.

—No tengo ninguna, lo siento. ¿Te apetece una Coca-Cola?

—Está bien, gracias. —Se metió las manos en los bolsillos mientras Mitch iba a la cocina. Al quedarse a solas, examinó la sala y frunció el ceño al ver unas monedas que pendían de cintas rojas—. Menudo televisor —comentó cuando Mitch regresó con una lata.

—Después de mi hijo, es mi orgullo y mi alegría. Siéntate.

—Iré derecho al asunto. ¿Adónde se encamina esa relación que estás teniendo con mi madre?

Mitch se quedó sentado y miró a Harper mientras alzaba su lata de refresco.

—No puedo decírtelo, porque en gran parte depende de adonde quiera ella que se encamine. Como es evidente, puesto que no soy ciego ni sordo ni estoy muerto, la encuentro muy atractiva. Admiro lo que ha hecho con su vida y disfruto en su compañía.

—Si ese atractivo tiene que ver con su dinero o su posición, será mejor que lo dejes correr ahora mismo.

Con aparente calma, Mitch tomó el mando del televisor, pulsó el botón que quitaba el sonido y lo dejó sobre la mesa.

—Eso que has dicho es muy feo.

—Ella ha pasado por una época muy fea no hace mucho tiempo.

—Y por eso no te echo de mi casa de una patada en el culo. —Buscó por debajo del insulto y encontró un tenue asidero de paciencia—. Tu madre no necesita dinero ni posición para ser atractiva. Es una de las mujeres más bellas y fascinantes que he conocido jamás. Siento algo por ella y creo que me corresponde. Confío en que podamos explorar juntos esos sentimientos.

—Tu primer matrimonio fracasó.

—Es cierto. Fracasó por mi culpa. —Hizo girar la lata de Coca-Cola en su mano—. En la nevera no hay cerveza porque ya no bebo, y no lo he hecho desde

hace catorce años. Soy alcohólico, y destruí mi primer matrimonio. Todo esto se lo he dicho a tu madre, con más detalle del que estoy dispuesto a decírtelo a ti, porque pensé que merecía saberlo antes de que diéramos esos pasos iniciales de lo que confío que llegue a ser una relación.

—Te pido disculpas por haberte avergonzado.

—No me has avergonzado. Me has cabreado un poco.

—Pues siento haberlo hecho. Es mi madre, y no estuviste presente para poder ver cuánto sufrió. Y lo que todavía está sufriendo.

—¿Todavía? ¿Qué quieres decir?

—Esta noche ha descubierto que ese tipo ha abierto una tarjeta de crédito a su nombre... no puede demostrarlo, en fin, todavía no, pero ha sido él. Ha hecho diversas compras, así que ella tiene que tomarse la molestia de cancelarla, ocuparse de los aspectos legales... y hablarnos del asunto a los demás.

Mitch dejó el refresco a un lado y se levantó del sillón para dar vueltas por la sala. Fue el enojo, que no podía ocultar, lo que calmó a Harper.

—He pensado en ir a buscarlo y romperle la cara.

—Te sujetaré la chaqueta y luego puedes sujetar la mía.

Otro nudo en las entrañas de Harper se aflojó. Aquél era exactamente el sentimiento que él podía respetar.

—David me convenció de que no debía hacerlo. David y Stella, en realidad. Mamá lo condenaría. Es una de esas acciones que le parecería... indecorosa. Y daría lugar a chismorreos. Así que había venido aquí a darte unos mamporros en vez de dárselos a él. Para quitarme de encima algo de la rabia.

—¿Misión cumplida?

—Eso parece.

—Menos mal. —Mitch se pasó ambas manos por el cabello—. ¿Está ella bien? ¿Cómo lo está llevando?

—Como lo lleva todo. Enfrentándose a ello directamente, dando los pasos necesarios. Hace lo que debe. Pero está muy inquieta. Preocupada de que ese tipo me haga una jugada similar, o se la haga a mis hermanos. Y también avergonzada —añadió—. Es una de esas cosas que la avergüenzan.

Mitch adoptó una expresión sombría.

—Él sabía que ella sentiría todo eso, ¿no es cierto? De ahí obtendrá su satisfacción, no tanto de lo que haya gastado con la tarjeta falsificada.

—Sí, tienes razón. Quiero que sepas que si le haces cualquier daño, te lo haré pagar. Me parece justo decírtelo francamente.

—De acuerdo. —Mitch volvió al sillón y se sentó—. Déjame decirte esto para que nos entendamos. Tengo cuarenta y ocho años. Me gano bien la vida. Nada espectacular, pero me va bien. Me gusta mi trabajo, soy diestro en lo que hago y tengo la suerte de que eso paga mis facturas y me da lo suficiente para vivir cómodamente. —Como si se le acabara de ocurrir, Mitch empujó la bolsa de patatas fritas que estaba abierta sobre la mesa en dirección a Harper—. Mi ex mujer y su marido son buenas personas, y entre nosotros... sin mucha ayuda por mi parte durante los seis primeros años, hemos criado a un muchacho fabuloso. Estoy orgulloso de eso. He tenido dos relaciones serias desde mi divorcio, y unas cuantas que no fueron tan serias. Estoy interesado por tu madre, respeto lo que ha hecho y no tengo la menor intención de causarle ningún daño ni infelicidad. Si lo hago, tengo la sensación de que ella me las hará pagar antes de que puedas adelantarte. —Hizo una pausa y tomó un trago—. ¿Hay algo más que quieras saber?

—En este momento una sola cosa. —Harper tomó la bolsa de patatas fritas y metió en ella la mano—. ¿Puedo quedarme a ver el resto del partido?

11

Con las manos en las caderas, Roz contempló la recién organizada zona de preparación de tierra para macetas. Habían sido necesarios dos días completos, aprovechando intervalos entre distintas tareas, y la supervisión de la minuciosa Stella, para completar las instalaciones.

Roz había calculado hacerlo en la mitad de ese tiempo, pero, de haberlo hecho a su manera, no habría sido, ni mucho menos, un espacio de trabajo tan práctico. Allí estaban los sacos de tierra que ella ya había mezclado, las mesas de trabajo, el almacén de bolsas, la balanza, las palas, los selladores de sacos y las herramientas.

Todo estaba ordenado con la eficacia de una cadena de montaje.

La inversión había sido relativamente pequeña. Lo cual satisfacía a Stella, tan interesada por el beneficio como por la precisión. Con el sencillo diseño de las bolsas, una comercialización inteligente y lo que ella sabía que era un excelente producto, Roz confiaba que el negocio les iría muy bien.

Estaba muy animada cuando se volvió para saludar a Harper, que acababa de salir del cobertizo de trabajo.

—¿Qué opinas de nuestra nueva empresa?

Extendió los brazos y, riéndose, asió una bolsa de dos kilos y medio que ya había llenado y sellado, y se la lanzó.

—Tiene buen aspecto —respondió él, dando la vuelta a la bolsa—. Nada de florituras. Dice que es buena tierra. Parece un producto de una de esas boutiques de alta jardinería.

—Exactamente, e inicialmente mantendremos el precio bajo, para que se venda bien. Las bolsas contienen un exceso de sesenta gramos, a fin de disponer de un margen de seguridad. He pensado encargar a Ruby de la tarea, por lo menos para empezar. Quizá pregunte a Steve si le interesa un trabajo a tiempo parcial. No será una labor intensiva ni requerirá demasiado tiempo.

—Es un negocio inteligente, mamá —replicó Harper, y dejó la bolsa—. Tienes habilidad para estas cosas.

—Me gusta creerlo así. ¿Todavía estamos enfadados?

—No, pero podríamos volver a estarlo cuando te haya dicho que fui a Memphis a ver a Mitch Carnegie.

Ella se puso pálida. Su tono era frío cuando le habló.

—¿Por qué hiciste eso, Harper?

—En primer lugar, estaba cabreado. En segundo lugar, David y Stella me convencieron de que no fuera en busca de Clerk para partirle la cara. En tercer lugar, quería escuchar personalmente lo que Mitch tenía que decir sobre lo que hay entre vosotros dos.

—Comprendo perfectamente lo primero. Aprecio lo segundo, en diversos aspectos, pero no logro comprender por qué habrías de interrogar a un hombre con el que salgo. Es una grosería imperdonable y una intromisión. Yo no voy por ahí fisgando acerca de las mujeres con las que decides salir.

—No fisgaba, y nunca he decidido salir con una mujer que me robara o se entrometiera en mi vida o mancillara mi reputación.

—Todavía eres joven —replicó ella sin abandonar su tono gélido—. ¿Crees acaso que soy la única mujer lo bastante necia para liarse con un gilipollas?

—No, no creo tal cosa. Pero las demás mujeres no me preocupan demasiado. Tú eres mi única madre.

—Eso no te da derecho a...

—Te quiero.

—No utilices esa arma contra mí.

—No puedo evitarlo. Es todo lo que tengo.

Ella se llevó los dedos al centro de la frente y restregó con fuerza.

—Sería una ayuda si añadieras un poco de confianza y de respeto a ese cariño, Harper.

—Tengo toda la confianza y el respeto del mundo por ti, mamá. Pero no estoy tan seguro de los hombres. Aunque, si te sirve de ayuda, anoche adquirí mucha confianza y respeto por Mitch. Casi podría ser suficientemente digno para cortejar a mi madre.

—No me está cortejando, por Dios. ¿De dónde has sacado esa clase de...? Hemos ido a un partido de baloncesto universitario y a cenar.

—Creo que está colado por ti.

Ella lo miró fijamente, y esta vez se llevó ambas manos a los lados de la

cabeza.

—La cabeza me da vueltas.

Harper se le acercó, la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí.

—No podía soportar la idea de que volvieran a hacerte daño.

—Bryce solo hirió mi orgullo.

—Ésa es una herida mortal para nosotros los Harper. E hizo algo más que eso. Pero no creo que Mitch haga lo mismo, por lo menos adrede.

—Entonces, ¿lo apruebas?

Él sonrió cuando ella alzó la cabeza para mirarlo.

—Ésa es una pregunta con trampa, y mi madre no ha criado a unos idiotas. Si te digo que sí, te me echarás encima para recordarme que no necesitas mi aprobación. Así que me limitaré a decir que me gusta mucho.

—Eres escurridizo, Harper Ashby. Te diré lo que vamos a hacer. —Le dio unas palmadas en la espalda y se apartó de él—. Puedes echarme una mano aquí durante algún tiempo. Quiero preparar veinte bolsas de cada categoría de peso.

—¿No querías que Ruby hiciera eso?

—He cambiado de idea. Hacer un trabajo monótono y sin complicaciones debería darte tiempo para que reflexiones en lo erróneo de tus actitudes.

—Vaya, no sé quién es más escurridizo.

—El día que me demuestres que eres más listo que yo, hijo mío, empezaré a pensar en mudarme a una residencia de ancianos. Manos a la obra.

Después del trabajo, fue directamente a casa y subió la escalera para ir a lavarse. Fatigada, examinó el correo que estaba sobre su mesa y miró las facturas. No podría decir que se sintiera aliviada cuando no encontró nada. Era como si esperase la caída del otro zapato.

Padeció un acoso similar poco después del divorcio, seguido por un agradable período de paz. Ella suponía que, durante ese tiempo, él manipulaba a otra mujer y estaba demasiado ocupado para perder el tiempo haciendo malas pasadas a su ex esposa.

Ella se enfrentó a los manejos de Bryce en aquella ocasión y le derrotó, y ahora haría lo mismo.

Mientras se vestía, sonó el teléfono. Al tercer timbrado, supuso que David no podía atender la llamada y respondió ella misma.

—Buenas noches. ¿Podría hablar con Rosalind Harper?

—Soy yo.

—Me llamo Derek, de la galería Carrington de Nueva York. La llamo para confirmarle que mañana le enviaremos el Vergano.

—No creo que sea una buena idea, Derek, ¿verdad? No he pedido nada a su galería.

—El Cristina Vergano, señora Harper. Su representante habló personalmente conmigo la semana pasada.

—No tengo ningún representante.

—Estoy muy confuso, señora Harper. El importe ya ha sido cargado a su cuenta. Su representante nos dijo que estaba usted muy entusiasmada con el cuadro y deseaba que se lo enviáramos antes de que hubiera finalizado la exposición. Teníamos un considerable interés por esta obra, pero como ya estaba vendida...

Ella se restregó la nuca, donde se había instalado la tensión.

—Me parece que tenemos un problema, Derek. Déjeme que le dé algunas malas noticias.

Roz le contó brevemente lo que sucedía y dejó de dar vueltas mientras hablaba, al tiempo que empezaba a notar un nuevo dolor de cabeza. Anotó el número de la tarjeta de crédito y la compañía.

—Esto es muy desconcertante.

—Sí —convino ella—. Lo es, ciertamente, y lamento las molestias causadas a usted y su galería. ¿Le importaría, por curiosidad, decirme el título de la pintura?

—Vergano es una artista muy poderosa y dinámica. Este óleo, enmarcado por la misma autora, es de su colección de zorras. Se titula La zorra asombrosa.

—Naturalmente —replicó Roz.

Siguió los pasos habituales, llamó a la compañía de tarjetas de crédito y a su abogado, y entonces redactó para ambos el informe sobre el incidente.

Se tomó una aspirina antes de bajar a la cocina y servirse una copa de vino.

La nota de David estaba apoyada en la encimera.

Tengo una cita importante. Una lasaña excepcional se mantiene caliente en el horno. Hayley y el bebé han ido a casa de Logan con Stella y los chicos. Van a entretenerse allí pintando. La lasaña es más que suficiente para dos. El apuesto doctor está en la biblioteca. Calienta el

pan, prepara la ensalada (en la nevera) y ya está. *Buon appetito!*

DAVID

P.D. Hay discos apropiados en el lector de compactos. Ahora, por favor, sube y ponte esos zapatos de Jimmy Choo.

—Bueno... —Observó que David había depositado en la mesa de la cocina platos de fiesta, gruesas velas, una botella de San Pellegrino y copas de un verde pálido. Y eso explicaba el motivo de que una botella de buen tinto italiano estuviera abierta sobre el mármol de la cocina—. La lasaña está bien —dijo en voz alta—, pero no voy a ponerme esos zapatos para comerla.

Satisfecha y cómoda con los gruesos calcetines grises que solía ponerse cuando estaba en casa, se dirigió hacia la biblioteca.

Él estaba sentado a la mesa, con las gafas puestas y una sudadera de los Tigers de Memphis. Movía con rapidez los dedos por el teclado de su ordenador portátil. Sobre la mesa había una botella grande de agua, que sin duda David había dejado allí. Debía de haber insistido para que Mitch alternase el agua con su habitual café.

Su aspecto era... atractivo de la variante intelectual, se dijo Roz, con las gafas y su cabello castaño espeso y desordenado. Los ojos, detrás de las gafas, eran notables; no solo por su color, tan intenso y peculiar, sino por la franqueza de su mirada. Un poco vehementes, con una vehemencia desconcertante, y ella debía admitir que eso le resultaba excitante.

Mientras ella lo miraba, él hizo una pausa para pasarse los dedos de una mano por el pelo, y masculló algo para sí mismo.

Era interesante oírlo hacer aquello, puesto que a veces ella se sorprendía a sí misma haciéndolo.

También era interesante notar aquel largo y lento tirón en su vientre y la leve danza de la lujuria en su espina dorsal. ¿No era bueno saber que aquellas descargas instintivas aún conservaban su fuerza? ¿Y no tenía ella curiosidad por ver qué ocurriría si se arriesgaba y encendía la mecha?

Mientras pensaba en eso, algunos libros salieron volando del estante, se golpearon entre sí, chocaron contra las paredes y cayeron al suelo. En la

chimenea las llamas adquirieron un rojo intenso, mientras el aire se tornaba frío.

—Dios mío.

Mitch se apartó de la mesa con tanta rapidez que el sillón cayó al suelo. Logró esquivar un libro y parar otro. Roz avanzó velozmente, y todo se detuvo.

—¿Has visto eso? ¿Lo has visto? —Mitch se agachó, recogió un libro y lo dejó sobre la mesa. Ella observó que no era temor lo que había en su voz, sino fascinación—. Es como hielo.

—Una de sus pataletas —dijo Roz. Recogió un libro, y el frío casi le dejó los dedos ateridos.

—Son impresionantes. Estoy trabajando aquí más o menos desde las tres. —Sonriendo como un muchacho, consultó su reloj—. Casi cuatro horas. Todo ha estado tan tranquilo y silencioso como, y perdona la expresión, una tumba. Hasta ahora.

—Supongo que yo la he encolerizado, porque estaba a punto de preguntarte si te apetecería cenar. David ha dejado la cena preparada.

Juntos se pusieron a recoger los libros restantes.

—Es indudable que no le gusta que estemos juntos.

—Eso parece.

Mitch colocó el último libro en el estante.

—Bueno... ¿qué hay para cenar?

Ella le miró, sonriente. Y en aquel momento comprendió que, dejando aparte el deseo sexual, no había nada en él que no le gustara.

—Lasaña, que según David es excepcional. Como la he probado otras veces, puedo asegurar que no miente.

—Estupendo. Dios mío, qué bien hueles. Perdona —añadió cuando ella alzó las cejas—. Estaba pensando en voz alta. Escucha, he podido eliminar algunos nombres más, y he transcrito las entrevistas que he hecho hasta ahora. Aquí tengo un dossier para ti.

—De acuerdo.

—Ahora seguiré la pista de algunos descendientes del personal, y de lo que llamaremos las ramas externas del árbol familiar. Pero creo que la pariente viva de más edad es tu prima Clarise... y por suerte vive en la zona. Me gustaría hablar con ella.

—Pues te deseo buena suerte.

—Está cerca, en el...

—En el Centro Riverbank. Sí, lo sé.

—Esta mujer me aproxima toda una generación a Amelia. Creo que sería más sencillo abordarla si tú hablaras primero con ella.

—Verás, es que mi prima Claris y yo no nos hablamos ni tenemos ninguna relación.

—Sé que me dijiste que había cierto distanciamiento, pero ¿no le interesaría lo que estoy haciendo?

—Es posible, pero no puedo asegurarte que respondiera a mi llamada si lo hiciera.

—Mira, comprendo las querellas familiares, pero en este caso...

—No comprendes a Clarise Harper. Abandonó su apellido hace años, y decidió que su apellido legal sería el que para ella era su segundo nombre. Tan apegada está al apellido Harper. Nunca se casó. Imagino que nunca encontró a nadie lo bastante blando o estúpido para cargar con ella.

Con el ceño fruncido, Mitch apoyó una cadera en la mesa.

—¿Es esta tu manera de decirme que no quieres que me ponga en contacto con ella porque...?

—Te contraté para que hicieras un trabajo, y no pretendo decirte cómo debes hacerlo, así que no te irrites. Te digo que esa mujer ha decidido desterrarnos a mí y a los míos de su entorno, algo que realmente me tiene sin cuidado. Lo único bueno que puedo decir de ella es que, cuando decide hacer algo, lo persigue hasta el final.

—Pero no tienes nada que objetar a que hable con ella y la involucre en esto.

—No. Lo mejor que puedes hacer es escribirle, de un modo muy formal, presentarte, sin olvidar decirle que eres doctor e incluir cualesquiera otras credenciales impresionantes que puedas tener a mano. Si le dices que te propones escribir una historia de la familia Harper e insistes en lo honrado que te sentirías si pudieras entrevistarla, es posible que acepte.

—Ésta es la mujer a la que echaste de casa, ¿no es cierto?

—Podría considerarse así, pero no recuerdo habértelo dicho.

—Hablo con la gente. Pero no es la que echaste de casa blandiendo una cortadora de césped normal, ¿verdad?

Un regocijo muy sutil apareció en la cara de Roz.

—Así que hablas con la gente.

—Es parte del trabajo.

—Supongo que sí. No, no la eché de casa amenazándola con una cortadora. Eché a los jardineros. Y no fue con una cortadora, sino con un rastrillo en forma

de abanico, que difícilmente puede hacer mucho daño. Si no hubiera estado tan furiosa y hubiese podido pensar más claramente, habría cogido la podadora que aquellos idiotas habían usado en mis mimosas. Por lo menos con la podadora podría haberles dado una buena punzada en el culo mientras ponían pies en polvorosa.

—Podadora... una especie de tijeras muy grandes, ¿no?

—Sí, eso es.

—Uf. Volvamos a tu prima. ¿Por qué le diste el pasaporte?

—Porque años atrás cuando la invité, cosa que lamentaré siempre, a una barbacoa, llamó a mis hijos escandalosos niños mimados y dijo, ella que no tiene hijos, que si hubiera sido una madre como es debido les habría dado unos azotes con regularidad. Llamó a Harper embustero redomado, porque estaba distraendo a sus primos pequeños con anécdotas de la Novia, y le ordenó que cerrara la boca.

Él ladeó la cabeza.

—Y a pesar de todo eso, salió con vida.

El furor había coloreado las mejillas de Roz, pero el comentario de Mitch hizo que una leve sonrisa le curvara los labios.

—Ya estaba hasta las narices, porque continuamente criticaba mi forma de criar a mis hijos, de llevar la casa, mi estilo de vida y, en ocasiones, mi moral. Pero en mi casa nadie ataca a mis hijos. Pensé en el asesinato, pero, conociendo a mi presa, tuve la certeza de que desterrarla de la mansión Harper sería un castigo más doloroso.

—Como creo que he dicho en otra ocasión, eres inflexible, cosa que me gusta.

—Menos mal, porque eso no va a cambiar a estas alturas. En cualquier caso, cuando salía por la puerta maldijo mi nombre y afirmó que el día que la mansión Harper cayó en mis codiciosas e incompetentes manos fue un día negro.

—Parece encantadora. Le escribiré mañana.

—No le digas que trabajas para mí.

—No le será difícil descubrirlo.

—Es cierto, pero cuanto menos le hables de mí, tanto mejor. ¿Se te ha ocurrido algo más?

—Aparte de preguntarme cómo te las arreglas para trabajar durante todo el día y seguir teniendo este asombroso aspecto, nada más. Nada que acuda a mi mente, por lo menos.

Ella aguardó un momento y asintió.

—No vas a mencionarlo.

—¿A qué te refieres?

—A la visita que mi hijo te hizo anoche.

—Oh. —Como ella lo miraba a la cara, reparó en la expresión de sorpresa que apareció en ella antes de que cogiera las gafas que se había quitado y se pusiera a limpiarlas con la sudadera—. ¿Te lo ha dicho él?

—Sí. Estaba enfadado, así que actuó de un modo irreflexivo.

—Como empuñar un rastrillo en vez de una podadora.

Ella se echó a reír.

—Algo por el estilo. Los dos tenemos un carácter horrible, y por eso hacemos un gran esfuerzo para no perder los estribos entre nosotros. No siempre sale bien. Quisiera pedirte disculpas por su conducta.

—No puedo aceptarlas.

Los ojos de Roz mostraban aflicción, algo que él casi nunca le había visto.

—Sé que se propasó, Mitch, pero es joven y...

—Me has entendido mal. No puedo aceptar disculpas cuando no hay ninguna necesidad de darlas. Por parte de ninguno de los dos. Él solo quería defenderte.

—Ni necesito ni quiero que me defiendan.

—Tal vez no, pero eso no le impedirá intentarlo a quien bien te quiere. Hablamos, nos comprendimos mutuamente, y eso fue todo.

—Y no vas a darme más explicaciones.

—Fue entre él y yo.

—Los hombres tenéis vuestros códigos de honor.

—Tampoco tú ibas a contarme ese último acoso.

Por un instante, ella pensó en la llamada telefónica desde Nueva York, pero prefirió no hablarle de eso.

—No hay nada que decir. Me estoy ocupando de ello.

—¿Qué ha ocurrido desde anoche? Eres hábil, así que debo de haberte cogido desprevenida. ¿Qué más pasó?

—Solo una molestia sin importancia. O, más exactamente, no dejaré que sea importante. Si lo hiciera, me convertiría en la víctima y él ganaría. No seré su víctima. Eso es algo que jamás me he permitido ser y no voy a empezar ahora.

—Decírmelo, eliminar parte de la angustia, tampoco te convierte en una víctima.

—No estoy acostumbrada a airear mis problemas. No me siento cómoda si lo

hago. Pero te agradezco el ofrecimiento.

Él le tomó la mano y la retuvo.

—Considérala una oferta abierta: puedes recurrir a mí cuando te parezca. En cuanto a mi siguiente oferta, la semana que viene estrenan *Chicago* en el Orpheum. Ven conmigo y cenaremos al salir.

—Es posible que lo haga. ¿Me estás cortejando, Mitchell?

Él deslizó el pulgar por su mano, arriba y abajo.

—Me gusta pensar que te estoy galanteando, Rosalind.

—Galantear es una bonita palabra. Has tenido cuidado de no presionarme y llevar ese galanteo a la intimidad.

—Si te presionara, no sería galanteo ni intimidad. Por otro lado, supongo que me mandarías a paseo si lo hiciera.

Ella tenía el semblante risueño.

—Muy astuto. Creo que eres un hombre inteligente.

—Sé que soy un hombre perdidamente enamorado.

—Otra bonita expresión.

—Deberé tener cuidado con las palabras bonitas. Desconfías de ellas.

—Sí, un hombre inteligente. Bien. —Podía elegir, y lo hizo—. Ven arriba.

Por segunda vez aquella noche, ella vio la sorpresa reflejada en el rostro de Mitch.

—¿Sería un asunto serio?

—Lo sería. Un asunto muy serio.

—Entonces me encantaría.

Roz le condujo fuera de la sala y por el pasillo.

—Esta noche me han dejado sola en casa. Así que estamos tú y yo, nada más. Bueno, y ella. —Lo miró mientras subían la escalera—. ¿Te molestará eso?

—El caso es que podría estar mirando. —Aspiró hondo—. Supongo que lo descubriremos. ¿Has...? —Se interrumpió y sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—No, eso vamos a reservarlo.

—De acuerdo. Espero que no te importe posponer un poco la cena.

Mitch se volvió hacia ella y, asiéndole los brazos, la colocó contra la pared y la besó en los labios.

El beso empezó tibio y suave, y se fue volviendo ardiente y exigente. Ella tembló una sola vez, un temblor de expectativa que se expandió por su cuerpo y le recordó qué era estar al borde del abandono.

Él alzó la cabeza y la ladeó.

—¿Qué decías?

Su actitud hizo reír a Roz, y se sintió cómoda. Tomándole de la mano, le hizo entrar en su dormitorio y cerró la puerta.

Mitch se detuvo un momento a examinar la habitación con su bonita y antigua cama con dosel y las altas cortinas descorridas para que penetrara la luz.

—Esta habitación se te parece —le dijo, mientras contemplaba las paredes de un verde plateado, los muebles antiguos, las pulcras colgaduras y los detalles elegantes—. Hermosa y con clase, una sencilla elegancia que refleja una finura y un sentido del estilo innatos.

—Si me dices esas cosas, lamentaré no haberme arreglado un poco.

Él la miró, observó el suéter informal y los cómodos pantalones.

—Eres perfecta.

—Perfecta o no, soy lo que soy. Creo que sería agradable encender la chimenea.

Dio un paso adelante, pero él la retuvo poniéndole una mano en el brazo.

—Yo lo haré. Desde aquí tienes una vista de la parte trasera del jardín —comentó mientras se acuclillaba ante la chimenea.

Una fría ráfaga de viento abrió las puertas de la terraza.

—Sí, una buena vista. —Tranquilamente, Roz se acercó a las puertas y las cerró—. Algunas mañanas, cuando tengo tiempo, me gusta tomar café en la terraza.

Mitch encendió la broza, y habló en un tono tan sereno como el de ella.

—No se me ocurre mejor forma de empezar el día.

Ella se encaminó a la cama para retirar el edredón.

—O terminarlo. A menudo me tomo una última copa de vino o una taza de café ahí fuera antes de irme a la cama. Eso me ayuda a limar las aristas de la jornada.

Roz tendió la mano y apagó la luz.

—¿Por qué no la dejas encendida?

Ella meneó la cabeza.

—La luz del fuego basta la primera vez. Es más halagadora, y soy lo bastante presumida para preferirlo así.

Permaneció inmóvil donde estaba, y aguardó a que él se le acercara. Cuando Mitch le puso las manos en los hombros, la puerta de la habitación se abrió de repente y se cerró con la misma brusquedad.

—Me temo que tendremos que aguantar más demostraciones similares — comentó ella.

—No me importa. —Deslizó las manos por su rostro—. No me importa — repitió, y le cubrió los labios con los suyos.

A Roz se le aceleró el pulso. La sangre le golpeaba en las venas con una fuerza deliciosa, la clase de fuerza que despertaba en un instante a todo el organismo y lo dejaba trémulo y anhelante. Reaccionó alzando los brazos para rodearle el cuello y cambió el ángulo de la boca de modo que el beso fuese más profundo.

Los relojes empezaron a sonar de un modo alocado. Roz presionó su cuerpo contra el de Mitch, tanto porque lo necesitaba como en actitud de desafío.

—Si quieres tocarme —murmuró contra la boca de Mitch—, deseo que lo hagas, quiero sentir tus manos en mi cuerpo.

Él la tendió en la cama y se colocó encima. Su peso hizo suspirar a Roz: era el peso de un hombre, y lo que ello significaba. Entonces él la tocó y ella gimió.

Mitch notaba el calor que emanaba de ella. Había sabido que estaría allí, por debajo de aquel barniz fascinante y frío. La piel de Roz era como terciopelo, un cálido terciopelo en los costados, el torso, la encantadora curva de los senos.

Era esbelta pero no delicada, tenía un cuerpo duro y disciplinado. Como su mente, pensó él. E igual de atractivo.

Ella sabía a fruta madura y prohibida y olía a jardines en la medianoche.

Introdujo las manos bajo la camisa de Mitch y las deslizó por su espalda. Unas manos duras, fuertes, que formaban un excitante contraste con el cuerpo esbelto y la piel satinada.

Le sacó la camisa por encima de la cabeza y se irguió lo suficiente para tocar con los dientes el hombro desnudo; la intensa sensación se transmitió de inmediato a las entrañas de Mitch.

La puerta de la terraza se abrió una vez más, y el viento penetró para azotarlos. Él se limitó a extender la mano para subir el edredón, bajo el que se cubrió con ella.

Roz se rio, y buscó su boca en la oscuridad bajo la ropa de cama.

Mientras la saboreaba, mientras se daba un festín de ella, tiró de su suéter y se lo quitó.

—Si tienes frío, dímelo.

—No, eso es imposible.

Ardía en su interior, y solo quería más. Quería que sus manos la acariciaran

más, que su boca la besara más. Se arqueó hacia él, exigente, jubilosa cuando aquellas manos y aquella boca se concentraron en sus pechos. Se estremecía de placer, con la dicha de entregar su cuerpo, de concederle aquello a lo que tenía derecho.

Giraron juntos, cada uno liberando al otro de la ropa; sus desnudeces se volvieron resbaladizas cuando la piel empezó a estar húmeda de calor y pasión.

Se deshicieron de las mantas, y la luz de las llamas danzó sobre sus cuerpos. Si en algún lugar recóndito de su cerebro ella oía llorar a alguien, lo único que notaba era aquel aumento constante de la excitación. Solo podía verlo a él, al resplandor del fuego, alzándose sobre ella.

Se irguió a su encuentro, se abrió para recibirle. Y exhaló largos suspiros cuando él se deslizó en su interior.

Él la miraba ahora como ella lo miraba, miradas y cuerpos entrelazados. Entonces el movimiento se hizo lento, intensamente concentrado mientras la respiración de Roz se volvía breve e irregular y un oscuro y profundo placer la inundaba, la arrebatava.

Mitch la vio llegar a la culminación, contempló el arco de su garganta, sus ojos velados, la notó arqueada bajo su propio cuerpo al tiempo que se apretaba contra él. Se esforzó por aguantar un poco más, un solo momento más mientras ella temblaba bajo él, mientras su respiración se detenía y reanudaba; entonces emitió un gemido largo y bajo, y su cuerpo se relajó y quedó flácido tras su rendición al placer. Él la besó, un último y desesperado beso antes de lanzarse adelante y vaciarse.

Las puertas estaban cerradas como debían estarlo. Los rescoldos crepitaban en la chimenea. La casa estaba tranquila, silenciosa y cálida.

Roz estaba acurrucada con Mitch en el centro de la cama, feliz y satisfecha. Con muy poco esfuerzo, podría haber vuelto a dormirse.

—Parece que se ha dado por vencida —comentó él.

—Sí, por lo menos de momento.

—Tenías razón respecto al fuego. Es grato, muy grato. —Entonces él se giró de modo que ella volvió a estar bajo su cuerpo y pudo mirarla a la cara—. Estar contigo —añadió, y entonces sacudió la cabeza y le tocó los labios con los suyos—. Estar contigo.

—Sí. —Sonriente, ella le pasó los dedos por el cabello—. Eso también es

muy grato. No he querido estar con nadie en mucho tiempo. ¿Sabes? Tienes buenos brazos para ser un intelectual. —Le apretó los bíceps—. Me gustan los buenos brazos. No me gusta pensar que soy superficial, pero debo decir que es un placer estar desnuda con un hombre que se mantiene en forma.

—Cámbialo por una mujer y puedo decir lo mismo. La primera vez que te vi, me quedé allí, mirándote mientras te alejabas. Tienes un culo espléndido, señora Harper.

—Resulta que sí. —Riéndose, dio una palmada al trasero de Mitch—. Será mejor que nos vistamos y bajemos antes de que todos empiecen a volver a casa.

—Fueron tus ojos los que me pescaron... se clavaron en mi como un anzuelo.

—¿Mis ojos?

—Oh, sí. Pensé que tal vez era porque tienen el color de un whisky bien envejecido, y me encantaba el buen whisky. Pero no se trata de eso. Es la franqueza con que me miran. Directamente, sin temor y un tanto regios.

—Por favor...

—Oh, sí, son los ojos de la señora de la mansión, y no sé por qué son tan atractivos. Deberían ser irritantes, o por lo menos intimidatorios. Para mí, sin embargo, son... estimulantes.

—En ese caso, tendré que empezar a ponerme gafas, para que no te acalores en momentos inapropiados.

—No servirá de nada. —Le dio un ligero beso, cambió de postura y le tomó la mano—. Esto ha sido importante. No hay nadie más.

A Roz le tembló un poco el corazón; se sintió joven y un poco alocada.

—Sí, esto ha sido importante. No hay nadie más.

—Un asunto serio —dijo él, y se llevó su mano a los labios—. Voy a empezar a desearte de nuevo, y muy pronto.

Ella le apretó la mano.

—Tendremos que ver qué podemos hacer al respecto.

12

Siguiendo el aroma del café y el ruido, Roz entró en la cocina. La deprimente lluvia gris le había impedido salir a correr, por lo que canalizó la energía completando el equivalente de cinco kilómetros en la cinta andadora. Era una alternativa que solía matarla de aburrimiento, pero aquel día lo hizo canturreando las tonadillas comerciales en las pausas del programa televisivo Hoy.

En la cocina, la pequeña estaba sentada en su sillita alta; golpeaba la bandeja con el entusiasmo de un batería de heavy metal, y los hijos de Stella gimoteaban ante sus cuencos de cereales.

—Sí —dijo Stella, en un tono de madre frustrada—. Los dos tenéis que ponerlos impermeables, porque soy mala y mandona y quiero que lo paséis mal.

—Odiamos los impermeables —replicó Gavin.

—¿De veras? No es eso lo que dijisteis cuando me pedíais por favor que os los comprara.

—Eso era antes.

Tal vez solidarizándose con ellos o quizá por pura diversión, Lily dejó de golpear con el sonajero de goma y lo tiró, junto con una mordisqueada tostada. Parker, que tenía ojos de águila, cogió el pan antes de que cayera al suelo, y el sonajero aterrizó con un sonoro «plop» en el cuenco de cereales de Luke.

La leche se derramó por el borde del cuenco, e hizo que Lily gritara encantada. En una reacción en cadena, Parker lanzó una andanada de chillidos ensordecedores y dio unas volteretas caninas, mientras Gavin se doblaba por la cintura, riéndose a mandíbula batiente.

Stella era rápida, pero por una vez Luke había sido más rápido que ella y había sacado el sonajero del cuenco para arrojarlo, goteando, al regazo de su hermano.

—¡Por el amor de Dios! —Stella tomó una servilleta con una mano y alzó la otra para detener la represalia de Gavin—. No pienses ni siquiera en eso.

—Lo siento, lo siento. —Hayley recogió el cuenco y más servilletas, mientras los chicos se empujaban mutuamente.

Como un momento de calma en la tormenta, David se acercó con un trapo húmedo.

—Lo limpiaremos. Alborotadora —le dijo a Lily, que le respondió con una enorme sonrisa al tiempo que las migas se desprendían de su boca.

Roz examinó el caos y se limitó a sonreír.

—Buenos días —dijo, y entró en la cocina.

Las cabezas se volvieron hacia ella.

—Hola, Roz —la saludó Stella, mirándola fijamente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ya que vivo aquí, he pensado en venir a tomar una taza de café. —Se inclinó para besar a Lily en la cabeza—. Hola, chicos. La chiquita tiene muy buena puntería, ¿no es cierto? Ha dado justo en el blanco.

La idea era tan intrigante que los chicos dejaron de pelearse.

—¡Hazlo otra vez, Lily! —Luke tiró de la manga de su madre—. Dáselo, mamá, para que pueda volver a hacerlo.

—Ahora no. Tenéis que terminar o vais a llegar tarde a la escuela.

Consultó su reloj y vio que pasaban de las ocho. Pensó que Roz solía salir de casa una hora antes.

—Ahora los cereales tienen saliva de bebé —se quejó Luke.

—Puedes comer un bollo.

—Entonces quiero un bollo. —Gavin empujó su cuenco a un lado—. Si él puede comer un bollo, yo también.

—Está bien, está bien.

—Iré a buscarlos. —Hayley le hizo un gesto a Stella para que no se moviera—. Es lo menos que puedo hacer.

—Hum, qué bien huelen, ¿verdad? —Roz husmeó el cuenco lleno de bollos de manzana frescos. Tomó uno y se apoyó en la encimera, con la taza de café en una mano y el bollo en la otra—. No puede haber una manera mejor de empezar el día. Y mirad cómo llueve. No hay nada como un buen chaparrón que dure todo el día.

Después de que Hayley hubiera repartido los bollos, se inclinó para decirle a Stella al oído:

—Alguien ha cargado las pilas.

Stella se esforzó por contener la risa.

—Saldremos dentro de un minuto.

—No hay prisa —dijo Roz, y dio un bocado al bollo.

—Normalmente ya te has ido o estás terminando de desayunar antes de la invasión.

—Hoy he dormido un poco más.

—Eso explica la noticia que he oído esta mañana acerca de que el infierno se estaba congelando. —David no se molestó en ocultar la sonrisa mientras se acercaba con la cafetera para llenar de nuevo la taza de Roz.

—Estás muy descarado esta mañana.

—No soy el único que está distinto. ¿Qué tal... la lasaña?

—Muy buena. —Roz le dirigió una mirada inexpresiva por encima del borde de la taza, y se preguntó si podía leerse en su cara: «He hecho el amor recientemente».

—Deberías comerla más a menudo. Le da un tono rosado a tu cutis.

—Lo tendré en cuenta.

—A mí también me iría bien un buen plato de lasaña caliente —comentó Hayley—. Bueno, cariño, vamos a limpiarte. —Alzó a Lily de la sillita alta.

—Vosotros subid y coged vuestras cosas... incluidos los impermeables —ordenó Stella a los chicos—. Es casi hora de salir. —Pero se quedó allí un poco más—. ¿Quieres que te lleve en el coche? —le preguntó a Roz.

—Sí, claro.

Stella aguardó hasta que empezaron a bajar por el sendero. Según sus cálculos, el desvío para dejar a Lily en casa de la canguro estaba a ochocientos metros, lo que les daría suficiente tiempo.

—Anoche avanzamos mucho con la pintura. Será muy agradable tener el comedor a punto cuando nos casemos. Me encantaría organizar una cena cuando estemos instalados. David y todos nosotros, Harper, mis padres... Ah, y Mitch, por supuesto.

—Sí, estaría muy bien.

—Se pasa tanto tiempo aquí... Mitch, quiero decir... que es como si fuera de la familia. —Roz se limitó a emitir un evasivo «hummm» y, al mirar por el retrovisor, Stella vio que Hayley le hacía señales con la mano para que insistiera

—. De modo que... ¿anoche trabajaste con Mitch en el proyecto, o solo aprovechasteis la quietud de la casa para relajaros?

—Escucha, Stella, ¿por qué no me preguntas si hice el amor con él en vez de andarte por las ramas? Nada me irrita más que ver a alguien que se anda por las ramas, con peligro de romperlas.

—Lo planteaba sutilmente.

—No, de sutil nada.

—Le dije que no era preciso que preparase el terreno para averiguarlo todo —dijo Hayley desde el asiento trasero—. Además, sabemos que habéis hecho el amor. Por eso tienes últimamente ese aspecto tan radiante.

—Dios mío.

—No es asunto nuestro, desde luego —terció Stella, y dirigió a Hayley una ardiente mirada por el espejo.

—Claro que no —se apresuró a convenir Roz.

—Solo queríamos encontrar la forma de decirte que somos felices si tú lo eres, que Mitch nos parece un hombre fabuloso y que aquí nos tienes para apoyarte...

—Jolín. —Hayley se inclinó hacia delante tanto como se lo permitía el cinturón de seguridad—. Lo que está tratando de decir a su manera es: ¡Llévatelo al huerto!

—No es exactamente eso. Lo que trato de decir con cierta delicadeza...

—Al diablo con la delicadeza. El mero hecho de ser un poco mayor no significa que una persona no quiera y merezca algún contacto como cualquier otra persona.

—Por el amor de Dios... —dijo Roz.

—Eres guapa y atractiva —siguió diciendo Hayley—. Él es apuesto y atractivo. Por tanto, me parece que el sexo es... Ella no puede entender todo esto, ¿verdad? —Mordiéndose el labio, miró a Lily, que estaba atareada jugando con sus dedos—. He leído esa teoría de que los bebés absorben todos los estímulos que hay a su alrededor, incluidas las voces y las palabras, y en cierto modo las archivan... bueno, ya hemos llegado.

Cogió la bolsa de los pañales y bajó del coche bajo la lluvia. Correteó alrededor del vehículo y abrió la portezuela para soltar el arnés de Lily y cubrirle la cabeza con una manta.

—No digáis nada interesante mientras esté ausente. Lo digo en serio.

Cuando se marchó, Roz exhaló un largo y sentido suspiro.

—A veces esa chica hace que me sienta vieja y chirriante, pero otras es como si tuviera dieciocho años y estuviera verde como la hierba.

—Sé muy bien qué quieres decir. Y sé que puede parecer que fisgamos en tu vida privada, pero es solo porque... bueno, te queremos, eso es todo. Además, nos preguntábamos cuándo tú y Mitch ibais a dar un paso adelante en vuestra relación.

—¿Os lo preguntabais?

Stella hizo una mueca.

—Puede que el tema haya salido a relucir un par de veces en alguna conversación informal.

—Podría hacéroslo saber cuando tenga con vosotras, si llego a tenerla, una conversación informal sobre la cuestión, ¿no te parece?

—Claro, por supuesto.

Cuando Hayley regresó y abrió la portezuela, Stella se aclaró ruidosamente la garganta y sacudió con vigor la cabeza. Mientras Hayley exhalaba un suspiro de disgusto, Stella puso el coche en marcha.

—Bueno —dijo animadamente—, he estado trabajando en unas ideas sobre la exposición de la tierra para tiestos.

Roz se recordó que su vida no había cambiado porque se hubiera acostado con un hombre al que encontraba interesante y atractivo. La vida continuaba, con sus deberes y sus obligaciones, sus decepciones y sus placeres.

Mientras se dirigía a la reunión mensual de su club de jardinería, no estaba segura de la categoría en que encajaba ese lugar.

Un Harper había sido miembro del club de jardinería desde los tiempos de su abuela. De hecho, su abuela había contribuido a fundarlo en 1928, y muchas de sus primeras reuniones se habían celebrado en la mansión Harper.

Como propietaria de un centro de jardinería, Roz sentía la doble obligación de apoyar al grupo y de seguir siendo un miembro activo, y esto comportaba ciertos placeres. Le gustaba hablar de jardinería con personas que pensaban como ella, y participar en los esfuerzos del club para organizar recogidas de fondos con destino a proyectos de embellecimiento.

Claro que eran muchos los socios que solo querían vestirse bien, almorzar allí y dedicarse al chismorreo.

Roz entró en la sala de reuniones del club de campo, que era una colmena de

voces femeninas. En las mesas, con manteles de un verde primaveral, había macetas cuadradas y esmaltadas que lucían vistosos narcisos cuyo crecimiento había sido acelerado. En la parte delantera de la sala había un podio para los diversos presidentes de comité que daban desde allí sus informes o explicaciones.

Ella daba gracias a Dios por no presidir nada en aquellos momentos.

Cuando se adentró más en la sala, las miradas se concentraron en ella y el murmullo de voces se fue desvaneciendo hasta extinguirse.

Casi de inmediato las voces se reanudaron, un poco demasiado altas y animadas. Roz dejó que el escudo de frialdad resbalara sobre ella y siguió avanzando hasta una mesa.

—Qué bonitas son estas flores. —Miraba directamente a Jan Forrester, como si pudiera oír los susurros bajo la chachara forzada—. Un delicioso recordatorio de que la primavera está al caer. ¿Qué tal te va, Jan?

—Oh, muy bien, Roz. La mar de bien. ¿Y tú cómo estás?

—No podría estar mejor. ¿Le va todo bien a Quill?

El rostro de Jan se tiñó de un intenso color rosa.

—Bueno, ya conoces a Quill.

—Sí, le conozco bien. Dale recuerdos de mi parte, ¿quieres?

Solo el orgullo la impulsaba a soportar aquella situación, mezclarse con la gente, hablar con más de una docena de personas antes de acercarse a los recipientes de café y té. Se decidió por té frío en lugar de su habitual café.

Tuvo la sensación de que le escaldaba la garganta.

Cissy se le acercó. Olía a perfume Obsesión y sonreía como una gata hambrienta.

—Tienes un aspecto fabuloso, Roz —le dijo—. Nadie viste tan bien como tú. ¿De qué color dirías que es ese traje?

Roz se miró la chaqueta ribeteada y los pantalones.

—No tengo ni idea.

—Albaricoque. Eso es lo que parece. Un maduro y delicioso albaricoque. Mandy, esa cabeza de chorlito, ha estado hablando por los codos —añadió en voz baja—. Tú y yo hemos de tener un *tête-à-tête*.

—Está bien, cuando quieras. Dispensa.

Se encaminó en línea recta hacia Mandy y tuvo el pequeño placer de ver que las mejillas de la mujer palidecían y que se interrumpía en medio de una frase.

—¿Cómo estás, Mandy? No te he visto desde antes de Navidad. No viniste a

la reunión del mes pasado.

—Estaba ocupada.

Roz tomó un sorbo de té.

—La vida es como un circo, ¿no te parece?

—También tú has estado atareada —replicó Mandy, alzando la barbilla.

—Siempre hay millones de cosas que hacer.

—Tal vez si te ocuparas más de tus propios asuntos, no te quedaría tanto tiempo libre para importunar por teléfono o decir mentiras infames.

Todo fingimiento de conversación cesó a su alrededor, como si hubieran apagado un interruptor.

—No me conoces muy bien —replicó Roz en el mismo tono pausado—, o sabrías que no hago llamadas telefónicas si no es necesario. No me gusta pasar mucho tiempo al teléfono. Y no miento. No veo qué utilidad tiene mentir cuando normalmente decir la verdad es más útil.

Mandy se cruzó de brazos y ladeó la cadera en un gesto agresivo.

—Todo el mundo sabe lo que te has propuesto, pero temen demasiado decírtelo a la cara.

—Pero tú no, afortunadamente, así que, adelante, di lo que piensas. O, si te sientes más cómoda, podemos tener esta conversación en privado.

—Eso te gustaría, ¿verdad?

—No, no me gustaría más que tenerla en público.

—Solo porque tu familia vive en el condado de Shelby desde Dios sabe cuándo, no tienes derecho a tratar a todo el mundo con prepotencia. Mi familia es tan importante como la tuya, y tengo tanto dinero y prestigio como puedes tener tú.

—El dinero y el prestigio no sirven para adquirir buenos modales. Lo estás demostrando en este momento.

—Tienes el descaro de hablarme de buenos modales cuando haces lo posible por arruinar la reputación de Bryce y la mía.

—La reputación de Bryce se la ha ganado él mismo a pulso. En cuanto a la tuya, querida, ni siquiera has estado en mi pantalla de radar. Pareces una chica bastante simpática. No tengo nada contra ti.

—Has estado diciendo a la gente que soy una vulgar buscona y que utilizo el dinero de mi padre para tratar de conseguir cierta clase.

—¿Y dónde has oído semejante cosa? Supongo que ha sido Bryce.

—No solo él. —Con la barbilla todavía alzada y manchas rojizas en las

mejillas, Mandy miró a Jan.

—¿Jan? —La sorpresa suavizó la voz de Roz; su corazón se ensombreció un instante, al ver que la mujer se sonrojaba—. Sabes que eso no es cierto. Debería darte vergüenza.

—Lo oí de una fuente fiable —replicó Jan con los hombros encorvados.

—¿Una fuente fiable? —Roz no se molestó en contener el furor de su tono—. ¿Y qué eres de repente? ¿Una periodista de investigación que busca fuentes? Podrías haber ido a verme y preguntármelo. Eso habría sido más sencillo y decente que extender semejante tontería.

—Todo el mundo sabe lo furiosa que te pusiste cuando Bryce se presentó en tu casa con Mandy. Éste no es el lugar para discutir sobre ello —intervino Jan.

—No, no lo es, pero es demasiado tarde para eso. Por lo menos esta chica tiene el valor de decirme a la cara lo que piensa, con lo cual ya te aventaja. —Prescindiendo de Jan, Roz se volvió de nuevo hacia Mandy—. Dime, ¿parecía furiosa cuando llegaste a mi casa con Bryce el día de la fiesta?

—Claro que estabas furiosa. Nos echaste, ¿no es cierto?, cuando él solo trataba de hacer las paces contigo.

—Podemos estar en desacuerdo con respecto a lo que él trataba de hacer. ¿En qué sentido parecía furiosa? ¿Acaso me puse a dar gritos?

—No, pero...

—¿Os insulté y empujé físicamente fuera de la casa?

—No, porque tienes sangre fría, como él dice. Como dicen muchas otras personas cuando no estás presente para oírlas. Esperaste a que nos hubiéramos ido para entrar en casa y decir cosas terribles de nosotros.

—¿Eso hice? —Roz se volvió, ahora decidida a zanjar el asunto—. La mayoría de vosotras estabais presentes aquella noche. Tal vez alguna podría refrescarme la memoria, pues no recuerdo haber dicho cosas terribles.

—No las dijiste en absoluto. —La señora Haggerty, una de las clientas más antiguas de Roz y un pilar de la comunidad de jardinería, avanzó hasta llegar junto a ellas—. Me interesan los chismorreos jugosos tanto como a la que más, y no me importa que se adornen un poco las cosas, pero lo que Mandy dice es absolutamente falso. Rosalind se comportó con todo decoro y en unas circunstancias extremadamente difíciles. Fue amable contigo, jovencita, lo vi con mis propios ojos. Cuando entró de nuevo en casa, no comentó nada sobre ti ni sobre ese desgraciado bastardo al que quieres defender. Si hay alguien aquí que pueda dar una versión distinta, que hable.

—No dijo una sola palabra sobre ti —intervino Cissy, con una sonrisa maliciosa—, ni siquiera cuando yo lo hice.

—Él me dijo que tratarías de volver a la gente contra mí.

—¿Por qué habría de hacer eso? —replicó Roz, ahora en un tono de fatiga—. Pero tendrás que creer lo que tienes que creer. Personalmente no me interesa seguir hablando de ese asunto, ni tampoco contigo.

—Tengo tanto derecho como tú a estar aquí.

—Eso nadie te lo discute.

A fin de terminar de una vez, Roz se dio la vuelta, se dirigió a una mesa al otro lado de la sala y se sentó para apurar su taza de té.

Siguieron diez minutos de tenso silencio, hasta que Mandy rompió a llorar y abandonó la sala. Unas pocas mujeres se apresuraron a ir tras ella, después de haber lanzado miradas recriminatoras a Roz.

—Cielo santo —dijo Roz cuando la señora Haggerty se sentó a su lado—. Es demasiado joven, ¿verdad?

—La juventud no es una excusa para ser rematadamente estúpida. Y encima grosera. —Alzó la cabeza e hizo un gesto de asentimiento cuando Cissy se reunió con ella—. Me has sorprendido, ¿sabes?

—¿Yo? ¿Porqué?

—Por hablar francamente para variar. Un cambio agradable.

Cissy se encogió de hombros y tomó asiento.

—Me gustan las escenas teatrales, no voy a negarlo. No hay duda de que sazonan un día aburrido. Pero Bryce Clerk no me gusta. Y a veces hablar con franqueza hace que las cosas sean más interesantes. Lo único que lo habría superado sería haber visto cómo Roz le daba un buen cachete a esa bobalicona de Mandy. Pero no es tu estilo —añadió, mirando a Roz. Entonces le tocó suavemente la mano—. Si quieres marcharte, te acompañaré.

—No, pero gracias de todos modos. Aguantaré mecha.

Roz estuvo presente mientras duró la reunión. Consideraba que era su deber, y una cuestión de agallas. Cuando regresó a casa, se cambió y salió al jardín por la puerta trasera, para sentarse en su banco, al fresco, y examinar los pequeños indicios de la primavera que se aproximaba.

Asomaban los brotes de los bulbos, los narcisos y los jacintos, que no tardarían en florecer. El azafrán de primavera ya estaba florido. Roz pensó que

aparecía demasiado pronto y duraba muy poco.

Veía los prietos capullos de las azaleas y la neblina sobre la forsitia.

Mientras permanecía allí sentada, el dominio de sí misma que había mantenido hasta entonces se resquebrajó y por fin se estremeció en lo más hondo de su ser. Encolerizada y dolida, sintiéndose insultada, dejó que su fuerte carácter protestara del indigno atropello de que había sido objeto. Se hizo a sí misma el regalo de nadar en el mar de todas aquellas oscuras emociones mientras seguía allí sentada, a solas en el silencioso jardín.

Durante aquellos momentos de aparente quietud, en el banco, el furor alcanzó su apogeo y luego remitió, hasta que Roz pudo respirar de nuevo con normalidad.

Llegó a la conclusión de que había actuado del modo más apropiado. Se había enfrentado a la situación, aunque detestaba hacerlo en público. De todos modos, siempre era mejor hacer frente a una pelea que huir de ella.

Se preguntó si Bryce había pensado que lo haría. ¿Había pensado que Roz perdería el dominio de sí misma en público y que huiría humillada para lamerse las heridas?

Suponía que sí. Bryce nunca la había comprendido.

Mientras contemplaba la pérgola donde las rosas se multiplicarían y florecerían para ella desde la primavera al verano y hasta bien entrado el otoño, pensó que John sí que la había comprendido y amado. O por lo menos comprendió y amó a la joven que ella era entonces.

¿Amaría a la mujer en que se había convertido?

Echó la cabeza atrás y cerró los ojos, diciéndose que ése era un extraño pensamiento. Tal vez ella no habría sido la mujer que era si él hubiera vivido.

«Te habría abandonado. Todos lo hacen. Te habría mentado y engañado y destrozado. Se habría ido de putas mientras tú le esperabas. Todos lo hacen. Lo sé muy bien».

No, John no, pensó Roz, apretando más los ojos mientras la voz seguía susurrando en su cabeza.

«Es mejor que muriese y que no viviera lo suficiente para arruinarte. Como ese otro, el que ahora llevas a tu cama».

—Qué patética eres —susurró Roz—. Estás tratando de ensuciar la memoria y el honor de un hombre bueno.

—Roz. —Una mano en su hombro la sobresaltó—. Perdona —le dijo Mitch—. ¿Hablabas en sueños?

—No. —¿Notaba Mitch ese extraño frío, o solo estaba dentro de ella? En su interior, junto con el estremecimiento de sus entrañas—. No estaba durmiendo, solo pensaba. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—David me ha dicho que te ha visto desde la ventana y que venías hacia aquí, de eso hace más de una hora. Es demasiado tiempo para que estés sentada en este banco con semejante temperatura. —Le tomó la mano y se la restregó mientras se sentaba a su lado—. Tienes las manos frías.

—Están bien.

—Pero tú no. Pareces triste.

Ella se quedó un momento pensativa, pero entonces se dijo que ciertas cosas no podían ser solo personales. Al fin y al cabo, Mitch trabajaba para ella.

—Supongo que sí. Estoy un poco triste. Ella me estaba hablando, dentro de la cabeza.

—¿Ahora? —Mitch le apretó la mano.

—Has interrumpido nuestra conversación, aunque se trataba de la vieja cantinela de siempre: que los hombres nos engañan.

Él paseó la mirada por el jardín.

—Dudo que Shakespeare pudiera haber creado un fantasma más resuelto que tu Amelia. Confiaba en que fueras a la biblioteca por varias razones. Ésta es una de ellas.

Poniéndole la mano en la barbilla, volvió su cara hacia él y la besó.

—Algo va mal —dijo entonces—. Pero se trata de algo distinto.

¿Cómo podía leer en ella tan bien? ¿Cómo podía ver aquello que ella tenía más habilidad para ocultar?

—No, es solo mi estado de ánimo —replicó Roz, pero retiró la mano que él le sostenía—. Hace un rato ha habido una escena de histrionismo femenino. Los hombres sois mucho menos inclinados al dramatismo, ¿verdad?

—¿Por qué no me lo cuentas?

—No vale la pena gastar saliva en ello.

Él empezó a hablar de nuevo, y Roz notó que refrenaba el impulso de acuciarla. Mitch se dio unos golpecitos en el hombro.

—Apoya la cabeza aquí.

—¿Cómo?

—Aquí. —Para asegurarse de que lo hacía, le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo más hacia sí—. ¿Qué te parece?

Ella siguió con la cabeza apoyada en su hombro y sonrió ligeramente.

—No está mal.

—Y el mundo no ha dado un vuelco porque te has apoyado en otra persona durante un momento.

—No, no lo ha hecho. Gracias.

—De nada. En cualquier caso, confiaba en que vinieras mientras estaba trabajando. Quería decirte que he enviado una carta a tu prima Clarise Harper. Si no tengo noticias tuyas antes de una semana, haré un seguimiento. Dispongo de varios árboles genealógicos detallados: los Harper, la familia de tu madre, tu primer marido. Y he encontrado a una Amelia Ashby. No, deja la cabeza donde la tienes —le dijo, y le estrechó con más fuerza la cintura cuando ella empezó a erguirse—. No tiene ninguna relación con ella, por lo que veo, ya que vivió y murió en Louisiana, y es demasiado contemporánea. He dedicado algún tiempo a seguir su pista, para ver si podía encontrar un vínculo con nuestra Amelia, averiguar por qué razón tendría una tocaya, pero no hay nada. He recibido algunos correos electrónicos de la biznieta del ama de llaves que trabajó en la mansión Harper entre 1887 y 1912. Es abogada, vive en Chicago y la historia de la familia le parece lo bastante interesante para tantear el terreno. Podría ser una buena fuente de información, por lo menos de esa rama de la familia.

Deslizó suavemente la mano por su brazo, relajándola.

—Has trabajado mucho.

—En su mayor parte es un trabajo mecánico, pero he estado pensando en los aspectos menos habituales de nuestro proyecto. Cuando hicimos el amor...

—¿A qué parte del proyecto corresponde eso?

Mitch se rio de la sequedad de su tono, y le restregó la mejilla por encima del cabello.

—Lo pondré en la columna de lo extremadamente personal, y confío en llenar muchas páginas de ese archivo. Pero hay una cuestión. Ella se manifestó... esta sería la palabra apropiada, ¿no?

—No se me ocurre otra mejor.

—Abrió las puertas, las cerró bruscamente, hizo sonar los relojes y cosas por el estilo. Dejó bien claros sus sentimientos sobre lo que ocurrirá entre nosotros. Y viene haciendo esto desde que iniciamos este archivo personal.

—¿Y qué?

—No soy el primer hombre con el que tienes relaciones íntimas en tu casa.

—No, no lo eres.

—Pero no me has dicho que ella se manifestara del mismo modo por tus

relaciones con John Ashby o con Bryce Clerk... o cualquier otro con quien te hayas relacionado de un modo distinto.

—Porque nunca había ocurrido hasta ahora.

—De acuerdo, de acuerdo. —Mitch se levantó y caminó de un lado a otro mientras hablaba—. Vivías en la casa cuando salías con John Ashby, cuando os prometisteis.

—Sí, claro, es mi casa.

—Pero principalmente viviste aquí una vez casada, tras la muerte de tus padres.

Ella se daba cuenta de que Mitch estaba ideando algo. No, se corrigió a sí misma. Ya lo había ideado, y solo le exponía las etapas para que ella lo comprendiera bien.

—Nos alojábamos aquí con frecuencia... mi madre no se encontraba bien, y mi padre no estaba en condiciones de atenderla como era debido. Cuando él murió, vivimos aquí, de una manera más bien provisional. Pero cuando desapareció ella, nos mudamos definitivamente a la casa.

—¿Y durante todo ese tiempo Amelia nunca le puso objeciones a John?

—No. Dejé de verla al cumplir... once años, diría yo, y no volví a verla hasta después de casarme. No llevábamos mucho tiempo casados, pero ya intentábamos tener hijos. Creo que debía de estar embarazada y no podía dormir. Salí, me senté en el jardín y la vi. La vi y supe que estaba embarazada. Luego, la vi al comienzo de cada embarazo. La veía o la oía, naturalmente, cuando los chicos eran pequeños.

—¿La vio tu marido alguna vez?

Roz frunció el ceño.

—No. No la vio. La oyó, pero nunca la vio. Yo la vi la noche que él murió.

—No me habías dicho eso.

—No te he contado cada una de las veces que... —Se interrumpió y sacudió la cabeza—. No, lo siento, no te lo dije. Nunca se lo he dicho a nadie. Es muy personal, y todavía me resulta doloroso.

—Yo no sé cómo es amar y perder a un ser querido del modo en que tú amaste y perdiste a John. Sé que debe de parecer una intromisión, pero todo forma una sola pieza, Roz. He de saberlo para hacer el trabajo. He de saber esa clase de cosas.

—Cuando te contraté no pensé que necesitarías conocer todos los detalles personales. Espera. —Alzó una mano antes de que él pudiera hablar—. Ahora lo

comprendo mejor. Cómo trabajas, cómo tratas de ver las cosas, a la gente. El tablero en la biblioteca, las fotos que fijas en él para que puedas ver quiénes fueron, todos los pequeños detalles que acumulas. No había esperado algo así. Pero lo digo en un buen sentido.

—Necesito meterme a fondo.

—Como lo harías con un poeta brillante y retorcido —replicó ella, haciendo un gesto de asentimiento—. También creo que debes saberlas y que soy capaz de decirte esas cosas gracias a la relación que estamos teniendo. Por otro lado, tal vez por eso mismo me resulte difícil decírtelo. No es fácil para mí tener intimidad con alguien, con un hombre, confiar en él y querer que haya esa confianza.

—¿Quieres que sea fácil?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Cómo es posible que me conozcas tan bien? No, no quiero que sea fácil. Sospecho de la facilidad. Estoy dando muchas vueltas a lo nuestro en mi cabeza, Mitchell. Eso es un cumplido.

—Lo mismo te digo.

Ella miró al hombre que estaba allí en pie, lleno de vitalidad, con la pérgola y las rosas dormidas a sus espaldas. Con el calor y el sol, las rosas despertarían. Pero John, su John, había desaparecido para siempre.

—John volvía a casa desde su oficina en Memphis. Volvía tarde, debido a una reunión. Las carreteras estaban resbaladizas. Había llovido y estaban resbaladizas, y había niebla.

El corazón se le encogió un poco, como le sucedía siempre que rememoraba aquellos momentos.

—Hubo un accidente. Alguien que conducía demasiado rápido invadió el carril contrario. Yo estaba levantada, esperándole y ocupándome de los niños. Harper había tenido una pesadilla, y tanto Masón como Austin estaban resfriados. Acababa de dejarlos dormidos y me disponía a acostarme, un poco irritada porque John aún no había vuelto a casa. Y allí estaba ella, en mi habitación. —Soltó una risita y se pasó una mano por la cara—. Mi sobresalto fue mayúsculo, pues me dije: «Por todos los demonios, estoy embarazada». Créeme, tras haberme ocupado de tres niños inquietos y desconsolados, mi estado de ánimo no era el más apropiado para pensar en un nuevo hijo. Pero había algo extraño en sus ojos. Le brillaban demasiado, y me parecía que era un brillo malvado. Me asustó un poco. Entonces se presentó la policía y, bueno, ya

no pensé más en ella.

Su voz se había mantenido firme mientras hablaba, pero sus ojos, sus ojos alargados y encantadores, reflejaban una profunda aflicción.

—Es duro, muy duro. Ni siquiera puedo imaginarlo.

—Tu vida se detiene en ese momento. Sencillamente, se para. Y cuando vuelve a ponerse en marcha, es distinta. Nunca vuelve a ser como era antes de ese momento. Nunca más.

Él no la tocó, no la consoló, no le dio su apoyo. Lo que había en el corazón de Roz en aquellos instantes, en aquel jardín invernal, pertenecía a otro.

—No tenías a nadie. Ni padres ni hermanos.

—Tenía a mis hijos. Tenía esta casa. Me tenía a mí misma. —Roz desvió la mirada, y él se dio cuenta de que retrocedía y cerraba aquella puerta que daba al pasado—. Comprendo adonde quieres ir a parar con esto, y al mismo tiempo no lo comprendo. Anteriormente, ella nunca se había mostrado contraria ni a John ni a ninguno de los hombres con los que estuve después; ni siquiera a Bryce. En ocasiones mostraba cierta desaprobación... eso ya te lo he dicho. Pero nada parecido a lo que ha hecho recientemente. ¿Por qué será?

—He tratado de descubrirlo, y tengo un par de teorías. Primero volvamos a casa. Está oscureciendo y te vas a enfriar. No tienes mucha carne que te proteja. No lo digo como una queja —añadió cuando ella frunció el ceño.

Ella exageró a propósito su acento sureño.

—Procedo de una línea de mujeres con cuerpos frágiles.

—No hay nada frágil en ti —la corrigió él, y le tomó la mano mientras caminaban hacia la casa—. Eres una rosa larga y silvestre... una rosa negra llena de espinas.

—Las rosas negras no son silvestres. Hay que cultivarlas.

Y nadie ha conseguido jamás un auténtico color negro.

—Una rosa negra —repitió él, y se llevó sus manos unidas a los labios—. Excepcional y exquisita.

—Sigue hablando así y tendré que invitarte a subir a mis aposentos privados.

—Creía que nunca ibas a pedírmelo.

13

—He pensado que debería informarte —le dijo Roz mientras se encaminaban hacia la casa— de que mi... las personas que viven conmigo están muy interesadas en mi relación personal contigo.

—Naturalmente, también yo lo estoy. Interesado en mi relación contigo.

Ella miró sus manos entrelazadas y pensó en lo encantador que era el diseño que permitía a sus dedos unirse tan fácilmente.

—Tu mano es mucho más grande que la mía. Tu palma es más ancha y los dedos más largos. Y mira, tus dedos tienen las puntas redondeadas, mientras que los míos son un poco afilados. ¿Lo ves?

Alzó el brazo para que sus manos estuvieran a la altura de los ojos.

—Pero encajan a la perfección.

Él soltó una risita y pronunció su nombre. Lo hizo con ternura: Rosalind. Entonces se detuvo un momento para inclinar la cabeza y juntar los labios a los suyos.

—Esto también encaja.

—Estaba pensando lo mismo. Pero preferiría mantener esos pensamientos y ese interés personal entre tú y yo.

—Será difícil, puesto que hay otras personas en nuestras vidas. Mi hijo quería saber dónde encontré a la chica morena con la que fui al partido del Ole Miss.

—¿Y qué le dijiste?

—Que por fin había conseguido que Rosalind Harper me dirigiera algo más que una mirada superficial.

—Te he dirigido infinidad de miradas —replicó ella, y le miró de nuevo mientras subían los escalones hacia la terraza—. Pero he adquirido el hábito de ser egoísta con respecto a mi vida privada, y no veo ninguna razón por la que debamos emitir con regularidad boletines sobre nuestra vida sexual.

Roz llegó a la puerta de la terraza. Ésta se abrió de repente, con brusquedad, y poco faltó para que le golpease la cara. Una ráfaga de viento helado salió de su habitación, haciéndola retroceder un escalón antes de que Mitch pudiera asirla y protegerla con su cuerpo.

—¡Buena suerte! —gritó él, por encima del aullido del viento.

—No voy a tolerar esto. —Enfurecida, Roz lo hizo a un lado y cruzó resueltamente la puerta—. ¡No toleraré esta actitud en mi casa!

Las fotografías salían volando de las mesas como proyectiles, mientras las lámparas se encendían y se apagaban. Una silla cruzó a toda velocidad la estancia y chocó contra una cómoda con tal fuerza que hizo girar el jarrón con orquídeas de invernadero. Cuando Roz vio que el espejo que sus hijos le habían regalado empezaba a deslizarse, dio un salto para asirlo.

—Deja de hacer estas idioteces ahora mismo. No voy a consentirlo.

Se sucedían los golpes, monstruosos accesos de furia, en las paredes, dentro de las paredes. Y el suelo temblaba bajo sus pies. Un gran frasco de perfume Baccarat estalló, una bomba de cristal que esparció esquirlas como metralla.

Roz permanecía en pie en medio del torbellino, aferrando el espejo; sus gritos por encima de las explosiones de cristal roto y los furiosos golpes, eran como hielo ártico.

—Pondré fin a los intentos de descubrir quién eres, de subsanar cualquier agravio que te hicieran. Haré lo que sea necesario para echarte de esta casa. Aquí no serás bien recibida. ¡Ésta es mi casa! —gritó, mientras surgía fuego en la chimenea y la vela sobre la repisa se alzaba trazando una espiral—. Por Dios que te echaré de ella. Lo juro por mi vida, te echaré de aquí.

El viento se extinguió en el acto, y los objetos que habían estado girando cayeron al suelo con ruidos sordos o estrepitosos.

La puerta se abrió al instante. David, Logan y Stella entraron un momento antes de que Harper lo hiciera por la puerta de la terraza.

—Mamá. —Harper la alzó del suelo y la rodeó con sus brazos—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien.

—No podíamos entrar. —Stella tocó la espalda de Roz con mano temblorosa—. No podíamos abrir las puertas.

—Ya ha pasado todo. ¿Dónde están los niños?

—Están abajo con Hayley. Cuando oímos... Dios mío, Roz, parecía una guerra.

—Ve a decirle que todo está en orden. —Apretó con su mejilla la de Harper antes de retroceder—. Anda, ve.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó David—. ¿Qué diablos ha pasado, Roz?

—Estábamos entrando y ella... digamos que opuso ciertas objeciones.

—Tu madre le ha dado un serio rapapolvo por su actitud —le dijo Mitch a Harper—. Para que sepa quién está al frente de la casa.

—Estás sangrando —dijo Harper en un tono apagado.

—Oh, Dios mío.

Roz dejó el espejo de tocador en manos de Harper y se acercó rápidamente a Mitch para tocarle el corte de la mejilla.

—Alguna esquirla voladora. No tiene importancia.

—También tienes algunos cortes en las manos. —Roz bajó las suyas antes de que se pusieran a temblar—. Bueno, vamos a lavarlos.

—Recogeré todo esto —se ofreció Stella.

—No, déjalo así. Baja y asegúrate de que Hayley y los niños están bien. Deberías llevarlos a tu casa, Logan.

—No voy a dejarte. —Stella se mantuvo firme, sacudiendo la cabeza—. De ningún modo.

—Me quedaré aquí. —Logan rodeó con un brazo los hombros de Stella—. Si no te importa.

—Eso está bien. —Exhaló un suspiro y tomó de nuevo el espejo que sostenía Harper—. Si hubiera roto esto, se habría llevado algo más que una reprimenda. —Dejó el espejo en su sitio y se volvió para apretar la mano de Harper—. Estoy bien, cariño. Te lo aseguro.

—Si hace algo con intención de dañarte, encontraré la manera de echarla de aquí.

—De tal palo, tal astilla —replicó ella, y le sonrió—. Le he dicho lo mismo, y como al decírselo dejó de fastidiar, debe de haber sabido que hablaba en serio. Ve abajo. Hayley no puede dejar a los niños y debe de estar frenética. Ven conmigo al baño, Mitch. Te limpiaré esos cortes.

—No quiero que se quede aquí sola esta noche —dijo Harper cuando su madre salió de la habitación.

—No estará sola —le aseguró Mitch.

Cuando entró en el baño, Roz ya estaba humedeciendo un paño con peróxido.

—Solo son rasguños.

—Eso no significa que no haya que tratarlos, y puesto que nunca me había ocupado de cortes causados por la pataleta de un fantasma, lo haré a mi manera. Siéntate.

—De acuerdo. —Él tomó asiento y contempló su cara—. Tú no tienes un solo rasguño.

—¿Humm? —Distraída, ella se miró las manos y a continuación la cara en el espejo sobre la pila—. Creo que tienes razón.

—No creo que quisiera hacerte daño. Claro que puede hacértelo, directamente o sin darse cuenta, ya que está bastante loca. Pero esto ha sido una advertencia. Es interesante.

—Admiro a un hombre a quien hiere un fantasma encolerizado y lo encuentra interesante.

—Y yo admiro a una persona que se enfrenta a un fantasma encolerizado y lo vence.

—Ésta es mi casa. —La voz de Roz se suavizó mientras alzaba la barbilla—. Bueno, allá vamos, no te dolerá.

—Eso es lo que dicen todas.

Le limpió los cortes con destreza y habilidad, mientras él seguía contemplándole la cara.

—¿Buscas algo? —le preguntó ella.

—Me estoy preguntando si lo he encontrado.

—La esquirra que te ha hecho este corte no te ha alcanzado el ojo por poco. —Más preocupada de lo que estaba dispuesta a admitir, se inclinó para besarle por encima del corte—. Ya está. —Dio un paso atrás—. Vivirás.

—Gracias. —Él le tomó las manos, sin apartar de ella sus ojos verdes y penetrantes—. Tengo algunas teorías.

—Y yo estoy deseosa de escucharlas. Pero primero quiero limpiar este estropicio, y a continuación tomar una copa de vino. Una copa de vino llena hasta los bordes.

—Te echaré una mano.

—No, lo haré yo sola. A decir verdad, creo que lo necesito.

—Me lo pones difícil, siempre pidiéndome que retroceda.

—Supongo que sí. —Ella le deslizó una mano por el cabello—. Tal vez sirva de ayuda si te digo que me tranquiliza saber que confías en ti mismo lo suficiente para retroceder cuando necesito que lo hagas.

—Tal vez eso contribuye a que nuestros respectivos caracteres encajen con tanta suavidad.

—Eso creo. Te agradecería que bajaras a reunirme con los demás y me dejaras a solas media hora para arreglar todo esto. Así me relajaré un poco.

—De acuerdo. —Mitch se puso en pie—. Me quedaré aquí esta noche. Si pones objeciones, te diré lo mismo que Stella: de ningún modo. Pero puedes utilizar esta media hora para decidir si me quedo aquí contigo o en una habitación para invitados.

Dicho esto, Mitch salió de la habitación, donde ella se quedó con el ceño fruncido.

Encontró a todo el mundo en la cocina. Como una familia, pensó, reunidos en el centro de la casa, con algo cociéndose a fuego lento en el fogón, un bebé gateando por el suelo y dos chiquillos poniéndose la chaqueta mientras su perrito daba brincos de entusiasmo.

Todas las miradas se posaron en él y, tras un instante de silencio, Stella se dirigió a sus hijos.

—Adelante, dejadle correr, pero no os metáis en los cuadros de flores. Pronto cenaremos.

Hubo carreras y ladridos, gritos y risas por parte de Lily; luego los niños y el perro desaparecieron tras dar un portazo.

Stella tomó la mano de Logan.

—¿Cómo está?

—Tranquila, como de costumbre. Quería disponer de media hora a solas. —Mitch miró a Harper—. Esta noche me quedaré.

—Bien, creo que eso está muy bien —dijo Hayley—. Cuantos más seamos, mejor. Puedes acostumbrarte a tener un fantasma en casa, pero es distinto cuando empieza a lanzarte cosas.

—A ti, en concreto, según parece —terció Logan.

—¿Habéis reparado en eso? —Mitch se restregó distraídamente la mejilla rasguñada—. Es interesante, ¿verdad? Había mucha furia en aquella habitación, pero nada iba dirigido a Rosalind, por lo menos nada tangible. Yo diría que la causante de aquel jaleo tenía mucho cuidado en no hacerle ningún daño físico.

—De no haberlo tenido, estaría fuera. —Harper tomó en brazos a Lily cuando la niña intentó trepar por su pierna—. Y no me refiero a mi madre.

—No. —Mitch asintió—. Roz manifestó exactamente el mismo sentimiento.

—Y ahora está sola ahí arriba —intervino David, y alzó la vista de los fogones, ante los que estaba trabajando—. Porque ella va en serio. Todo el mundo en esta casa, muerto o vivo, sabe que va en serio.

—Y nosotros estamos todos aquí, dejándole hacer lo que quiera porque es la jefa de esta casa. —Logan se apoyó en la encimera.

—Es posible, pero después de este incidente tendrá que acostumbrarse a ceder el timón de vez en cuando. ¿Está recién hecho ese café? —inquirió Mitch, señalando la cafetera con un gesto de la cabeza.

En el piso de arriba, Roz recogió los fragmentos de los tesoros personales que había guardado en su dormitorio. Pequeños recuerdos, ahora destrozados.

Una destrucción premeditada, se dijo, eso era lo peor de todo. La pérdida de objetos preciosos debido a un carácter egoísta.

—Como una niña mimada —musitó mientras limpiaba y ordenaba su dormitorio—. No toleraré ese comportamiento a mis hijos y no te lo toleraré a ti, seas quién diablos seas. —Colocó bien los muebles y empezó a hacer de nuevo la cama—. Será mejor que lo tengas en cuenta, Amelia. Será mejor que recuerdes quién es la señora de la mansión Harper.

La actividad, devolver el orden a su habitación y decir en voz alta lo que pensaba, aunque allí no hubiera nadie más que ella, hizo que se sintiera sorprendentemente mejor.

Ya más serena, entró en el cuarto de baño. Se le había erizado el corto cabello a causa del viento que había soplado en el dormitorio. Pensó que no tenía buen aspecto y, tras cepillárselo bien, volvió a maquillarse. Mientras lo hacía, pensó en Mitch.

Era un hombre fascinante. Roz no podía recordar al último hombre que la había fascinado. Era interesante, y revelador, que hubiera manifestado su intención de pasar allí la noche; no había sido una solicitud cortés, sino una afirmación tajante. Pero había dejado en sus manos la decisión de dónde dormiría.

Sí, era un hombre fascinante que podía mostrarse dominante y servicial en la misma frase.

Y ella lo deseaba. Le producía una sensación deliciosa querer, necesitar, tener aquella buena y sana lujuria burbujeando en su interior. Desde luego, había

dejado atrás la edad en que debía renunciar a un amante, y era lo bastante inteligente para reconocer cuándo ese amante era un hombre al que podía respetar. Y tal vez confiar en él.

La confianza era más difícil de experimentar que el respeto, y mucho más difícil que la lujuria.

Así pues, llegó a la conclusión de que empezarían con aquello que tenían, a ver adonde los llevaba.

Al salir de la habitación, oyó música, un blues de Memphis a bajo volumen, procedente de su sala de estar. Frunció de nuevo el ceño mientras se acercaba a la puerta.

Sobre su mesa de alas plegables estaba dispuesta una cena para dos: lonchas del pollo asado de David, puré de patatas blanco como la nieve, espárragos y galletas doradas.

Cómo había logrado conseguir sus alimentos favoritos cuando necesitaba consuelo era algo que rebasaba su entendimiento, pero así era su David.

Y allí estaba Mitch, en pie a la luz de las velas, sirviéndole una copa de vino.

Ella notó una sacudida, en el corazón y en el abdomen, como un golpe. Un golpe a traición, pensó tontamente, que era insolente y chocante. Era más que lujuria, cuando lo único que ella quería era lujuria. Pero allí estaba él, con cortes en las manos y la cara, imponiéndole más, tanto si lo quería como si no.

Entonces él la miró sonriente.

«¡En fin, no tiene remedio!», fue todo lo que se le ocurrió pensar a ella.

—Hemos pensado en que te gustaría una cena tranquila —le dijo Mitch—. Un poco de calma en la tormenta. Y puesto que quería hablar contigo, no voy a darles ningún argumento a tus soldados del frente.

—Soldados. Un término interesante.

—Bastante apropiado. Harper empuñaría la espada en un abrir y cerrar de ojos para defenderte... e imagino que tus demás hijos harían lo mismo.

—Me gusta creer que puedo librar mis propias batallas.

—Lo cual no es más que otra razón de que te defiendan. Luego está David. —Se acercó a ella y le ofreció la copa de vino—. Tu cuarto hijo, diría yo, un hijo en todos los aspectos menos en el carnal. Te adora.

—La adoración es mutua.

—Y también está Logan. Aunque no estoy seguro de que él apreciara la imagen, lo veo como un caballero de su reina.

Ella tomó un sorbo de vino.

—Tampoco yo estoy segura de que me guste la imagen.

—Pero ahí está. —Mitch tomó su vaso de agua y brindó—. No eres solo su patrona, como tampoco lo eres para Stella y Hayley. ¿Y esos niños? Ahora eres una parte íntima y vital de sus vidas. Cuando bajé y entré en la cocina, lo que vi fue una familia. Eres el núcleo de esa familia. De hecho, tú la has formado.

Ella lo miró fijamente y soltó un bufido.

—No sé qué decirte.

—Deberías estar orgullosa. Las personas que estaban en la cocina son buena gente. Por cierto, ¿sabes que Harper está enamorado de Hayley?

Esta vez, cuando ella lo miró fijamente, se sentó en una silla.

—Eres más intuitivo y más observador de lo que creía, y estaba segura de que lo eras mucho. No, no creo que él lo sepa, por lo menos no del todo, y eso podría explicar por qué Hayley es completamente ajena a lo que Harper siente por ella. Sabe que quiere a Lily. Supongo que, por el momento, eso es lo único que ve.

—¿Y qué te parece?

—Quiero que Harper sea feliz y que consiga lo que más desea en la vida. Deberíamos cenar antes de que la comida se enfríe.

Mitch comprendió que era una manera cortés de decirle que ya había hablado con él lo suficiente acerca de las intimidades de su familia. Pensó que Roz trazaba fronteras, unas fronteras bien definidas. Supondría un reto, y sería interesante, decidir qué frontera iba a cruzar, así como cuándo y el modo de hacerlo.

—¿Cómo te sientes?

—Estoy bien, de veras. Solo necesitaba tranquilizarme un poco.

—Tu aspecto es excelente. ¿Cómo te las arreglas para estar tan hermosa?

—La luz de las velas favorece a una mujer. De ser por nosotras, Edison nunca habría inventado la puñetera bombilla eléctrica.

—No necesitas la luz de las velas.

Ella alzó las cejas.

—Si crees que debes seducirme mientras comemos pollo asado para que no te mande a una de las habitaciones de invitados después de la cena, no te preocupes. Te quiero en mi cama.

—De todos modos, voy a seducirte. Pero de momento solo estaba constatando los hechos. Por otro lado, este pollo asado está riquísimo.

—Me gustas. Quería decírtelo francamente. Me gusta tu forma de ser. No

finges ni te das importancia, y eso es un agradable cambio para mí, en este entorno.

—No miento. Eso lo abandoné junto con la bebida. Es lo único que puedo prometerte, Roz. No te mentaré.

—Tratándose de promesas, ésa es la que más valoraría.

—Ya que tocamos este tema, hay algo que querría preguntarte. ¿Qué ha ocurrido antes? Esa... agitación, llamémosla así. Ha sido algo nuevo.

—Sí, y confío en que sea la primera y última vez que ocurre.

—Ella nunca se opuso a tu compromiso ni a tu matrimonio con John Harper.

—No, ya te lo he dicho.

—Ni a ninguna de las relaciones que has tenido después, a Clerk.

Ella se encogió de hombros.

—Podríamos decir que de vez en cuando estaba un tanto irritada. Mostraba desaprobación, enojo, pero cólera no, nunca estaba furiosa.

—En ese caso tengo una teoría... y es posible que no te haga ninguna gracia. Pero, además de no mentirte, voy a hablarte con toda franqueza, como espero que hagas tú.

—Esto será interesante.

—Necesita niños en la casa. Eso es lo que le procura consuelo o gratificación. Tú y John trajisteis niños a la casa, de modo que no tenía nada serio que objetar. Él era un medio para un fin.

—Es una teoría muy fría.

—Sí, y la frialdad va en aumento. En cuanto hubo niños, ya no tuvo necesidad de él, por lo que, en mi opinión, su muerte fue algo que ella vio como correcto, incluso justo.

Roz palideció, y en su blanco rostro apareció una mueca de horror.

—Si estás insinuando que, de algún modo, ella fue la causante...

—No. —Él le cubrió una mano con la suya—. No. Sus limitaciones son esta casa y el terreno. No soy experto en lo paranormal, pero eso es lo que funciona, es lo que tiene sentido. Lo que ella es, o ha sido, se centra aquí.

—Sí. —Ella se relajó de nuevo y asintió—. Nunca he experimentado, ni he oído que nadie lo haya hecho, nada relacionado con ella más allá de los límites de la finca. Estoy segura de que, de haber habido algo, lo habría sabido o habría oído hablar de ello.

—Está unida a la casa, y tal vez a esta familia. Pero dudo que le afectara tu pesar y el de tus hijos cuando murió John. Pero es posible afectarla. Lo vimos

con Stella la primavera pasada, cuando se comunicó con ella como madre. Lo hemos visto esta noche, cuando le has parado los pies.

—De acuerdo. —Roz asintió y tomó la copa de vino—. De acuerdo, por ahora te sigo.

—Cuando empezaste a relacionarte de nuevo, a verte con hombres, incluso a tener amantes, ella solo estaba ligeramente enojada. Lo desaprobaba, como dices, porque ellos no te importaban a un nivel profundo. No iban a formar parte de tu vida ni de esta casa, a la larga.

—¿Me estás diciendo que ella sabía eso?

—Está unida a ti, Roz. Sabe qué hay en tu interior, por lo menos lo suficiente para comprender qué piensas y cómo sientes, cosas que quizá no digas en voz alta.

—Se mete en mi cabeza —dijo ella en voz baja—. Sí, eso lo he notado, y no me gusta nada. Pero ¿qué me dices de tu teoría si incluimos a Bryce? Me casé con él. Vivió aquí. Y aunque ella actuó unas pocas veces, no hizo nada extremo, nada violento.

—No le querías.

—Me casé con él.

—Y te divorciaste. No era una amenaza para ella. Parece ser que ella sabía eso antes que tú. Por lo menos antes de que lo supieras conscientemente. Digamos que era superfluo para ella. Tal vez eso se deba a que él era débil, pero por la razón que fuera, seguía sin representar una amenaza para ella. No lo era desde su punto de vista.

—Y tú sí que lo eres.

—Es evidente. Podríamos suponer que es algo relacionado con mi trabajo, pero eso no cuadra. Ella quiere que averigüemos quién fue. Quiere que trabajemos para descubrirlo.

—Pareces conocerla muy bien, pese al poco tiempo transcurrido desde que empezaste a oír hablar de ella.

—Sí, es un conocimiento breve pero intenso —replicó él—. Comprender a los muertos forma parte de mi trabajo. Personalizarlos es precisamente lo que me parece más atractivo de esta tarea. Está airada porque me has permitido entrar en tu vida, en tu cama.

—Porque no eres débil.

—No lo soy —convino él—. Y también porque te importo, o te importaré. Voy a empeñarme en que así sea, porque la meta hacia la que tú y yo nos

dirigimos es importante.

—Estamos teniendo una aventura, Mitch, y aunque no la tomo a la ligera, yo...

—Rosalind. —Él puso su mano sobre las de ella y la miró a los ojos—. Sabes muy bien que me estoy enamorando de ti. Es así desde el momento en que abrí la puerta de mi piso y te vi en el umbral. Eso me asusta, pero no cambia las cosas.

—No lo sabía. —Ella retrocedió. Se llevó la mano al corazón, luego a la garganta y la bajó de nuevo—. No lo sabía, de modo que he sido tan ajena a la realidad como Hayley. Pensaba que sentíamos una gran atracción el uno hacia el otro, y respeto mutuo junto con... ¿por qué sonrías?

—Estás nerviosa. Nunca te había visto tan nerviosa. ¿A qué será debido?

—No estoy nerviosa. —Clavó el tenedor en el último trozo de pollo—. Estoy sorprendida, eso es todo.

—Asustada, es lo que estás.

—En absoluto —replicó ella con cierta vehemencia, y movió hacia atrás la silla—. De ninguna manera. De acuerdo, lo estoy. —Mitch se echó a reír, y entonces ella se levantó—. Sí, eso te satisfaría. A los hombres os gusta ponernos nerviosas.

—No digas tonterías.

A pesar de que hablaba en broma, la voz de Mitch tenía un tono acerado. Roz, intrigada por la mezcla de humor y severidad, se volvió hacia él.

—Tienes una enorme confianza en ti mismo.

—La primera vez que me dijiste eso fue un cumplido, pero ahora quieres decir que soy arrogante; pues lo mismo te digo, cariño.

Ella se echó a reír. Entonces se llevó los dedos a los ojos y se los apretó.

—Oh, Mitchell, por Dios, no sé si estoy en condiciones de tener otra relación importante. Son muy agotadoras. El amor puede ser tan absorbente, estar tan lleno de exigencias... No sé si tengo el vigor o el valor o la generosidad necesarios.

—No dudo que tienes esas tres virtudes en abundancia, pero aceptaremos los acontecimientos como vengan y veremos qué ocurre. —Mitch se puso en pie—. No puedo decir que me importe ponerte un poco nerviosa —dijo mientras se le acercaba—. Nada te hace flaquear, o por lo menos no se te nota.

—No tienes ni idea.

—Creo que sí la tengo. —La rodeó con sus brazos e inició un suave baile,

moviéndose al ritmo de la música—. Una de las cosas más atractivas que tienes es tu inquebrantable competencia.

—Soy competente —replicó ella, y alzó la cabeza—. Quiero que mi contable sea competente, pero estoy totalmente segura de que no deseo acostarme con él.

—Eso tiene un atractivo irresistible.

—¿Es ésta la parte seductora de la velada?

—Solo estamos empezando. ¿Te molesta?

Ella comprendió que él la consideraba competente y que eso le parecía atractivo. Que Mitch pensara así hacía que se sintiera tierna y querida.

—Me preguntaste lo mismo la primera vez que me besaste. Tampoco entonces me molestó.

—Me encanta que seas hermosa. Es superficial por mi parte, pero ya ves. Un hombre tiene derecho a ciertos defectos.

Divertida, ella le deslizó un dedo por la nuca.

—La perfección es aburrida... pero, por Dios, no le digas a Stella que he dicho tal cosa.

—Entonces nunca te aburriré.

Tocó ligeramente sus labios con los suyos, una, dos veces, y entonces, con mucha lentitud, el contacto se transformó en un beso.

El calor, la vida, la emoción y la fuerza recorrieron el cuerpo de Roz. Se movía con él, abandonada a la sensualidad del baile y del beso, dejándose llevar. Como una mujer que se deslizara por un sendero sembrado de fragantes pétalos, bajo la luz de la luna, hacia el amor.

Oyó que una puerta se cerraba suavemente, y al abrir los ojos vio que él, con los giros de la danza, la había llevado a su dormitorio.

—Eres un bailarín inteligente, doctor Carnegie. —Como él seguía haciéndola girar, se echó a reír—. Muy inteligente.

La besó de nuevo, girando hasta que ella tuvo la espalda contra la puerta, hasta que el beso se transformó en un conato de mordisco. Entonces él deslizó las manos por sus brazos y retrocedió.

—Enciende las velas —le dijo—. Yo encenderé el fuego.

Estremecida de la cabeza a los pies, ella permaneció apoyada en la puerta. Notaba el corazón henchido y tierno, y su latido era una dolorosa vibración en su pecho. Cuando se movió, lo hizo con cuidado, como si se deslizara a través de la niebla en un sueño. Y, al aplicar la llama al pabilo, observó que le temblaban los dedos.

—Te deseo. —Su voz era bastante firme, y se sentía agradecida—. El deseo es más fuerte y muy distinto de todo cuanto he sentido hasta ahora. Tal vez sea porque yo...

—No lo analices. Por lo menos no lo hagas esta noche.

—De acuerdo. —Se volvió, como lo hacía él, de modo que quedaron uno frente al otro en ambos extremos de la habitación—. Dejémoslo en que te deseo, muchísimo. Un deseo que me acucia y no es del todo cómodo.

A la luz dorada, él se le acercó y le tomó las manos.

—Déjame mostrarte qué siento. —Le alzó las manos, y le puso las palmas hacia arriba para besar primero una y luego la otra. Entonces le tomó el rostro y le acarició las mejillas con los pulgares mientras los demás dedos se deslizaban en su cabello—. Déjame que te haga mía —le dijo mientras su boca se movía sobre la de ella—. Déjame que te haga mía esta noche.

Le estaba pidiendo su rendición. Y eso era pedirle demasiado. Pero ella le dio su boca y a continuación su cuerpo, mientras las manos de Mitch la acariciaban.

Bailaron de nuevo, dando vueltas y oscilando mientras el placer de ensueño que él le ofrecía penetraba en ella como un delicioso vino tinto.

Mitch le quitó la camisa y le murmuró al oído, acerca de su piel y su aroma. Mientras bailaba, Roz tenía la sensación de que flotaba.

Le estaba dando lo que él le había pedido. Rendición. Aunque era una entrega lenta, centímetro a centímetro, él la notaba, percibía aquel maravilloso abandono. La desnudó mientras bailaban, con un cuidado que casi resultaba doloroso, un placer que lentamente eliminaba cada barrera que separaba sus manos de la carne femenina.

Bailar a la luz del fuego y las velas era de un increíble erotismo; el cuerpo desnudo de Roz se apretaba contra el de Mitch, que seguía completamente vestido. Ver en el espejo su alargado y esbelto perfil, la manera en que la luz realzaba su piel, notar el temblor bajo sus manos, la violencia del pulso bajo su boca.

Cuando le deslizó las manos entre los muslos, él notó la sacudida que experimentaba ella, oyó que contenía la respiración.

Estaba muy excitada, y húmeda. Sus uñas se clavaron en los hombros de Mitch mientras éste empezaba a acariciarla muy despacio. Pequeñas y tortuosas caricias que a Roz le cortaban la respiración y aceleraban la sangre de su amante.

Su cuerpo se estremeció y se fundió con el de Mitch cuando llegó al

momento culminante. Echó la cabeza atrás mientras él seguía excitándose, los ojos vidriosos y sorprendidos.

Roz era tan flexible que él pudo dejarla delicadamente sobre la cama. No dejaron de mirarse mientras él se desnudaba.

Entonces él le alzó una pierna, se inclinó y le besó la pantorrilla.

—Es mucho más lo que quiero de ti.

Sí, pensó ella. Muchísimo más. Y se rindió al deseo, a él; le dio cuanto quería.

La boca de Mitch la encontró, la encendió de nuevo, la dejó sin respiración, hasta que ella tuvo que asir la colcha para no salir volando.

Él la exploró, la tomó, mientras el aire se espesaba y endulzaba como un jarabe y los más profundos y oscuros placeres se estremecían dentro de ella.

Roz sollozaba, ansiosa de él, incluso mientras la penetraba. Mitch no alteró su lánguido ritmo; incrementaba la excitación con una paciencia casi sádica, una fricción deliciosa y embriagadora. Ella no tenía alternativa, no podía seguir dominándose, solo podía estremecerse, anhelar, gozar mientras él la empujaba cada vez más hacia el abismo.

Y cuando por fin ella cayó, fue como si volara.

Todavía estaba temblando. Se dijo que era ridículo. Era estúpido, pero, al parecer, no podía detenerse. Estaba caliente, incluso demasiado caliente; solo entonces se percató de que ambos estaban cubiertos de sudor.

Había sido totalmente seducida, y totalmente utilizada. Y no le parecía en absoluto mal ni una cosa ni la otra.

—Estoy tratando de pensar en algo apropiado que decir.

Él movió los labios contra su cuello.

—¿Qué te parece «vaya»?

Le pesaban los brazos, pero logró moverlos lo suficiente para deslizarle una mano por el pelo.

—Probablemente eso es lo más indicado. Me he corrido tres veces.

—Cuatro.

—¿Cuatro? —Su voz era tan borrosa como su vista—. Debo de haber perdido la cuenta.

—Yo no. —Había una maliciosa satisfacción en su tono, que ella vio reflejada en su rostro cuando se dio la vuelta.

—Ya que me encuentro en la gloria, he de admitir que es la primera vez que me corro cuatro veces seguidas.

Él le tomó la mano y le apretó los dedos.

—Sigue conmigo, cielo, y no será la última.

Ella soltó una risotada llena de lujuria, y se movió para apoyarse en su pecho.

—Estás muy orgulloso de ti mismo.

—Eso es cierto.

—Yo también. —Apoyó la cabeza en el corazón de Mitch y cerró los ojos—. Iré a correr alrededor de las seis.

—¿De la mañana?

—Sí. Si quieres venir conmigo, Harper tiene un chándal de repuesto en la habitación de al lado.

—De acuerdo.

Roz se abandonó al sueño, como una gata acurrucada para hacer la siesta.

—Ella no nos ha molestado.

—Lo sé.

14

Vestido con traje y corbata y armado con media docena de rosas amarillas y una caja de bombones Godiva, Mitch subió en ascensor hasta el tercer piso del edificio para jubilados donde vivía Clarise Harper. Llevaba en el portafolio la carta que ella le había enviado, y el tono formal, de dama sureña, le había confirmado que aquella mujer esperaba el traje y el tributo floral, tal como le dijera Roz.

Pensó que la señora Clarise no había aceptado una reunión, sino que, evidentemente, le concedía una audiencia.

En su intercambio epistolar ninguno de los dos mencionó a Rosalind ni a ningún otro ocupante de la mansión Harper.

Tocó el timbre y se dispuso a ser encantador y persuasivo.

La mujer que abrió la puerta era joven, de poco más de veinte años, vestida con una sencilla y conservadora falda negra y blusa blanca, y calzada con unos prácticos zapatos de tacón bajo. Llevaba el cabello recogido en lo que él supuso que las mujeres todavía llamaban un moño, un estilo que no favorecía en absoluto a su joven y delgado rostro.

La primera impresión de Mitch fue la un cachorro tranquilo y bien criado que iría en busca de las zapatillas sin dejar una sola marca de sus dientes en el cuero.

—Pase, por favor, doctor Carnegie. La señorita Harper le está esperando.

La voz armonizaba con el resto de su persona, serena y bien educada.

—Gracias.

Mitch entró en la sala de estar, amueblada con una mezcla de antigüedades. Su ojo de coleccionista distinguió un secreter Jorge III y una vitrina Luis XVI entre los diversos estilos y épocas.

Las butacas eran probablemente italianas; el sofá, Victoriano, y todo parecía de lo más incómodo.

Había gran cantidad de estatuas, que incidían machaconamente en los temas de la pastora, el gato y el cisne, y jarrones a los que casi ahogaba su decoración. Todos los objetos de porcelana y cristal estaban sobre tapetes y paños rígidamente almidonados.

Las paredes estaban pintadas de color rosa caramelo, y la alfombra de lana beis que iba de una pared a otra estaba enterrada bajo varias esteras sobre las que había recipientes con flores.

El aire olía como el interior de un cofre de cedro que hubieran lavado con agua de lavanda.

Todo relucía. Mitch imaginó que si una errante mota de polvo se atrevía a invadir semejante esplendor, el tranquilo cachorro la perseguiría y eliminaría al instante.

—Siéntese, por favor. Informaré de su llegada a la señorita Harper.

—Gracias, señorita...

—Paulson. Jane Paulson.

—¿Paulson? —Él revisó el árbol genealógico en sus archivos mentales—. Entonces es familiar de la señorita Harper por el lado paterno.

Un leve color animó las mejillas de la muchacha.

—Sí, soy sobrina nieta de la señorita Harper. Dispense.

Pobre chiquilla, pensó él cuando la joven salió. Mitch se abrió paso entre los muebles y se sentó con reticencia en una de las butacas.

Al cabo de un momento, oyó el sonido de un bastón que golpeaba el suelo, seguido por el de pisadas, y apareció la mujer.

Aunque era muy delgada, Mitch no la habría considerado frágil, a pesar de su edad. Más bien, a primera vista, le pareció fuerte y reducida a los elementos básicos. Llevaba un lujoso vestido de color malva, y se apoyaba en un bastón de ébano con empuñadura de marfil.

Su cabello era un casco de un blanco prístino, y el rostro, tan delgado como el resto del cuerpo, era un mapa de arrugas bajo una capa de polvos y colorete. Su boca, delgada como una hoja de acero, estaba pintada de un rojo amapola.

Se adornaba con perlas, en los pendientes y el collar, y tenía los dedos cuajados de anillos que brillaban como nudillos de latón.

El cachorro iba tras ella.

Conocedor de su papel, Mitch se puso en pie y hasta logró hacer una leve reverencia.

—Es un honor conocerla, señorita Harper. —Tomó la mano que ella le tendía

y la llevó a un par de centímetros de sus labios—. Le agradezco que haya encontrado un hueco para recibirme. —Le ofreció las rosas y los bombones—. Le ruego que acepte esta pequeñez, como símbolo de mi aprecio.

Ella hizo un gesto con la cabeza que podría ser de aprobación.

—Gracias. Pon estas preciosas rosas en un florero, Jane. Por favor, doctor Carnegie, tome asiento. Su carta me intrigó mucho —siguió diciendo la dama mientras se sentaba en el sofá y apoyaba el bastón en el brazo—. No es usted de la zona de Memphis.

—No, señora. Soy de Charlotte, donde todavía viven mis padres y mi hermana. Mi hijo estudia en la universidad de aquí, y me mudé para estar cerca de él.

—Está divorciado, ¿no es cierto?

Mitch pensó que la mujer había hecho sus investigaciones. No había en ello nada censurable. Él había hecho lo mismo.

—Sí, en efecto.

—No pruebo el divorcio. El matrimonio no es un vuelo de la imaginación.

—No lo es, desde luego. Confieso que he sido el principal culpable de mis dificultades conyugales. —Mantuvo su mirada fija en los penetrantes ojos de la dama—. Soy alcohólico, y aunque me recuperé hace muchos años, le causé a mi esposa mucha angustia y aflicción durante nuestro matrimonio. Me complace que haya vuelto a casarse con un hombre bueno; ahora tenemos una relación cordial.

Clarise frunció sus brillantes labios rojos y asintió.

—Respeto a un hombre que acepta la responsabilidad de sus actos. Si un hombre no puede controlar la bebida, no debería beber. En eso se resume todo.

Mitch pensó que era una bruja.

—Soy buena prueba de ello.

Ella siguió sentada, y a pesar de casi ocho décadas de desgaste, su espalda se mantenía recta como una lanza.

—¿Se dedica a la enseñanza?

—Ya no. Ahora me dedico totalmente a investigar y escribir historias familiares y biografías. Nuestros antepasados son nuestros cimientos.

—Ciertamente. —Su mirada cambió de dirección cuando entró Jane con las flores—. No, ahí no —le dijo la mujer con brusquedad—. Ahí, y ten cuidado. Ya puedes traer el té. —Volvió su atención hacia Mitch—. Está usted interesado en la familia Harper.

—Sí, mucho.

—Entonces sabrá que los Harper no son solo mis cimientos, sino también una parte vital de los cimientos del condado de Shelby y, por supuesto, del estado de Tennessee.

—Lo sé muy bien, y confío en que usted haga justicia a sus contribuciones. Ésa es la razón de mi visita. He venido en busca de su ayuda y sus recuerdos, y con la esperanza de que me confíe cualesquiera cartas o libros, cualquier documentación escrita que me ayude a escribir una pormenorizada historia de la familia Harper. —Alzó la vista y vio que Jane entraba llevando una gran bandeja con una tetera y tazas—. Permítame ayudarla.

Cuando se acercaba a ella, vio que la mujer echaba una rápida mirada a su tía. Evidentemente aturdida, le permitió que tomara la bandeja.

—Gracias.

—Sirve el té, muchacha.

—La señorita Paulson es su sobrina nieta por el lado paterno —empezó a decir Mitch con naturalidad, y se sentó de nuevo—. Tener tan cerca a un miembro de su familia debe de ser reconfortante.

Clarise ladeó la cabeza majestuosamente.

—El deber hacia la familia es lo más importante. Supongo que ha llevado usted a cabo una considerable investigación hasta la fecha.

—Así es. Si me permite usted... —Abrió el portafolio y sacó el dossier que había preparado para ella—. He pensado que le gustaría tener esto. He trazado un árbol genealógico de la familia.

Ella aceptó el dossier e hizo un gesto con los dedos en el aire. De inmediato Jane le dio unas gafas de lectura provistas de una cadena de oro.

Mientras buscaba entre los papeles, Mitch hizo lo posible por tragar el insípido té.

—¿Cuánto cobra usted?

—Esto es un regalo, señorita Harper, puesto que no ha solicitado usted mis servicios. Soy yo quien requiere su ayuda en un proyecto que estoy muy deseoso de llevar a cabo.

—Voy a serle franca, doctor Carnegie. No aceptaré que me pida fondos para su proyecto.

—Está perfectamente claro.

—Veo que se ha remontado al siglo dieciocho, cuando los primeros miembros de mi familia inmigraron desde Irlanda. ¿Tiene intención de

retroceder más?

—Sí, aunque mi plan consiste en concentrarme principalmente en la familia instalada aquí, en Tennessee, en lo que construyeron tras su llegada a América. La industria, la cultura, su destacado papel en ambas, así como en la vida social. Y lo más importante, para mis objetivos, la misma familia. Los matrimonios, nacimientos y fallecimientos.

A través de las gafas de lectura, los ojos de la mujer eran como los de un halcón: depredadores.

—¿Por qué incluye aquí a personal del servicio y a criados?

Él ya se había planteado esa cuestión, pero decidió guiarse por su instinto.

—La razón es sencilla. Estaban integrados en la casa, formaban parte de la estructura doméstica. De hecho, estoy en contacto con una descendiente de una de las amas de llaves que hubo en la mansión Harper... cuando la madre de usted, Victoria Harper, era niña. La vida cotidiana, así como la hospitalidad que caracterizaba a los Harper son elementos esenciales de mi trabajo.

—¿Y los trapos sucios? —La dama soltó un aristocrático resoplido—. La clase de cosas que solo saben los criados.

—Le aseguro que no tengo intención de escribir un *roman à clef*, sino una historia familiar detallada, meticulosa y que se atenga a los hechos. Una familia como la suya, señorita Harper —siguió diciendo, al tiempo que hacía un gesto hacia el dossier—, ciertamente tiene sus triunfos y sus tragedias, sus virtudes y sus escándalos. No puedo excluir nada que descubra en el curso de mis investigaciones, y no haré tal cosa. Pero creo que la historia de su familia y su legado sobresale, desde luego, por encima de sus muy humanos defectos.

—Pero los defectos y el escándalo dan más sabor a un relato... y eso vende.

—No lo discutiré. Pero, ciertamente, con la información que usted me proporcione, podríamos decir que el libro sería más interesante.

—Sí, podríamos decirlo. —La mujer dejó el dossier a un lado y tomó un sorbo de té—. A estas alturas, sin duda se habrá puesto en contacto con Rosalind Harper.

—Sí.

—Y ella... ¿coopera?

—La señora Harper ha sido muy servicial. He pasado cierto tiempo en la mansión Harper. Es algo sencillamente asombroso. Un tributo a lo que levantó su familia desde que llegó al condado de Shelby, y un homenaje al encanto y a la elegancia así como a la continuidad.

—Fue mi tatarabuelo quien construyó la mansión Harper, y su hijo quien la preservó durante la guerra de agresión del Norte. Mi abuelo amplió y modernizó la casa, mientras preservaba su historia y sus tradiciones.

Él aguardó un momento a que continuara, que le hablara de la contribución de su tío a la finca. Pero la mujer se detuvo ahí, y él se limitó a asentir.

—La mansión Harper es un testimonio de su familia y un tesoro para el condado de Shelby.

—Es la casa más antigua de su estilo en este país, y en ella ha vivido siempre la misma familia. La realidad es que no puede compararse con nada, ni en Tennessee ni en ninguna otra parte. Es una pena que mi primo no pudiera tener un hijo que llevara el apellido de la familia.

—La señora Harper mantiene el apellido de la familia.

—Y tiene una floristería en la propiedad. —Mostró el disgusto que le producía esta circunstancia con otro resoplido y una sacudida de los dedos cubiertos de anillos—. Confío en que su hijo mayor, cuando herede la finca, tenga más sentido común y más dignidad, aunque no veo ninguna indicación de ello.

—Su familia siempre se ha dedicado al comercio, la industria, los negocios.

—Pero no en casa. Tal vez decida cooperar con usted, doctor Carnegie, puesto que mi prima Rosalind no es precisamente la mejor fuente para explorar nuestra historia familiar. Puede deducir usted que no tenemos buenas relaciones.

—Lamento escuchar tal cosa.

—Difícilmente podría ser de otro modo. Tengo entendido que incluso viven forasteros en la mansión, y que una de ellos es yanqui.

Mitch esperó un instante, y comprendió lo que ella esperaba verificar.

—Creo que tiene huéspedes, y una de ellas es también pariente lejana, relacionada con el primer marido de la señora Harper.

—Una madre soltera. —Los labios pintados de un rojo brillante trazaron una línea—. Es vergonzoso.

—Es... una situación delicada, pero que sucede muy a menudo en cualquier historia familiar. Resulta que una de las leyendas que he oído contar acerca de la casa y la familia trata de un fantasma, el de una mujer joven que pudo haberse encontrado en esa misma delicada situación.

—Eso son melonadas —replicó la dama. Mitch parpadeó. No creía haber oído jamás utilizar esa palabra en una conversación—. Fantasmas. Creía que un hombre de su cultura sería más juicioso.

—Al igual que el escándalo, señorita Harper, los fantasmas añaden sabor. Y la leyenda de la Novia Harper es conocida en la zona. Desde luego, es preciso mencionarla si se trata de una historia detallada de la familia. Sería más sorprendente que una casa tan antigua y de rica historia como la mansión Harper no tuviera algún atisbo de encantamiento. Sin duda oyó hablar de la leyenda en su adolescencia.

—La conozco, pero incluso de niña era lo bastante juiciosa para no creer en semejante tontería. A algunos estas cosas les parecen románticas, pero a mí no. Si es usted hábil o experto en su trabajo, forzosamente descubrirá que ninguna joven Novia Harper, como se llama a ese fantasma, murió en la casa. No desde que empezó a difundirse la leyenda.

—¿Cuándo fue?

—En tiempos de mi abuelo, según todos los indicios. Sus mismos papeles —dijo mientras daba unos golpecitos al dossier— desmontan esa tontería. Mi abuela vivió hasta una edad avanzada, lo mismo que mi madre. Mis tías no eran jóvenes cuando murieron. Mi bisabuela y todos sus hijos que no perecieron antes de los cinco años vivieron hasta bien pasada la cuarentena.

—He oído decir que ese fantasma es quizá un pariente lejano, incluso una huésped o una sirvienta.

—Todas esas suposiciones carecen de sentido.

Él la miró con una plácida sonrisa y asintió como si estuviera de acuerdo con ella.

—En cualquier caso, es algo que se suma a la tradición. Así pues, que usted sepa, ¿ningún miembro de su familia ha visto realmente a esa novia legendaria?

—Por supuesto que no.

—Es una lástima. Habría sido un capítulo muy interesante del libro. Esperaba encontrar a alguien que tuviera una historia que contar, o que la hubiera trasladado a un diario, pero de un modo más realista. Si hubiera algún escrito me ayudaría a profundizar la investigación, podría usarlo para personalizar esta historia familiar. ¿Tiene usted algún diario que llevaran sus padres u otros antepasados? Tal vez su abuela, su propia madre, tías, primas...

—No.

Por el rabillo del ojo, vio que Jane abría la boca para hablar, pero volvía a cerrarla con rapidez.

—Confío en que me permita entrevistarla con más profundidad sobre algunos aspectos concretos, y pueda escuchar las anécdotas que tenga a bien

contarme. Y que esté dispuesta a facilitarme fotografías, tal vez copias cuyos gastos correrán de mi cuenta, para incluirlas en el libro.

—Lo consideraré muy seriamente, y me pondré en contacto con usted cuando haya tomado una decisión.

—Gracias. Aprecio mucho el tiempo que me ha dedicado. —Se puso en pie y le tendió la mano—. Su familia es del mayor interés para mí, y ha sido un placer conversar con usted.

—Adiós, doctor Carnegie. Jane, acompaña al caballero a la puerta.

Antes de salir, tendió la mano a Jane y, mirándola a los ojos, le sonrió.

—Encantado de haberla conocido, señorita Paulson.

Se encaminó al ascensor; se balanceó adelante y atrás sobre los talones, mientras esperaba que las puertas se abrieran.

La anciana tenía algo... algo que no quería compartir. Y el tranquilo cachorro lo sabía.

Roz se dirigía a casa a través del bosque con el mejor estado de ánimo posible. Faltaba muy poco para la gran apertura de la primavera. La temporada empezaría con un estallido floral, el trabajo sería largo, duro y físico, algo que a ella le encantaba.

La nueva tierra para tiestos ya empezaba a venderse, y una vez hubiera empezado la temporada, los sacos de doce kilos tendrían una salida espectacular.

Estaba convencida de que así sería. Lo notaba.

A decir verdad, lo notaba todo. La vibración del aire que anunciaba la primavera, los torrentes de luz solar que se filtraban entre las ramas, el ágil movimiento de sus propios músculos.

Pensó que no era de extrañar que estuvieran ágiles tras la noche anterior. Cuatro orgasmos, por el amor de Dios. Y Mitch era un hombre de palabra. Quédate conmigo, le había dicho, y no será la última vez.

Se lo había demostrado en plena noche.

Habían hecho el amor dos veces en una noche, y eso ciertamente merecía una marca roja en el calendario de Roz.

Con John eran jóvenes y habían sido capaces de satisfacerse mutuamente. Incluso después de que llegaran los hijos, el aspecto sexual de su matrimonio había sido vital.

Luego transcurrió mucho tiempo antes de que ella permitiera que otro

hombre la tocara. Aunque lo cierto era que, en un sentido profundo, más allá de la superficie, ninguno lo había hecho.

Bryce no llegó al fondo de su ser. Pero, por lo menos durante algún tiempo, Roz pensó que ella tenía la culpa, que se debía a su propia naturaleza. No le había amado de verdad. Pero le gustaba, disfrutaba con él y, desde luego, se sentía atraída por él.

Estúpidamente, pero ahora eso estaba fuera de lugar.

El sexo, en el mejor de los casos, había sido adecuado, y eso le bastó. En aquel entonces quería, necesitaba, compañía y camaradería.

Desde el divorcio, y, a decir verdad, desde bastante antes de divorciarse, había sido célibe, por decisión propia, que era la correcta para ella.

Hasta que llegó Mitch.

Ahora él la llevaba al paroxismo, y por Dios que se sentía agradecida. Y también aliviada, al saber que su impulso sexual se encontraba en perfectas condiciones.

Le había dicho que se estaba enamorando de ella, y eso le hizo sentir un pequeño nudo en las entrañas. El amor aún significaba cosas concretas para ella. El matrimonio y la familia eran cosas demasiado serias para tomarlas a la ligera.

Nunca volvería a tomarse el matrimonio a la ligera, de modo que difícilmente podía tomarse así el amor que lo precedía.

Pero podía gozar de él, y de sus sensaciones en aquel atardecer espectacular.

Cruzó su jardín particular y vio que florecían los primeros narcisos de un amarillo cremoso. Tal vez entraría, cogería las tijeras y cortaría algunos para su dormitorio.

Cuando se acercaba a la casa, vio a Stella y a Hayley en la terraza, y las saludó agitando la mano.

—Huele a primavera —les dijo—. Vamos a tener que empezar a movernos...

—Se interrumpió al ver sus caras—. Vaya, qué serias estáis. ¿Algún problema?

—No exactamente —respondió Stella—. Hoy ha venido la señora Haggerty.

—¿Le ocurre algo?

—No, nada. Pero quería saber cómo te iba, si estabas bien.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Le preocupaba que la escena del club te hubiera alterado.

—Ah. —Roz se encogió de hombros—. Qué poco me conoce.

—¿Por qué no nos lo has contado? —le preguntó Stella.

—¿Perdona?

—Ha dicho que esa zorra, esa Barbie, te insultó delante de todo el mundo —terció Hayley—. Que difundió mentiras y rumores y te acusó de hostigar a ese gilipollas con el que se ha liado.

—Parece que conocéis la mayor parte de los hechos. Debería haber añadido, si no lo ha hecho, que Mandy acabó dando una imagen de estupidez y vulgaridad, y que sin duda el asunto la dejó más avergonzada de lo que yo estaba.

—No nos lo contaste —repitió Stella.

—¿Por qué habría de haberlo hecho? —dijo Roz en un tono distante.

—Porque aunque ella se quedara más avergonzada, tuvo que alterarte. Y aunque eres la jefa y bla, bla, bla...

—¿Bla, bla, bla?

—Y que das un poco de miedo... —añadió Stella.

—¿Un poco?

—El temor ha disminuido considerablemente durante el último año.

—Yo no te temo —dijo Hayley, y encorvó los hombros cuando Roz le dirigió su fría mirada—. Bueno, no mucho.

—A pesar de que somos tus empleadas, somos amigas. O creíamos que lo éramos.

—Por el amor de Dios. Las chicas sois mucho más complicadas que los chicos. —Roz exhaló un largo suspiro y se dejó caer en el columpio del porche—. Pues claro que somos amigas.

—Pues si somos amigas —continuó Hayley, y se sentó al lado de Roz en el columpio—, cuando una zorra flacucha como ésa te fastidia, has de contárnoslo. ¿Cómo si no vamos a odiarla? ¿De qué otro modo se nos ocurrirán cosas terribles que decir de ella? Por ejemplo, ¿sabías que el setenta y tres por ciento de las mujeres cuyo nombre termina en «i» son bonitas y tontas?

Roz se quedó un momento en silencio.

—¿Es esa una de tus teorías no comprobables o lo acabas de inventar?

—De acuerdo, eso lo he inventado, pero apuesto a que es cierto si en vez del punto le ponen a la «i» un corazoncito... pasados los doce años de edad. Y estoy segura de que ella lo hace. Así que decididamente es bonita y tonta.

—Una chica que cree en un embustero redomado es una necia.

—Sigo diciendo que es bonita y tonta.

—No tenía ningún derecho a decirte esas cosas, a la cara o a tus espaldas —dijo Stella, que se había sentado al otro lado de Roz.

—No, no lo tenía, y por eso se puso todavía más en evidencia. Sí, no voy a negarlo, me molestó un poco. No me gusta que se aireen mis asuntos personales en foros públicos.

—Nosotras no somos un foro —dijo Hayley con firmeza—. Ni somos el público.

Roz guardó silencio un momento, puso una mano sobre el muslo de cada una de las jóvenes y los restregó un poco.

—Como he dicho, las mujeres somos más complicadas que los hombres; incluso siendo mujer, probablemente comprendo mejor a los hombres. Desde luego, no pretendía herir vuestros sentimientos al guardarme para mí lo sucedido.

—Solo queremos que sepas que estamos aquí para ponernos de tu lado, a las duras y a las maduras.

Las palabras de Hayley la conmovieron.

—Entonces deberíais saber que hace tiempo que aparté a Mandy de mi mente, como lo hago con las personas insignificantes. Y ahora mi estado de ánimo es demasiado bueno para pensar en ella. Cuando una mujer, sobre todo una mujer que está muy cerca de los cincuenta, tiene un amante que cumple de maravilla dos veces en una noche, tan bien, de hecho, que ella necesita los dedos de ambas manos para contar el número de orgasmos experimentados, en lo último que piensa es en una chica boba que carece de modales.

Dio otra palmadita a cada uno de los muslos y se puso en pie.

—En fin, ya os he contado algo bueno —les dijo, y entró en la casa.

—¡Vaya! —exclamó Hayley, después de que lograra cerrar la boca, que se le había quedado abierta—. Estoy alucinando. ¿Cuántas veces crees que él se lo hizo? Por lo menos seis, ¿verdad?

—¿Sabes qué pensé la primera vez que vi a Roz?

—Pues no.

—Que quería ser como ella cuando fuese mayor. Y lo sigo pensando.

Roz regresó a la cocina, en busca de la cafetera. Una vez tuvo la taza en la mano, se acercó sigilosamente a David, que estaba ante los fogones, preparando su afamado chocolate caliente, y le dio un beso en la mejilla.

—¿Los chicos están fuera?

—Están quemando energía con Parker, corriendo por ahí antes de tomar el

chocolate caliente. Mi otro invitado, como ves, me ha fallado.

Stella miró a Lily, que dormitaba en el asiento de la silla alta, y sonrió.

—¿No es una muñeca, y no eres tú un encanto por cuidar de tres niños de modo que estas chicas pudieran abordecarme? —inquirió Roz.

—Se hace lo que se puede. Y tú deberías haber mencionado lo que hizo esa estúpida zorra.

—¿Has visto alguna vez que no sea capaz de enfrentarme a una estúpida zorra?

—Nunca he visto que no seas capaz de enfrentarte a cualquier cosa, pero deberías haberlo mencionado. ¿Cómo si no voy a saber la forma que he de darle a la muñeca de vudú?

—No te preocupes, Bryce todavía le clavaré muchos alfileres antes de terminar la relación.

—No esperes que lo sienta por ella.

—Tendrá que cargar con su cruz.

—La cena estará lista dentro de una hora —dijo David mientras se disponía a salir de la cocina—. Por cierto, hay unos mensajes telefónicos. Estaban en tu línea, así que no los he escuchado.

—Los escucharé arriba.

Roz se llevó consigo la taza de café y, nada más cruzar el umbral de su habitación, se quitó los zapatos. Entonces pulsó el botón del contestador automático.

«Hola, Roz, no he querido molestarte en el trabajo».

—Qué voz más bonita tienes, doctor Carnegie —comentó ella en voz alta, y se sentó en el borde de la cama para entregarse al placer de escucharla.

«Esta noche me toca comer pizza con Josh. Olvidé decírtelo. Me gusta pensar que me echarás de menos y que podré compensarlo yendo a comer juntos mañana. Lo que quieras, donde quieras, házmelo saber. Por otro lado, hoy he hecho cierto trabajo y me gustaría hablar de ello contigo mañana. Estaré ahí a mediodía. Si no nos vemos, llámame al móvil. No dejaré de pensar en ti».

—Es agradable saber eso. Muy agradable.

Aún estaba sumida en la ensoñación, cuando empezó el siguiente mensaje.

«Señora Harper, soy William Rolls, del Club de Campo Riverbend. Esta mañana he recibido su carta, y lamento mucho saber que está insatisfecha de nuestros servicios y que se da de baja como socia. He de admitir que me he quedado sorprendido, incluso asombrado, por su lista de quejas; hubiera

preferido que me las expusiera personalmente. Hemos valorado su asociación con Riverbend durante muchos años, y lamentamos su decisión de terminarla. Si desea que hablemos del asunto, le ruego que se ponga en contacto conmigo en cualquiera de los números de teléfono siguientes. Una vez más, lamento sinceramente lo ocurrido».

Roz permaneció sentada, completamente inmóvil, hasta que finalizó el mensaje. Entonces cerró los ojos.

—Que te jodan, Bryce.

Menos de una hora después no solo había hablado con William Rolls y le había asegurado que no estaba insatisfecha, que no se quejaba de nada y que no había escrito ninguna carta, sino que tenía en su poder una copia de la carta en cuestión enviada por fax.

La furia que sentía amenazaba con estallar como un geiser.

Se estaba poniendo los zapatos cuando Hayley entró en la habitación, con el bebé apoyado en la cadera.

—David dice que la cena... Vaya, ¿qué ocurre?

—¿Qué ocurre? ¿Quieres saberlo? Pues te lo diré. —Cogió la carta que había arrojado sobre la cama—. Esto es lo que ocurre. Ese miserable hijo de perra, ese asqueroso reptil ha puesto a prueba mi paciencia demasiadas veces.

—«La admisión de personas de clase baja y mezcla racial» —leyó Hayley, sosteniendo el papel fuera del alcance de Lily—. «Miembros del personal de dudosa reputación. Intimidación degradante entre el personal y los socios, un servicio de calidad inferior a lo establecido». —Miró a Roz con los ojos como platos—. Tú no has escrito esto.

—Pues claro que no. Y voy a coger esta carta, buscar al embustero de Bryce Clark y hacer que se la coma.

—No.

Hayley corrió a la puerta para impedirle el paso. Fue un movimiento tan rápido que Lily se echó a reír y se puso a dar brincos, esperando que la llevara a otra parte.

—¿No? ¿Qué significa esto? Estoy harta de soportar este atropello. Se acabó. Y te aseguro que voy a darle su merecido.

—No puedes. Estás demasiado furiosa para ir a ninguna parte. —Lo cierto era que no había visto nunca a Roz tan encolerizada, y lo que antes había dicho

Stella, que daba un poco de miedo, quedaba muy por debajo de la realidad—. No sé mucho de esas cosas, pero apostaría la paga de un mes a que él está esperando que actúes así. Tienes que tranquilizarte.

—Necesito darle una patada en los cojones.

—Sí, bueno, eso estaría muy bien. Solo que lo más probable es que él esté esperándolo, y debe de haber tomado medidas para que te detengan por agresión. Está jugando contigo, Roz.

—¿Crees que no lo sé? —Alzó los brazos mientras giraba sobre los talones, buscando algo que patear, algún objeto que arrojar, algo a lo que golpear—. ¿Crees que no sé lo que está haciendo ese cabrón? No voy a quedarme aquí de brazos cruzados y seguir soportándolo.

Los gritos, la violencia que mostraban, hicieron que la cara de Lily se contrajera, y su boquita tembló un instante antes de echarse a llorar.

—Dios mío, ahora asusto a los bebés. Lo siento. Lo siento. Anda, déjame que la tenga en brazos.

Lily siguió sollozando mientras Roz la tomaba de los brazos de Hayley y le hacía arrumacos.

—Tranquila, cariño. No estoy enfadada contigo ni tampoco con tu mamá. No sabes cuánto lo siento, chiquitina. —La arrulló y la acarició mientras Lily se aferraba a ella—. Estoy furiosa con ese despreciable, asqueroso y soplapollas hijo de perra que está haciendo cuanto puede por complicarme la vida.

—Has dicho soplapollas —susurró Hayley, asustada.

—Perdona. No sabe lo que estoy diciendo, así que no le hará daño. —Las lágrimas de Lily se redujeron a gimoteos cuando empezó a tirar de las puntas del cabello de Roz—. No debería haber gritado así delante de ella. Es el tono lo que le asusta, no las palabras.

—Pero has dicho soplapollas.

Esta vez Roz se echó a reír.

—Estoy tan furiosa... —dijo, meciendo a la criatura y calmándose con ella—. Me subo por las paredes. Además tienes razón, lo cual es irritante. No puedo salir de aquí corriendo e ir en busca de ese tipo. Es precisamente lo que él está esperando. No importa, no causará ningún destrozo irreparable. No puede hacer nada que no sea posible arreglar.

—Lo siento, Roz. Ojalá pudiera darle una patada en los cojones por ti.

—Gracias, querida, eres muy amable. Bajemos a cenar. —Alzó a Lily y le sopló en el vientre para hacerla reír—. Iremos a cenar y nos olvidaremos por

completo de ese reptil, ¿verdad, chiquitina?

—¿Estás segura?

—Del todo.

—Le has llamado reptil. Es un insulto para las pobres serpientes.

—Tú siempre tan considerada, Hayley.

15

Roz dio largas a Mitch durante un día, y también el día siguiente. Quería tener la mente clara y estar serena, y eso requería su tiempo. Tenía que reunirse con su abogado, y se sentía obligada a concertar otra cita con William Rolls en el club.

Detestaba verse apartada de su trabajo, sobre todo al comienzo de la temporada alta. Podía dar gracias a Dios por contar con Stella, con Harper y también con Hayley. Podía confiar en que su negocio estaba en las mejores manos.

Pero esas manos no eran las suyas, por lo menos no lo eran mientras iba de un lado a otro arreglando el estropicio que Bryce había hecho.

Una vez realizadas las desagradables gestiones, se dirigió bajo una fuerte lluvia al edificio donde creaban nuevas plantas. Durante un par de horas, por lo menos, podría dedicarse a los últimos preparativos para la temporada de primavera. Y podría irse con su dolor de cabeza y su mal talante a un lugar privado y dejar que el trabajo obrara su magia.

Pensó que, cuando hubiera terminado, iría en busca de Mitch. Si no estaba trabajando en la biblioteca, le llamaría. Deseaba su compañía... o confiaba en que la desearía por la noche.

Quería que le dieran conversación, sobre algo distinto de sus problemas personales. ¿Y no sería agradable relajarse con él, tal vez en la sala de estar, ante la chimenea encendida, sobre todo si seguía lloviendo, y deleitarse un poco con el modo en que él la miraba?

Una mujer podía acostumbrarse fácilmente a que un hombre la mirase como si fuese hermosa, deseable y única.

Si se acostumbraba lo suficiente, podría empezar a creerlo. Y Roz se daba cuenta de que le gustaría creerlo. Qué distinto era experimentar la atracción por un hombre en el que estabas segura que podías confiar.

Abrió la puerta del edificio donde creaban nuevas plantas.

Pero entró en su propio dormitorio.

Las brasas de la chimenea eran la única luz de la habitación, y las pequeñas llamas que aún ardían entre ellas lanzaban destellos dorados y rojos a la oscuridad. Primero los oyó: la respiración apresurada, la risa queda, el sonido de la ropa.

Entonces los vio a la luz de la chimenea. Bryce, su marido, y la mujer que era una invitada en la casa. Abrazados. No, más exactamente... manoseándose, ansiosos por tocarse, por saborearse mutuamente. Roz podía percibir la excitación de ambos, la energía de la emoción ilícita. Y supo, incluso en aquellos segundos de pasmo, que aquélla no era la primera vez. No lo era en absoluto.

Permaneció allí inmóvil, con los sonidos de la fiesta a sus espaldas, y absorbió la traición de que era objeto y la humillación que se deslizaba por debajo de ella como un líquido espeso y viscoso.

Como hiciera antes, empezó a retroceder, para dejarlos allí, pero él volvió la cabeza, la volvió hacia ella mientras sus manos tocaban los pechos de otra mujer.

Él sonrió, alegre, encantador y taimado; luego soltó una risita baja y satisfecha.

—Estúpida zorra, nunca te he sido fiel. Ninguno de nosotros lo somos. — Mientras le hablaba, su rostro cambió, la luz y la oscuridad lo modificaron y se convirtió en el rostro de Mitch—. ¿Por qué habríamos de serlo? Las mujeres están hechas para ser usadas. ¿Crees de veras que cualquiera de vosotras importa más que otra? —La agradable voz estaba llena de desdén mientras él acariciaba a la mujer que tenía en sus brazos—. Todos mentimos, porque podemos.

Las sombras se movieron y el rostro se convirtió en el de John. Su marido, su amor. El padre de sus hijos.

—¿Crees que te fui fiel, necia patética?

—John. —El dolor casi hizo que se le doblaran las rodillas. Tan joven, pensó, tan lleno de vida—. Oh, Dios mío, John.

—Oh, Dios mío, John —la imitó él, mientras sus manos hacían gemir a la mujer que abrazaba—. Necesitabas hijos, ¿no es cierto? No eras más que una yegua de cría. De haber tenido más suerte, habría vivido y te habría abandonado. Me habría llevado lo que importaba, me habría llevado a mis hijos y te habría dejado.

—Eso es mentira.

—Todos mentimos.

Cuando él se rio, Roz tuvo que cubrirse los oídos con las manos. Aquella risa

era como unos puños que le golpeaban el corazón, hasta que cayó de rodillas.

Se echó a llorar, unos sollozos incontenibles y amargos.

No oyó que la puerta se abría a sus espaldas, ni la exclamación de sobresalto. Unos brazos la rodearon y la apretaron con fuerza. Y olió el aroma de su hijo.

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Te has hecho daño? Mamá.

—No. No. —Roz se aferró a él, apoyó la cara en su hombro y se esforzó por contener las lágrimas—. Estoy bien. No te preocupes. Solo estoy...

—No estás bien, y no me digas que no me preocupe. Dime qué te ha pasado.

—Espera un momento. Dame un respiro. —Se apoyó en él, dejó que la meciera allí, en el suelo, hasta que el calor del cuerpo de su hijo reconfortó sus huesos helados—. Oh, Harper, ¿cuándo te hiciste tan grande y fuerte? Mi pequeño.

—Estás temblando. No estás enferma, sino asustada.

—No, asustada no. —Aspiró hondo—. Creo que un poco traumatizada.

—Voy a llevarte a casa. Allí podrás hablarme de todo lo ocurrido.

—Yo... sí, eso será lo mejor. —Retrocedió un poco y se pasó la mano por la cara—. En estos momentos no quiero ver a nadie. No quiero que nadie me vea. Estoy deshecha, y supongo que mi aspecto es lamentable.

—No te preocupes. ¿Quieres que te lleve?

—Oh. —Las lágrimas hicieron que los ojos volvieran a escocerle, pero esta vez eran cálidas—. Mi querido hijo. No, puedo caminar. Pero primero dime una cosa.

Aquí todo sigue igual, ¿verdad? Todo es como debería ser.

Había tal tensión en su voz que él miró a su alrededor y examinó el invernadero.

—Todo está bien.

—Bien, bien. Vayamos a casa.

Dejó que la llevara bajo la lluvia, rodeando los edificios, y exhaló un suspiro de alivio cuando subió al coche.

—Tranquilízate —le ordenó él, y se inclinó para ponerle el cinturón de seguridad—. Estaremos en casa dentro de un momento. Tienes que entrar en calor.

—Serías un buen padre.

—¿Qué?

—Tienes cierta inclinación a cuidar de los demás, pero no solo sabes cómo hacerlo, sino que lo haces sin más. Señor, qué mal lo he pasado los dos últimos

días.

—¿Te has peleado con Mitch o algo por el estilo?

—No. —Mantenia los ojos cerrados mientras él conducía, pero sus labios se curvaron un poco—. No pierdo los nervios por una discusión. Espero que sea necesario algo más que eso para hacerme caer tan bajo.

—No te había visto nunca llorar así, no desde la muerte de papá.

—Supongo que no lo he hecho. —Notó que el coche giraba y abrió los ojos para ver la mansión Harper—. ¿Has deseado alguna vez que dejara esta casa?

—No. —Su expresión al mirar a su madre era de perplejidad—. Claro que no.

—Bien. Es bueno saberlo con seguridad. No sé si habría podido, ni siquiera por ti.

—Es nuestra, y siempre lo será.

Aparcó, bajó del coche y corrió al lado de su madre antes de que ella pudiera bajar.

—Solo estoy un poco nerviosa, Harper, no mortalmente herida.

—Vas a serenarte, mientras te traigo ropa seca y una copa de coñac.

—Esto te parecerá una estupidez, Harper, pero no estoy en condiciones de ir arriba.

—Te traeré ropa. Puedes cambiarte en la habitación de David.

—Gracias.

Ella pensó que su hijo ni siquiera le había preguntado el motivo. No titubeaba. Qué hombre había criado.

—Ve a ver a David —le ordenó—. Dile que te dé coñac y té caliente.

—Sí, señor.

Antes de que ella pudiera dirigirse hacia la escalera, Mitch salió de la biblioteca y echó a andar por el pasillo.

—He creído oír la puerta, tenía el oído atento... —Se interrumpió al aproximarse, y entonces avanzó hacia ella con pasos más largos—. ¿Qué pasa? ¿Estás enferma, te has hecho daño?

—No. ¿Parezco enferma?

—Estás pálida como una sábana, y has llorado. ¿Cuál es el motivo? —Miró por encima de su cabeza a los ojos de Harper—. ¿Qué ha pasado?

—La verdad es que en estos momentos no quiere ver a nadie —replicó Harper.

—Está bien. —Apretó la mano de Harper—. Es cierto que he dicho eso —le

reconoció a Mitch—, pero después de que me serene un poco, preferiría decíroslo a los dos... a los tres, ya que supongo que David está en la cocina... enseguida.

—Necesita ropa limpia —dijo Harper—. Iré a buscarla. Llévala a la cocina y que David le dé un poco de coñac.

—Cielos, esto me pasa por ser la mujercita en una casa llena de hombres robustos. No necesito que me lleven a ninguna parte y yo misma puedo servirme el coñac.

—Ya vuelve a ser ella. —Harper miró a Mitch haciendo un gesto de asentimiento—. Cuida de ella. Volveré enseguida.

—Lo he preocupado —dijo Roz mientras Harper subía a toda prisa la escalera—. Detesto preocuparlo.

—Bueno, también me has preocupado a mí.

—Supongo que no tiene remedio. Pero no me iría mal esa copa de coñac.

En cuanto entraron en la cocina, David se acercó, con visible preocupación en su rostro. Roz se limitó a alzar una mano.

—No me he hecho daño, no estoy enferma y no hay necesidad de armar revuelo. Lo que quiero es un poco de coñac y la ropa seca que Harper ha ido a buscar. ¿Te importa que me cambie en tu habitación?

—No. Siéntate. —Mientras iba hacia un armario, se quitó la harina de las manos con el trapo fijado al cinto de los vaqueros—. ¿Quién la ha hecho llorar?

Como la pregunta parecía una acusación lanzada contra Mitch, éste alzó las manos en un gesto de pacificación.

—Yo estaba aquí, ¿recuerdas? Harper la ha traído en este estado.

—Debo señalar que estoy aquí sentada y que puedo hablar por mí misma. Gracias, cariño. —Cogió la copa de coñac y tomó un trago rápido pero largo—. Nunca me ha gustado el coñac, pero he de reconocer que cumple bien su función.

Logró sonreír mientras Harper entraba con una sudadera, unos vaqueros y unos calcetines gruesos.

—Mi héroe. Concededme un par de minutos y trataré de contaros lo que me ha ocurrido.

Harper aguardó hasta que ella se hubo ido a la habitación de David y la puerta estuvo cerrada.

—La encontré sentada en el suelo del edificio de multiplicación, llorando. No hacía más que sollozar. Casi nunca llora. Le saltan algunas lágrimas cuando

algo la hace realmente feliz o la pone sentimental, pero cuando está triste o dolida... no permite que lo veas.

—¿Qué ha ocurrido en los últimos días? —preguntó Mitch, y vio que David y Harper intercambiaban una mirada—. Sabía que había algo. Me ha estado evitando.

—Es mejor que te lo diga ella misma. Debería tomar una taza de té, David, ¿no te parece?

—Lo prepararé. Saca esa caja de bombones Nirvana del frigorífico. Un poco de chocolate la hará sentirse mejor. ¿Por qué no enciendes el fuego, Mitch? Hoy no he podido hacerlo.

Cuando Roz regresó, David estaba haciendo té, Harper había puesto unos delicados bombones en la mesa y Mitch encendía la chimenea de la cocina.

—Es una lástima no haber tenido mucho antes algún ataque de náuseas, si de esa manera tres hombres bien parecidos me atienden tan bien. Antes de que nos sentemos, Mitch, debería haberte avisado. Creo que querrás grabar lo que voy a decir.

—Iré a buscar la grabadora.

Eso le daba a Roz un poco más de tiempo para calmarse; cuando por fin todos estuvieron sentados, se sentía completamente serena. Le dijo que ya podía contárselo con naturalidad. Aunque las manos se le volvieron a enfriar, las calentó con la taza de té y terminó de describir su experiencia en el invernadero.

—Siempre sentí ternura por la Novia —comentó David—, pero ahora creo que es una arpía dura como la piedra.

—Es difícil discutir eso —Roz tomó un bombón—, pero me parece que cree sinceramente en lo que dice. Los hombres son embusteros, engañosos y unos malditos cabrones. Quiere que yo lo crea, para que no me utilicen y no vuelvan a hacerme daño.

—Mamá —dijo Harper, con la mirada en su taza de té—. ¿Crees que papá no te era fiel?

—No creo nada de eso. Tengo la plena seguridad de que me fue fiel, cariño. Sin sombra de duda.

—Ella te ha hecho verlo de esa manera.

—Ella me ha hecho verlo —repitió Roz—. Y me rompió el corazón. Verlo tal como lo he visto. Tan joven, vibrante y real. Fuera de mi alcance. Totalmente fuera de mi alcance, mientras todo lo que sentí por él renacía en mi interior, igual de vibrante y real. Sabía que era mentira incluso mientras estaba sucediendo,

pero las crueles palabras que ella puso en su boca jamás las dijo. Él nunca fue cruel.

—Ha utilizado tu experiencia con Bryce, un incidente doloroso —intervino Mitch—, y ha transferido esa experiencia al hombre que le precedió, John. Y yo soy el hombre que ha venido después. Prefiere hacerte daño, está obligada a hacértelo, para evitar que te relaciones conmigo.

—¿No es un poco tarde para eso? —preguntó Roz.

—¿Lo es?

—¿Crees que carezco de carácter, que tengo tan poco valor que voy a dejarme influir por sus trucos?

—Creo que eres muy resuelta, y tan decidida que casi se convierte en un defecto. Pero no estoy seguro de hasta qué punto estás en desacuerdo con ella.

—Ya veo. Bien, bien, bien. Creo que he dicho todo lo que puedo. Ahora voy a subir y a ocuparme de cierto papeleo. Harper, me tranquilizaría que volvieras al invernadero y te cerciorases de que todo está bien. El té estaba muy bueno, David, gracias.

Se levantó y abandonó la estancia sin dirigirles una segunda mirada.

—Bueno —comentó David—. La irritación le ha devuelto un poco de color a las mejillas.

—Entonces probablemente le quedará un color permanente cuando haya terminado de hablar con ella. Disculpádmelo.

—Un hombre valiente de veras —dijo David, cuando Mitch se hubo ido.

—O más estúpido que un ladrillo —replicó Harper—. En cualquier caso, creo que está enamorado de ella. Si es estúpido, ella lo masticará y lo escupirá, sin que importen sus sentimientos. Si es valiente, podría salirse con la suya. Espero que lo consiga.

Roz había llegado a su dormitorio cuando Mitch le dio alcance y entró tras ella. Roz se volvió con premeditada lentitud.

—No creo haberte invitado a entrar.

—No creo haberte pedido que me invitaras. —Con la misma premeditada lentitud, él cerró la puerta, y la sorprendió al correr el pestillo.

—Será mejor que lo descorras y salgas, o créeme, la ira de ese fantasma supuestamente psicótico no será nada comparada con la mía.

—Si quieres poner a prueba tu ira conmigo, hazlo, pero primero sabré por

qué.

—Ya te lo he dicho. No me hace ninguna gracia que invadas mi intimidad de este modo y te imagines...

—Tonterías. ¿Qué es lo que te ha conducido a esto? Me has dejado de lado, me has rehuido durante días. La última vez que estuvimos juntos fue en esta cama, y estabas conmigo, Rosalind. Quiero saber qué ha cambiado.

—Nada. Tengo mi propia vida, igual que tú. —En un premeditado y, ella misma lo habría admitido, mezquino gesto, se encaminó a las puertas de la terraza y las abrió bruscamente—. Tengo mucho que hacer.

Él se limitó a cruzar la estancia, cerró las puertas y corrió el pestillo.

Ella no estaba segura de encontrar las palabras apropiadas a causa de la ira que ardía en su garganta.

—Si crees por un instante que voy a tolerar...

—Cállate —la interrumpió él, y aunque Roz notó que le embargaba la cólera, lo vio bajo una nueva luz—. Pensándolo mejor —le dijo antes de que ella pudiera pensar en una respuesta—, responde a una sola pregunta. Te dije que me estaba enamorando de ti. ¿Fue eso un error?

—¿Decírmelo? No. Pero posiblemente lo es enamorarte. Soy una mujer difícil.

—Eso no es una noticia de última hora.

—Estoy cansada, Mitchell, estoy enojada, estoy sentimentalmente... No sé cómo diablos estoy, pero ahora no quiero pelearme contigo, porque no jugaría limpio y luego lo lamentaría. No quiero hablar ni estar contigo.

—No me marcharé, precisamente porque estás cansada, enojada y estás sentimentalmente confusa. Si no quieres hablar ni pelearte, me parece muy bien. Tiéndete, haz una siesta. Esperaré a que te sientas mejor.

—Por el amor de Dios. —Ella giró sobre sus talones, se acercó a las puertas de la terraza y, descorriendo el pestillo, volvió a abrirlas. Seguía lloviendo—. Necesito aire. Tengo una apremiante necesidad de aire.

—Muy bien. Aspira todo el que quieras. Pero esta vez, Rosalind, vas a hablarme.

—¿Qué esperas que diga? ¿Qué quieres oír?

—Con la verdad será suficiente.

—La verdad, entonces. Ella me ha hecho daño. —Su voz estaba embargada de emoción mientras se apretaba el pecho con un puño—. Mucho daño. Ver a John así... No puedo explicarlo, no hay palabras para decir lo que me ha hecho.

Se volvió hacia él, y Mitch vio que tenía los ojos humedecidos. Las lágrimas no se deslizaban de sus ojos, y él solo podía imaginar la enorme fuerza de voluntad que las retenía. Pero las lágrimas daban a sus ojos un brillante tono castaño dorado.

—Ha dado conmigo en el suelo, y ahí no podía hacer nada. ¿Cómo habría podido enfrentarme a eso? ¿Cómo puedo enfrentarme a algo que en realidad no existe? Ni siquiera saber por qué lo ha hecho me evita la angustia, la congoja de pasar por un trago tan terrible.

Con un gesto de impaciencia, se pasó las palmas de las manos por los ojos, para eliminar cualquier lágrima que se le hubiera escapado.

—John no merecía que lo tratara así. ¿Te das cuenta? No lo merecía. Era un hombre bueno, Mitchell. Un hombre bueno, un buen marido y un buen padre. Me enamoré de él a los catorce años. Una niña de catorce años, ¿te imaginas? Él me hizo mujer y madre... y viuda, Dios mío. Lo quería, lo amaba con locura.

—Ella no puede cambiar lo que sientes por él. Nada de lo que haga puede cambiarlo. No le conocí, pero te conozco a ti, Rosalind, y puedo verlo, puedo hacerme una idea de cómo era.

La respiración de Roz emitió un sonido estremecido, doloroso.

—Tienes razón. Tienes razón. —Se apoyó en la jamba de la puerta y se quedó mirando la fría lluvia—. Tampoco tú merecías que te hiciera eso. No mereces lo que ha tratado de convertirte en mi mente. No creo que eso sea cierto ni en el caso de John ni en el tuyo. Pero duele, de todos modos, duele.

Roz exhaló de nuevo, esta vez con más fuerza.

—No te comparo con Bryce. Espero que no tengas ninguna duda al respecto.

—Preferiría saber lo que sientes en lugar de lo que no sientes. ¿Por qué no has querido verme, Roz?

—Eso no tiene nada que ver contigo, es asunto mío. Dios, ¿no detestas que la gente diga esas cosas?

—¿Detestar? Te aseguro que estoy haciendo un enorme esfuerzo para no cogerte los brazos y sacudirte hasta que me lo cuentes todo. No eres la única que está encolerizada.

—Creo que ya he empezado a superarlo. Una de las cosas que me gustan de ti es tu capacidad de dominarte. Tengo un genio demasiado vivo, no tienes ni idea. Por eso lo sé todo acerca del dominio de uno mismo.

—Así que somos dos personas maduras, ¿no?

—Oh, sigues enojado conmigo. —Soltó una risita, y entonces trató de darle

lo que él le pedía, la verdad—. La última noche que pasamos juntos, ¿sabes? — Se volvió hacia él, con las puertas abiertas a sus espaldas, mirándole a los ojos —. Fue hermoso, y significó mucho para mí en tantos aspectos... Al día siguiente pensé en ti, y cuando volví a casa después del trabajo, iba a llamarte. Había un mensaje tuyo en el contestador.

—Ya sabes que me reúno regularmente con mi hijo Josh...

—Lo sé. No se trataba de eso. Dios mío, no empieces a temer que soy una de esas mujeres necesitadas que ansían constantemente la atención de un hombre. Fue el mensaje siguiente el que me desquició. Hablaba de mi pertenencia al club de campo, de que la había cancelado y les había enviado una carta llena de quejas y comentarios descorteses, algo que, por supuesto, no había hecho.

—Ha sido Clerk.

—Indudablemente. Ha sido bastante fácil arreglarlo... —Roz sacudió la cabeza—. No. La verdad es que ha sido irritante y bastante embarazoso. Pero, en cualquier caso, me desquició. Estaba a punto de salir del dormitorio, echando fuego por los ojos y dispuesta a perseguirlo y acabar con él como si fuera un perro enfermo cuando Hayley y el bebé se interpusieron en mi camino. Me detuvo, por lo que le estoy agradecida. No sé qué podría haber hecho, enfurecida como estaba.

—Apuesto a que no habría valido la pena.

—Probablemente me habrían encerrado por agresión como mínimo. Estaba tan fuera de mí que asusté a la niña y la hice llorar. Y dije una palabra especialmente obscena delante de ella, relacionada con las actividades sexuales de Bryce, si las practicara con miembros de su propio sexo.

—Puesto que Lily aún no tiene un año de edad, no creo que le causara demasiada impresión.

—De todos modos, estaba hecha una furia y perdí los nervios, pero logré reducir las llamas, de modo que la rabia ardiera a fuego lento durante algún tiempo. Quería serenarme del todo. Pero también tenía una cita con mi abogado, y debía hacer una llamada de cortesía al club. En fin, quitarles a los demás las espinas clavadas.

—La próxima vez que te suceda eso, quisiera tener la oportunidad de quitarte las tuyas.

—Cuando estoy enfadada soy temible.

—No lo dudo. —Ella se sentó en un sillón—. Mira, Roz, creo que deberías denunciar la situación a la policía.

—Lo he hecho. Y también ha sido embarazoso. No hace falta que me digas que no tengo nada de qué avergonzarme. Es algo que una siente, así que no tiene remedio. Por supuesto, la policía no puede hacer gran cosa, pero les he informado de todo cuanto sé. Si se llega a demostrar que él está detrás de todo esto, está cometiendo un delito de estafa y puede considerarse acoso. Si puedo empapelarlo, Mitch, no te quepa duda de que lo haré.

Él se le acercó y se acuclilló ante ella.

—Me gustaría ayudarte a empapelarlo.

Ella le puso una mano en la mejilla.

—No te dejaba de lado. Pensaba en ti, en buscarte y pedirte que pasaras la noche conmigo. Eso fue antes de que tuviera aquella espantosa pesadilla despierta.

—Qué coincidencia. También yo he estado pensando en ti y me preguntaba si pasarías la noche conmigo. ¿Quieres pasar unas horas fuera de casa?

—No, la verdad es que no.

—Entonces nos quedaremos.

—Me gustaría pedirte algo.

—Adelante.

—Va a haber una de esas ostentosas fiestas en el club. La celebran todos los años cuando llega la primavera. Muy formal, con cena y baile. David iba a acompañarme. A pesar de lo que nos está ocurriendo, pensaba asistir con él porque no quería pensar en las habladurías y el chismorreó que habría si me presentaba contigo. Pero qué diablos, me gustaría que fuéramos juntos.

—¿Qué significa eso de muy formal? ¿Con esmoquin?

—Me temo que sí.

—Eso se puede arreglar. Así, ¿tú y yo hemos hecho las paces?

—Eso parece, ¿verdad?

—¿Quieres descansar ahora?

—No, no. —Satisfecha, se inclinó para besarle en ambas mejillas—. Lo que quiero es un baño largo y caliente. Y me gustaría tener compañía en la bañera.

—Es una espléndida invitación. —Se puso en pie y la tomó de las manos para levantarla—. Aceptado. Puede ser la ocasión perfecta para hablarte de mi reciente visita a Clarise Harper.

—¿La prima Rissy? Eso tengo que escucharlo.

La sensación de estar sumergida en la antigua y honda bañera llena de agua burbujeante, con la espalda descansando en el pecho de Mitch, era deliciosa, decadente y perfecta.

Ni siquiera había llegado el final de la jornada de trabajo, y ya estaba tomando un baño erótico, con un hombre, música y velas.

—Clarise se vuelve más mezquina y más flaca a cada año que pasa — comentó Roz—. Estoy segura de que si alguna vez se muere, y no estoy segura de que acceda a hacerlo, no le hará falta un ataúd. La partirán en dos como una rama seca y asunto zanjado.

—Me parece que ella te tiene en la misma alta estima.

—Me desprecia por muchas razones, pero la principal es que tengo esta casa y ella no.

—Sí, yo diría que es uno de los primeros motivos.

—Miente cuando dice que nunca ha visto a Amelia ni ha notado su presencia.

Oí a mi abuela hablar de ello. La memoria de Clarise recuerda lo que le conviene. No tolera ninguna tontería, ¿sabes?, y los fantasmas entran en esa categoría.

—Emplea palabras desusadas. Por ejemplo, dijo que todo lo relativo a los fantasmas son «melonadas».

Roz inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—Oh, no me extraña. Parece como si la estuviera oyendo. Bueno, serán melonadas, pero está mintiendo. Sé muy bien que debe de tener cartas, tal vez incluso diarios íntimos, y muchas fotografías. Hay cosas que se llevó de la casa cuando murió mi padre. Ella lo negará, pero sé que birló un objeto aquí, otro allá. Tuvimos una de nuestras famosas discusiones tras sorprenderla llevándose un par de candelabros del salón, cuando todavía velábamos a mi padre. Es una despiadada y vieja urraca.

—No creo que se marchara con todo eso.

—En aquel momento no, por supuesto. Los malditos candelabros, que además eran muy feos, me importaban un bledo. Pero mi padre ni siquiera estaba enterrado. Todavía me enfurezco al pensarlo. Ella afirmaba que se los había dado a mi padre, cosa que, desde luego, no era cierta, y que los quería por motivos sentimentales. Otra mentira, porque en ese cuerpo reseco no hay espacio para los sentimientos.

Él le restregó el cabello con la mejilla, para tranquilizarla, pero ella notó que

el esfuerzo por contener la risa estremecía su cuerpo.

—Vamos, no te prives y riéte. Sé que estas cosas son cómicas.

—Me encanta que me hagas reír, pero volvamos al tema. Ella podría haberse llevado otras cosas, que tú no viste en sus manos.

—Sé que lo hizo, la muy bruja, ese vampiro codicioso. Había un retrato de mi padre cuando era niño, con un marco de plata, eduardiano, una comptera de Waterford, dos pastoras de Dresde... ah, y otras cosas que fueron desapareciendo tras sus visitas.

—Hummm. —Él apoyó la barbilla en lo alto de su cabeza y le enjabonó perezosamente un brazo—. ¿Qué sabes de una tal Jane Paulson?

—No mucho. He coincidido con ella en varias bodas y funerales, esa clase de actos, pero tengo un recuerdo borroso de ella. Aunque me parece recordar que era una chica de cara dulce. Tiene casi veinticinco años menos que yo, si no me equivoco.

—Me hace pensar en un cachorro al que han dado puntapiés lo bastante a menudo para que tenga siempre el rabo entre las patas.

—Si vive con la prima Rissy, puedo imaginarlo. Pobrecilla.

—Sin embargo, sabe algo.

Curiosa, Roz volvió la cabeza para mirar a Mitch.

—¿Por qué lo crees así?

—Por la expresión de su cara cuando Clarise me aseguró que no tenía ningún diario. Como si estuviera a punto de echar una mano y decir: «¿No recuerdas aquel...?», lo que sea. Pero se contuvo y cerró el pico. Si me dedicara a las apuestas, apostarí a que la remilgada Rissy tiene información que nos sería útil.

—Pero si no quiere compartirla, la quemará antes de dártela. Es así de perversa.

—No lo hará si desconoce que sé que la tiene... y si podemos persuadir a Jane de que nos ayude.

—¿Qué vas a hacer, seducir a la pobre chica?

—No. —Se inclinó para besar el hombro mojado de Roz—. Lo harás tú. Lo que he pensado es que a la chica le convendría una amiga... tal vez la perspectiva de otro empleo. Si pudieras ponerte en contacto con ella sin que lo supiera Clarise y darle algunas opciones...

—Y tratar de reclutarla. —Roz frunció los labios y se quedó pensativa—. Es muy retorcido, muy engañoso. Pero me gusta mucho.

Él deslizó las manos hacia arriba, le cubrió los senos con ellas y con

burbujeante espuma.

—Confiaba en que te gustaría.

—No me importa jugar sucio. —Con un brillo malicioso en los ojos, ella se dio la vuelta para quedar frente a él—. Practiquemos —le dijo, y le empujó para que se sumergiera con ella.

16

Bajo el vibrante caos de la estación primaveral, a cualquier cultivador le aguarda una especie de tensión latente, sobre todo si, como en el caso de Roz, es también la dueña del negocio. ¿Había preparado suficientes semilleros de cajón, ofrecía las clases y cantidades adecuadas de plantas de hoja perenne?

¿Serían las flores lo bastante grandes y vistosas para atraer a los clientes? ¿Serían las plantas lo bastante fuertes y sanas para mantener la reputación de calidad que Roz había conseguido?

¿Tenían suficientes cestos y macetas o un exceso de ellos?

¿Y qué decir de los arbustos y árboles? ¿Serían las demás actividades un complemento de las plantas o reducirían sus ventas?

¿Eran un error los colorantes de mantillo que había decidido utilizar o a la mayoría de sus clientas les gustaría esa variedad?

Dejó gran parte de estas tareas en manos de Stella; por esa razón había contratado a una gerente. Roz quería compartimentar muchos de los detalles... y dejarlos en manos de otra persona. Pero el vivero el Jardín era aún su criatura, y experimentaba todo el orgullo y la preocupación de una madre por un hijo en crecimiento.

Disfrutaba con la visión de las multitudes y la confusión de los clientes que empujaban sus carritos o remolques alrededor de las mesas, por la grava y el hormigón, a fin de seleccionar las plantas apropiadas para sus jardines o las macetas para sus patios. Disfrutaba respondiendo a consultas y haciendo recomendaciones, y lo utilizaba para compensar el ligero dolor que experimentaba al comienzo de la temporada alta, cuando veía que la gente se llevaba a sus casas las plantas que ella había criado.

En aquella época del año a menudo se sermoneaba a sí misma, diciéndose que no debía ponerse sentimental sobre las plantas que había cultivado. Para ella no eran, y jamás lo serían, meros productos comerciales. Las semanas, meses, a

menudo años dedicados a cuidar especímenes hacían que creara con ellos una conexión muy personal.

Durante los primeros días de cada primavera, lamentaba la separación. Entonces se enfrascaba en el trabajo.

Estaba en la zona de propagación, tomándose un descanso tras haberse mezclado con aquella multitud y calculando qué plantas trasladaría seguidamente a la zona de venta al por menor cuando entró Cissy.

—Estoy desesperada, Roz.

Roz frunció los labios. Cissy, que solía ir muy bien arreglada, tenía algunos cabellos fuera de lugar, y un brillo de pánico en los ojos.

—Ya lo veo. ¿Se ha retirado tu peluquera? ¿Se ha fugado tu masajista con un músico?

—Oh, no bromees. Lo digo en serio. —Avanzó a paso vivo a lo largo de las mesas hasta el lugar donde Roz trabajaba—. Mis parientes vienen a visitarme.

—Vaya.

—Me han lanzado la bomba esta mañana. Vendrán dentro de un par de días. Detesto que la gente suponga que es bien recibida.

—Son tus familiares.

—Lo cual no hace más que empeorar las cosas, si quieres que te diga la verdad. Ella se ha metido conmigo durante veintiséis años. Si no se hubieran trasladado a Tampa, ahora estaría loca o en la cárcel por asesinato. Necesito tu ayuda, Roz.

—No mataré a tu suegra por ti, Cissy. La amistad tiene ciertos límites.

—Apuesto a que podrías hacerlo. —Con los ojos entrecerrados, dirigió una larga y calculadora mirada a su alrededor—. Apuesto a que hay aquí todo tipo de interesantes venenos que podría echarle en el vermut para poner fin a este infierno. Tendré en reserva esa posibilidad. ¿Sabes qué me ha dicho?

—No, pero supongo que voy a enterarme.

—Me ha dicho que espera que aún no haya cambiado la alfombra del comedor y que le encantará salir de compras mientras esté aquí y encontrar la alfombra apropiada. No debo preocuparme por el tiempo que necesite, porque ahora que ella y Dave se han jubilado lo que le sobra es tiempo. Y eso es algo que no tardaré en descubrir por mí misma, ya que estoy llegando a esa edad. Estoy llegando a esa edad. ¿Te lo puedes imaginar?

—Puesto que tú y yo tenemos más o menos la misma edad, creo que podría encontrar algún veneno por aquí.

—Ah, pero eso no es todo ni mucho menos. Aunque si empiezo a contarte me pasaré contigo el día entero, y estoy muy ocupada. Empezó a darme la tabarra sobre los jardines y el césped, y lo mucho que le extrañaba que no cuidara más de los míos, por qué no me enorgullecía más del hogar que su hijo me ha proporcionado.

—Tienes un precioso jardín.

No había alcanzado todo su potencial, pero, en opinión de Roz, estaba bien cuidado y era bastante bonito.

—Me estaba tocando las narices, como hace siempre, y yo, para quitármela de encima, le solté que había trabajado como una burra y había puesto arriates nuevos y muchas más cosas. Era pura palabrería, Roz, pero ahora, a menos que me ayudes, verá que todo lo que le he dicho era mentira.

—Si quieres que Logan te eche una mano, puedes preguntarle a Stella qué planes tiene, pero...

—Tropecé con ella cuando venía hacia aquí. Dice que estará saturado de trabajo durante las dos próximas semanas. —Unió las manos, como si rezara—. Te lo ruego, Roz. Te lo pido de rodillas. Líbralo de alguna tarea y préstamelo. Solo por dos días.

—No puedo quitarle ninguna tarea... pero espera —añadió, cuando las lágrimas asomaron a los ojos de Cissy—. Veremos qué se puede hacer. Dos días. —Roz exhaló un suspiro—. Va a salirte caro.

—No me importa. El dinero es lo de menos. Mi vida está en juego. Si no me ayudas, tendré que volar a Tampa esta noche y asesinarla mientras duerme.

—Entonces empecemos a salvar tu vida y la suya.

Se le había ocurrido algo y, mientras lo meditaba, abrió un pasillo en su propio vivero. Cissy ni siquiera parpadeó mientras la veía acumular plantas, arbustos, árboles ornamentales y macetas.

—Harper, necesito que vayas a la casa y me traigas la camioneta. Vamos a cargar todo esto, y me hará falta tu ayuda durante unas horas. Stella, dile a Logan que venga aquí cuando finalice la jornada. Tendrá que hacer algunas horas extra. Que recoja lo que he señalado y lo lleve a esta dirección. —Anotó la dirección de Cissy en un trozo de papel—. Acompáñalo. Tus manos y tu pericia me serán muy útiles.

—¿Crees de veras que puedes hacer todo esto en menos de un par de días? —le preguntó Stella.

—Lo haré en menos de dos días porque ése es el tiempo de que dispongo.

Le encantaban los retos, y no había nada como cavar en la tierra para eliminar cualquier preocupación de su mente.

Midió, marcó, aró, extendió turba y rastrilló.

—Normalmente necesitaría más tiempo para preparar el suelo. Crear un nuevo arriate es un acontecimiento importante.

Cissy se mordía el labio y retorció alrededor de los dedos el collar de perlas que llevaba.

—Pero puedes hacerlo.

—Si se trata de tierra y de plantas, poco es lo que no puedo hacer. Es un don que tengo. —Señaló con la cabeza a Harper, que ya estaba instalando una decorativa espaldera metálica—. Y él también lo tiene. Por cierto, hoy aprenderás algunas cosas básicas. Ponte los guantes, Cissy. Vas a trabajar como una burra; así no habrás mentido.

—Haber mentido me importa un bledo —replicó su amiga, pero se puso los guantes.

Roz le explicó, con términos sencillos, que iban a crear un jardín con plantas perennes y que estaría verde durante todo el año, de modo que impresionaría a sus parientes, en cualquier época que la visitaran. Lirios y claveles, campánulas. Dicentra y aguileña de floración instantánea, más bulbos primaverales, plantas anuales diestramente colocadas y el follaje de las plantas de floración tardía que ahora serviría de relleno.

Una vez listas las enormes macetas que ella había elegido, rebosantes de flores, el arriate sería una joya que complacería incluso a una suegra quisquillosa.

Dejó a Cissy plantando amaranto y oreja de oso y fue a reorganizar y a ahuecar los arriates ya establecidos.

Transcurrida otra hora, se dio cuenta de que utilizarían todas las plantas y flores que habían traído, y que harían falta más.

—¿Llevas el móvil, Harper? —preguntó, enjugándose la sudorosa frente con el dorso de la mano.

—Está en alguna parte, tal vez en la camioneta.

De tal palo, tal astilla, pensó Roz. Le hizo un gesto con la mano y fue en busca del móvil. Llamó a Stella y le dio una lista de lo que necesitaba. No dudaba que su gerente lo anotaría, facturaría, controlaría las existencias y se lo

enviaría.

Plantó cañacoros en la verja trasera, junto con salvia azul y violetas africanas. Cuando Cissy se le acercó con un vaso alto, se sentó sobre sus talones.

—Traigo limonada; la he hecho yo misma. Por mis pecados. Me he estropeado la manicura —añadió mientras le tendía el vaso a Roz—. Me duelen músculos que había olvidado que tenía. No sé cómo puedes hacer esto.

—Y yo no sé cómo puedes jugar al bridge cada semana.

—Bueno, a cada uno lo suyo, supongo. Te debo mucho más que el cheque que te he extendido.

—Me temo que deberás extender un par más antes de que hayamos terminado.

Cissy cerró los ojos.

—Hank me va a matar. Cogerá su palo de golf, el hierro nueve, y me dejará tiesa en un charco de sangre.

—No creo que haga tal cosa. —Roz se puso en pie, le devolvió el vaso vacío y estiró la espalda—. Creo que estará satisfecho y orgulloso, y conmovido porque te has tomado todas estas molestias. Además, has echado a perder tu manicura, para que tu hogar sea más hermoso cuando tu suegra venga de visita. Para demostrarles, tanto a ella como a él, lo mucho que valoras el hogar que te ha proporcionado.

—Oh. —Una lenta sonrisa apareció en el rostro de Cissy—. Eso que dices es muy acertado, Rosalind.

—El hecho de que no tenga marido no significa que no sepa cómo son. Te advierto que si no cuidas de todo esto como es debido vendré aquí y te dejaré sin sentido con el hierro nueve de Hank.

Cissy miró a su alrededor, contempló la tierra y los arriates a medio plantar, las palas, los rastrillos y los sacos de tierra y abonos.

—Quedará muy bien cuando esté terminado, ¿verdad?

—Confía en mí.

—Claro que confío. Completamente. Quizá no sea el mejor momento para decírtelo, pero tu hijo es guapo a rabiar. Te aseguro que el corazón me dio un vuelco cuando le llevé la limonada y él me sonrió. Cielo santo, la de chicas que debe de tener a sus pies.

—Que yo sepa, nunca ha tenido problemas para encontrar una, pero no parece que le duren mucho.

—Todavía es joven.

Estaba oscuro cuando llegó a casa. Sucia y un poco dolorida, asomó la cabeza por la puerta de la biblioteca antes de subir a sus habitaciones. Había visto el coche de Mitch aparcado ante el edificio.

—¿Trabajas hasta tarde? —le preguntó.

—Sí. ¿Tú también?

—He pasado un día asombroso. El mejor de mi vida. Voy a subir a asearme y luego devoraré la cena.

—¿Quieres compañía? Tengo un par de cosas que comentarte.

—Claro, sube.

—¿Has estado jugando con la tierra?

—La mayor parte del día. Emergencia de jardinería. —Le sonrió por encima del hombro mientras empezaba a subir la escalera—. Es una amiga a la que visitan inesperadamente sus parientes, una mujer con tendencias pasivo-agresivas que necesita estar siempre en una posición de superioridad con respecto a los demás. El resultado ha sido un día muy beneficioso para mi negocio y muy gratificante para mí. —Entró en el baño mientras se quitaba la camisa—. Hacía mucho tiempo que no me dedicaba en serio al diseño y el paisajismo. Casi había olvidado lo mucho que me gusta hundir las manos en la tierra y crear un jardín.

Se iba desvistiendo mientras hablaba. Con desenvoltura, arrojaba las prendas al cesto y se inclinaba para abrir la ducha y probar la temperatura del agua. Entretanto, él estaba en el umbral, escuchándola.

—Gran parte del terreno era virgen, con un gran potencial. Debería sentirme culpable por cobrarle cuando lo he pasado tan bien... pero no me siento culpable. Nos lo hemos ganado.

—¿No solo tú?

—Tuve que llamar a la tropa. —Entró en la ducha—. Llevé a Harper conmigo, y más tarde Logan y Stella acudieron como refuerzo. He trazado un precioso jardín de plantas perennes para todas las estaciones del año. Ahora tiene un aspecto muy bonito, y dentro de pocas semanas florecerán los primeros lirios amarillos y el índigo silvestre; luego aparecerán la espirea y la adenophora, la salvia de prado y la dedalera. Harper ha colocado una espléndida clemátide violeta en una espaldera de cobre y ha añadido un trío de hortensias. Entonces, cuando ha llegado Logan... —Se interrumpió y asomó la cabeza, con el pelo

goteando—. Te estoy matando de aburrimiento.

—En absoluto. Puede que no sepa de qué me estás hablando, pero no me aburro. Pareces un coche con el motor acelerado.

—Exacto. Mañana por la mañana iré a dar los toques finales y a presentarle la última factura. Puede que se desmaye, pero dejará boquiabiertos a sus parientes.

—Por cierto, no me diste ninguna respuesta sobre aquella planta para mi piso. Ya sabes, lo del feng shui.

—No, no lo hice.

Él esperó cinco segundos, pero no oyó más que el sonido del agua. Se echó a reír.

—Supongo que esa respuesta es suficiente. Soy bastante inteligente y responsable, ¿sabes? Podrías enseñarme a cuidar de una planta.

—Posiblemente, pero no tienes buenos antecedentes, Mitch. Podríamos hablar de un período de prueba. He amenazado a Cissy con matarla si no mantiene como es debido lo que he hecho en su jardín. La he oído hablar con Logan, para que vaya dos veces al mes a ocuparse de todo. Y eso está bien. Deberíamos ser conscientes de nuestras limitaciones.

—La riegas, la pones al sol. Esas cosas puedo hacerlas.

—Como si eso fuera todo. ¿Quieres darme una toalla? —Cerró la ducha, tomó la toalla que él le tendía y empezó a secarse—. Hemos estado tan ocupados que apenas he podido pensar en nada más. Además, la boda de Stella está a la vuelta de la esquina, y sé que hay cosas que requieren mi atención en este proyecto.

Él la miraba mientras Roz se aplicaba crema; su aroma se mezclaba con el del jabón.

—Todo se andará.

—Ahora, con el negocio, los inviernos pasan en un soplo. En invierno hay mucho más trabajo de lo que la gente piensa. Y aquí estamos, ya vuelve a ser primavera. Apenas puedo creer que es...

Frunció las cejas y apareció aquella leve línea vertical entre ellas. En silencio, enroscó cuidadosamente el tapón del tubo de crema.

—Acabas de darte cuenta, ¿no es cierto? —le dijo él.

—¿De qué?

—De nosotros dos en este momento. —Mitch permaneció donde estaba mientras ella pasaba por su lado hacia el dormitorio y abría un cajón para sacar

ropa limpia—. El final de una jornada de trabajo, la charla mientras te duchas. Es como si estuviéramos casados, ¿no te parece?

Roz se puso unos pantalones de chándal y una camiseta de media manga.

—¿Y qué sensación te produce eso?

—No estoy del todo seguro. Por un lado, me pone algo nervioso, y por otro, me encuentro asombrosamente tranquilo. ¿Y tú?

Ella se secó la cabeza con la toalla mientras le miraba a la cara.

—Casarme de nuevo no figuraba ni remotamente en mis planes; ocupaba el primer puesto en mi lista de cosas que había que evitar, tales como las serpientes venenosas, las ranas que caen del cielo, el virus del Ébola y cosas por el estilo.

Mitch sonrió y se apoyó en la jamba de la puerta.

—Lo has dicho en pasado.

—Tienes buen oído. Me enamoré una vez, cuando era muy joven, y me casé. Iba muy bien, y amaré a John Ashby durante toda mi vida. Lo veo en los hijos que tuvimos juntos, y sé que no los habría tenido de no haberle querido como lo hice.

—Las personas que pueden amar y han amado así son afortunadas.

—Sí, lo somos. Hubo una época en que me sentía sola. Mis hijos vivían su propia vida, y la casa estaba demasiado vacía y silenciosa. Me sentía triste, a pesar del orgullo de ver a esos jóvenes que había contribuido a crear, mi tristeza era muy profunda.

Volvió al baño para colgar la toalla húmeda, y luego encendió el humidificador con el que cada día se suavizaba el rostro.

—Necesitaba algo para alejar esa tristeza o así me lo parecía. Quería a alguien con quien compartir el resto de mi vida. Elegí a un hombre que, exteriormente, parecía apropiado. Ese error me costó muy caro, tanto en el aspecto sentimental como en el económico.

—Y debido a eso, te andarás con pies de plomo antes de volver a casarte.

—Sí, pero estoy enamorada de ti, Mitchell.

Ella vio la emoción en sus ojos, y le ilusionó saber que se debía a ella... Él empezó a ir hacia ella, pero se detuvo, porque sabía que ella deseaba que esperase. Otro motivo de satisfacción, se dijo, el de ser tan bien comprendida.

—No había esperado amar de nuevo, no con todo mi corazón. Ese fue el error que cometí con Bryce. ¿Sabes? El gran error fue casarme con un hombre al que no amaba con todo mi corazón. De todos modos, el matrimonio es un paso importante. Espero que no te molestará esperar a que te haga saber cuándo estoy

preparada para darlo, si es que llega el momento.

—No, no me molesta, porque te quiero, Rosalind. Los errores que cometí en el pasado hirieron a seres queridos. No volveré a cometerlos.

Ella se le acercó.

—Seguro que cometeremos otros nuevos.

Mitch se inclinó y le rozó los labios con los suyos.

—No importará.

—Sí, no creo que importe. ¿Por qué no bajamos y vemos qué ha cocinado David? Entonces podrás hablarme de lo que has hecho hoy.

Como era tarde, los niños ya habían cenado y sus padres estaban ocupados con los rituales de la hora de acostarlos.

—A veces puedes olvidarte de que esta casa está llena de gente. —Roz hundió el tenedor en el plato de espaguetis y albóndigas—. En otras ocasiones es como la jaula de los monos en el zoo.

—Pero te gusta en ambos casos.

—Así es. Tengo mis contradicciones. Necesito la soledad, de lo contrario puedo volverme desagradable. Pero si la soledad es excesiva, me pongo triste. No es nada fácil vivir conmigo; deberías tener en cuenta este factor de la ecuación.

—Ya lo he hecho.

Ella se detuvo, con el tenedor ante la boca, y lo dejó en el plato mientras se echaba a reír.

—Me está bien empleado.

—Soy desordenado, a menudo descuidado con detalles que no me interesan en determinado momento... pero no tengo la menor intención de cambiar. También tú puedes tener en cuenta esos factores.

—Hecho. Bueno, ¿de qué querías hablarme?

—Parece ser que nunca se agotan las cosas de las que quiero hablarte.

—En las primeras semanas del enamoramiento, los hombres hablan más de lo que lo harán durante los veinte años siguientes.

—¿Te das cuenta? —Él hizo un gesto con el tenedor y enrolló la pasta—. Otra ventaja de habernos conocido ya un poco avanzada nuestra vida. Ambos sabemos cómo funciona. Pero de lo que quería hablarte, sobre todo, era de Clarise Harper.

—Me vas a quitar el apetito si sacas su nombre a relucir, y me encantan los espaguetis con albóndigas.

—Esta mañana le he hecho otra visita, supongo que era mientras estabas fuera, cavando en ese jardín.

—¿Dirías que visitaste el tercer o cuarto nivel del infierno?

—No ha sido tan malo. En cierto modo le gusto. Por lo menos me encuentra interesante, y yo diría que le divierte decirme lo que quiere y callarse lo que no desea que sepa.

Mitch sirvió más espaguetis, partió un pan de ajo y le dio a ella una de las mitades.

—Tengo una cinta, si te interesa. Me contó una historia entretenida, que según dice le contó su madre, acerca de tu abuelo cuando era niño. Por lo visto se durmió en un armario con un cachorro que había cogido de una camada en el establo. Quería quedárselo, pero su madre se lo había prohibido. No quería perros en la casa, por nada del mundo. Así que lo escondió en su habitación durante unos días, metido en el armario, y le daba comida que cogía en la cocina.

—¿Qué edad tenía?

—Unos diez años, según ella. Al menos por lo que su madre le dijo. Lo descubrieron cuando se metió en el armario con el perro y se quedó dormido. Nadie podía encontrarlo, por lo que registraron la casa de arriba abajo. Entonces uno de los criados oyó un gimoteo y los encontraron a los dos en el fondo del armario de su dormitorio.

—¿Logró quedarse con el perro?

—Sí. El padre desautorizó a la madre y le permitió quedárselo, aunque era un chucho y parece ser que nunca aprendió buenos modales. Lo tuvo durante casi dieciocho años, así que ella misma lo recuerda, aunque vagamente. Lo enterró detrás de los establos y plantó un arbolito sobre la tumba.

—Ah, ya sé. Mi abuela me mostró esa tumba. Incluso hay una pequeña lápida. Me dijo que él había enterrado allí a su querido perro, pero no debía de conocer la anécdota de cómo lo adquirió. Me la habría contado.

—Tengo la impresión de que Clarise me la contó para demostrar que el padre mimaba al hermano menor de su madre.

—Supongo que sí —replicó Roz.

—Me he enterado de otra cosa. Jane tiene un día libre cada dos semanas, el miércoles. O la tarde del miércoles. Le gusta ir a la librería Davis-Kidd, para comer en el café y luego echar un vistazo a los libros.

—Ah, ¿sí?

—Quien desee hablar con ella en privado podría encontrarla ahí. Por cierto, mañana es miércoles y ella tendrá la tarde libre.

—Últimamente no he tenido tiempo para ir a la librería.

—Yo diría que va siendo hora de que lo hagas.

Roz dudaba que, sin la descripción de Mitch, hubiera reconocido a Jane Paulson. Vio que la joven (cabello de color ratón, atuendo monótono, expresión seria) entraba en el café e iba directamente al mostrador.

Pidió con rapidez lo que deseaba, como una persona cuyos hábitos apenas variaban, y luego ocupó una mesa en un rincón. Sacó del bolso un libro de bolsillo.

Roz esperó un minuto, y entonces se le acercó.

—¿Eres Jane? ¿Jane Paulson? —Habló animadamente, solo con una pizca de asombro en el tono. Vio que Jane se sobresaltaba antes de alzar la vista—. Vaya, qué casualidad. —Sin esperar una invitación, tomó asiento a la mesa—. Hace... bueno, no recuerdo cuánto tiempo. Soy tu prima Rosalind. Rosalind Harper.

—Sí, yo... lo sé. Hola.

—Qué sorpresa. —Roz le dio una palmadita en la mano y tomó un sorbo de su taza de café—. ¿Qué tal estás? ¿Cuánto tiempo hace que te encuentras en la ciudad? Anda, cuéntamelo todo.

—Yo... estoy bien. Ahora vivo aquí.

—¡No me digas! ¿Aquí, en Memphis? Menuda sorpresa. Espero que tu familia esté bien.

—Sí, todos están bien.

—No sabes cuánto me alegro. Dales recuerdos de mi parte a tus padres cuando hables con ellos. ¿Qué estás haciendo en Memphis?

—Pues... —Se interrumpió cuando le trajeron un plato de sopa y un emparedado—. Gracias. Bueno... ¿Te apetece algo, prima Rosalind?

—No, el café es suficiente. —No podía hacerlo. No podía seguir mirando aquel rostro triste y fatigado y perseverar en la mentira—. Voy a serte sincera, Jane. He venido aquí a verte.

—No comprendo.

—Sé que vives con la prima Rissy, que trabajas para ella.

—Sí, sí, yo... Vaya, acabo de recordar que debo hacer unos recados para

ella. No sé cómo puedo haberme olvidado. De veras, tengo que marcharme y...

—Cariño... —Roz puso una mano sobre la suya, para que no se levantara y, a ser posible, tranquilizarla—. Sé lo que ella piensa de mí, así que no tienes por qué preocuparte. No le diré que hemos hablado. No quiero hacer nada que te cree problemas con ella. Te lo prometo.

—¿Qué quieres?

—En primer lugar, te aseguro que no se enterará de nada de lo que me digas. Ya sabes cuánto le desagrado, y el sentimiento es mutuo. Clarise y yo no vamos a hablar de esto. Por eso déjame que te pregunte algo: ¿eres feliz viviendo con ella?

—Necesitaba trabajo y ella me lo dio. La verdad es que debería...

—Hummm. ¿Y si pudieras conseguir otro trabajo?

—Yo... no puedo permitirme un domicilio propio, no en estos momentos. —Jane miró fijamente la sopa, como si contuviera el mundo y éste no fuera un lugar amistoso—. Y no tengo ninguna habilidad que me permita encontrar otro trabajo.

—Eso me resulta difícil de creer, pero es algo que puede esperar. Si pudiera ayudarte a encontrar un empleo que te gustara y un apartamento que pudieras permitirte, ¿lo preferirías a trabajar para Clarise y vivir con ella?

Jane estaba muy pálida cuando alzó la cabeza.

—¿Por qué harías eso?

—En parte para fastidiarla y en parte porque no me gusta ver a personas de mi familia desdichadas si la solución a su problema es sencilla. Y hay algo más. Confío en que puedas ayudarme.

—¿Qué podría hacer yo por ti? —inquirió Jane con escepticismo.

—Verás, Clarise tiene cosas que se llevó de mi hogar, de la mansión Harper. —Roz hizo un gesto de asentimiento al ver la expresión de temor en el rostro de la mujer. Sabía de qué estaba hablando su prima—. Ambas lo sabemos. No me importa, o he decidido que no me importe... me da lo mismo que se llevara las estatuas y los objetos. Pero quiero los papeles: los libros, las cartas, los diarios. Para serte sincera, Jane, trato de sobornarte para que me los consigas. Te ayudaría a encontrar empleo y a establecerte, te daría un poco de dinero para los primeros gastos si lo necesitaras, a cambio de tu colaboración. Pero haré eso por ti de todos modos.

—¿Por qué?

Roz se inclinó hacia delante.

—Ella me habría pegado, de haber podido. Me habría manipulado, habría dirigido mi vida, me habría mantenido en un constante estado de humillación. Si hubiera podido. Pero no se lo permití. No veo por qué debería permitir que te haga lo mismo a ti.

—No fue ella, yo tuve la culpa. No puedo hablar de ello.

—Pues no lo haremos. No voy a intimidarte. —Roz sabía que podría intimidarla con suma facilidad, y por eso no iba a hacerlo—. Voy a darte mis números de teléfono. Aquí tienes: el de casa, el del móvil y el del trabajo. Guárdalos donde ella no pueda encontrarlos. Debes de saber que ella registra tus cosas cuando estás ausente.

Jane asintió.

—No importa. No tengo nada.

—Si sigues con esa actitud, nunca tendrás nada. Piensa en qué quieres, y si deseas que te ayude a conseguirlo. Entonces llámame.

—¿Me ayudarías incluso si no te ayudara?

—Sí. En cualquier caso, acabaré saliéndome con la mía. Ella tiene cosas que me pertenecen, y necesito recuperarlas. Lo conseguiré. Si quieres separarte de ella, te ayudaré. Sin condiciones.

Jane abrió la boca, la cerró y entonces se apresuró a levantarse.

—Oye, prima Rosalind, ¿podríamos?... ¿podríamos ir a otra parte? Ella sabe que vengo aquí, y tal vez...

—¿Alguien la informará? Sí, es posible. De acuerdo, vayamos a otra parte. Tengo el coche ahí fuera.

Fueron a un pequeño restaurante de las afueras, donde no era probable que alguien las conociera, ni tampoco a Clarise. El local olía a carne a la barbacoa y buen café fuerte.

Roz pidió ambas cosas para las dos, a fin de darle tiempo a Jane para que se serenase.

—¿Tenías empleo antes de venir aquí?

—Hacía algunos trabajos de oficina en la empresa de mi padre. Tiene una empresa de pavimentación, ¿sabes?

—¿Te gusta el trabajo administrativo?

—No, no me gusta, y no se me da muy bien.

—¿Qué es lo que te gusta?

—Creo que me gustaría trabajar en una librería o en una galería. Me gustan los libros y el arte. Incluso tengo algunos conocimientos.

—Es un buen comienzo. —Para estimular a la chica, que no probaba bocado y se limitaba a arrancar con dedos inquietos las semillas de sésamo de su bollo, Roz tomó la mitad del enorme emparedado que ya había dividido y le hincó el diente—. ¿Tienes algún dinero propio?

—He ahorrado unos dos mil dólares.

—Otro buen comienzo.

—Quedé embarazada —dijo Jane de repente.

—Oh, cariño. —Roz dejó el emparedado en el plato y tomó la mano de Jane—. Estás embarazada.

—Ya no. —Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas—. El año pasado. Fue el año pasado. Yo... él estaba casado. Dijo que me quería y que dejaría a su mujer. Soy tan idiota, tan rematadamente necia...

—No sigas por ahí —le dijo Roz—. No eres nada de eso.

—Estaba casado, y yo lo sabía. Me dejé arrastrar. Era tan maravilloso que alguien me quisiera, y tan emocionante mantenerlo en secreto... Creía a pies juntillas todo lo que me decía, prima Rosalind.

—Llámame Roz. Claro que lo creías. Estabas enamorada de él.

—Pero él no me quería. —Sacudiendo la cabeza, empezó a reducir la servilleta a jirones—. Descubrí que estaba embarazada, y se lo dije. Él se mostró tan frío, tan... bueno, no exactamente enfadado, solo irritado. Como si fuera, no sé, un inconveniente. Quería que abortara. Fue un golpe terrible. Me dijo que algún día nos casaríamos, pero que de momento debía abortar.

—Eso es muy duro, Jane. Lo siento.

—Le dije que lo haría. Me causaba una enorme tristeza, pero iba a hacerlo. No sabía qué otra cosa podía hacer. Pero seguía posponiéndolo, porque tenía miedo. Entonces, un día estaba con mi madre y empecé a sangrar y a tener calambres, allí en el restaurante donde estábamos cenando.

Las lágrimas caían por sus mejillas. Roz sacó una servilleta del dispensador metálico y se la ofreció.

—Tuve un aborto espontáneo. No le había dicho a mi madre que estaba embarazada, y aborté prácticamente delante de ella. Mis padres se llevaron un enorme disgusto. Yo estaba tan aturdida y me sentía tan rara, que les dije quién era el padre. Era uno de los hombres que jugaban al golf con papá.

Esta vez se cubrió la cara con la servilleta y sollozó. Cuando se acercó la

camarera, Roz sacudió la cabeza, se levantó del banco, fue a sentarse al lado de Jane y le pasó un brazo por encima del hombro.

—Lo siento.

—No digas eso. Anda, desahógate y llora.

—Fue una escena terrible, lo pasé fatal. Hice que se sintieran avergonzados y decepcionados.

—Pero, dadas las circunstancias, ¿no se pusieron de tu parte?

—Hice que se avergonzaran. —Jane tuvo un acceso de hipo y se enjugó las lágrimas—. Y todo por un hombre que nunca me había querido. Perdí el bebé, tal vez porque no lo quería. Deseé que desapareciera, y lo hizo.

—No puedes desear que desaparezca un bebé, querida. Puedes culparte a ti misma por haberlo concebido, porque para eso hacen falta dos personas. Pero no puedes culparte por perderlo.

—Nunca había hecho nada en la vida excepto lo que me pedían que hiciera. Pero hice eso, y mira lo que sucedió.

—Siento que ocurriera. Todos cometemos errores, Jane, y a veces pagamos por ellos un precio muy alto. Pero no tienes por qué seguir pagándolo.

Dio un último apretón a los hombros de Jane y volvió a sentarse en su sitio, de modo que estuvieran cara a cara.

—Vamos, mírame. Escúchame. ¿Está fuera de tu vida el hombre que te utilizó?

Ella asintió y se enjugó de nuevo los ojos.

—Bien. Ahora puedes empezar a decidir qué quieres hacer. Construir una nueva vida o seguir dando vueltas alrededor del naufragio de la antigua.

—¿De verdad me ayudarás a encontrar un empleo?

—Sí, te ayudaré. Pero conservarlo será cosa tuya.

—Ella... tiene un montón de viejos diarios. Los guarda en su habitación, metidos en un cajón, pero sé dónde está la llave.

Roz sonrió y se reclinó en su asiento.

—¿Sabes? Eres un encanto.

17

—No es malvada, ¿verdad? —Hayley cambió a Lily de postura en su cadera y observó cómo Harper plantaba verdolaga en el arriate ante la puerta trasera de su casita—. Quiero decir que es desagradable y tacaña, pero no malvada.

—Está claro que no has oído a mamá cuando llama a la prima Rissy la arpía reina del infierno.

—Pues si lo es, tal vez tenga algo que ver con Amelia. Puede que sea ella quien la mató.

—No había nacido, o no la habían engendrado, como diría mamá, cuando murió Amelia.

—Sí, claro. —De todos modos, Hayley arrugó la frente—. Pero eso solo será verdad si acertamos con las fechas. Si estamos equivocados, podría haberlo hecho.

—Suponiendo que Amelia fuera asesinada.

—Bueno, sí, suponiendo que lo fuera. De todos modos, la prima Rissy debe de haber tenido algún motivo para coger los diarios y quedárselos, ¿no crees?

—¿Aparte de ser una vieja bruja egoísta y reprimida?

—Sí, aparte de eso. Está bien, cariño. —Como Lily se movía inquieta, Hayley la dejó en el suelo y la ayudó a caminar, sujetándole las manos, arriba y abajo del patio de Harper—. En los diarios podría haber cosas que la involucran.

—Entonces ¿por qué no los quemó?

—Y yo qué sé —replicó ella bruscamente—. Es una teoría. Hemos de tener una teoría y una hipótesis para que podamos dar con la solución, ¿no te parece?

—Si tú lo dices... pero mi solución es que la prima Rissy no es más que una bruja egoísta, ladrona y perversa. Mira esto, cariño. —Tomó una de las rosas musgosas y la sostuvo ante Lily—. ¿No es bonita? ¿Verdad que te gustaría tenerla?

Sonriente, la pequeña soltó las manos de su madre y extendió los bracitos.

—No, no, ven a buscarla —le dijo Harper.

Cuando él tendió la flor, acercándola lo suficiente a Lily, esta dio tres pasitos inseguros.

—¡Santo cielo! —exclamó su madre—. ¿Has visto eso? Ha empezado a andar. ¿Lo has visto?

—Claro que lo he visto. —Harper sujetó a la niña cuando ella cerró la mano alrededor de la flor—. Estupendo, Lily, lo has hecho muy bien.

—Ha dado los primeros pasos. —Hayley se sorbió la nariz y se quitó una lágrima con los nudillos—. Ha caminado hasta dónde estabas.

Siempre incómodo cuando veía llorar a alguien, Harper alzó la vista.

—Lo siento. Debería haber dejado que tú sostuvieras la flor.

—No, no, no se trata de eso. Ha dado sus primeros pasos, Harper. Mi pequeña. La he visto dar sus primeros pasos. Oh, tenemos que enseñárselo a todo el mundo. —Inició una pequeña danza y recogió a Lily del suelo, haciendo reír al bebé mientras trazaba círculos—. Tenemos que enseñar a todo el mundo lo lista que eres.

Entonces se detuvo y suspiró. Inclinandose, rozó con los labios la mejilla de Harper.

—Ha ido directamente hacia ti —repitió. Luego se apresuro a ir hacia la casa principal con el bebé apoyado en la cadera.

A Roz le encantaba tomar café en el patio y ver cómo los jardines a los que el nuevo día iba iluminando se extendían a su alrededor. Oía a los hijos de Stella que jugaban con el perro, y los sonidos le hacían recordar la época ya lejana en la que aquellos gritos eran los de sus propios hijos.

Era agradable sentarse al atardecer, con la luz suave y azulada y el aroma de las plantas en la atmósfera. Y también era agradable porque en aquellos momentos le apetecía estar acompañada. Tomaba el café mientras Logan, Stella, David y Mitch hablaban a su alrededor.

Habría deseado que Harper y Hayley también estuvieran allí, pero él no respondía al teléfono, cosa que sucedía con frecuencia, y no había podido encontrar a Hayley y al bebé.

—Dijo que le gustaba tanto el aspecto que tenía todo que se la ha llevado a comprar un nuevo mobiliario para el patio. —Stella apuró su taza de té helado—. Pocas veces he visto a un cliente más satisfecho... ni un diseño de jardín

trazado y ejecutado con tal rapidez. Logan puede aprender mucho de ti, Roz.

—Conocía el jardín y a esa mujer lo suficientemente bien para tener la seguridad de que a Cissy le encantarían los cambios y contrataría a Logan para que lo mantenga en buenas condiciones.

—Para mí sería horrible que mi suegra me pusiera tan nerviosa y me intimidara tanto. —Stella sonrió a Logan—. La mía es una joya.

—Ella siente lo mismo, lo que me facilitará mucho la vida. —Inclinó su cerveza hacia Stella—. Tus días están contados, pelirroja.

—Un par de semanas, y todavía hay tanto que hacer... Cuando pienso en todo lo que tengo controlado, algo nuevo me pasa por la cabeza. Planificar una boda, por sencilla que sea, está lleno de complicaciones.

—Dices «sí, quiero», y luego comes tarta —dijo Logan, con lo que se ganó una insulsa mirada de su futura esposa.

—Jolene nos ha prestado una ayuda enorme —siguió diciendo Stella—. Lo mismo que la madre y la hermana de Logan, pese a lo lejos que viven. Y no sé qué haría sin ti, David.

—Dame el ramo de novia y estaremos en paz.

—Hablando de tu madrastra —intervino Roz—. Hoy he hablado con Jolene.

—Ah, ¿sí?

—Si hay alguien que conozca a todo el mundo en el condado de Shelby, es Jolene Dooley. Recordé que tenía una amiga que dirige una bonita galería y tienda de regalos en el centro de la ciudad. Jane ha conseguido una entrevista de trabajo el miércoles por la tarde.

—Trabajas rápido —dijo admirativamente Mitch.

—Esa chica necesitaba una oportunidad. Ahora veremos qué hace con ella. Jolene también tiene una amiga cuya hermana trabaja en una agencia de alquileres. Resulta que en el centro hay un apartamento de un solo dormitorio, a unas seis manzanas de la galería. Sus ocupantes actuales se marchan dentro de un par de semanas, y el arriendo de los inquilinos que iban a mudarse no se ha concretado.

—Yo diría que obras milagros.

—Oh, no, lo único que hago es solicitarlos.

—¿Crees que ella aceptará? —preguntó Logan—. ¿Que se mudará y te dará esos diarios? Tal como la has descrito, no parece tener mucho temple.

—Algunos no lo tenemos, y otros sí, pero fuera de lugar. Ella es joven, y no tiene lo que podríamos llamar mucho espíritu. Y aunque le dije que no había

condiciones de ningún tipo, estoy bastante segura de que, si acepta el trabajo y el apartamento, se sentirá obligada. Sin embargo, que tenga las agallas de actuar de acuerdo con ese sentido de la obligación, es otra cosa.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces supongo que la prima Rissy y yo tendremos una de esas charlas para lograr conversos. Pero si no toma el buen camino, tengo algunos ases en la manga, y los usaré si es necesario.

A David le brillaron los ojos mientras se inclinaba más hacia ella.

—¿Juego sucio? ¿Por ejemplo?

—Pecadillos familiares que a ella no le haría ninguna gracia que salieran a la luz, y le aseguraré que los haré brillar como las luces de un árbol navideño a menos que me devuelva lo que pertenece a la mansión Harper. —Dio unos golpecitos a David en la barbilla—. Pero de momento son mis pequeños secretos.

—Aguafiestas.

Ella se volvió, como lo hicieron los demás, al oír los gritos de Hayley. Con el rostro resplandeciente, corrió jadeando hacia la mesa.

—Ha caminado... Ha ido directamente hacia Harper... ¡Tres pasos!

Era preciso que Lily demostrara otra vez su nueva habilidad. Pero se le doblaban las rodillas cada vez que Hayley trataba de hacerle dar un paso, y prefería gatear por el patio o tratar de subirse a la silla de Roz.

—Juro que ha caminado. Podéis preguntarle a Harper.

—Te creo. —Roz alzó a Lily para acariciarla—. Le estás gastando bromas a tu mamá, ¿eh? —Empujó la silla hacia atrás, se levantó con Lily en brazos y tomó una galleta que tendió a Hayley—. Creo que también podrías empezar a usar uno de los principales instrumentos de los padres: el soborno. Ven aquí corriendo y ofrécele la galleta.

Mientras Hayley obedecía, Roz, acucillada, sujetaba a Lily.

—Harper le tendió una flor.

—Ese muchacho sabe cómo conquistar a las chicas. Anda, pequeña. Ve a buscarla.

Lily actuó, con lo que se ganó unos aplausos entusiastas. Luego se dejó caer de culo y se comió la galleta.

Cuando los demás entraron en la casa, Roz se sentó con Mitch a la luz del crepúsculo.

—¿Te sentirías insultada si te dijera que eres una encantadora abuela

honoraria?

—La palabra «abuela» aún me estremece un poco, pero, como no podría querer más a esa cría aunque fuese de mi propia sangre, la respuesta es que no. Ha dado sus primeros pasos para ir al encuentro de Harper, de mi hijo. Me resulta difícil no concentrarme en eso, en lo significativo que es.

—¿Hayley no sale con nadie?

—Ahora está entregada por completo a Lily, pero es joven y está llena de pasión. Eso llegará más tarde o más temprano. En cuanto a Harper, he perdido la cuenta de las chicas con las que se ha relacionado, pero no las trae a casa para que me conozcan. Eso también es significativo.

—Bueno, ya que hablamos de hijos, el mío está saliendo con una nueva amiga. Es una chica de aquí, y resulta que sus padres son miembros de tu club. Mañana asistirá a la cena y el baile. Me apetece presentártelo.

—Me encantará conocerlo. ¿Quién es la chica?

—Se llama Shelby... supongo que le han puesto el nombre del condado. Shelby Forrester.

—El mundo es un pañuelo. Sí, conozco a Jan y a Quill, los padres de Shelby. Yo también la conozco. Actualmente sus padres pasan por... una situación delicada. Quill tiene ciertos negocios con Bryce, y eso hace que nuestra relación sea un tanto tensa. Pero, desde luego, no afecta a nadie más.

—Nadie tiene relaciones complejas y pasa por situaciones delicadas como hacéis aquí en el Sur.

—Supongo que no, pero solo te lo digo para que, si me notas cierta incomodidad, conozcas el motivo. Sin embargo, estoy dispuesta a ser de lo más cortés, de modo que no tienes por qué preocuparte.

—No me preocupo, tanto si decides ser cortés como si no. ¿Por qué no damos un paseo? Así puedo cogerte la mano y buscar algún rincón umbrío y fragante del jardín donde pueda besarte.

—Parece una buena idea.

—Lo que estás haciendo por Jane Paulson es extraordinario.

—Tal vez, pero mis motivos no lo son tanto.

Él se echó a reír y se llevó la mano de Roz a los labios.

—Si tus motivos siempre fuesen puros, dudo que te encontrara tan fascinante.

—Me encantan los halagos inteligentes. Vayamos a los establos. Te enseñaré la lápida de Manchado.

—Me gustará mucho verlo. Podría ser un buen lugar para mencionarte otra teoría, una en la que llevo cierto tiempo pensando.

Mientras recorrían el sendero, ella observaba la evolución de sus flores y estaba ojo avizor en busca de hierbajos.

—No estoy muy seguro de cómo te la vas a tomar. Estoy examinando las fechas, los acontecimientos, los momentos claves y la gente, tratando de relacionarlos con Amelia.

—Comprendo. Siempre me ha gustado tener estos establos aquí, dejarlos tal como están, como una especie de ruina.

Con la cabeza ladeada y las manos en las caderas, ella contempló las piedras en estado ruinoso y la madera deteriorada por la intemperie.

—Supongo que podría hacerlo restaurar. Tal vez lo haga si llego a tener nietos y les interesan los caballos. A ninguno de mis hijos les han interesado nunca. Creo que habitualmente son las niñas las que pasan por un período de adoración equina.

Miró el edificio bajo la menguante luz, con el tejado hundido y los adornos de madera desvaídos, las enredaderas y las plantas ornamentales que ella había puesto a su alrededor para darle un aspecto silvestre.

—Parece salido de una película, o más bien de un libro de cuentos.

—Eso es lo que me gusta de él. Mi padre es quien lo abandonó, o nunca hizo nada por conservar el edificio. Recuerdo que habló de derribarlo, pero mi abuela le pidió que no lo hiciera. Dijo que formaba parte de la finca y que le gustaba el aspecto que tenía. La tumba está a la vuelta de la esquina. Perdona, Mitch. Te he interrumpido. Me he dejado llevar por los recuerdos. Cuéntame tu teoría.

—No sé cómo te la vas a tomar.

—Maldito zumaque —dijo ella, empujándolo con suavidad antes de que rozara una enredadera—. Tendré que venir uno de estos días y eliminarlo. Bueno, aquí la tenemos. —Se acuclilló y, con las manos desnudas, arrancó hierbajos y apartó tierra hasta que apareció la lápida con el nombre tallado a mano.

—Qué considerado, ¿verdad?, enterrar aquí a su viejo perro y tallarle esa lápida. Creo que debió de ser una buena persona. Mi abuela no le habría querido tanto si no lo hubiera sido.

—Y le quiso, desde luego —convino Mitch—. Se nota cómo le quería en las fotos en que están juntos.

—En la mayor parte de las fotos que tenemos de él parece impasible, pero no

lo era. Cierta vez le pregunté a mi abuela, y me dijo que él detestaba que lo fotografieran. Era tímido. Resulta curioso pensar en mi abuelo como en un hombre tímido que adoraba a su perro.

—¿Ella era más extrovertida? —inquirió Mitch.

—Sí, mucho... Le gustaban las relaciones sociales, casi tanto como la jardinería. Le gustaba organizar fantásticas comidas y meriendas, sobre todo. En esas ocasiones se vestía de punta en blanco, con sombrero, guantes y vaporosos vestidos.

—He visto las fotos. Era elegante.

—Sin embargo, podía ponerse unos viejos pantalones y cavar durante horas.

—Como alguien que conocemos. —Le deslizó una mano por el cabello—. Tu abuelo nació varios años después de la más joven de sus hermanas.

—Hummm. Creo que hubo otros embarazos. Mi abuela tuvo dos abortos espontáneos, y recuerdo vagamente haberle oído decir que a su suegra también le había ocurrido. Es posible que también le naciera un hijo muerto.

—Un hijo que probablemente nació al mismo tiempo que, según nuestra teoría, Amelia nació... y murió. Amelia aparece en la casa, pero no podemos verificar que viviera aquí... desde luego no como familiar. Canta a los niños, da la impresión de que le encantan las criaturas... y desconfía de los hombres, incluso los desprecia.

Roz ladeó la cabeza. El crepúsculo avanzaba con mucha rapidez hacia la oscuridad, y con ésta llegaba el frío.

—Sí, ¿y qué más?

—¿Y si el niño que nació en 1892 fuera su hijo? Su hijo, Roz, el hijo de Amelia, no de Beatrice Harper.

—Es una teoría descabellada, Mitchell.

—¿Tú crees? Tal vez. En cualquier caso, es solo una teoría que, aunque basada parcialmente en especulaciones un tanto alocadas, no carecería de precedentes.

—Habría oído hablar de eso. Sin duda habría habido algún comentario, habría corrido algún rumor.

—¿Cómo? ¿Por qué? Si los protagonistas tuvieron suficiente discreción, quizá no trascendió. El hombre rico e influyente que ansia un hijo... y paga por tener uno. Diablos, eso sigue ocurriendo.

—Pero... —Ella se levantó—. ¿Cómo habrían podido ocultar semejante engaño? No estás hablando de una adopción legal.

—No, no hablo de eso. Sigue mi razonamiento durante un minuto, ¿quieres? ¿Y si Reginald recurrió a una mujer joven, probablemente de cierta educación e inteligencia, que se encontraba en dificultades? Él le paga las facturas, le proporciona un refugio y, si el hijo es varón, se lo quita.

—¿Y si es niña, ha gastado su tiempo y su dinero?

—Un riesgo. Otra posibilidad es que él mismo la dejase embarazada.

—¿Y su esposa aceptó a ese bastardo como si fuese su propio hijo, como el heredero?

—Él era el dueño del dinero, ¿no?

Roz se quedó callada mientras se frotaba los brazos.

—Es una teoría muy fría.

—Lo es. Aunque puede que él estuviera enamorado de Amelia y tuviera intención de divorciarse de su esposa y casarse con ella. Podría haber muerto en el parto. O tal vez fue un trato estrictamente económico... o alguna otra cosa. Pero si ese niño, si Reginald Harper hijo, nació de Amelia, eso explicaría ciertas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Nunca te hace daño, ni a ti ni a nadie que lleve tu sangre. ¿No podría deberse a que tu sangre es la suya? ¿A que eres su descendiente? ¿Su biznieta?

Ella se alejó unos pasos de la pequeña tumba.

—Entonces, ¿por qué está en la casa, en la tumba? ¿Tienes la teoría de que dio a luz aquí? ¿En la mansión Harper?

—Posiblemente. O tal vez vino de visita y pasó aquí cierto tiempo. Puede que fuese la niñera de la criatura, también de eso hay precedentes. Que muriese aquí de una forma u otra.

—De una forma u...

La tumba no era pequeña y no tenía ninguna lápida. Estaba abierta, oscura, y era profunda.

Ella estaba en el borde de aquella ancha boca en la tierra. Podía ver la muerte allí abajo. El cuerpo con el vestido andrajoso y sucio, la carne que se separaba de los huesos y se deshacía. El olor de la putrefacción se cernía sobre ella como un enjambre de gruesas y zumbadoras abejas que le picaran en los ojos, la garganta, el vientre.

El suelo estaba húmedo y resbaladizo donde ella se encontraba; por encima de él se deslizaba una niebla tenue y fétida, que manchaba la negra tierra y la hierba húmeda con sucias lenguas grises.

Ella hundía la pala a través de aquella niebla, en la tierra y la hierba, y la llenaba. Entonces arrojaba la tierra al interior de la tumba.

Los ojos de la muerta se abrieron, brillantes de locura y maldad. Alzando una mano, cuya carne putrefacta horadaba horriblemente los huesos, empezó a salir de la tierra.

Roz se estremeció, y golpeó las manos que la sujetaban.

—Tranquila, tranquila. Respira, profunda y lentamente.

—¿Qué ha pasado?

Apartó de nuevo la mano de Mitch, al percatarse de que estaba en el suelo, acurrucada en su regazo.

—Te has desmayado.

—No puede ser. No me he desmayado en toda mi vida.

—Pues considera esta como la primera vez. Has palidecido terriblemente y has puesto los ojos en blanco. Te he sujetado cuando empezabas a caer. Has estado sin sentido apenas un minuto. —Temblando un poco, él inclinó la cabeza hacia la suya—. El minuto más largo de mi vida hasta la fecha. —Aspiró hondo un par de veces—. Si estás bien, ¿te importa que me siente aquí un momento hasta que me serene?

—Vaya, es lo más espantoso que me ha ocurrido.

—No tenía intención de trastornarte. Dejaremos las teorías para más adelante. Volvamos a casa.

—¿Crees que me he desvanecido porque mi abuelo pudo ser hijo ilegítimo? Cielos, Mitch, ¿por quién me tomas? No soy una mujer débil y sin carácter que cuestiona su identidad debido a las acciones de sus antepasados. Sé quién diablos soy.

El color había vuelto a su rostro, y los ojos de largos párpados estaban llenos de irritación.

—Entonces ¿quieres decirme por qué...? —Ahora fue él quien palideció—. Dios mío, Roz, ¿estás embarazada?

—Haz al favor de tranquilizarte. Hace un momento me llamabas abuela y ahora te alarmas pensando que podría estar embarazada. No voy a tener un hijo a estas alturas, así que relájate. He sufrido alguna clase de hechizo.

—¿Te importaría explicarte?

—Estábamos hablando y, de repente, me vi... no sé dónde, pero me encontraba en el borde de una tumba abierta. Ella estaba ahí, Amelia... y no tenía su mejor aspecto. —No pudo evitar un estremecimiento, y apoyó la cabeza

en el hombro de Mitch. Aquel protector y fuerte hombro—. Más que muerta, se estaba descomponiendo. Podía verlo y también olerlo. Supongo que eso es lo que me hizo perder el sentido. Fue muy desagradable, por decirlo suavemente. Creo que la estaba enterrando. Entonces ella abrió los ojos y empezó a salir de la tumba.

—Si te sirve de consuelo, si me hubiera ocurrido algo así también me habría desmayado.

—No sé si era aquí, quiero decir este lugar en concreto. No lo parecía, pero no puedo estar segura. He pasado por aquí innumerables veces, he plantado esa pachysandra y esas oleas, y nunca hasta ahora había notado nada raro.

—Otra teoría podría ser que nunca habías estado tan cerca de descubrir quién fue ella.

—Supongo que no. Tendremos que cavar. —Se puso en pie—. Tendremos que cavar y ver si se encuentra aquí.

Instalaron unas luces y los hombres y Roz cavaron hasta pasada la medianoche. Stella y Hayley se turnaban entre paladas y entraban en la casa para ver si los niños seguían dormidos.

No encontraron más que los hueso de un adorado perro.

—Podría ser metafórico.

Roz alzó la vista y miró a Harper, mientras caminaban por el bosque al día siguiente.

Sabía muy bien por qué la acompañaba su hijo, con un brazo alrededor de su hombro: porque Mitch le había dicho que se había desmayado.

Apenas había dispuesto de cinco minutos para sí misma desde que se había desvanecido. Eso tenía que cambiar, pero les daría a él y el resto de su familia honoraria un día de margen antes de pedirles que la dejaran en paz.

—¿Qué es lo que podría ser metafórico?

—Esa visión que has tenido. Allí al borde de la fosa, echándole paladas de tierra. —Hizo una mueca de desagrado—. No quiero decir que tuvieras una alucinación.

—No quieres decir... ¿Quién tenía pesadillas después de ver aquella serie los sábados por la mañana? ¿Cómo se llamaba... *Land of the Lost*?

—Cielos. Los sleestak^[1]. —Se estremeció; no fue un gesto totalmente fingido—. Todavía tengo pesadillas. Pero, en cualquier caso, lo que estoy diciendo es que nunca has estado al borde de su tumba, nunca la has enterrado. Ella murió hace mucho tiempo. Pero si lo consideramos una metáfora, podríamos decir que estás intentando abrir su tumba... pero que, como te falta algo, como no encuentras algo, lo que sea, la estás enterrando.

—De modo que todo está en mi mente.

—Tal vez ella te lo esté causando. No lo sé, mamá.

Ella se quedó un momento pensativa.

—Mitch tiene una teoría. Estábamos hablando de ella antes de que me desmayara.

Le contó a su hijo lo que le había dicho Mitch; le rodeó la cintura con el brazo mientras lo hacía. Juntos, se detuvieron en el linde del bosque y contemplaron la casa.

—No parece tan descabellado, si lo miras bien —dijo Harper—. Siempre pareció que Amelia era como un miembro de la familia.

—Yo diría que eso solo abre más interrogantes y que no nos acerca al descubrimiento de quién fue. Pero de una cosa estoy segura: quiero tener en mis manos esos diarios más que nunca. Si Jane no me los consigue, me enfrentaré a Clarise.

—¿Quieres que haga de arbitro?

—Es posible. Si Amelia forma parte de la familia, merece que seamos justos con ella. Sin embargo, no siento lo mismo con respecto a Clarise. En mi opinión, siempre ha querido más de lo que merecía. No sé por qué siento más simpatía por una mujer muerta, que puede ser o no pariente, que por una viva que es familiar nuestra sin asomo de duda.

—Una vez me pegó.

Roz se puso rígida al instante.

—¿Cómo dices?

—Un día me dio una buena bofetada, cuando estábamos de visita y me sorprendió subiéndome a la encimera de la cocina para coger el tarro de las galletas. Debía de tener unos seis años. Me dio una bofetada, me bajó de allí y me dijo que era un mocoso glotón e irrespetuoso.

—¿Por qué no me lo dijiste? No tenía derecho a tocarlo. Le habría arrancado la piel a tiras.

—Pero luego me la habrías arrancado a mí —replicó él—. Me habías dicho que no subiera nunca a la encimera y no cogiera galletas sin pedir permiso primero. Así que me aguanté y salí de allí con el rabo entre las piernas.

—Nadie podía darte un cachete excepto yo. Nadie pone las manos encima de mis hijos, y para mí ése es un delito que no prescribe. Esa zorra...

—Bueno, bueno. —Harper le dio un apretón en los hombros—. ¿No te sientes mejor ahora?

—Haré que se arrepienta de ello. —Caminó con él hacia la casa—. Pero sabías que no estaba bien meter la mano en el tarro de las galletas, Harper.

—Sí, mamá.

Ella le dio un ligero codazo.

—Y no sonrías.

—No sonreía, solo estaba pensando en que probablemente ahora hay galletas en ese tarro.

—Supongo que sí.

—Galletas y leche, una combinación apetecible.

—Desde luego. Vamos a acosar a David hasta que nos dé unas cuantas. Pero debe ser ahora. Tengo que arreglarme para una cita.

Roz conocía qué estilos y qué colores no solo la favorecían, sino que eran los apropiados para ella. Había elegido el añejo Dior por sus líneas limpias y fluidas y el bonito color de su hilo dorado. El corpiño recto, los delgados tirantes y el pliegue posterior le dejaba desnudos la espalda y los hombros.

Pero su espalda y sus brazos estaban tonificados. Ella se ocupaba de que lo estuvieran. Por lo tanto, no veía motivo para no lucirlos. Llevaba los brillantes de su abuela, los pendientes y el collar de varias vueltas que había heredado.

Y aunque sabía que iba a lamentarlo, se puso las sandalias de tacón algo y delgado que exhibían las uñas de los pies pintadas del mismo delicado color oro que el vestido.

Se volvió para mirarse la espalda en el espejo y, al oír golpes en la puerta, dijo distraída: «adelante».

—Roz, solo quería... —Stella se detuvo en seco—. Santa madre de Dios. Estás espectacular.

Roz hizo un gesto de asentimiento al espejo y se volvió.

—Pues sí, lo estoy. A veces quieres dejarlos boquiabiertos, ¿sabes? Y he

sentido el impulso de hacerlo esta noche.

—Quédate... quédate ahí. —Salió corriendo y Roz oyó cómo llamaba a Hayley.

Roz, divertida, cogió su bolso, preguntándose qué ventolera le había dado para pagar tanto dinero por un objeto tan insignificante, y empezó a guardar en su interior cuanto consideraba necesario para la velada.

—Tienes que ver esto —decía Stella, mientras hacía entrar a Hayley en la habitación.

Hayley parpadeó y entrecerró los ojos.

—Vamos, Roz, da una vuelta para que te veamos.

Dispuesta a satisfacerlas, Roz trazó un círculo y Hayley cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó la cabeza.

—Semejante maravilla no está a nuestro alcance. ¿Son auténticos esos brillantes? Ya sé que es una vulgaridad preguntarlo, pero no puedo evitarlo. Son tan... resplandecientes.

—Eran de mi abuela, y siento por ellos un cariño especial. Eso me recuerda que tengo algo para ti que podrías ponerte para tu boda, Stella. Cumpliría los tres requisitos de algo antiguo, algo prestado y algo azul.

Sacó el estuche de la caja fuerte, y se lo tendió a Stella.

—Oh, Dios mío.

—John me los regaló cuando cumplí los veintiuno. —Miró sonriente los pendientes de zafiros—. He pensado que irían bien con el vestido que te he elegido, pero si no opinas lo mismo no me ofenderé.

—No hay nada, con lo que no irían bien. —Con sumo cuidado, Stella sacó de la caja los zafiros acorazonados—. Son exquisitos, asombrosos, y estoy tan... —Se le quebró la voz, y se pasó una mano por la cara mientras tomaba asiento en el borde de la cama—. Lo siento. Estoy tan... de que me los prestes.

—Si tuviera una hermana, me gustaría pensar que le encantaría llevar algo mío el día de su boda.

—Me siento tan conmovida, tan honrada, tan... Voy a tener que quedarme aquí sentada y llorar durante un par de minutos.

—De acuerdo, adelante.

Hayley sorbió por la nariz.

—¿Sabes? La tradición de llevar una joya antigua simboliza el vínculo de la novia con su familia.

Roz le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Confiaba en que lo supieras. Podéis quedaros aquí sentadas las dos y llorar cuanto queráis.

—¿Qué? ¿Adónde vas? —le preguntó Hayley.

—Abajo. Mitch no tardará en llegar.

—Pero no puedes. —Mordiéndose el labio y dudando entre quedarse con Stella o evitar una catástrofe, agitó los brazos como si tratara de detener un tren—. Tienes que esperar hasta que él llegue aquí, y entonces bajar majestuosamente los escalones. Esa escalera está hecha para que una mujer se luzca al bajarla. Tienes que hacer una entrada espectacular.

—No, no tengo que hacer tal cosa. Me recuerdas a mi madre, que me obligaba a hacer eso cuando me reunía con mi acompañante... gracias a Dios, era John, así que luego nos reímos de ello... para el baile de debutantes al que me obligó a ir. Créeme. No será el fin del mundo si lo recibo en la puerta.

Cerró el bolso y se miró por última vez en el espejo.

—Además, hay otra tradición que debo seguir. Si no bajo y le enseño a David el vestido para que me dé su aprobación, heriré sus sentimientos. Hay pañuelos de papel en el cajón de la mesilla —añadió cuando ya salía.

Apenas había terminado de someter su atuendo a la consideración de David, que se mostró totalmente satisfecho, cuando Mitch llamó a la puerta.

Al abrirla, ella tuvo el placer de ver cómo abría los ojos y emitía un silbido de admiración.

—¿Cómo he llegado a ser tan afortunado? —le preguntó. Ella se echó a reír, y se puso el chal.

—Tal como luces con ese esmoquin, doctor, es posible que seas considerablemente más afortunado antes de que la noche haya terminado.

18

—Estaba tratando de recordar la última vez que me puse un esmoquin —dijo Mitch, sentado al volante del coche y dándose el placer de otra larga mirada a Roz antes de ponerse el cinturón de seguridad—. Estoy bastante seguro de que fue en la boda de un amigo. Su hijo mayor se gradúa este año en la escuela de enseñanza media.

—Vaya, qué lástima, porque te sienta muy bien.

—Inclínate un momento hacia aquí. —Cuando ella lo hizo, le rozó los labios con los suyos—. Sí, su sabor es tan bueno como su aspecto.

—Faltaría más.

Él puso el motor en marcha y empezaron a alejarse de la mansión.

—Podríamos saltarnos lo de esta noche, hacer una escapada y casarnos. Llevamos la ropa apropiada.

Ella le dirigió una mirada de soslayo mientras Mitch enfilaba la carretera principal.

—Ojo con lanzar alegremente propuestas de matrimonio como si fuesen pelotas de béisbol, doctor Carnegie. Ya he recogido y devuelto a dos bateadores hasta ahora.

—Cuando quieras probar con un tercero, házmelo saber.

Roz experimentaba una agradable sensación al ir tan bien vestida y estar coqueteando con un hombre apuesto.

—¿Lo dices en serio?

—Eso parece. Ten en cuenta que soy un tipo que debe alquilar su esmoquin, pero me compraré uno cuando decidas dar ese paso. Es lo menos que puedo hacer.

—Desde luego, es un factor decisivo.

Él puso un momento su mano sobre la de Roz.

—Me gano bien la vida, y tu dinero no es en absoluto lo que me impulsa. Mi

situación es sólida. Durante muchos años mi hijo ha sido el único elemento esencial en mi vida, pero ahora es un hombre, y aunque siempre será mi gran prioridad, estoy preparado para tener otras, para que haya otros elementos esenciales.

—¿Y cuando se traslade a Boston?

—Será un golpe terrible.

Esta vez ella puso la mano sobre la suya.

—Sé qué se siente.

—Pero no puedes seguirlos a todas partes. Sin embargo, siempre podré visitar Boston de vez en cuando, o hacer un viaje aquí y allá cuando tenga un partido en algún lugar interesante.

—Me hace ilusión conocerlo.

—A mí también me hace ilusión que lo conozcas. Espero que no te sientas demasiado incómoda con la fricción que pueda haber entre tú y los padres de su novia.

—No me sentiré incómoda, pero puede que Jan lo esté, porque es una mujer sin carácter a quien le avergüenza su amistad conmigo. Es una estupidez, pero la verdad es que ella es bastante estúpida. Por otro lado, me gustará hacer que se sienta incómoda. —Se estiró hacia atrás y añadió con satisfacción—: Hay que reconocer que tengo una vena malvada.

—Eso siempre me ha gustado de ti.

—Me alegro —replicó ella mientras avanzaban hacia el club—, porque es probable que aparezca esta noche.

A Mitch le resultaba fascinante ver cómo actuaba aquella gente. La indumentaria lujosa y los modales exquisitos eran una especie de cubierta satinada sobre lo que a él le parecía el síndrome de la camarilla de escuela de enseñanza media. La gente formaba pequeños grupos, en las mesas, en los rincones o en lugares estratégicos desde donde podían observar a los demás grupos. Había algunas mariposas que revoloteaban de un grupo a otro, agitaban sus coloridas alas, chupaban el néctar del chismorreó y volaban al grupo siguiente.

La moda era uno de los principales temas de conversación. Mitch perdió la cuenta de las veces que oyó una variación musitada de: «La pobrecilla debía de estar bebida cuando se compró ese vestido».

Ya había visto cómo era aquello en la fiesta de Roz, pero esta vez él era su

acompañante, y reparó en que esta circunstancia cambiaba la dinámica de un modo considerable.

Mitch se sentía como el alumno nuevo en la clase.

Lo miraron de la cabeza a los pies innumerables veces, le preguntaron quién era, a qué se dedicaba, qué hacía su familia. Aunque el tono del interrogatorio era siempre encantador, empezaba a sentirse como si debiera llevar un currículum mecanografiado y preparado para repartirlo.

Las edades de los asistentes iban desde la de quienes debieron de bailar al son del swing tocado por una orquesta cuando era una música nueva hasta la de que quienes consideraban esa música retro pero en la onda.

Mientras evitaba discretamente hablar de los detalles más destacados de su trabajo sobre la familia Harper con una curiosa pareja cuyos nombres, según creía haber entendido, eran Bing y Babs, llegó a la conclusión de que, en conjunto, aquél era un interesante cambio de rutina para un hombre con un esmoquin alquilado.

Al ver a Josh, utilizó a su hijo como excusa para poner fin al interrogatorio.

—Perdonad, acaba de llegar mi hijo y tengo que hablar con él.

Mitch avanzó en línea recta entre los esmóquines y los vestidos de noche.

—Vaya, qué elegante vienes. —Puso un brazo sobre los hombros de Josh y sonrió a la chica morena—. Tú debes de ser Shelby.

—Sí, señor. Usted debe de ser el padre de Josh. Son iguales.

—Bueno, ya están hechas las presentaciones —dijo Josh—. Atiza —añadió al contemplar la sala—. Menudo puesto de perritos calientes.

La sala de baile estaba iluminada por luces centelleantes y festoneada con flores primaverales. Los camareros estaban detrás de una de las tres barras o iban de un lado a otro con bandejas de bebidas y canapés. Los brillantes y las esmeraldas destellaban cuando las parejas salían para bailar a los briosos acordes de «Sing, Sing, Sing» de Goodman.

—Sí, una versión de *Historias de Filadelfia*.

—¿Qué?

Mitch dirigió a Josh una mirada de conmiseración.

—Hubo otras películas antes de *Terminator*.

—Si tú lo dices, papá... ¿Dónde está tu chica? —le preguntó Josh.

—Se la han llevado. He estado... ah, por ahí viene.

—Lo siento, me habían secuestrado. Hola, Shelby. Qué guapa estás.

—Gracias, señora Harper. Lleva un vestido precioso. Josh me dijo que

vendría con su padre.

—Me alegro de conocerte por fin, Josh. Tu padre siempre está hablando de ti.

—Lo mismo digo. Tendremos que buscar un rincón tranquilo y comparar nuestras notas.

—Me encantaría.

—Allí están mis padres. —Shelby indicó una mesa con un gesto de la cabeza—. Me gustaría presentaros, a ti y a tu padre, Josh. Entonces habré cumplido con mi deber y podrás bailar conmigo.

—Me parece un buen plan. Papá dice que se dedica a las plantas, señora Harper.

—Llámame Roz. Sí, ésa es mi actividad.

—Él las mata, ¿sabe? —añadió mientras avanzaban a través de la sala.

—Ya lo he visto.

—La mayoría, cuando le ven, se suicidan para acabar antes.

—Calla, Josh.

—Tan solo quiero que no le hagas una jugarreta. —Miró a su padre con una sonrisa breve, y se dirigió a Roz—: Shelby dice que vive en esa impresionante casa ante la que hemos pasado cuando veníamos hacia aquí.

—Sí, pertenece a mi familia desde hace mucho tiempo.

—Es enorme, y preciosa. —Volvió la cabeza lo suficiente para dirigir a su padre una mirada de soslayo, rápida pero con escaso disimulo—. Mi padre ha pasado mucho tiempo allí.

—Trabajando.

Gracias a su experiencia de años, Mitch logró dar a su hijo un ligero codazo en las costillas.

—Espero que tú también vengas pronto —dijo Roz mirando a Josh.

Roz se detuvo junto a la mesa a la que estaban sentados Jan y Quill, hablando con otros amigos.

—Hola a todo el mundo. —Como Roz había esperado, Jan se puso rígida y palideció ligeramente. Roz se inclinó con parsimonia y lanzó un beso al aire, cerca de la mejilla de Jan—. Todos tenéis un magnífico aspecto.

—Mamá, papá. —Shelby se dispuso a hacer las presentaciones—. Éste es Joshua Carnegie, y éste es su padre, el doctor Carnegie. Mis padres, Jan y Quill Forrester, y los señores Renthow.

Quill, un hombre fornido, que daba la mano con fingida efusividad mientras

efectuaba un sutil examen de su interlocutor, se puso en pie para estrechar las manos de Mitch y Josh; luego inclinó la cabeza hacia Roz.

—¿Cómo estás, Rosalind?

—Muy bien. ¿Qué tal van los negocios?

Él se puso rígido, pero asintió.

—Sobre ruedas.

—Me alegro. Shelby se ha convertido en toda una belleza, Jan. Debes de estar orgullosa.

—Por supuesto. No sabía que conocías al acompañante de Shelby.

—Su padre y yo somos grandes amigos. —Sonriendo, entrelazó su brazo con el de Mitch—. La verdad es que Mitch investiga la historia de la familia Harper. Está descubriendo toda clase de secretos y escándalos. —Mientras decía esto, movió la cabeza hacia atrás y soltó una risita—. Aquí, en el condado de Shelby, nos gusta tener escándalos, ¿no es cierto?

—Claro, ahora sé por qué su nombre me sonaba —intervino Renthow—. He leído uno de sus libros. También soy un genealogista aficionado. Una actividad fascinante.

—Creo que sí. En cualquier caso, los antepasados de la familia Harper me condujeron a Roz. —Con un suave movimiento, Mitch le tomó la mano y se la llevó a los labios—. Siempre les estaré agradecido.

—¿Sabe? —dijo Renthow—. He descubierto que mis antepasados se remontan a los Fifes de Escocia.

—¿De veras? —Mitch mostró un repentino interés—. ¿Ha encontrado alguna relación con Duncan Phyfe, antes de que cambiara la ortografía?

—Sí, exactamente. —Renthow, evidentemente complacido, se movió en su asiento para acercarse a Mitch—. Me gustaría hacer un estudio más detallado. Tal vez usted podría darme algunas indicaciones.

—Con mucho gusto.

—¿Por qué no nos sentamos todos durante unos minutos? —planteó Shelby—. Así podréis conocerlos mejor mientras...

—Estamos esperando a unos amigos —la interrumpió Jan—. Nuestra mesa está llena. Estoy segura de que Rosalind y el doctor Carnegie encontrarán otra. Y todos estaremos más cómodos.

—Mamá... —La palabra fue un susurro de indignación que Roz invalidó con una sonrisa.

—Ya tenemos una, gracias. Si nos permitís, vamos a llevarnos a esta joven y

guapa pareja. Shelby, ¿por qué no nos enseñas dónde os sentáis, y Josh y Mitch nos traerán bebidas?

Tomando del brazo a la chica, Roz se la llevó de allí.

—Yo... lo siento, señora Harper, no sé qué ocurre.

—No te preocupes. Aquí estaremos bien. Sentémonos y podrás contarme antes de que vuelvan cómo conociste a ese apuesto joven. Y llámame Roz, mujer. Ambas hemos venido con nuestras respectivas parejas.

Tranquilizó a la muchacha, charlando hasta que los hombres regresaron con bebidas y canapés. Solo cuando Josh sacó a Shelby a bailar, Roz se permitió exteriorizar un poco su irritación.

—No ha debido avergonzarse a la chica de esa forma. Si tuviera dos dedos de frente, esa rencorosa habría sabido que no tenía intención de sentarme con ella. Es una chica encantadora. Supongo que ha tenido que hacer un gran esfuerzo para contenerse.

—Tú has preferido evitar una discusión. Uno de los motivos por los que me aparté del mundo académico fue para librarme de esos pequeños y desagradables enfrentamientos y mezquinos agravios. Pero dondequiera que vayas te tropiezas con ellos, ¿no es cierto?

—Supongo que sí. Yo también intento mantenerme al margen de este tipo de reuniones. No tengo paciencia para soportar ciertas cosas. Pero me siento obligada a asistir de vez en cuando.

—No eres la única —replicó él, y entrelazó sus dedos con los de Roz sobre la mesa—. ¿Hasta qué punto va a irritarte saber que Bryce Clerk acaba de entrar, con la misma rubia que le acompañaba cuando trató de estropear tu fiesta?

La mano de Roz se puso rígida en la suya, pero se relajó lentamente.

—Tenía la sensación de que vendría. Bueno, no importa. Voy a ir un momento al lavabo, para hablar seriamente conmigo misma y arreglarme. No pienso tener otra escena en público, te lo prometo.

—No me molestaría.

—Es bueno saberlo, por si la charla no sirve de nada.

Roz se levantó, abandonó la sala y avanzó por el pasillo hacia el servicio.

Una vez dentro, se repasó los labios con carmín y empezó a sermonearse sobre el debido decoro.

«No te rebajarás a su nivel, sea cual sea la provocación».

«No permitirás que esa estúpida chica te arrastre a una pelea, aunque la dejarías hecha unos zorros sin siquiera despeinarte».

«No harás...».

Cuando Cissy entró en el servicio, Roz interrumpió su monólogo.

—No había manera de quitarme a Justine Lukes de encima. Pobrecilla, puede volverte loca con su cháchara sin que salga de su boca una sola idea interesante. Quería ir a tu mesa. De veras, Roz, no podrías estar más espléndida.

—Creo que he llegado a la cima de mis posibilidades. Bueno, ¿qué tal fue la visita de tus parientes?

—Mi suegra se quedó completamente impresionada. Créeme, querida, ni siquiera ella encontró nada criticable, aunque derramé vino sobre mi camisa nueva cuando me preguntó por uno de los arbustos. Ése que tiene las ramas arqueadas y todas esas flores blancas. Su olor es delicioso.

—El leucothoe fontanesiana.

—Supongo que sí. En cualquier caso, estaré en deuda contigo durante toda mi vida. ¿No está contigo la hija de Jan?

Cissy se miró al espejo para arreglarse el cabello.

—Sí, resulta que sale con el hijo del hombre con quien salgo.

—Estoy deseando conocerlos a los dos. Me encanta añadir nuevos nombres a la lista de hombres guapos que conozco. Supongo que has visto la discreta entrada de Bryce. —Desvió la cara del espejo para mirar a Roz—. He dejado a Justine para no tener que fingir cortesía con él. No sé si has oído las últimas noticias, pero...

Se interrumpió porque Jan acababa de entrar en el servicio con Mandy.

Ambas mujeres se detuvieron, pero mientras Jan parecía dispuesta a seguir adelante, Mandy se acercó a Roz y la señaló con un dedo.

—Si no dejas de acosarnos, conseguiré una orden judicial y haré que te detengan.

Regocijada, Roz sacó su polvera.

—No creo que asistir a una reunión del club de campo pueda considerarse acoso, pero mañana le pediré a mi abogado que se informe.

—Sabes muy bien a qué me refiero. Llamaste a mi balneario haciéndote pasar por mí y cancelaste todos mis tratamientos. Me telefoneas día y noche y cuelgas cuando respondo.

Roz se empolvó la nariz con naturalidad.

—¿Quieres decirme por qué habría de comportarme así?

—No puedes soportar que vaya a casarme con Bryce.

—¿Habéis decidido casaros? —Roz cerró la polvera. En parte se alegraba,

pues si Bryce pescaba a una mujer rica, lo más probable sería que la dejara en paz tanto a ella como a su familia—. Bien, pese a tu descortés conducta, te felicito sinceramente.

—También sé qué le has hecho a Bryce, y a Jan, porque sigue siendo mi amiga.

—No os he hecho nada a ninguna de vosotras. —Miró a Jan—. Te aseguro que nada podría interesarme menos.

—Alguien llamó a uno de los principales clientes de Quill, fingiendo que era yo —explicó rígidamente Jan—. Una rastrera llamada telefónica que le costó a Quill una cuenta importante.

—Lamento que os haya ocurrido eso, Jan. Si sinceramente crees que yo haría algo así, no voy a perder mi tiempo ni el tuyo tratando de convencerte de que no es cierto. Disculpa.

Oyó que Cissy decía, exasperada: «¿Cómo puedes ser tan corta de mollera, Jan?», mientras la puerta se cerraba tras ella.

Había empezado a caminar por el pasillo, pero se detuvo en seco cuando vio a Bryce apoyado en la pared. Confiando en evitar una escena, dio media vuelta y se fue en dirección contraria.

—¿Te retiras? —le preguntó él, en un tono risueño, cuando le dio alcance—. Me sorprendes.

Ella se contuvo. Pensó que no había terminado de hablar seriamente consigo misma. Aunque, dado su estado de ánimo actual habría sido una pérdida de tiempo.

—Tú nunca me sorprendes.

—Creo que sí, y que volveré a hacerlo. No estaba seguro de encontrarte aquí esta noche. —Su expresión se volvió taimada y petulante—. He oído decir en alguna parte que te has dado de baja como socia.

—Es lo que tienen los rumores, que muy a menudo son falsos. Dime, Bryce, ¿qué estás sacando de todo este esfuerzo? Escribir cartas, hacer llamadas telefónicas y arriesgarte a demandas judiciales por falsificar tarjetas de crédito.

—No sé de qué me estás hablando.

—Ahora no hay nadie aquí aparte de nosotros dos. —Abarcó con un gesto el pasillo vacío—. Así que vayamos al fondo del asunto. ¿Qué quieres?

—Todo lo que pueda conseguir. Jamás podrás demostrar que he hecho llamadas, he escrito cartas y he utilizado tarjetas de crédito. Soy muy cuidadoso, y muy listo.

—¿Hasta cuándo crees que vas a poder salirte con la tuya?

—Hasta que me canse. He invertido en ti mucho tiempo y esfuerzo, Roz, y me has mandado a freír espárragos. No me gusta que me traten así. Ahora he vuelto, y no vas a pasar un solo día sin recordarlo. Por supuesto, si me hicieras una oferta económica privada...

—Eso no ocurrirá jamás.

—Como te parezca. —Se encogió de hombros—. Puedo hacer ciertas cosas para seguir perjudicándote. Creo que acabarás por rendirte. Sé lo importante que es para ti tu posición, tu posición en el condado de Shelby.

—Me temo que no lo sabes. —Mantenía los ojos fijos en los de Bryce, y siguió haciéndolo cuando la puerta del vestíbulo de los servicios se entreabrió detrás de ellos—. Tampoco puedes afectarme en lo que realmente cuenta, por muchas mentiras que difundas. Quill no es del todo idiota, y no tardará mucho en darse cuenta de que le estás tomando el pelo. Y de que le saldrá caro.

—Le concedes demasiado crédito. Ese hombre es un codicioso, ¿sabes?, y sé jugar con la codicia.

—No me extraña, ya que tú mismo lo eres. Dime, ¿cuánto le has sacado a Mandy hasta ahora?

—Nada que ella no pueda permitirse perder. Nunca te he quitado lo que no podías permitirte perder, Roz. —Deslizó los dedos por su mejilla, y ella le dejó hacer—. Y te he dado cosas valiosas a cambio de tu dinero. Si no fueras tan estrecha de miras, aún estaríamos juntos.

—Si no me hubieras robado y no me hubieras engañado con otra mujer en mi propia casa, es cierto que podríamos seguir juntos... así que debo agradecerte que lo hicieras. Dime, Bryce, ¿qué es lo que te atrae de Mandy?

—Es rica, pero también tú lo eras. Por otro lado, es joven y tú no lo eras, y es notablemente estúpida. Tú tampoco eras estúpida. Un poco lenta quizá, pero no estúpida.

—¿Es cierto que vas a casarte con ella?

—Mandy cree que sí. —Se sacó un encendedor de oro del bolsillo y empezó a abrir y cerrar distraídamente la tapa—. ¿Y quién sabe? Dinero, juventud, carácter maleable. Podría ser la esposa perfecta para mí.

—Es indigno que vayas por ahí gastándole bromas pesadas y complicándole la vida... ah, y metiéndote con Jan y Quill, a quien haces perder clientes. Creo que deberías dedicarte a un trabajo más constructivo.

—Así mato dos pájaros de un tiro. Hace que se solidaricen conmigo y te

desprestigia.

—¿Y qué crees que ocurrirá cuando descubran la verdad?

—No la descubrirán. Como te he dicho, tengo cuidado. Nunca lo demostrarás.

—No creo que tenga necesidad de hacerlo. Siempre te ha gustado fanfarronear, Bryce. —Esta vez fue ella quien le dio unas palmaditas en la mejilla; era el gesto previo a ponerle la inyección letal—. Ése es solo uno de tus muchos defectos. —Señaló a sus espaldas, donde estaban Jan y Mandy, con una expresión de estupor e inmóviles como estatuas.

Detrás de ellas, Cissy empezó a aplaudir discretamente. Roz hizo una pequeña reverencia y salió.

En ese momento fue ella quien se sorprendió al ver a Mitch en el extremo del pasillo.

—He visto el espectáculo —le dijo con naturalidad mientras le cogía la mano—. Creo que el papel del personaje femenino ha sido excepcional.

—Gracias.

—¿Estás bien?

—Creo que sí, pero me sentaría bien un poco de aire fresco.

Él la acompañó a la terraza.

—Muy hábil —le dijo.

—Muy improvisado —corrigió ella. Ahora que todo había terminado, notó que se le revolvía el estómago—. Pero ahí estaba él ansioso por hincarme los dientes y pavonearse, y ahí estaban ellas, esas mujeres patéticas e irritantes. Y para rematarlo todo, Cissy estaba detrás de ellas. Esa pequeña representación correrá de boca en boca con toda celeridad.

Como si les hubieran dado entrada, desde el interior de la sala de baile se oyeron voces femeninas que subían de tono, un estrépito, sollozos histéricos.

—¿Quieres entrar para ver el segundo acto?

—No, no quiero. Creo que deberías sacarme a bailar aquí mismo.

—Así lo haré. —La rodeó con sus brazos—. Una hermosa noche —le dijo mientras la escena se desarrollaba al otro lado de las puertas abiertas, a sus espaldas.

—Sí, realmente lo es. —Exhalando un largo suspiro, apoyo la cabeza en su hombro y se fue serenando—. Qué bien huele esa glicina. Quiero darte las gracias por no haber corrido antes a rescatarme.

—Estuve a punto de hacerlo. —Le rozó el cabello con los labios—. Pero vi

que tenías un perfecto dominio de la situación, y disfruté observándolo desde mi asiento en primera fila.

—Dios mío, cómo llora esa mujer. ¿Es que no tiene ni pizca de orgullo? Me temo que Bryce tiene razón en una sola cosa: es estúpida, la pobrecilla. Tiene menos luces que una cueva subterránea en una noche sin luna.

Josh cruzó velozmente la puerta.

—¡Papá! Tienes que venir a ver esto.

Mitch seguía bailando con Roz en la terraza, aunque hacía rato que la música había cesado y solo se oían gritos y pisadas.

—Estoy ocupado —replicó.

—Pero el padre de Shelby acaba de tumbar a ese tipo. Lo ha dejado fuera de combate y esa mujer le ha arañado... al otro tipo, no al padre de Shelby. Se están atizando a base de bien. Te lo estás perdiendo.

—Vuelve dentro. Luego podrás contárnoslo paso a paso. Voy a estar ocupado besando a Roz durante un rato.

—Vaya. He de venir a clubes de campo más a menudo. —Tras decir esto, Josh se apresuró a regresar a la sala.

Mitch inclinó la cabeza para besar a Roz en los labios.

Roz necesitaba relajarse. Mientras guardaba de nuevo las joyas en su estuche, pensó que había actuado de forma admirable. Por fin había logrado quitarse de encima a su vengativo ex marido. Pero el coste había sido otra escena en público.

Estaba harta de eso, harta de que sus trapos sucios se aireasen ante los ávidos ojos de la gente. Y tendría que superarlo.

Se desvistió y se puso una cálida bata de franela.

Se alegraba de haberse ido pronto del club. Sonriendo, pensó que no había ningún motivo para permanecer allí. La sala se había convertido en un caos, con las mesas volcadas, la comida y la bebida derramadas, y los asistentes, horrorizados, que corrían a ponerse a salvo.

Tanto la refriega como la misma Roz serían el centro de los chismorreos durante semanas.

Pero eso no le importaba, era de esperar, se dijo a sí misma mientras preparaba un baño caliente. Capearía el temporal, y lentamente las cosas volverían a la normalidad.

Añadió más jabón en polvo para producir espuma de baño, un agradable capricho cuando se daba un baño a medianoche. Cuando terminara, relajada, rosada y fragante, podría ir a la biblioteca y llamar a Mitch haciendo una señal con el dedo.

Le agradecía que comprendiera su necesidad de estar ratos a solas. Exhalando un suspiro, se metió en la bañera y dejó que el agua la cubriera hasta las orejas. Un hombre que reconocía los estados de ánimo de una mujer, y los aceptaba, era un raro hallazgo.

Recordaba que John también solía ser así. Ambos armonizaron a la perfección; actuaron en equipo para levantar una familia, disfrutaron de su presente y planificaron el futuro. Perderle fue como perder un brazo.

Con todo, ella se había enfrentado con valentía a la situación, si podía decir tal cosa de sí misma. Había criado a unos hijos de los que ella y John podían sentirse orgullosos, había aportado seguridad a su hogar, honrado sus tradiciones, creado su propio negocio. No estaba nada mal para una viuda.

Sonrió al pensar en ello, pero la tensión se le acumuló en la base del cuello cuando pasó a la fase siguiente. Bryce. Un error necio, impulsivo. Y aunque no era nada excepcional, todo el mundo tenía derecho a cometer errores, aquél había causado demasiado daño, un enorme trastorno. Provocó especulaciones y chismorreos, lo que en cierto sentido afectaba más a su orgullo.

Él la había hecho dudar de sí misma demasiado a menudo durante su matrimonio; ella, que siempre había tenido mucha confianza y había estado muy segura de sí misma. Pero Bryce tenía una notable capacidad de erosionar, era embaucador y taimado; bajo su encanto se escondía un carácter retorcido.

Era degradante admitir que había sido estúpida, y todo por un hombre.

Pero aquella noche le había dado su merecido, y eso compensaba gran parte de la irritación, la vergüenza y el dolor. Pensó que Bryce se había servido a sí mismo en bandeja de plata, y que ella se había limitado a hincarle el tenedor. Estaba acabado.

Así que podía estar satisfecha y hasta vanagloriarse.

Ahora tal vez había llegado la hora de una nueva fase en la vida de Rosalind. ¿Estaba preparada para ello? ¿Preparada para dar el gran y temible salto hacia un hombre que la amaba tal como ella era? Casi cincuenta años, y pensando en el amor y el matrimonio... por tercera vez nada menos. ¿No era una locura?

Ociosamente movió los dedos bajo el chorro de agua que había dejado correr para mantener el baño caliente.

¿O acaso era un regalo, ya envuelto en un bonito papel, atado con un voluminoso lazo y arrojado a sus brazos?

Pensó que estaba enamorada; con los ojos cerrados, dejó que desapareciera la tensión de la jornada. Enamorada de un hombre interesante, atractivo y considerado. Un hombre bueno. Con suficientes defectos y caprichos para no ser aburrido.

Suspiró, sintiéndose complacida. Una delgada bruma gris se deslizaba por los azulejos.

¿Y el sexo? Ah, gracias a Dios por el sexo, se dijo mientras se estiraba un poco y su garganta emitía un ronroneo. Cálido y dulce, tierno y excitante. Estimulante. Dios, ¡qué hombre tan estimulante! El deseo había vuelto a su cuerpo.

Tal vez, solo tal vez, podrían tener una vida juntos. Tal vez el amor no tenía por qué llegar en momentos convenientes y juiciosos. Quizá la tercera vez sería la definitiva. Merecía la pena que lo considerase muy seriamente.

El matrimonio. Empezaba a invadirla un agradable amodorramiento; deslizó los dedos por el agua espumeante, mientras la bruma se espesaba y alzaba del suelo como una inundación.

Se trataba de hacerle una promesa íntima a un hombre al que no solo amaba, sino en quien confiaba. Ella podía confiar en Mitch. Podía creer en él.

¿Pensarían sus hijos que había perdido la cabeza? Tal vez, pero, después de todo, se trataba de su vida.

Era probable que disfrutara del matrimonio. Tener en el armario la ropa de otra persona, sus libros en la estantería. No era precisamente un hombre ordenado, pero ella podría transigir con eso si...

El agua espumeante se volvió fría como el hielo. Roz ahogó un grito y se irguió en la bañera, asiéndose instintivamente los brazos. Vio estupefacta que el cuarto de baño estaba lleno de niebla, tan densa que no podía ver las paredes ni la puerta.

Se dio cuenta de que no era vapor, sino una especie de repugnante niebla gris, fría y espesa.

Empezó a levantarse para salir de la bañera, pero una fuerza invisible la obligó a sumergirse de nuevo.

El estómago le dio un vuelco, y experimentó conmoción antes que temor. La reacción ante el agua helada, la sensación de que tiraban de ella para hundirla, para retenerla bajo el agua, la inmovilizó antes de que empezara a resistirse.

Sintiendo que se ahogaba, pataleando, se debatió para salir a la superficie mientras el frío le entumecía sus miembros. Notaba unas manos en su cabeza, luego uñas que se le clavaban en los hombros, pero a través de la película del agua no veía más que burbujas que flotaban y una bruma que se arremolinaba.

«¡Basta!», gritó mentalmente. Con todas sus fuerzas, agarrándose con manos y pies, ascendió de un solo y desesperado impulso. Su cabeza emergió, se abrió paso a través de la gélida niebla. Aspiró aire con frenesí, antes de que la poderosa presión sobre sus hombros volviera a hundirla.

El agua se derramaba por el borde de la bañera mientras ella se debatía; sus ojos y su garganta ardían. Oía el agua en sus oídos, mientras agitaba los brazos contra algo que no podía ver. Su codo golpeó en un lateral de la bañera, y un dolor lacerante se sumó al terror.

«Por tu propio bien. Por tu propio bien. ¡Tienes que aprender!».

La voz era un susurro en su oído, un susurro que se abría paso a través del frenético latido de la sangre. Entonces Roz la vio, vio la cara justo encima de ella, sobre el agua agitada, los labios contraídos en una mueca de furia. Vio la locura en los ojos de Amelia.

«Él no es distinto. ¡Todos mienten! ¿No te lo advertí? ¿Por qué no me escuchas? Escúchame, pon fin a eso. Sangre manchada. Su sangre está en ti. Te ha arruinado después de todo».

Roz tenía la sensación de que se moría. Sus pulmones gritaban, su corazón galopaba mientras ella, aterrorizada, trataba de encontrar un asidero, de respirar. Algo iba a reventar en su interior, y moriría en el agua fría y perfumada. Pero no sin que opusiera resistencia, no se rendiría fácilmente. Golpeó con las manos, con los pies, con la mente.

«¡Suéltame! ¡Vete! No puedo escuchar si estoy muerta. Me estás matando. Si muero, seguirás perdida. Si muero, quedarás atrapada. Serás una asesina. Atrapada en el infierno».

Se dominó de nuevo, transmitió a sus músculos en tensión la fuerza que le daba el deseo de sobrevivir y emergió con violencia.

El agua se derramó; atravesó la bruma para estrellarse contra las paredes y el suelo como un pequeño maremoto. Aferrándose al borde de la bañera, Roz se inclinó hacia delante, sofocada, tosiendo y expulsando el agua espumosa que había tragado. Presa de temblores, se acurrucó hasta que pudo respirar. Sus oídos vibraban, y su corazón latía con tal fuerza que se preguntó si tendría que añadir unas costillas rotas a todo lo demás.

Entonces oyó unos sollozos.

—Tus lágrimas no significan nada para mí en este momento. —Como no estaba segura de que pudiera permanecer en pie, gateó por el suelo hasta que, con mano temblorosa, pudo coger una toalla. Se envolvió en ella para entrar en calor—. He vivido contigo toda mi vida. He intentado ayudarte. ¿Y te propones ahogarme? ¿En mi propia bañera? Te advertí que encontraría la forma de echarte de esta casa.

No pronunció estas palabras con tanta firmeza y cólera como habría querido. Era difícil aparentar que se dominaba cuando le castañeteaban los dientes, tanto de miedo como de frío.

Se sobresaltó cuando la bata que había colgado detrás de la puerta se deslizó hacia abajo y le cubrió los hombros.

—Vaya, gracias —dijo Roz. Consiguió que su tono fuese bastante sarcástico—. Qué considerado por tu parte; después de haber intentado matarme quieres evitar que me resfríe. Ya he tenido suficiente frío.

Metió los brazos en las mangas de la bata y se la ciñó mientras se ponía en pie, tambaleante.

Entonces vio a Amelia, a través de la tenue bruma. No era la desgredada loca de mirada frenética que había observado cómo ella luchaba por su vida, sino una mujer afligida, con lágrimas en las mejillas y con las manos unidas, como si rezara.

Cuando la imagen se desvaneció, cuando la bruma se disipó, apareció otro mensaje en el espejo. Decía sencillamente:

Perdona.

—Podría haberte matado.

Mitch iba de un lado a otro del dormitorio, fuera de sí.

Roz había bajado a preparar café y le había pedido que subiera. Quería asegurarse de que nadie pudiera oírlos cuando se lo contara.

—Por suerte, no lo ha hecho.

Aunque el café la reconfortaba, Roz seguía teniendo frío, y ansiaba arrojarse bajo una gruesa manta de cachemira.

—Podrías haber muerto, mientras yo estaba abajo, trajinando con libros y archivos. Tú estabas aquí, luchando por tu vida, y yo...

—Basta. —Pero lo dijo con suavidad. Una mujer que había vivido con hombres y había criado hijos comprendía el amor propio herido—. Lo que ha pasado, lo que podría haber pasado, lo que no ha pasado... tú no has tenido la culpa de nada. Ni yo tampoco. La culpa la tiene ese fantasma con trastornos emocionales. Y no me importa lo ridículo que parezca hablar así.

—Rosalind... —Mitch se detuvo ante ella, se arrodilló y le acarició las manos. Las suyas eran fuertes y cálidas, le daban seguridad—. Sé lo que sientes por esta casa, pero...

—Vas a decirme que me mude temporalmente, ¿verdad? Es muy juicioso, Mitch, pero no lo haré. Puedes decir que soy testaruda o demasiado cabezota.

—Y lo diré.

—Pero, aparte de eso, y de que nadie me echará de mi finca, el problema no va a resolverse si me marchó. Mi hijo vive aquí, como otras personas que me importan mucho. Mi negocio está aquí. ¿Voy a decirles que busquen alojamiento en otra parte? ¿Voy a cerrar el negocio y arriesgarme a perderlo todo? ¿O aguanto y trabajo para dar con las respuestas?

—Su comportamiento es cada vez más agresivo, Roz. Durante años solo cantaba a los niños y era un elemento extraño pero relativamente encantador de esta casa. Una travesura de vez en cuando, pero nada peligroso. Durante el último año, y de forma gradual, se ha mostrado inestable y violenta.

—Sí, es cierto. —Entrelazó los dedos con los de Mitch y los mantuvo firmes—. ¿Y sabes qué me indica eso? Que estamos acercándonos a algo y que tal vez por eso ella está más impaciente, más errática, se controla menos. Lo que estamos haciendo le importa. De la misma manera que importa qué pienso y siento, tanto si ella lo aprueba como si no.

—¿Qué quieres decir?

Roz pensó que él probablemente no iba a tomarlo bien. Pero tenía que decírselo. Le había prometido ser sincera, y se tomaba las promesas en serio.

—Estaba pensando en ti. En nosotros. Esta noche, cuando se me pasó el malhumor y empecé a relajarme, pensé en lo que cada uno de nosotros siente por el otro.

—Ha tratado de matarte porque nos queremos. —Su rostro tenía la dureza de la piedra cuando se puso en pie—. Soy yo quien debe marcharse, permanecer alejado de esta casa y de ti hasta que lleguemos al final del asunto.

—¿Es esa tu forma de enfrentarte a los matones? ¿Permites que se salgan con la suya?

Él había vuelto a ir de un lado a otro de la habitación; de repente, se volvió y la miró enfurecido.

—No estamos hablando de un gilipollas que ha intentado robar dinero para el almuerzo en el parque infantil. Estamos hablando de tu seguridad. ¡De tu vida!

—Pues no voy a ceder ante ella. Así es como sigo viva. Así es como me mantengo al frente de mi vida. ¿Crees que no estoy furiosa y asustada? Te equivocas.

—Observo que el furor ocupa el primer lugar.

—Porque es positivo. Por lo menos siempre me ha parecido que un buen y sano enfado es más constructivo que el temor. Al final, eso es lo que vi en ella, Mitch.

Roz apartó la colcha a un lado y se levantó para ir a su encuentro.

—Ella estaba asustada, conmocionada y afligida... estaba en un estado penoso. Cierta vez dijiste que no quería hacerme daño, y creo que es verdad.

—También te dije que podría hacértelo, y es evidente que tenía razón. —Cogió la cara de Roz entre sus manos y las deslizó hasta los hombros—. No sé cómo protegerte. Pero sé que puedo perderte.

—Tendré menos miedo si estás conmigo.

Él ladeó la cabeza y casi sonrió.

—Eres muy astuta.

—Sí, ¿verdad? —Le rodeó con sus brazos y se pegó a él cuando los suyos la abrazaron—. Pero resulta que también es cierto. Ella me pidió que la perdonara. No sé si podré o si querré, pero necesito respuestas. Necesito que me ayudes a encontrarlas. Y, qué demonios, Mitch, te necesito a ti... aunque me cuesta decirlo.

—Confío en que llegue a resultarte más fácil, porque me gusta oírlo. De momento seguiremos como hasta ahora.

—Gracias. Cuando salí de ahí —su mirada se dirigió al cuarto de baño—, y me serené lo suficiente para poder pensar, me alivió tanto que estuvieras abajo... que pudiera decírtelo, que esta noche no tuviera que estar sola.

—Te aseguro que no vas a estar sola. Vamos. —La levantó del suelo—. Voy a acostarte y a arroparte bien.

—Y tú estarás...

—Examinando la escena del crimen antes de limpiarla.

—De la limpieza puedo encargarme yo.

—No. —La arrebuja con firmeza—. Cede un poco, Roz, deja que te cuide.

Haz lo que te dicen y quédate en la cama como una buena chica. Has tenido un día largo y agotador.

—Tienes razón. —Era delicioso acurrucarse en la cama, sabiendo que alguien iba a encargarse de los detalles—. No sé en qué cederé, pero voy a pedirte otra cosa.

—¿Te apetece un plato de sopa? ¿Algo caliente? ¿Un té? El té te sentaría mejor que el café.

Había que verlo, se dijo ella, un hombre tan viril y atractivo con la pajarita suelta y la camisa del esmoquin arremangada hasta los codos, ofreciéndose para hacerle sopa. Le tomó la mano cuando se sentó en el borde de la cama.

—No, pero te lo agradezco. Lo que voy a pedirte es que lo sucedido aquí quede de momento entre nosotros.

—Pero ¿en qué estás pensando, Roz? —La decepción era tan evidente en su voz y en su semblante que ella casi sonrió—. El fantasma que reside en tu casa ha estado a punto de ahogarte en la bañera, ¿y ni siquiera quieres mencionarlo?

—No se trata de eso. Lo mencionaremos, lo documentaremos, lo expondremos con todo detalle y lo someteremos a debate si es necesario. Solo quiero esperar a que Stella se haya casado. Deseo un poco de calma. Si Harper se entera de esto... Bueno, no lo tomará bien.

—Menuda sandez, Roz.

Ella se echó a reír.

—A todos los afectaría, los aturdiría y les preocuparía. ¿Y de qué serviría? Ha sucedido, y ya está. Ahora debemos ocuparnos de muchas otras cosas. Primero tendré que ocuparme de las secuelas de lo que sucedió en el club. No te quepa duda de que se difundirá y mañana será el tema en la mesa del desayuno.

—Y eso te molesta.

—A decir verdad, creo que me divertirá. Soy lo bastante trivial para disfrutar con ello. Así que esto debe quedar entre nosotros hasta después de la boda de Stella. Entonces se lo diremos a todo el mundo y nos enfrentaremos a las consecuencias. Pero hasta entonces, intentemos que el ambiente de esta casa sea solo de pura felicidad.

—De acuerdo. No veo que importe demasiado.

—Te lo agradezco. Ya no estoy tan furiosa y asustada —añadió, y hundió la cabeza en la almohada—. Le he parado los pies. He peleado con ella. Podría hacerlo de nuevo. Eso tiene que contar para algo.

Mitch se inclinó para besarle la mejilla.

—Para mí cuenta muchísimo.

19

A la mañana siguiente, con el bebé en la cadera, Hayley entró precipitadamente en la cocina. Tenía el cabello recogido en una cola corta detrás de la cabeza, los ojos como platos por la sorpresa y se había abotonado mal la camisa del pijama.

—Acabo de hablar con la canguro de Lily —anunció a los presentes—; su tía pertenece al club de campo. Dice que Roz intervino anoche en una pelea.

—¿Qué clase de pelea? —quiso saber Gavin—. ¿A puñetazos?

—No fue una pelea a puñetazos. —Roz le tendió una tostada—. La gente exagera las cosas, muchacho. Así es el mundo.

—¿Pateaste a alguien en la cara?

Roz miró a Luke con las cejas enarcadas.

—Claro que no. Podríamos decir, recurriendo a una metáfora, que le di a alguien una patada en el culo.

—¿Qué es una meta...?

—Una metáfora es una manera curiosa de decir que una cosa es lo mismo que otra. Yo podría decir que esta mañana soy un cordero con piel de lobo. —Le hizo un guiño a Luke—. Y eso significaría que me siento muy satisfecha y complacida de mí misma. Pero no le puse la mano encima.

—¿A quién? —preguntó Stella.

—A Bryce Clerk —respondió David mientras servía más café—. Mi red de información secreta tiene gran alcance y va a mayor velocidad que la luz. Me enteré anoche, antes de las once.

—¿Y no se lo dijiste a nadie? —Hayley lo miró furibunda mientras ataba a Lily en la sillita alta.

—La verdad es que esperaba que todos estuvierais presentes para sacarlo a relucir. Ah, aquí llega Harper. Le dije que su presencia era necesaria esta mañana a la hora del desayuno.

—De veras, David, no es nada del otro mundo, y debo prepararme para el

trabajo.

—Al contrario —dijo Mitch, sacudiendo la cabeza por encima de su taza de café. Miró a los reunidos alrededor de la mesa—. Fue algo extraordinario. Esta dama —añadió, dirigiendo una larga mirada a Roz— es una fuera de serie.

Ella le tomó la mano por debajo de la mesa y se la apretó cariñosamente. Un agradecimiento silencioso por dejar que hablaran de aquello sin que el horror de la noche anterior empañara la animada atmósfera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Harper—. ¿Hay tortillas? ¿Cómo es eso?

—Porque le gustan a tu mamá, y necesita recargar sus energías después de que anoche le diera su merecido a ese indeseable.

—No seas ridículo —replicó Roz, aunque apenas podía contener la risa.

—¿Qué pasó anoche? ¿Qué indeseable?

—¿Ves lo que te pierdes cuando no vas al club? —le dijo David a Harper.

—Si alguien no me dice pronto de qué se trata, voy a volverme loca. — Hayley le dio a Lily un biberón de zumo y se dejó caer en la silla—. Vamos, desembúchalo todo.

—No hay mucho que contar —dijo Roz.

—Lo haré yo. —Mitch devolvió ecuanímente a Roz la desabrida mirada que ella le había dirigido—. Ella pasaría cosas por alto. Aunque, algo he tenido que sonsacarle, porque no estaba presente cuando sucedió, mientras que otros detalles me los ha contado mi hijo. Pero lo contaré todo de un tirón. Así el impacto será mayor.

Empezó por la breve parada ante la mesa de los Forrester; luego pasó a la escena del baño y finalmente dramatizó el altercado entre Roz y Bryce fuera del vestíbulo.

—Oh, Dios mío, ellas salían mientras tú estabas hablando con ese... — Hayley se aclaró la garganta y corrigió su primer pensamiento al recordar a sus hijos—... hombre.

—Él se encontraba de espaldas a ellas —les informó Mitch—. Estuvo perfectamente escenificado.

Hayley le dio unos trocitos de huevo a Lily y miró a Roz boquiabierta.

—Es tan fantástico... no sé, como una estocada certera.

—La elección del momento fue perfecta —convino Mitch—. Deberías haber visto a tu madre, Harper, fría y resbaladiza como un iceberg, e igual de peligrosa.

—Cuánta metáfora revolotea por aquí esta mañana —comentó Roz—. ¿Es que nadie va a trabajar?

—La he visto así. —Harper tomó una porción de tortilla—. Da miedo.

—Desde donde yo estaba situado, podía ver la reacción de las señoras que se encontraban detrás de ellos —dijo Mitch—, y fue una delicia. Él fanfarroneando, jactándose de cómo podía perjudicar al prójimo con sus llamadas telefónicas, las tarjetas de crédito y demás ardides, y de que nadie lo atraparía. Estaba insultando a Quill, llamando a Mandy estúpida. Completamente pagado de sí mismo, y Roz se limitaba a estar ahí... él ni siquiera sabía que acababa de hacer que el hacha le rebanara el cuello. Ella no movía ni una pestaña, no hacía más que incitarle a que dijera más y más, hasta que el hijo de... —se contuvo al reparar en los niños —... su madre se delatara con sus propias palabras. Y solo entonces, cuando terminó, ella hizo un gesto con la mano, él se volvió y las vio ahí detrás. En ese momento, Roz se marchó. Fue una maravilla.

—Espero que se abalanzaran sobre él como perros —dijo Stella entre dientes.

—Eso es más o menos lo que pasó. Al parecer, él trató de arreglarlo con su labia, de convencerlas de que era un error, pero la rubia estaba histérica. Gritaba, lloraba, le abofeteaba. La otra fue al encuentro de su marido y le informó de que el afán de venganza de Bryce le había costado uno de sus mejores clientes. Según mi hijo, perdió el control, arremetió contra Bryce y le dio un puñetazo. La gente se levantó bruscamente de las mesas, las copas cayeron y se rompieron, la rubia saltó sobre Clerk y empezó a morderlo y arañarlo.

—Madre mía —susurró Gavin, sobrecogido.

—Tuvieron que sacarla de allí a rastras, pero mientras lo hacían, Quill repitió su ataque, por lo que también le sacaron a él a rastras.

—Me habría encantado verlo. —Harper se levantó para ir a buscar la modalidad de cafeína que él prefería, y regresó a la mesa con una lata de Coca-Cola—. De veras.

—La gente corría para ponerse a salvo, o empujaban para ver más de cerca lo que ocurría —siguió diciendo Mitch—. Resbalaban con las aceitunas de los martinis, patinaban en la mousse de salmón o lo que fuera, derribaban las mesas. Estaban a punto de llamar a la policía, cuando llegaron los guardias de seguridad del club y acabaron con la fiesta.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Hayley.

—Estaba en la terraza, dándome el lote con Roz. Bueno, bailando con Roz —se corrigió, y guiñó un ojo—. Teníamos una buena vista a través de puertas y ventanas.

—Será la comidilla de la ciudad durante algún tiempo —concluyó Roz—. Por lo que a mí respecta, todos recibieron lo que merecían. Se sentirán avergonzados durante mucho tiempo. Bueno, no sé vosotros, pero yo he de ponerme a trabajar.

—Espera, espera, ¿y qué pasó con Bryce? —Hayley recogió una porción de huevo con el tenedor—. No puedes dejarnos así.

—No podría decirlo, pero sospecho que se largará del condado de Shelby con el rabo entre las patas. No creo que volvamos a verlo.

—¿Eso es todo? —preguntó Hayley—. ¿No vas a...? —Se interrumpió y limpió la cara de Lily—. Eso está bien. Es bueno que desaparezca.

Roz revolvió el cabello de los chicos y se levantó para depositar un beso en lo alto de la cabeza de Lily.

—Esta tarde declararé ante la policía, para ver si existe la posibilidad de demandarlo por fraude. Mitch también declarará, pues oyó todo lo que Bryce decía. Supongo que hablarán con los demás que le oyeron. Ya veremos qué ocurre a continuación.

—Incluso mejor —dijo Hayley, sonriente—. Mucho mejor.

—Yo no doy puñetazos ni patadas en la cara a la gente, por lo menos no lo he hecho hasta ahora, pero tampoco permito que me mangoneen durante demasiado tiempo.

Salió de la cocina, satisfecha, incluso reconfortada, porque la jornada había empezado con risas en vez de con preocupación.

Roz estaba en la pequeña cuesta que se alzaba en la linde de su bosque y contemplaba la extensión y la forma del Jardín. Había hermosos agolpamientos de color, un tierno verde primaveral, audaces rosas, exóticos azules, alegres amarillos e intensos rojos.

Las viejas mesas de un marrón desvaído por el tiempo estaban cuajadas de aquellos colores y exhibían plantas para arriates en semilleros y macetas. En el suelo había una explosión de color, como si las flores celebraran con entusiasmo la estación. Los edificios parecían nuevos y acogedores; los invernaderos, industriales. Los tiestos y los cestos colgantes mostraban su riqueza de formas y matices.

Desde aquel observatorio, Roz veía una parte de la zona dedicada a arbustos y árboles ornamentales, y el campo con sus hileras trazadas a cordel y sus

potentes máquinas.

Donde quiera que mirase había gente, clientes y miembros del personal. Las vagonetas rojas avanzaban como pequeños trenes que llevaban su esperanzada carga. Las camionetas recorrían los senderos de grava y salían a la zona de aparcamiento, donde sus cargas podían transferirse a los vehículos de los clientes.

Veía las montañas de mantillo, suelto y en bolsas, las torres de pavimentador, los montones de madera para el diseño de jardines.

Mucho trabajo, pensó Roz, pero con el encanto que siempre tenían para ella los toques personales. La pérgola donde ya se entrelazaban las enredaderas, el banco en curva estratégicamente colocado junto a una fuente burbujeante, el rojo brillante de un comedero de colibríes que pendía de una rama, el suave sonido de la música de las campanillas.

Ella debería estar allá abajo, desde luego, manos a la obra, mimando sus plantas madre, calculando las existencias. A pesar de tener una gerente, incluso tan excepcional como Stella, ella debería supervisar todas las actividades.

Pero Roz había querido tomar el aire, observar el movimiento a su alrededor en la densa atmósfera de la zona donde realizaban la multiplicación de las plantas. Había querido tener una visión panorámica del negocio que había levantado, por el que se había esforzado, por el que había apostado.

Aquel día, bajo un cielo de un azul tan puro que parecía pintado en cristal, lo que se desplegaba ante su vista era hermoso. Compensaba el tiempo que le había dedicado durante años, las horas de sudor, preocupación, cálculo y superación de obstáculos.

Era sólido, tenía éxito y apenas se diferenciaba del amplio jardín que ella había querido crear. Un negocio, sí, un negocio ante todo, pero encantador. Un negocio que reflejaba su estilo, su visión de las cosas, su legado.

Si algunos insistían en considerarlo una afición, que lo hicieran. Si algunos, incluso la mayoría, solo tenían de ella la imagen de la mujer que se había paseado majestuosamente por el club de campo con un vestido dorado y un collar de brillantes, allá ellos. No le importaba mostrarse glamurosa de vez en cuando. Por el contrario, le agradaba.

Pero la Roz más auténtica estaba allí, vestida con unos viejos vaqueros y una sudadera desvaída, una gorra de béisbol en la cabeza y unas botas despellejadas en los pies.

Aquella era su verdad: una mujer trabajadora con facturas que pagar, un

negocio que dirigir y un hogar que mantener. De esa mujer se sentía orgullosa cuando se tomaba el tiempo necesario para pensar en ello. La Rosalind Harper del club de campo y la alta sociedad del condado era un deber hacia su apellido. Esto, todo lo demás, era su vida.

Aspiró hondo, se preparó e hizo un esfuerzo por enfocar su mente en una dirección concreta. Vería qué ocurría y el modo en que ella y Amelia lo abordaban.

Si así era la vida, su propia vida, ¿por qué no podía apostar una vez más? ¿Por qué no podía ampliar esa vida e incorporar plenamente en ella al hombre que la excitaba y consolaba, que la intrigaba y divertía?

El hombre que había logrado penetrar en el laberinto que el dolor, el trabajo, el deber y el orgullo habían construido alrededor de su corazón.

El hombre al que amaba.

Podía vivir su vida sola si era necesario, pero ¿qué demostraba con ello? Que se bastaba a sí misma, que era independiente, fuerte y estaba capacitada. Sabía que podía decir todas esas cosas de sí misma sin temor a equivocarse.

Y también podía ser valiente.

¿No hacía falta valor, no era más difícil unir una vida a otra, compartir, arreglárselas, comprometerse que vivir sola? No era sencillo vivir con un hombre, despertar cada día dispuesta a enfrentarse a la rutina y estar abierta a las sorpresas. Requería esfuerzo, como el trabajo.

Ella nunca había rehuído el trabajo.

El matrimonio era harina de otro costal a aquellas alturas de su vida. No tendrían hijos, pero un día podrían compartir sus nietos. No crecerían juntos, como si se hubieran casado de jóvenes, pero podrían envejecer juntos.

Podrían ser felices.

«Siempre mienten. Jamás son fieles».

Roz permanecía en el mismo lugar, una suave ladera en la linde del bosque, pero el Jardín había desaparecido. Había campos, severos bajo un cielo invernal, árboles desnudos y una sensación helada en el aire.

—No todos los hombres —dijo Roz serenamente—. No siempre.

«He conocido a más hombres que tú».

Ella caminaba por los campos, etéreos mientras la niebla empezaba a extenderse como un mar somero, sobre el suelo desnudo y negro. Su vestido blanco estaba sucio, lo mismo que sus pies descalzos. Su cabello era una maraña de oro grasiento alrededor de una cara en la que brillaba la locura.

El temor sacudió a Roz como una tormenta súbita. Pero afianzó los pies en el suelo. La capearía.

La luz del día había desaparecido. Densas nubes se deslizaban por el cielo, imponiendo el negro al azul, un negro teñido de un verde violento.

—He vivido más que tú —dijo Roz, y aunque no pudo evitar estremecerse a medida que Amelia se le acercaba, no cedió terreno.

«Y has aprendido muy poco. Tienes todo lo que necesitas. Una casa, hijos, un trabajo que te satisface. ¿Para qué necesitas a un hombre?».

—El amor importa.

Hubo una risa, un húmedo cloqueo que chirrió en los nervios de Roz.

«El amor es la mayor de las mentiras. Te follará, te utilizará, te engañará y mentirá. Te causará dolor hasta que te sientas hundida y vacía, hasta que estés seca y fea. Y muerta».

Roz sintió lástima a pesar de su temor.

—¿Quién te traicionó? ¿Quién te hizo ser así?

«Todos. Todos son iguales. Ellos son las putas, aunque nos etiqueten a nosotras de ese modo. ¿No venían a mí para meterme sus pollas, mientras sus mujeres dormían solas en sus decentes camas?».

—¿Te forzaron? ¿Te...?

«Entonces te arrebatan lo que es tuyo. ¡Lo que me pertenecía!».

Se golpeó el vientre con ambos puños, y la fuerza de la rabia, el dolor y la furia hizo que Roz retrocediera dos pasos.

Allí estaba la tormenta, vomitada por el cielo, que surgía del suelo, giraba a través de la niebla y se extendía por el sucio aire. Se aferraba a los pulmones, y Roz tenía la sensación de que estaba respirando fango.

Oía los alocados gritos en medio del estrépito.

«¡Mátalos a todos! Mátalos a todos mientras duermen. Córtalos en pedazos, báñate en su sangre. Recupera lo que es mío. ¡Malditos sean, que se vayan todos al infierno!».

—Han desaparecido. Son polvo. —Roz intentaba gritar, pero apenas podía pronunciar las palabras—. ¿Soy yo la única que queda?

La tormenta cesó tan bruscamente como había comenzado, y la Amelia que seguía allí, en la calma, era la que cantaba nanas a los niños. Triste y pálida, vestida de gris.

«Me perteneces. Eres de mi sangre. —Tendió una mano, y la palma enrojeció—. De mis huesos. De mi matriz, de mi corazón. Me han robado, me han dejado

sin ti. Búscame. Estoy tan perdida...».

Entonces Roz se quedó sola, de pie sobre la mullida hierba al borde del bosque, con el negocio de jardinería que ella había levantado ante sí.

Volvió al trabajo porque trabajar la tranquilizaba. El único modo de racionalizar lo que le había sucedido en la linde del bosque era hacer algo familiar, algo que mantuviera sus manos ocupadas mientras su cerebro trataba de encontrar alguna explicación a lo inexplicable.

Quiso estar sola porque la soledad también la tranquilizaba.

Durante la tarde separó más plantas madre y desarraigó esquejes. Regó, abonó y etiquetó.

Cuando terminó, se encaminó a casa a través del bosque y entró en su invernadero privado. Plantó cañacoros en un rincón al que quería dar un aspecto espectacular, consuelda y primulas donde quiso añadir un toque de encanto. A la sombra, añadió unas adenophoras y unos geranios para crear un ambiente de serenidad.

Pensó que allí siempre podía encontrar la paz, en los jardines, en el suelo, a la sombra de la mansión Harper. Bajo aquel cielo de un azul puro, se arrodilló en el suelo y contempló lo que era suyo.

Era tan hermosa... Con la piedra de un amarillo pálido, el vidrio centelleante, los adornos de madera blanca como el encaje de un vestido de novia.

¿Qué secretos estaban atrapados en aquellas habitaciones, en aquellos muros? ¿Qué estaba enterrado en aquel suelo que ella trabajaba, una estación tras otra, con sus propias manos?

Había crecido allí, al igual que su padre, su abuelo y quienes les habían precedido. Una generación tras otra de sangre e historia compartidas. Había criado allí a sus hijos, y trabajado por preservar su legado de modo que los hijos de sus hijos pudieran considerar aquella casa como su hogar.

Debía averiguar por qué le habían legado todo aquello a ella, fuera lo que fuese. Y entonces tendría que aceptarlo.

Nuevamente serena, guardó las herramientas y entró en la casa para finalizar la jornada con una ducha.

Encontró a Mitch trabajando en la biblioteca.

—Lamento interrumpirte. Hay algo de lo que querría hablarte.

Él alzó la vista del ordenador portátil y se volvió en el sillón giratorio.

—Muy bien, también yo quería hablar contigo.

Buscó una carpeta entre el desorden que reinaba en la mesa.

—Tú primero —dijo ella.

—¿Eh? Ah, bien.

Mitch se pasó una mano por el cabello y se quitó las gafas. Ella ya sabía que esos gestos significaban que estaba ordenando sus pensamientos.

—He hecho todo lo que era posible hacer aquí —le dijo—. Podría pasarme meses estudiando la historia de tu familia, encontrando detalles, remontándome a generaciones anteriores. De hecho, eso es lo que me propongo hacer. Pero, con respecto al objetivo para el que me contrataste, estoy en un callejón sin salida. Ella no era de la familia, Roz. No era una Harper —corrigió—. No lo era por nacimiento ni a través del matrimonio. Absolutamente ninguno de los datos, nombres, fechas, nacimientos, matrimonios, muertes, nada de lo que tengo sitúa en esta casa o en la familia Harper a una mujer llamada Amelia. Ninguna mujer de aproximadamente su edad murió en esta casa durante el espacio de tiempo que hemos acotado.

—Comprendo.

Roz tomó asiento; deseó vagamente haber pensado en preparar café.

—Ahora bien, si Stella se ha equivocado con respecto al nombre...

—No, no se ha equivocado. —Roz hizo un gesto negativo con la cabeza—. Es Amelia.

—De acuerdo, pero no hay ninguna Amelia Harper de nacimiento ni por matrimonio en ningún documento. Curiosamente, teniendo en cuenta la antigüedad de esta casa, ni siquiera hay constancia de ninguna mujer veinte o treintañera que hubiese muerto aquí, en la mansión. Mayores o más jóvenes sí hay algunas. —Mitch dejó la carpeta encima de un montón—. Ah, uno de los fallecimientos más rocambolescos que ocurrieron aquí se remonta a 1859. Fue uno de tus antepasados, un tal Beauregard Harper, que se rompió el cuello y varios huesos al caer desde la terraza del primer piso. Por las cartas que he leído en las que se describe el suceso, Beau estaba ahí arriba con una mujer que no era su esposa; por lo visto, su actividad sexual se volvió demasiado entusiasta. Cayó por encima de la barandilla, arrastrando a la mujer consigo. Cuando corrieron a su lado, ya estaba muerto, pero como era un hombre corpulento, paró la caída de la invitada, que aterrizó encima de él y solo se rompió una pierna.

—Aunque supongo que después se moriría de vergüenza.

—Supongo que sí. Tengo una lista con los nombres de las mujeres, las Harper fallecidas aquí, y algunos datos sobre criadas que murieron aquí, pero ninguna de ellas encaja en los parámetros. Tengo cierta información de la abogada de Chicago de quien te hablé. —Se puso a buscar otra carpeta—. ¿Recuerdas?, la descendiente del ama de llaves en la época de Reginald Harper. Descubrió que tenía tres antepasados que trabajaron aquí: el ama de llaves; el tío de ésta, que era encargado de mantenimiento, y una prima joven que trabajaba de ayudante de cocina. A partir de aquí, he podido conseguirte también una historia detallada de esa familia. Aunque nada de esto es aplicable a lo que nos interesa, he pensado que te gustaría tenerlo.

—Sí, desde luego.

—La abogada todavía está buscando datos cuando dispone de tiempo. Ahora está siguiendo otra teoría. Podríamos tener suerte.

—Has trabajado mucho.

—Podrás mirar los cuadros y localizar a la prima segunda de tu tío bisabuelo por el lado materno, o hacerte una idea de su vida. Pero eso no te ayudará.

—Te equivocas. —Ella miró los montones de carpetas y el tablero, lleno de papeles, fotos y cuadros trazados a mano, detrás de Mitch—. Me ayuda. Es algo que debería haber visto hace mucho tiempo. Debería haber tenido noticia del desdichado y adúltero Beau; de Lucybelle, la propietaria de un saloon, y de todos los demás a los que has hecho revivir para mí.

Roz se puso en pie, fue al tablero y examinó los rostros y los nombres. Algunos eran tan familiares como el suyo, mientras que otros eran prácticamente desconocidos para ella.

—Ahora veo que a mi padre le interesaba más el presente que el pasado. Y mi abuelo murió cuando yo era tan pequeña, que no recuerdo que me contara anécdotas familiares. La mayor parte de mi información procedía de mi abuela, que no era una Harper de nacimiento, o de primos mayores. Repasaba los viejos papeles de vez en cuando, siempre con la intención de buscar tiempo para hacer más, leer más. Pero no lo encontraba. —Se apartó del tablero—. En la historia de una familia, todo aquél que te precedió importa, pero hasta fecha reciente no he tenido hacia ellos suficiente respeto.

—Estoy de acuerdo con la primera parte, pero no con la segunda. Esta casa refleja el gran respeto que tienes por tu familia. Esencialmente, lo que te estoy diciendo es que no puedo decirte quién fue esa mujer. Por lo que he observado y lo que presiento, creo que Amelia es una antepasada tuya, pero no pertenece a tu

familia. No encontraré su nombre en documentos oficiales. Y tampoco creo que fuese una sirvienta de esta casa.

—No lo crees.

—Piensa en el momento, la época, las costumbres sociales. Como sirvienta, es posible, desde luego, que la dejase embarazada un miembro de la familia, pero es dudoso que le hubieran permitido seguir con su trabajo, permanecer en la casa durante su embarazo. Probablemente la habrían despedido tras darle una compensación económica. Pero esa posibilidad no me convence.

Tras dirigir una última mirada al tablero, ella regresó a su silla y se sentó.

—¿Por qué no?

—Reginald era el cabeza de familia. Toda la información que tengo sobre él indica que era excesivamente orgulloso, muy consciente de lo que podríamos llamar su posición privilegiada en esta zona; en la política, los negocios, la sociedad. Para ser sincero, Roz, no lo imagino tirándose a la criada. Habría sido más selectivo. Es cierto que podría habérsela follado un pariente, un tío, un cuñado o un primo, pero mi intuición me dice que la relación con Amelia era más estrecha.

—¿Qué era entonces?

—Su amante. Una mujer que no era su esposa, pero que cubría sus necesidades. Una querida.

Ella permaneció en silencio durante largo rato.

—¿Sabes qué me parece interesante, Mitchell? Que, por caminos distintos, hemos llegado a la misma conclusión. Tú has examinado tal cantidad de documentos que me produce dolor de cabeza solo pensar en ellos. Llamadas telefónicas, búsquedas por ordenador, investigaciones en el juzgado. Gráficos, cuadros y solo Dios sabe qué más. Al hacer eso me has proporcionado una imagen de mi familia que nunca había contemplado, de personas cuyos nombres desconocía, pero que, en un sentido muy real, son responsables de mi vida. Sin embargo, has eliminado decenas de posibilidades sobre la identidad de esa pobre mujer, de modo que no podemos llegar a la respuesta correcta. ¿Crees que, cuando lo consigamos, ella tendrá por fin paz?

—No puedo responder a eso. ¿Por qué estás tan triste? Me duele verte así.

—No estoy del todo segura, pero hoy me ha ocurrido algo. —Le contó su experiencia en la cuesta de la linde del bosque—. Estaba aterrorizada. —Aspiró hondo—. Tuve miedo la noche en que nos dejó encerrados en la habitación, y cuando tú y yo entramos de la terraza y le dio aquella rabieta y empezó a lanzar

objetos. Tuve miedo aquella noche en la bañera, cuando pretendió ahogarme. Creía que no volvería a asustarme. Pero hoy, cuando estaba allí viéndola caminar hacia mí por el campo, a través de la niebla, me quedé petrificada. Vi su cara, su expresión de locura, una especie de determinación demencial capaz de vencer incluso a la muerte. —Se estremeció un poco—. Sé que parece absurdo, pero creo que, de algún modo, eso es lo que ha hecho. Ha vencido a la muerte con la locura, y no puede liberarse.

—¿No te ha tocado esta vez? ¿No te ha hecho daño?

Roz meneó la cabeza.

—Ni siquiera cuando su cólera alcanzó la máxima violencia. Yo no podía respirar... tenía la sensación de que estaba respirando tierra, pero eso podría deberse en parte al pánico. Ella hablaba de matar, de bañarse en sangre. Jamás se ha hablado de asesinato en esta casa, pero me pregunto... Dios mío, ¿podrían haberla matado? ¿A un miembro de mi familia?

—Fue ella quien habló de asesinato —le recordó Mitch—, no de que la hubieran asesinado.

—Es cierto, pero no puedes confiar en que una mujer loca tenga todos los hechos claros. Dijo que yo era de su sangre. Tanto si eso es cierto como si no, así lo cree. Y tú también.

Él se levantó de la mesa para ir a su encuentro. Tomándole las manos, la alzó de la silla y la estrechó entre sus brazos.

—¿Qué es lo que crees?

Consuelo, pensó ella mientras apoyaba la cabeza en su hombro. Un hombre podía darte tanto consuelo si te permitías aceptarlo...

—Tiene los ojos de mi padre. Hoy lo he visto. Nunca me había fijado hasta ahora, tal vez no había querido verlo. ¿Mi bisabuelo le quitó su hijo, Mitch? ¿Podría haber sido tan frío?

—Si todo esto es cierto, tal vez ella entregó el bebé. Quizá llegaron a un acuerdo, y luego ella lo lamentó. Hay todavía muchas posibilidades.

—Ahora quiero saber la verdad. Tengo que saberla, cueste lo que cueste. —Roz retrocedió e hizo un esfuerzo por sonreír—. ¿Cómo diablos vamos a buscar a una mujer que pudo haber sido la amante de mi bisabuelo?

—Tenemos su nombre, una edad aproximada y suponemos que vivió en la zona de Memphis. Empezaremos con eso.

—¿Es una muestra de tu optimismo natural o tan solo quieres tranquilizarme?

—Digamos que ambas cosas.

—De acuerdo, entonces. Voy a servirte una copa de vino. ¿Quieres tomar algo?

—Me iría bien una garrafa de agua para compensar los litros de café que he engullido hoy. Iré contigo.

Mitch le pasó el brazo sobre los hombros y se encaminaron a la cocina.

—Es posible que deba dejar esto de lado hasta que pase la boda de Stella y Logan. Se me echa encima. Por muy exigentes que sean los muertos, me parece que los vivos deben tener prioridad. —Sacó una botella de agua y un limón—. No puedo creer que esos chicos ya no formarán parte de la familia dentro de unos días.

Vertió el agua, cortó unas rodajas de limón, y le tendió el vaso a Mitch.

—Gracias. Creo que estarán aquí lo bastante a menudo para que tengas la sensación de que siguen siendo de la familia.

—Me gusta pensar... —Sirvió el vino, pero el teléfono sonó antes de que pudiera tomar el primer sorbo—. Bueno, ¿dónde está David? —preguntó antes de responder ella misma. Escuchó un momento, y sonrió lentamente a Mitch—. Hola, Jane —dijo, y alzó la copa para brindar.

—Qué emocionante es esto. Es como una novela de espías. —Hayley se balanceaba sobre las puntas de los pies, mientras, en compañía de Roz y Stella, subía en ascensor al apartamento de Clarise Harper—. Quiero decir que nos hemos pasado la mañana en la manicura y la pedicura, y por la tarde vamos a la caza de documentos secretos. Es apasionante.

—Di eso más adelante, si nos detienen y pasamos la noche en el calabozo —replicó Stella—. Si mañana tengo que casarme con Logan a través de los barrotes de una celda, voy a cabrearme de veras.

—Te dije que no vinieras —le recordó Roz.

—¿Y perderme esto? —Stella aspiró hondo para serenarse y salió del ascensor—. Puede que sea nerviosa, pero no cobarde. Además, Hayley tiene razón. Esto es emocionante.

—Entrar en el apartamento atestado de muebles de una vieja refunfuñona y llevarme lo que me pertenece, junto con una mujercita asustada, no me parece tan emocionante. Jane podría haber sacado los cuadernos ella misma y habernos ahorrado el viaje. Ya estamos bastante ocupadas con la boda de mañana.

—Lo sé, y te agradezco mucho que nos hayas dado el día libre para que pudiéramos arreglarnos. —Obedeciendo a un impulso, Stella besó a Roz en la mejilla—. Después de la boda trabajaremos el doble, para compensar.

—Es posible que debáis hacerlo. Ahora recemos para que esa vieja esté fuera, haciéndose la permanente, como nos han dicho, o esto se pondrá feo.

—No esperarás que se líe, ¿verdad? —empezó a decir Hayley, pero la puerta se entreabrió y Jane miró a través de la abertura.

—Yo... solo te esperaba a ti, prima Rosalind. No sé si deberíamos...

—Trabajan para mí. Son amigas. —Sin dar tiempo a más titubeos ni preámbulos, Roz empujó la puerta y entró en el piso—. Jane, éstas son Hayley y Stella. ¿Has hecho el equipaje?

—Sí, no tengo gran cosa. Pero he estado pensando que se enfadará mucho cuando vuelva a casa y descubra que me he ido. No sé si debería...

—Este lugar está tan horrible como siempre —observó Roz—. Este olor a lavanda es nauseabundo. ¿Cómo puedes soportarlo? Ahí hay una de nuestras pastoras de Dresde, y ese gato de Meissan y... a la mierda. ¿Dónde están los diarios?

—No los he sacado. No me parecía correcto...

—Bien. Dame la llave, muéstrame el lugar y yo los cogeré. No perdamos tiempo, Jane —añadió Roz cuando vio que la chica permanecía inmóvil, mordiéndose el labio inferior—. Te está esperando un nuevo apartamento, y un nuevo trabajo en el que empezarás el lunes por la mañana. Puedes aceptarlos o dejarlos, tú decides. Pero no voy a salir de este apartamento que apesta a lavanda sin lo que es legalmente mío. Así que o me das la llave o lo revolveré todo hasta que encuentre lo que busco.

—Dios mío. Estoy mareada. —Jane se metió la mano en un bolsillo y sacó una afiligranada llave de latón—. El escritorio está en su dormitorio. En el cajón de arriba. —Pálida como la cera, hizo un vago gesto—. Se me va la cabeza.

—Deja de mortificarte —le dijo Roz—. Stella, ¿por qué no ayudas a Jane a recoger su equipaje?

—Claro. Vamos, Jane.

Confiado en que Stella dominaría la situación, Roz se volvió hacia Hayley.

—Vigila la puerta —le ordenó.

—Jolín, menuda diversión. A hacer de vigilante.

Riéndose a su pesar, Roz se encaminó al dormitorio de Clarise. También allí olía a lavanda, con un trasfondo de violetas. La cama tenía una cabecera de seda

dorada y estaba cubierta con una colcha antigua que, como Roz bien sabía, procedía de la mansión Harper, lo mismo que la mesa auxiliar junto a la ventana y la lámpara modernista.

—Vieja ladrona —gruñó Roz mientras iba directamente al escritorio. Hizo girar la llave, y apenas pudo ahogar un grito al ver los montones de antiguos diarios encuadernados en piel—. Esto va a ser un puntapié en tu huesudo culo —siguió diciendo en voz alta. Abrió la bolsa que llevaba colgada del hombro e introdujo con cuidado los libros.

Para asegurarse de que los tenía todos, abrió el resto de los cajones y registró sin reparos las mesillas de noche y los cajones de la cómoda.

Aunque le parecía una estupidez, pasaba un trapo por todo lo que tocaba, para borrar las huellas. Clarise era capaz de llamar a la policía y poner una demanda por allanamiento de morada. Finalmente dejó la llave, claramente a la vista, encima del escritorio.

—Stella la ha llevado abajo —le dijo Hayley cuando Roz salió—. Temblaba de tal forma que pensamos que podría darle un ataque a menos que la sacáramos de aquí. La pobrecilla lleva solo una maleta, Roz. Ha metido todas sus posesiones en una sola maleta.

—Es joven. Tendrá mucho tiempo para conseguir cosas. ¿Habéis tocado algo de aquí?

—No. He pensado, ya sabes, en las huellas dactilares.

—Eres una chica lista. Vámonos.

—¿Los tienes?

Roz dio unas palmaditas a la bolsa.

—Ha sido tan fácil como quitarle un caramelo a un niño, cosa que Clarise ha hecho, por cierto.

Hasta después de que hubieran dejado a Jane en su apartamento y estuvieran ya cerca de casa, Roz no reparó en el extraño silencio de Hayley.

—No me digas que te arrepientes o te sientes culpable.

—¿Qué? Oh, no. Esos diarios te pertenecen. Yo me habría llevado también las demás cosas que pertenecían a la mansión Harper. Estaba pensando en Jane. Sé que es más joven que yo, pero no tanto. Y parece tan... no sé, frágil y asustada por todo. Sin embargo, creo que ha hecho algo que requiere valor.

—No ha tenido lo que tú tienes —replicó Roz—. Tu iniciativa, para empezar, y gran parte de cuanto depende de la suerte en el reparto de cualidades. Pero ella no ha tenido un padre como el tuyo, un padre que la haya querido y enseñado,

que le haya dado un hogar seguro y feliz. Ella no se siente fuerte y atractiva; en cambio, tú sabes que lo eres.

—Necesita un buen corte de pelo, y una ropa mejor. Oye, Stella, ¿no sería divertido cambiar su aspecto?

—Denegado, querida.

—No, de veras. Más adelante, cuando tengamos tiempo. Pero también estaba pensando en su aspecto cuando ha entrado en su pequeño apartamento. Lo agradecida y sorprendida que estaba porque le habías comprado algunas cosas, Roz. Cosas básicas como un sofá y una cama, y algo de comida. No creo que nadie haya hecho jamás nada por ella. Me ha dado mucha pena y, al mismo tiempo, me he sentido feliz por ella, al ver cómo miraba a su alrededor, asombrada y emocionada.

—Ya veremos qué hace con lo que ahora tiene.

—Le has dado la oportunidad de hacer algo. Tal como actuaste conmigo y con Stella.

—Oh, no empieces, por favor.

—Es verdad. Nos encontrábamos en una situación difícil y fuiste la única que nos echó una mano para poder superarla y seguir adelante. Ahora Jane tiene un apartamento y un nuevo trabajo. Yo tengo una niña preciosa y un espléndido hogar para ella. Y Stella se casa mañana.

Se echó a lloriquear. Roz dirigió la vista al espejo retrovisor.

—Te digo en serio que no empieces.

—No puedo evitarlo. Soy tan feliz... Stella se casa mañana. Y sois las mejores amigas que tengo.

Stella le tendió pañuelos de papel por encima del asiento, y se quedó uno para ella.

Había dieciséis cuadernos en total: cinco de su abuela, Elizabeth Harper, y nueve escritos por su bisabuela Beatrice. Y todos estaban llenos, de la primera a la última página.

Al hacer un rápido repaso de las páginas, Roz observó que también había algunos dibujos, obra de su abuela. Al contemplarlos, experimentó una sensación de tierno afecto.

Pero no necesitaba que Mitch le dijera que, aunque tuvieran los cuadernos en su poder, la tarea de leerlos y encontrar algo relativo a Amelia sería ardua.

—No están fechados. —Restregándose los ojos, Stella se retrepó en el sofá del salón—. Por lo que parece a primera vista, Beatrice Harper no utilizaba un diario por año, sino que llenaba cada cuaderno sin tener en cuenta el tiempo que requería y, al terminarlo, empezaba uno nuevo.

—Bueno —dijo Mitch—, los clasificaremos lo mejor que podamos, los dividiremos y los leeremos de arriba abajo.

—Confío en que me toque uno jugoso —comentó David, que, tras haber preparado una suculenta merienda acompañada de té, se disponía a comer un bollo.

—Quiero que me deis razón de ellos en todo momento. Pero mañana es el día de la boda. No quiero que te excedas, Stella. No seré responsable de que te cases con ojeras. ¿Quién podrá ser? —preguntó Roz cuando sonó el timbre de la puerta—. Todos estamos aquí. No, David, siéntate. Iré yo.

Salió con Parker correteando a sus pies, ladrando como para hacerle saber que él estaba de servicio. Cuando abrió la puerta, Roz enarcó las cejas. Su sonrisa era cortante como una hoja.

—Vaya, prima Rissy, qué desagradable sorpresa.

—¿Dónde están esa chica inútil y las cosas de mi propiedad?

—No tengo la más remota idea de lo que me estás diciendo, y no podría importarme menos. —Observó que su tía había alquilado un coche con chófer para trasladarse desde la ciudad—. Supongo que las buenas maneras exigen que te deje pasar, pero te advierto que antes de salir podría pedirte que te desnudes para hacerte un registro, cosa que sería traumática para todos, así que no se te ocurra llevarte nada.

—Eres, y siempre lo has sido, una persona grosera y desagradable.

—Qué curioso. —Roz retrocedió de modo que Clarise, apoyada en su bastón, pudiera entrar en el vestíbulo—. Estaba pensando lo mismo de ti. Estamos en el salón, tomando té. —Se acercó a la puerta—. La prima Rissy nos visita. ¿No es desafortunado? Tal vez recuerdes a mi hijo, Harper. En tus visitas anteriores, siempre disfrutabas quejándote de él. Y David, el amigo de infancia de Harper, que se ocupa de la mansión Harper y sin duda habrá contado ya las piezas de la vajilla de plata.

—No me afecta tu descaro.

—Tengo poco más que ofrecerte. Creo que también has conocido al doctor Carnegie.

—Así es, y le hablaré de él a mi abogado.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Me llamo Mitchell, con dos eles, Carnegie.

—Éste es Logan Kitridge, amigo, vecino y empleado, prometido de Stella Rothchild, que es la gerente de mi centro de jardinería.

—No me interesa tu abigarrado surtido de empleados ni tu discutible costumbre de amontonarlos en la mansión Harper.

—Éstos son sus hijos, Gavin y Luke, y su perro, Parker —siguió diciendo Roz como si Clarise no hubiera hablado—. Y una joven prima mía, por el lado Ashby, también empleada, Hayley Phillips, y su guapa hija, Lily. Me parece que te los he presentado a todos. David, creo que será mejor que le sirvas a Clarise una taza de té.

—No quiero té, sobre todo si lo ha preparado y servido un homosexual.

—Eso no se contagia —replicó David, impertérrito.

—Diantre, David, ¿eres homosexual? —Roz fingió sorpresa—. Es asombroso.

—Procuro disimularlo lo mejor posible.

—¿Dónde está Jane? —preguntó Clarise—. Insisto en hablar con ella ahora mismo.

Roz tomó una galleta y se la dio a la encantada Lily.

—¿Quién es Jane?

—Lo sabes muy bien. Jane Paulson.

—Ah, sí, claro. La prima Jane. Me temo que no está aquí.

—No toleraré tus mentiras. —Al oír su tono, Parker emitió un gruñido de advertencia—. Y aparta de mí a ese horrible chucho.

—Él no es horrible. —Gavin se puso en pie como impulsado por un resorte, pero su madre lo sujetó de inmediato—. La horrible eres tú.

—Y si eres mala, te morderá, porque es un buen perro —añadió Luke.

—Gavin, tú y Luke llevaos a Parker al jardín. Vamos, ahora mismo. —Stella le dio a Gavin un ligero apretón en el brazo.

—Y coged el disco volador —propuso Logan, guiñando un ojo a los niños—. Me reuniré con vosotros dentro de unos minutos.

Gavin cogió al perrito en brazos y salió con semblante enfurruñado. Luke se detuvo en la puerta.

—No nos gustas —dijo, y el chiquillo de pequeñas y robustas piernas corrió en pos de su hermano.

—Veo que tus empleados no están mejor preparados que tú para educar a los

niños, Rosalind.

—Eso parece, y no sabes cuánto me enorgullece. Bueno, ya que no vas a tomar el té, y no puedo ayudarte con respecto a Jane, supongo que querrás marcharte.

—¿Dónde están los diarios?

—¿Los diarios? ¿Te refieres a los diarios escritos por mi abuela y mi bisabuela que te llevaste de esta casa sin mi permiso?

—Tu permiso no era necesario. Soy la Harper de más edad aún con vida, y tengo derecho a estar en posesión de esos diarios.

—No estamos de acuerdo en eso, pero puedo informarte del lugar en que se encuentran. Vuelven a estar donde les corresponde, moral, legal y éticamente.

—Haré que te detengan.

—Oh, por favor, inténtalo. Será divertido, ¿no crees? —Sentada en el brazo del sillón, con las piernas cruzadas, volvía a ser un peligroso iceberg—. Seguro que te encantará que tu nombre, el nombre de la familia Harper, aparezca en la prensa y se hable del asunto en todo el condado. —Le ardían los ojos, en franco contraste con la frialdad de su voz—. Porque te aseguro que me encargaré de ello. Concederé entrevistas y comentaré el indecoroso asunto en todos los cócteles a los que asista y cada vez que tenga ocasión de hacerlo. Esas cosas no me preocupan. —Hizo una pausa, inclinándose para coger la galleta que Lily le tendía—. Vaya, gracias, cariño. Pero ¿y a ti? —le dijo a Clarise—. No creo que te guste ser objeto de chismorreos, indirectas y chistes. Sobre todo cuando nada de eso servirá. He tomado posesión de mi propiedad legal.

Alzó a Lily, la sentó sobre su rodilla y le devolvió la galleta mientras en el salón no se oía más sonido que el de la respiración de la indignada Clarise. Roz pensó que aquélla era una de las infrecuentes ocasiones en que podía describir una situación con la frase «respiraba trabajosamente».

Era una delicia.

—Si quieres que la policía me interrogue sobre cómo he vuelto a estar en posesión de los cuadernos, se lo diré con mucho gusto. También espero que les cuentes cómo te hiciste con lo que pertenece a la mansión Harper, y por lo tanto a mí, y que tenías guardado en un cajón de tu escritorio. Junto con varias otras piezas valiosas que están catalogadas como propiedad de la mansión Harper.

—¡Ensuciarás el nombre de la familia! —Con el rostro alterado por la ira, Clarise dio un paso adelante—. No tienes ningún derecho. No tienes por qué escarbar en lo que es mejor dejar enterrado.

Serenamente, Roz le pasó el bebé a Mitch, a quien la balbuciente criatura tuvo la generosidad de ofrecer su mordisqueada galleta. Oyó que Mitch murmuraba: «Desármala, cariño» mientras ella se ponía en pie.

—¿De qué tienes miedo? ¿Qué le hicieron? ¿Quién fue Amelia?

—Una vulgar mujerzuela, una prostituta de clase baja que recibió lo que merecía. En cuanto naciste, supe que su sangre se revelaría en ti. Y veo que así ha sido.

—Así que procedo de ella —dijo Roz en voz baja.

—No voy a hablar más de eso. Es un crimen y un pecado que una mujer como tú sea la señora de esta casa. No tienes ningún derecho a esta propiedad, y nunca lo has tenido. Eres despreciable, avariciosa, una mancha en el nombre de la familia. Mi abuela te habría lanzado los perros antes que permitir a alguien de tu clase cruzar el umbral de la mansión Harper.

—Bueno, ya es suficiente. —Antes de que Roz pudiera hablar, y tenía mucho que decir, Harper se había levantado y había cruzado la sala—. Márchese y no vuelva jamás a esta casa.

—No seas insolente, muchacho.

—Ya no tengo ocho años, y aquí usted no es bien recibida. ¿Cree que puede insultar a mi madre de ese modo? ¿A una mujer que posee más clase en una sola de sus pestañas que toda la que usted puede reunir en cada hueso reseco de su cuerpo? Bien, puedo acompañarla a la puerta o puedo echarla de un puntapié. Usted decide.

—Eres igual que ella.

—Ésa es la primera cosa cierta que ha dicho desde su llegada. Por aquí, *prima* Rissy.

La tomó del brazo y, aunque ella intentó zafarse, la condujo fuera de la sala.

Hubo un instante de silencio, y entonces se oyó el silbido bajo de Hayley.

—Vaya con Harper.

20

En el salón de la planta superior, Mitch alzó los pies de Roz, se los puso en el regazo y empezó a masajearlos.

—Ha sido una larga jornada para ti.

—Y que lo digas.

—La has mareado con tus fintas y regates, campeona.

—Sí, pero ha sido Harper quien le ha metido un buen golazo.

—Me encanta que mi chica utilice analogías futbolísticas. —Le alzó más el pie para besarle el tobillo—. Me llevaré los diarios que me corresponden. Empezaré a leerlos esta noche.

—La jornada también ha sido larga para ti. Y la boda está aquí mismo. —Roz echó la cabeza atrás—. Además, si te marchas, dejarás de masajearme los pies.

—Confiaba en que esto fuese un soborno apropiado.

—No necesitas sobornarme. Confiaba en que te quedarías.

—Resulta que tengo en el coche el traje para la boda.

Ella permaneció con los ojos cerrados, y sus labios sonrieron.

—Me gusta que un hombre sea previsor.

—No estaba seguro de que esta noche hubiera sitio para un hombre en la casa. Es la víspera de la boda, y los rituales femeninos ocupan espacio.

—Esta mañana iniciamos los rituales en el salón, y mañana los proseguiremos. Van a formar una familia encantadora, ¿verdad?

—Ya la forman. Me ha encantado ver cómo esos chicos se enfrentaban a la vieja, y tus fintas realizadas con tanta elegancia, rematadas por el disparo a puerta de Harper.

—Todos hemos mostrado una rudeza maravillosa, ¿no es cierto? Por supuesto, ella no volverá a dirigirte la palabra. No te ayudará a escribir tu libro.

—Eso no me preocupa. Y es poco probable que le divierta lo que escribiré

sobre ella.

—Me divertirá a mí. Ella lo sabe. Sabe quién es Amelia y qué le ocurrió. Supongo que siempre lo ha sabido. Existe una posibilidad de que destruyera los diarios en los que se la mencionara, por insignificante que sea la mención, ya que todo lo relativo a la mansión Harper es sagrado para ella. Pero es algo que debemos tener en cuenta.

—Solo necesitamos unas pocas semillas. Puedo multiplicar las plantas a partir de ellas.

Roz abrió los ojos.

—Qué inteligente eres. Me encanta que un hombre utilice en la conversación términos de jardinería.

—Todavía no has visto nada, Rosalind. Me seducen tus pies.

—¿Mis pies?

—Me vuelven loco. Pero nunca sé... —Lentamente le quitó uno de los gruesos calcetines—... qué encontraré. Ah. —Deslizó un dedo por las uñas, pintadas de un rosa pálido, levemente brillante—. Sorpresa, sorpresa.

—Suelen ser uno de mis pequeños secretos.

Él le alzó el pie y recorrió el arco con los labios.

—Me encantan los secretos.

Era gratificante satisfacer a una mujer fuerte, contemplarla, notar cómo se rendía a las sensaciones. Un leve estremecimiento, un tenue suspiro tenían una increíble carga erótica cuando uno sabía que esa mujer no cedía ante nadie.

De la atracción a la pasión, de la pasión al amor. Era un viaje que ella nunca había planeado emprender de nuevo. Sin embargo, allí estaba él. Cuando la tocaba, Mitch sabía que ella era la mujer, la única mujer con la que quería vivir. Se preguntaba cómo había llegado a aquellas alturas de su vida sin conocer y necesitar su aroma, el sonido de su voz, las fascinantes texturas de su piel.

Cuando ella se irguió, le rodeó con los brazos y besó sus cálidos labios, a él le latió el corazón con la celeridad de un caballo desbocado.

—Puedo verte en la oscuridad —le dijo—. Puedo oírte cuando estás a kilómetros de distancia.

Ella emitió un sonido de pura emoción mientras le abrazaba.

Lo retuvo así durante un momento, con la cabeza sobre su hombro, el corazón latiendo junto al suyo. Jamás comprendería cómo el amor podía ser tantas cosas distintas en momentos tan diferentes. Solo podía estar agradecida por ello, agradecida por haber encontrado semejante amor en aquel momento de

su vida.

Protegería aquel amor, haría del hombre que se lo ofrecía su bien máspreciado.

Retrocedió para tomar el rostro de Mitch en sus manos, de modo que sus ojos se encontraran.

—Resulta más difícil cuando te encuentras con algo así y ya tienes mucha experiencia. Pero, al mismo tiempo, es más auténtico. Más profundo y enriquecedor. Quiero que sepas que así es como me siento contigo. Profunda y enriquecida.

—No creo que pudiera arreglármelas sin ti, Rosalind.

—Perfecto. —Le tocó los labios con los suyos—. Perfecto —repitió, y le dio un beso lento y profundo.

Se estrechó contra él y aspiró el olor de su cabello, de su piel. Sentía una ternura infinita y, al mismo tiempo, una excitación que ardía a fuego lento. Mientras sus bocas estaban unidas, le fue desabrochando los botones de la camisa; luego alzó los brazos para que él le quitara la suya y sus cálidas epidermis pudieran entrar en contacto.

La tendió en el sofá y deslizó sobre ella sus manos y sus labios. Le besó y acarició los senos, los hombros y la garganta, y descendió hasta su increíblemente estrecho torso.

Había en su vientre señales de los hijos que había tenido, los hombres que había traído al mundo. Por un momento, él apoyó allí la mejilla, asombrado por haber recibido el regalo de una mujer tan vital, tan fuerte.

Ella le acarició la espalda, y le pareció como si se deslizara por el resplandor que envolvía sus sentidos, moviendo con indolencia las manos para desabrocharle los vaqueros. Al ver la plenitud de su potencia viril, notó que se le contraían los músculos y se estremecían, expectantes.

Se quitaron mutuamente el resto de la ropa. Y ella volvió a erguirse. Esta vez fue Roz quien se puso a horcajadas y miró fijamente aquellos ojos de un verde botella mientras, con suma lentitud, le acogía en su interior.

—Ah, Dios mío... —Asió el respaldo del sofá, hundiendo en él los dedos.

Se movía como si cabalgara, ejerciendo un perfecto dominio de sí misma. El ritmo de sus caderas era suave, sus fuertes músculos encuadraban a Mitch mientras ella marcaba la pauta.

Notaba sus manos sobre ella; así con desesperación sus caderas al tiempo que se esforzaba por dejarle llevar la iniciativa. Entonces sintió una suave caricia a lo largo de la espalda, un hábil movimiento para llevar las manos a sus senos.

Cuando llegó al punto culminante, se apretó contra él y buscó sus labios para que pudiera saborear su gemido. Él soportaba su peso, los brazos de cada uno rodeando al otro, cuando ella echó la cabeza atrás y sus ojos, vidriosos a causa de la excitación, se cerraron por fin.

Ella le espoleó, gozosamente, hacia la meta.

Roz se despertó a las cuatro, demasiado pronto para salir a correr y demasiado tarde para volver a conciliar el sueño. Le asombraba la rapidez con que se había acostumbrado a tener a Mitch en su cama. No se sentía agobiada, ni siquiera le sorprendía que durmiera a su lado.

Le parecía más natural de lo que había esperado, no una circunstancia a la que ella debía adaptarse, sino algo de lo que había descubierto que ya no quería prescindir.

Se preguntaba por qué no le producía una sensación extraña despertarse junto a él, iniciar la rutina cotidiana con otra persona en su espacio vital. Los movimientos en el baño, la conversación (o el silencio) mientras se vestían. Llegó a la conclusión de que si no le parecía raro o extraño era porque en el fondo había deseado volver a estar unida a un hombre. No lo había buscado ni esperado, no había languidecido por no tenerlo. En cierto modo, los años de soledad la habían ayudado a ser la mujer que era. Y esa mujer estaba dispuesta a compartir el resto de su vida, su hogar, su familia, con aquel hombre.

Se levantó de la cama, moviéndose con cautela. Pensó que ése era otro cambio. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvo que preocuparse por no despertar a un compañero dormido.

Entró en la sala de estar para seleccionar uno de los diarios. Deslizó la mano con delicadeza por los de su abuela. Ésos los reservaba para más adelante, los leería por placer y por sentimiento.

Lo que estaba haciendo ahora, lo hacía por deber.

Tardó menos de un cuarto de hora en llegar a la conclusión de que ella y su bisabuela no se habrían entendido.

El tiempo sigue siendo bueno. Los negocios de Reginald le obligan a permanecer en Nueva Orleans. No he podido encontrar la tonalidad de seda azul que busco. Francamente, las tiendas de aquí no están *au courant*. Creo que debo preparar un viaje a París, aunque es imperativo que contratemos a otra institutriz para los niños antes de que lo hagamos. La que tenemos ahora es demasiado independiente. Cuando pienso en el dinero que nos cuesta su salario, alojamiento y manutención, me siento muy insatisfecha de sus servicios. Recientemente le di un vestido muy bonito, que no me sentaba bien y que ella aceptó sin reparos. Sin embargo, cuando le pido algún pequeño favor, obedece a regañadientes. Sin duda tiene tiempo de hacer unos sencillos recados, ya que solo debe vigilar a las chicas y darles unas pocas lecciones.

Tengo la impresión de que se considera por encima de su categoría.

Roz estiró las piernas y siguió pasando páginas. La mayor parte de las entradas eran más de lo mismo. Quejas, comentarios sobre compras, planes para fiestas, refritos de fiestas a las que había asistido. Las referencias a los niños eran muy escasas.

Dejó ese cuaderno para más adelante y cogió otro. Al pasar las páginas, encontró una entrada sobre el despido de una doncella que se había reído en el vestíbulo, y otra acerca de un lujoso baile. Entonces se detuvo y leyó con más detenimiento una entrada que le llamó la atención.

He vuelto a abortar. ¿Por qué es tan doloroso perder un hijo como dar a luz? Estoy exhausta. Me pregunto cómo soportaré de nuevo todo esto y cómo podré luego seguir intentando darle a Reginald el heredero que desea con tanta desesperación. En cuanto me haya recuperado, seguirá queriendo acostarse conmigo, y me temo que esa dura prueba continuará hasta que haya vuelto a concebir.

No obtengo placer de ello, como tampoco con las niñas, que son un recordatorio cotidiano de lo que todavía debo conseguir.

Por lo menos, una vez haya concebido de nuevo, me dejará en paz durante los meses de embarazo. Tengo el deber de traer hijos al mundo. No eludiré mi deber; sin embargo parece que solo soy capaz de parir a niñas charlatanas.

Solo quiero dormir y olvidar que he fracasado una vez más, que no he proporcionado a mi marido y a esta casa el heredero que exigen.

Los hijos solo como un deber, pensó Roz. Qué triste. ¿Cómo debieron de sentirse aquellas niñas, al ser fracasos debido a su sexo? ¿Hubo algo de alegría en la mansión mientras Beatrice era su señora o todo se redujo al deber y a las apariencias?

Deprimida, Roz pensó en pasar a uno de los diarios de su abuela, pero se obligó a revisar otro de los cuadernos más antiguos.

Estoy más que harta de esa metomentodo de Mary Louise Berker. Se diría que porque ha conseguido tener cuatro hijos varones y vuelve a estar gorda como una vaca por otro embarazo, sabe todo cuanto hay que saber sobre la concepción y la crianza de los hijos. Pues no es así en modo alguno. Sus hijos corren por ahí como indios salvajes, y solo piensan en poner sus sucias manitas en los muebles del salón. Ella se limita a reír y dice que los chicos siempre serán chicos cuando ellos y sus zarrapastrosos perros (¡tres nada menos!) irrumpen con sus gritos.

Ha tenido la desfachatez de aconsejarme que viera a su médico y a cierta hechicera de vudú. Jura que esta vez tendrá la hija por la que suspira, porque ha visitado a esa espantosa mujer y le ha comprado un hechizo para colgar sobre la cama.

Ya es bastante malo que adore a esos rufianes y lo demuestre de forma indecorosa y con frecuencia en público, pero lo increíble es que me hable de esas cosas, todo ello so capa de amistad e interés por mí.

Cómo estoy deseando marcharme.

Roz llegó a la conclusión de que Mary Louise le habría gustado. Y se preguntó si un tal Bobby Lee Berker con el que había ido a la escuela de enseñanza media sería descendiente suyo.

Entonces lo vio, y pareció que el corazón le subiera a la garganta.

Me he encerrado en mi habitación. No hablaré con nadie. La humillación de que he sido objeto es insoportable. Durante todos estos años he sido una esposa obediente, una anfitriona excepcional, he

supervisado sin queja al personal de esta casa, y he trabajado sin descanso para presentar la imagen apropiada ante nuestros iguales en la sociedad y los socios comerciales de Reginald.

Como deben hacer las esposas, he pasado por alto sus aventuras amorosas, y siempre me he conformado con que fuera discreto.

Pero ahora esto...

Esta noche ha llegado a casa y me ha pedido que fuera a la biblioteca, pues quería hablar conmigo en privado. Me ha dicho que ha dejado embarazada a una de sus queridas. Ésa no era una conversación que debería tener lugar entre marido y esposa, pero cuando así se lo he hecho notar, él ha hecho caso omiso, como si no tuviera importancia.

Como si yo no tuviera importancia.

Me ha dicho que debo fingir que estoy embarazada, y que si esa mujer tiene un hijo varón, lo traerá a casa, le dará el apellido Harper y lo criará aquí. Como su hijo. Como nuestro hijo.

Si es una niña, no importará. Tendré otro «aborto espontáneo» y eso será todo.

Me he negado. Por supuesto que me he negado. Traer a mi casa el hijo de una puta.

Entonces él me ha planteado la única alternativa. O acepto su decisión o se divorcia de mí. De un modo u otro, él tendrá un hijo. Prefiere que siga siendo su esposa, que ninguno de los dos se vea expuesto al escándalo del divorcio, y me compensará generosamente si acepto. Pero si me niego, será el divorcio y la vergüenza, y me verá expulsada del hogar que he formado, de la vida que me he forjado aquí.

De modo que no tengo elección.

Ruego porque esa puerca tenga una niña. Ruego porque la niña muera, porque la madre muera. Que todos ardan en el infierno.

A Roz le temblaban las manos. Aunque quería seguir leyendo, tuvo que levantarse e ir a abrir las puertas de la terraza. Necesitaba aire. Con el cuaderno en la mano, permaneció en el exterior, aspirando el fresco aire de la mañana.

¿Qué clase de hombre había sido Reginald? Había obligado a su esposa a aceptar un hijo ilegítimo. Aunque no la hubiera amado, debería haberla respetado.

¿Y qué cariño podía sentir él por ese niño, si lo entregaba a una mujer que jamás lo querría, que no podría quererlo como una madre? ¿Que siempre se sentiría agraviada por él? ¿Que incluso lo despreciaría?

Y todo para que continuara el apellido Harper.

—¿Roz?

Ella no se volvió al oír la voz de Mitch a sus espaldas.

—Te he despertado. Creí que no estaba haciendo ruido.

—Y no lo has hecho, pero he notado tu ausencia.

—He encontrado algo. He empezado a leer algunos de los diarios, y he encontrado algo.

—Sea lo que fuere, parece que te ha trastornado.

—Estoy triste y enojada. Y me sorprende no estar estupefacta. He encontrado una entrada... No, deberías leerla tú mismo. —Se volvió, cogió el cuaderno y lo abrió por donde había interrumpido la lectura—. Llévatelo a la sala. Necesito quedarme un poco más aquí.

—De acuerdo.

Él tomó el cuaderno, porque había algo en los ojos de Roz que le conmovía, le cogió la barbilla con la mano libre y la besó suavemente.

Ella se volvió hacia el panorama, hacia el terreno y los jardines a los que el alba iba dando una tonalidad plateada. El hogar que había pertenecido a su familia durante generaciones. ¿Había merecido la pena?, se preguntó. Mantener la mansión bajo el mismo apellido, ¿había compensado el dolor y la humillación causados por un hombre?

Entró en la sala y se sentó frente a Mitch.

—¿Es aquí donde te has interrumpido? —le preguntó.

—Supongo que necesito digerirlo. ¡Qué cruel fue con ella! No era una mujer admirable, a juzgar por lo que he leído en sus otros diarios. Egoísta, centrada en sí misma, mezquina. Pero no merecía algo así. No me has dado un hijo, así que lo busco en otra parte. Acéptalo o vete. Y ella lo aceptó.

—Eso todavía no lo sabes.

—Lo sabemos. —Roz meneó la cabeza—. Leeremos el resto, pero lo sabemos.

—Si quieres, yo leeré esto y todo lo demás más tarde.

—No, hagámoslo ahora. Al fin y al cabo es mi legado. A ver qué puedes encontrar, ¿de acuerdo? Voy abajo a hacer café.

Al regresar, observó que Mitch se había puesto las gafas de lectura. Parecía

un estudiante desgredado que se hubiera pasado toda la noche empollando. Sin camisa, con el botón de los vaqueros desabrochado y el cabello en desorden.

Experimentó aquella misma ternura, como un bálsamo que mitigara el dolor de su corazón.

—Me alegro de que estuvieras aquí cuando encontré esto. —Dejó la bandeja sobre la mesa e, inclinándose, le besó en lo alto de la cabeza—. Me alegro de que estés aquí.

—Hay más —dijo él, tomándole las manos—. ¿Quieres que te lo resuma?

—No, léeme sus palabras. Quiero oírlas.

—Hay fragmentos aquí y allá; sus pensamientos sobre el asunto aparecen en entradas cotidianas. Su humillación y la rabia que sentía. Ella le hizo pagar del único modo que sabía: derrochando su dinero, negándole el acceso a su cama, viajando.

—Una mujer más fuerte lo habría enviado a hacer puñetas —dijo ella mientras servía el café—, se habría llevado a los niños y le habría abandonado. Pero ella no lo hizo.

—No, no lo hizo. En aquella época las cosas eran distintas para las mujeres.

—Los tiempos serían distintos, pero lo correcto era lo mismo entonces que ahora. —Dejó en la mesa su taza de café y esta vez se sentó a su lado—. Léelo, Mitch. Quiero saber.

Trajo al bastardo a casa, con una asquerosa nodriza procedente de una de sus fincas en el campo. No es la madre, me dice; ella sigue en la casa de la ciudad donde la mantiene. Por fin tiene su hijo, una criatura que no hace más que berrear envuelta en una manta. No lo he mirado, ni pienso hacerlo. Solo sé que él ha pagado al médico para que guarde silencio, y quiere que siga encerrada en casa y no reciba visitas durante algunos días más.

Ha traído a ese crío en plena noche, de modo que los sirvientes crean que yo lo he parido. O que finjan creerlo. Le ha puesto nombre. Reginald Edward Harper hijo.

—Mi abuelo —musitó Roz—. Pobrecillo. Llegó a ser un hombre espléndido. Una especie de milagro, supongo, dados sus comienzos. ¿Dice algo sobre su madre?

—No en este cuaderno, pero lo examinaré con más detenimiento.

—Habrá más, en alguno de los otros cuadernos. Amelia murió aquí. En algún momento Beatrice debió de haberla visto o hablado con ella, o bien trató con ella de algún modo.

—Empezaré a buscar ahora mismo.

—No. —Roz, fatigada, se restregó los ojos—. No, hoy es el día de la boda. Hoy es un día de alegría y nuevos comienzos, no de aflicción y secretos antiguos. Sabemos lo suficiente por hoy.

—Esto no cambia en nada tu posición, Rosalind.

—No, claro que no, pero me hace pensar que para esa clase de gente... para personas como Reginald y Beatrice, el matrimonio era una cuestión práctica. La posición social, la educación, los antecedentes familiares. Puede que hubiera algo de afecto, o cierta atracción, pero en el fondo se trataba de un negocio. El negocio de mantener a las familias en determinada posición. Y los hijos no eran más que herramientas para lograrlo. Qué triste para ellos y qué trágico para los hijos. Pero hoy...

Aspiró hondo.

—Hoy veremos que debe ser así. Vamos a ser testigos de cómo dos personas que se aman hacen promesas, se casan y fundan una familia. Me alegro de que estés aquí, Mitch, y me alegro de haber descubierto esto hoy. Porque esta boda es precisamente lo que ahora necesito.

Era el día perfecto para el acontecimiento, ni hecho a medida, con el cielo de un azul acaramelado y la atmósfera templada y agradable, aromatizada por las flores. El jardín que Logan y Stella habían diseñado y plantado estaba florido, con un delicioso surtido de formas y colores.

Había sillas en el césped, cubiertas con fundas de color melocotón pálido, que flanqueaban un pasillo por el que Stella avanzaría del brazo de su padre, hacia Logan y sus hijos.

Roz se apartó de la ventana para observar a Jolene, que toqueteaba las flores que adornaban el cabello de Stella.

—Menuda estampa hacéis las dos —comentó.

—Voy a echarme a llorar de nuevo. —Jolene agitó una mano ante su cara—. No puedo contar la de veces que me he retocado el maquillaje. Voy a salir un momento, cariño, a ver qué tal está tu padre.

—De acuerdo. —Stella esperó hasta que Jolene hubo desaparecido—. Me enfureció e irritó que mi madre se negara a venir. El viaje era demasiado pesado, al fin y al cabo no me caso por primera vez. Además, ella no iba a sentarse en un lugar donde también estuviera esa mujer, como sigue llamando a Jolene incluso al cabo de tantos años.

—Ella se lo ha perdido, ¿no es cierto?

—Sí... y yo he salido ganando, desde luego. En cualquier caso, es Jolene quien deseo que hoy esté a mi lado. —Stella alzó la mano para tocar los zafiros que le pendían de las orejas—. Son perfectos.

—Resuelven el problema. Qué guapa estás.

Con los ojos un poco empañados, Roz se acercó más para examinar a su amiga.

El vestido era sencillo, de un azul muy pálido con estrechos tirantes, un canesú recto y una falda larga un poco acampanada. En el cabello rojizo y rizado llevaba prendidas dos dalias. Una blanca y otra azul. Y su rostro estaba luminoso, como debía ser en una novia.

—Me siento espléndida.

—Y es lógico, porque lo estás. Qué feliz me hace verte así.

—Ya no estoy nerviosa, ni siquiera noto esa sensación rara en el estómago. —Stella se puso una mano sobre el vientre mientras parpadeaba para contener las lágrimas—. Pienso en Kevin, en mi primera boda, en los años que vivimos juntos, en los hijos que tuvimos. En el fondo de mi alma sé que a él le parece bien que me case. Logan es un hombre bueno.

—Un hombre muy bueno.

—Le he hecho esperar casi un año. —Soltó una risita—. La espera ha terminado. Gracias por todo lo que has hecho, Roz.

—De nada. ¿Preparada para casarte?

—Totalmente.

Roz pensó que era un acontecimiento tierno y adorable. El hombre y la mujer, los niños, avanzaron juntos en el jardín del hogar que habían compartido. Logan, trajeado, corpulento, fuerte y apuesto. Stella, hermosa y radiante con su traje de novia, y los niños sonrientes incluso cuando Logan besó a la novia.

Los invitados prorrumpieron en espontáneos aplausos mientras Logan alzaba a Stella del suelo y la hacía girar. Y Harper coronó el momento descorchando la primera botella de champán.

—No recuerdo cuando vi por última vez a una pareja más feliz —comentó

Mitch, y tocó con su copa la de Roz—. O una familia más encantadora. Haces un buen trabajo.

—No he hecho nada.

—Es como un árbol genealógico. Los dos proceden de tus ramas. Puede que no tengan tu sangre, pero viene a ser lo mismo. Es su relación contigo lo que los ha unido. Ellos hicieron el resto, pero la relación lo inició.

—Es una bonita idea, y voy a adoptarla. —Alzó su copa y tomó un sorbo—. Hay algo de lo que quiero hablarte un poco más tarde. Quería decírtelo después de la boda de Stella; este día pertenece por derecho propio a la novia.

—¿De qué se trata?

—Supongo que podríamos decir que es sobre las relaciones. —Se elevó sobre las puntas de los pies para besarle—. Hablaremos de ello cuando volvamos a casa. La verdad es que debo regresar lo antes posible. Con todas estas emociones he olvidado la botella de champán especial que tengo en casa para los novios y su noche de bodas.

—Yo puedo ir a buscarla.

—No, será más rápido que lo haga yo. Volveré dentro de un cuarto de hora.

Llegó al coche, pero se detuvo cuando Hayley la llamó.

—¡Roz! Espera. ¿Podrías llevarnos? —Algo jadeante, se detuvo junto al coche con Lily, que lloraba en sus brazos—. La niña está de malhumor y necesita una siesta. Pero no hay manera de acostarla. Un trayecto en coche la dormirá. Podemos ir en el mío, que tiene el asiento infantil.

—Claro, pero solo será un momento.

—No importa. —Hayley se encaminó a su coche y forcejeó con la irritada Lily hasta dejarla bien asegurada en la sillita—. Una vuelta en coche siempre la tranquiliza, y si se duerme, puedo estar aquí sentada con ella hasta que se despierte. Así luego las dos lo pasaremos mejor en la fiesta.

Tal como había previsto, el lloro cesó, y la cabeza de Lily empezó a inclinarse antes de que hubiera recorrido el sendero y salido a la carretera principal.

—Funciona como un encantamiento —dijo Hayley.

—Con mis hijos también era infalible. Qué preciosa está con su vestido de fiesta rosa.

—Todo ha sido muy bonito. Si alguna vez me caso, quiero que sea así. En primavera, con flores, amigos, caras radiantes. Siempre he pensado que querría una boda espectacular en una gran iglesia, pero esta ha sido tan romántica...

—Era lo apropiado para ellos. Es agradable... Aminora la velocidad. ¡Para!

—¿Qué? ¿Qué es lo...? Oh, Dios mío.

Ante ellas se extendía el Jardín. Roz había cerrado la tienda para que todos pudieran asistir a la fiesta. Pero alguien había estado allí, y Roz creía que todavía estaba.

Varios de los expositores al aire libre estaban volcados, y había un coche aparcado lateralmente, sobre uno de los arriates.

—Llama a la policía —dijo Roz, ya fuera del vehículo—. Tú y la pequeña marchaos de aquí. Vuelve ahora mismo a casa de Logan.

—No lo hagas. No entres ahí.

—Estoy en mi propiedad —replicó Roz, mientras echaba a correr.

Sus flores, pensó. Plantas que había criado desde la semilla o el esqueje, a las que había prodigado cuidados, nutrido y amado. Destruídas, golpeadas, reducidas a pedazos.

Eran inocentes, pensó mientras dedicaba un instante a lamentar la pérdida y el desperdicio. Una belleza inocente destruida.

Alguien iba a pagar por aquello.

Oyó el estrépito de vidrio roto, y entró por la puerta trasera del edificio principal. Vio a Bryce, que descargaba un bate de béisbol contra otra ventana.

—Hijo de perra.

Él giró sobre sus talones. Ella vio primero su expresión de sorpresa y seguidamente de ira.

—Creía que hoy estabas ocupada. Supuse que habría terminado antes de que volvieras.

—Pues te has equivocado.

—Eso no importa. —Descargó el bate contra la siguiente ventana—. Es hora de que aprendas una lección. ¿Crees que puedes humillarme en público? ¿Enviar a la policía para que me detenga?

—Tú mismo te humillaste, y si no dejas ese bate y te largas ahora mismo de mi finca, voy a hacer algo más que avisar a la policía.

—¿Por ejemplo? Ahora estamos solos tú y yo, ¿no es cierto? —Se golpeó la palma con el bate y dio un paso hacia ella—. ¿Sabes lo que me estás contando?

—Tengo una idea general, y va a ser más. Allanamiento de morada y destrucción de la propiedad ajena para empezar.

No utilizó el bate, aunque ella vio en sus ojos, por un instante, que consideraba esa posibilidad. Pero movió bruscamente el brazo y le dio un golpe

tan fuerte en la cara que ella perdió el equilibrio y cayó al suelo.

No hizo falta más. En un instante ella se puso de pie y se abalanzó sobre él. No recurrió a los dientes y a las uñas, como había hecho Mandy, sino que usó los puños. Su ataque cogió a Bryce por sorpresa, hasta tal punto que cayó de rodillas antes de que pudiera sujetarla y golpearla de nuevo.

Pero tampoco ella pudo golpear.

El viento se levantó con tal rapidez, tan frío y con tanta furia, que arrojó a Roz hacia atrás, contra la pared. Su cabeza chocó con fuerza contra la madera, y tuvo que sacudirla para despejarse.

Entonces vio a Amelia que se deslizaba por el suelo, con el sucio vestido blanco aleteando y las manos curvadas como unas garras letales. Sus ojos reflejaban una determinación asesina.

Y Bryce también la veía.

Gritó, un solo grito agudo de terror antes de que se llevara las manos a la garganta y boqueara, falto de aire.

—No lo hagas, por el amor de Dios. —Roz trató de avanzar, pero la intensidad del viento la hizo retroceder—. No lo mates. ¡Basta, basta! No puede hacerme daño. No me hará daño.

La grava giraba y la figura de blanco se cernía como un ave de presa sobre el hombre derribado en el suelo que arañaba su propia garganta hasta que brotó sangre.

—Basta, Amelia, basta. Bisabuela.

Amelia alzó la cabeza, la volvió y sus ojos se encontraron con los de Roz.

—Lo sé. Sé que procedo de ti. Sé que estás tratando de protegerme. No te preocupes. Él ya no va a hacerme daño. Por favor. —Avanzó de nuevo, dio un par de pasos con un esfuerzo que la dejó sin aire en los pulmones—. ¡Este hombre no es nada! —exclamó—. Solo es un gusano. Pero me ha dado algunas lecciones importantes, y yo voy a enseñarle algunas. Quiero que viva para que pague por lo que ha hecho. —Logró dar otro paso adelante, con las manos extendidas y las palmas hacia arriba—. Pagaré, te lo juro. Por mí y por la sangre que compartimos. Te juro que alguien pagará por lo que te hicieron.

Roz observó que él respiraba de nuevo. Lo hacía entrecortadamente, pero el aire entraba y salía silbando por los pálidos labios de Bryce. Ella se agachó y dijo en tono sereno:

—Parece que, después de todo, no estábamos solo tú y yo.

El viento empezó a calmarse, y entonces se oyeron los sonidos de gritos y

pies que corrían. Cuando Roz se irguió, Amelia había desaparecido.

Conmocionada por la terrible experiencia, salió tambaleándose, las piernas un tanto inseguras, en el mismo momento en que Harper doblaba corriendo la esquina del edificio, dos pasos por delante de Mitch.

—Estoy bien, de veras —les dijo ella, aunque la cabeza le daba vueltas como un ti vivo—. Pero ése de ahí dentro podría necesitar atención médica.

—Que se joda. —Harper le puso suavemente las manos en la cara—. Dios mío, ¿te ha pegado?

—Ese cabrón me ha dado un golpe, pero ha recibido lo suyo, créeme. Ha recibido más, y Amelia ha hecho el resto. Estoy bien, cariño, te lo aseguro.

—La policía está de camino —dijo Mitch con voz temblorosa. Ella le miró y vio que el temblor se debía en parte al miedo y en parte a la rabia—. Hayley nos llamó por el móvil de camino.

—Bien, bien. —No iba a desmayarse de nuevo. De ninguna manera—. Bueno, vamos a poner una denuncia en toda regla. —Se sacudió el pelo y el vestido, y entonces observó un desgarrón en la falda—. Maldita sea, me compré esta prenda especialmente para hoy. También voy a acusarle de esto.

Aspiró hondo, tratando de contener la irritación y el mareo.

—Harper, cariño, ¿quieres hacerme un favor y sacar de aquí a esta basura? Podéis esperar fuera a la policía. No quiero verle ni un minuto más. Podría terminar lo que Amelia empezó.

—Déjame que lo levante primero.

Mitch se agachó y puso en pie al inestable Bryce. Entonces con sus ardientes ojos verdes, miró a Roz.

—Perdona —le dijo, antes de darle a Bryce un puñetazo que lo arrojó de nuevo al suelo—. Espero que no te importe.

—En absoluto —replicó Roz, y a pesar de la náusea que sentía, sonrió de oreja a oreja—. No me importa nada. ¿Quieres sacarlo de aquí, Harper? Quiero hablar un momento con Mitch.

—Será un placer. —Sacó a Bryce a rastras, y miró por encima del hombro—. Hay que reconocer que sabes defenderte, mamá.

—Sí. —Ella aspiró aire y lo exhaló—. Si no te importa —le dijo a Mitch—, voy a sentarme aquí hasta que me recupere. La pelea me ha dejado sin fuerzas.

—Espera. —Él se quitó la chaqueta y la extendió en el suelo—. No vayas a estropear el vestido más de lo que está.

Ella se sentó y, cuando él lo hizo a su lado, apoyó la cabeza en su hombro.

—Mi héroe —le dijo.

Epílogo

Permaneció sentada hasta que los latidos de su corazón se normalizaron, hasta que se calmaron un poco sus nervios y su cólera se suavizó.

Las esquirlas de vidrio destellaban bajo el sol. Pensó que los cristales de las ventanas se podrían reemplazar. Lamentaba la pérdida de sus flores, pero lograría salvar algunas, y cultivaría más.

Cultivaría muchas más.

—¿Cómo está tu mano? —le preguntó a Mitch.

—Bien, como si nada —replicó él, y añadió casi con desprecio—: Tiene un mentón tan blandengue que parece de goma.

—Eres muy fuerte. —Se volvió para abrazarlo, sin hacer mención de los nudillos despellejados de Mitch.

—Debe de haberse vuelto loco para creer que podría salir airoso de esto.

—Un poco, imagino. Supongo que creyó que podría destrozarlo todo antes de que hubiera terminado la ceremonia. Supuso que culparíamos a los niños... o lo haría la policía. Yo me quedaría con un desastre entre las manos. Un hombre como ése no siente ningún respeto por las mujeres, no cree que una de ellas pueda superarle.

—Pero hay una que lo ha hecho.

—Bueno, en realidad dos: una viva y la otra muerta.

Se le había pasado el mareo, por lo que se puso en pie y tendió una mano para coger la de Mitch.

—Amelia estaba enfurecida, volaba sobre el suelo, entre las mesas, a una velocidad endiablada. Bryce vio que se abalanzaba sobre él y gritó. Entonces ella empezó a asfixiarlo, o más bien a hacerle creer que lo asfixiaba. No le puso las manos encima, pero lo estaba estrangulando.

Se frotó los brazos, asió las solapas de la chaqueta y las cerró mientras él le cubría los hombros con ella. Temía no volver a entrar nunca más en calor.

—No puedo contarlo. Apenas puedo creer que haya sucedido. Todo fue demasiado rápido y brutal.

—Te oímos gritar —le explicó él—. Nos has costado a mí y a tu hijo varios años de nuestra vida. Voy a decirte esto una sola vez. —Se volvió y asió las solapas para mantener a Roz inmóvil y de cara a él—. Y quiero que me escuches. Admiro y respeto tu voluntad de acero, Rosalind, y admiro tu temple y tu capacidad. Pero la próxima vez que se te pase por la cabeza emprenderla a golpes con un lunático, seré yo quien te zurre.

Ella ladeó la cabeza, le miró y vio que hablaba completamente en serio. ¡Maldito caballero andante!

—Mira, si no hubiera tomado una decisión sobre lo que voy a pedirte, esto me habría decidido. ¿Cómo podría resistirme a un hombre que me deja librar mis propias batallas y, en el momento oportuno, entra y limpia la casa? Y solo después, me da un buen consejo porque me he comportado como una idiota. Cosa que, sin ninguna duda, es cierta.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo.

Ella dio otro paso hacia él, alzó los brazos y se los echó al cuello.

—Te quiero de veras.

—Como yo a ti.

—Entonces casarte conmigo no será ningún problema, ¿verdad?

Ella notó que el cuerpo de Mitch se estremecía ligeramente; luego, se apretó contra ella, cálido y entregado.

—No veo ningún problema en ello. Pero ¿estás segura?

—No podría estar más segura. Quiero acostarme contigo por la noche y despertarme contigo por la mañana. Quiero sentarme y tomar café contigo siempre que me apetezca. Saber que estás ahí para mí y yo para ti. Te quiero. Mitch, para el resto de mi vida.

—Estoy preparado para empezar. —Él le besó la mejilla magullada, la indemne, la frente, los labios—. Voy a aprender a cuidar por lo menos de una sola flor. Una rosa. Mi rosa negra.

Se apoyó en él. Podía apoyarse en él... y confiar en que él se retirara cuando ella necesitara estar a solas.

Todo en su interior se serenó, incluso cuando contempló la destrucción de lo que era suyo. Lo arreglaría, salvaría lo que fuera posible salvar y aceptaría la pérdida de lo insalvable.

Viviría su vida y plantaría sus jardines... y al pasear de la mano con el

hombre que amaba, observaría el florecimiento de ambos.

Pero por los jardines de la mansión Harper alguien caminaba, presa de furor y aflicción; la locura ardía en sus ojos bajo el acaramelado cielo azul.



NORA ROBERTS. Seudónimo de Eleanor Wilder. También escribe con el pseudónimo de J. D. Robb. Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Octubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Maryland. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullían en su cabeza y comenzó a escribirla... Así nació su primer libro: Fuego irlandés. Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de Mystery Writers of America y del Crime League of America. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista Kirkus Reviews, «la novela romántica con Suspense romántico no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo». Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora sólo ha tenido niños, por eso describe hábilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.

Notas

[1] Serie televisiva de ciencia ficción (1974). Los sleestak eran unas criaturas parecidas a lagartos. (*N. de la T.*) <<